

**CUADERNOS DEL INSTITUTO RAVIGNANI**

**3**

---

**S A R M I E N T O**  
**U N A A V E N T U R A**  
**I N T E L E C T U A L**  
Elías José Palti

---

**Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani**  
**Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires**

**FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES**

**Decano  
Prof. Luis A. Yanes**

**Vicedecana  
Lic. Edith Litwin**

**Secretario Académico  
Lic. Ricardo P. Graziano**

**Secretario de Investigación y Posgrado  
Dr. Félix Schuster**

**Secretaria de Extensión Universitaria  
y Bienestar Estudiantil  
Arq. María Inés Vignoles**

**INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA  
Y AMERICANA DR. EMILIO RAVIGNANI**

**Director  
Prof. José Carlos Chiaramonte**

**Serie CUADERNOS DEL INSTITUTO RAVIGNANI**

**Consejo Editorial  
Prof. José Carlos Chiaramonte  
Dra. Noemí Goldman  
Prof. Oscar Terán**

**Número 3, Buenos Aires, noviembre de 1991  
Producción Editorial  
Roberto Schmit  
Mariano Mestman**

**I.S.S.N. 0524-9767**

## **ADVERTENCIA**

**En el primer número de esta serie de *Cuadernos del Instituto Ravignani* incluimos una advertencia sobre sus objetivos, cuyo texto estimamos conveniente reproducir: "Se inicia una serie destinada a publicar distintos trabajos que contengan información útil para los investigadores y cuyo grado de elaboración, aunque no estuviese en estado final, permita darlos a conocer; como, por ejemplo, avances de investigación de los integrantes del Instituto y otros materiales de interés similar. Asimismo, serán incluidos en la serie otros trabajos, como algunas tesis de licenciaturas de egresados de la Facultad, cuya circulación se considere también provechosa. La dirección de la serie estará a cargo de la Dirección del Instituto y su Consejo Asesor, quienes seleccionarán los trabajos a publicar en base a su calidad y al aporte que signifiquen para el conocimiento de la historia argentina y americana".**

**En este *Cuaderno* se edita un trabajo del Lic. Elías Palti (becario del CONICET en el Instituto Ravignani) que fue presentado como tesis de maestría en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en diciembre de 1990, bajo la dirección de la Dra. Hilda Sabato. El autor agradece muy especialmente la valiosa guía de la Dra. Hilda Sabato quien ha hecho posible la concreción de esta tesis. Así también considera inestimable la colaboración y el apoyo de Oscar Terán, Jorge Dotti, Carlos Altamirano, como de sus compañeros de la cátedra "Pensamiento Argentino y Latinoamericano" -UBA- y del Seminario de Historia de las Ideas en el Instituto Ravignani.**

**Instituto de Historia Argentina y Americana  
"Dr. Emilio Ravignani"**

# CAPITULO I

## EL "PRETEXTO" SARMIENTO

*"Y él responde: -no lo soy, lo he sido,  
los que diéronme el ser fueron lombardos  
y mantuanos como ellos he nacido"*

DANTE

Cuando E. Martínez Estrada, en un gesto de inusual sinceridad, confesaba que su estudio sobre Sarmiento no representaba más que "un pretexto" para expresar sus propias reflexiones "sobre la temática de nuestra nacionalidad"<sup>1</sup> no hacía más que definir lo que fue y sigue siendo la profusa exégesis de su obra y su pensamiento: fundamentalmente un "pretexto", suerte de campo de Agramante en donde cada época habría de dirimir sus propias controversias (irremediamente extrañas a la obra que las había suscitado) y en torno del cual las diversas escuelas de pensamiento buscarían delimitarse claramente unas de otras. Hacia los años '40, C. Real de Azúa, en un artículo sugerente ya en su título ("Sarmiento insepulto"), podría comprobar cómo "los altibajos de la valoración de Sarmiento han marcado siempre con suma fidelidad el clima espiritual del país"<sup>2</sup>. Definitivamente, éste se había convertido en el símbolo de los desencuentros nacionales. Y sin embargo, cabe aún preguntarse cómo, esto que para entonces aparecía ya como un dato, se fue constituyendo como tal.

En efecto, analizando esta controvertida trayectoria póstuma resulta evidente que el curso por el que la misma ha ido transitando difícilmente haya respondido a algún plan preconcebido, acabadamente diseñado y definido desde un comienzo. Por el contrario, las primeras versiones que intentaron procesar nuestra imagen póstuma respecto de su vida y de su pensamiento no parecían sino reiterar los mecanismos habituales (y, por lo general, con resultados bastante más aburridos) de una historiografía especialmente apta para fabricar esos estereotipados próceres que todavía hoy se enseñan en las escuelas.

Esta clásica reivindicación postrera se inicia, de un modo característico, con la apoteosis final a la llegada de sus restos a nuestro país; los discursos fúnebres entonces pronunciados dieron la nota que habrán de entonar por mucho tiempo sus biógrafos<sup>3</sup>.

Quizás el único aspecto atípico de estas primeras semblanzas sarmientinas estuvo señalado por el hecho llamativo (y que también tendrá luego larga tradición) de que las mismas no hicieran, en lo esencial, más que retomar y difundir la imagen que el propio "don Yo" (siempre tan bien dispuesto a hablar sobre sí mismo) hubo de construirse laboriosamente a lo largo de sus escritos. Desde su fama de "primer maestro" hasta la conocida higuera de doña Paula serán todos tópicos, reproducidos hasta el hartazgo por la pléyade de sus panegiristas, que hunden sus raíces en su elaborada literatura autobiográfica. Puede decirse, sin gran injusticia, que la historiografía de la llamada escuela "liberal" (rótulo que, en realidad, encubre una variedad de corrientes y estilos) sobre su obra y su pensamiento (aspectos sobre los que aquí centraremos nuestra atención) constituye, en gran medida, una reelaboración de los datos y temas por ella aportados y definidos.

## **1) EL SURGIMIENTO DE LAS DIVERSAS TRADICIONES**

### **1.1 - LA TRADICION LIBERAL**

Esta se inicia con los primeros estudios sobre nuestra historia del pensamiento, decisivamente marcados por el ideario positivista, ocupando ya en ellos nuestro autor un destacado lugar. Y ello se debía, fundamentalmente, a que sus autores creyeron ver en Sarmiento la encarnación de un desgarramiento esencial (de significación mucho más vasta que el puramente personal -puesto que sería, en definitiva, el de la nación toda-) entre su vocación de grandeza y la inercia de una sociedad conforme en su medianía que tiende a achatarlo todo; en fin, entre la promesa de un destino que suponían de indudable grandeza y una realidad a la que le costaba aún romper con ciertas obstinadas resistencias al ansiado progreso. "Sarmiento sintetizaba una era de nuestra latinidad"<sup>4</sup> decía Ingenieros.

Una irreprochable fidelidad a sus principios, que le señalaban un horizonte siempre mucho más lejano que el que sus contemporáneos podían alcanzar a percibir o comprender, iba entonces a tener como contrapartida un inevitable desajuste respecto de su medio. "Hubo, ciertamente, en él un desequilibrio: mas no era intrínseco en su personalidad sino extrínseco, entre ella y su medio /.../ personificaba la más grande lucha entre el pasado y el porvenir del continente."<sup>5</sup> aseguraba el autor de *Las Fuerzas Morales*.

Ahora bien, si tales desajustes entre los "hombres de genio" y su medio constituían, para los seguidores nativos de Spencer, una regla de validez universal, lo decisivo aquí es que el tipo de contradicción que en Sarmiento se manifestaba no se les ocurría aún como igualmente inherente (y, por lo tanto, insuperable) a toda circunstancia y a toda época histórica. Por el contrario, la famosa antinomia entre civilización y barbarie expresaría un conflicto que se situaba en un momento preciso dentro del transcurso orgánico de nuestra nacionalidad. Para decirlo con palabras de Ingenieros, se trataba del enfrentamiento entre "dos etapas de nuestra evolución nacional, la una representada por las ciudades civilizadas y la otra por las campañas bárbaras". La crisis que dicha antinomia trasunta no habría sido, pues, más que un precio justo que había debido cobrarse el tránsito entre dos épocas históricas determinadas (cuyo término, además, vislumbraban próximo), resultante de las resistencias que debían oponer inevitablemente las viejas clases conservadoras feudales a la emergencia de las nuevas clases medias progresistas por entonces aún incipientes.

En síntesis, la interpretación positivista de aquella dicotomía radical sarmientina se encontraba cruzada por un fuerte sentido histórico que buscaba siempre articular los diversos fenómenos como fases de un desarrollo que consideraba orgánico y evolutivo, y que por ello mismo no podría nunca plagiarse a sí mismo en cuanto a sus manifestaciones, aunque tampoco podría apartarse de las líneas que las leyes generales de la evolución de las sociedades le determinaban. La figura de Sarmiento adquiere así, dentro de la simbología de la historiografía positivista de ideas, una significación universal, pero sólo en tanto que expresión genérica de una serie de acontecimientos siempre singulares. Los "genios" como Sarmiento son siempre unos "desajustados", pero el sentido de sus "desajustes" respectivos resulta en cada caso específico.

## 1.2 - LA IMPUGNACION REVISIONISTA

"Recién después de la crisis general de 1930, los argentinos comenzamos a advertir que el paraíso que nos habían legado 'nuestros padres gigantes' hacía agua. Y principiarnos a pensar en ciertas historias infantiles que nos habían narrado<sup>6</sup>. F. Chávez sintetizaba así lo que consideraba como los orígenes del movimiento de revisión histórica que habrá de tomar distancia de algunas de aquellas figuras (incluida la de Sarmiento) consagradas como las de nuestros "próceres" por la que desde entonces pasará a ser considerada, con cierto tono despectivo, la "historia liberal".

La pérdida de la fe positivista en supuestos destinos de grandeza para nuestro país se conjugará hacia esos años con el "gran pánico" desatado por la irrupción revolucionaria en la URSS dando como resultado lo que llamaremos una primer variante del revisionismo. De corte marcadamente "autoritario", ésta se inicia cuando, con los estudios realizados por Iburguren en los años '20, la vilipendiada firmeza política del "Restaurador de las leyes" fuera reinterpretada como una suerte de "mal necesario" -cuando no un modelo a seguir- a fin de acabar con los desbordes anárquicos producidos tras la caída del orden colonial.

*"Una colectividad desgarrada por la anarquía sólo puede volver a su quicio y formar otra vez un todo coherente, mediante una fuerte acción que reajuste todos los elementos que se han aflojado y disgregado [...] La tiranía ejercida por Rosas [...] fue el resultado necesario de la anarquía producida por la revolución de Mayo."*<sup>7</sup>

Sobre esta línea de pensamiento inaugurada por Iburguren (quien no dio mayor importancia a la figura de Sarmiento) se instala la primera de las biografías revisionistas sobre nuestro autor. El análisis de su obra que realizaron R. Doll y G. Cano (hijo) se concentraría entonces en una escena de *Recuerdos...* donde Sarmiento cuenta de su desafío a Manuel Gregorio Quiroga, desconociendo, según Doll-Cano, el hecho de que "el gobernador a quien había desacatado era una autoridad legítimamente constituida"<sup>8</sup>, peor aún, olvidando que se trataba de "todo un Señor Gobernador propietario"<sup>9</sup>. Evidentemente, todavía no se puede hablar de un intento de interpretación global de su pensamiento.

Tenemos, de todos modos, diseñada una primera versión revisionista sobre Sarmiento que opone su supuestamente díscola figura a la más confiable seriedad conservadora de Rosas. Candidata a desplazar a la antinomia entre Rosas y Rivadavia postulada por Iburguren como núcleo de la propuesta historiográfica revisionista, anticipa ya algunos de los tópicos que tendrán luego larga data. Y si aún resultaba algo precaria, pronto aparecían quienes habrían de darle formas más consistentes, iniciando entonces el tránsito hacia lo que constituirá un segundo momento del pensamiento revisionista sobre nuestro autor.

Esta marcha arranca cuando otros de los integrantes del grupo que iniciara *La Nueva República* en 1927 diseñan (según la definición posterior de uno de sus autores) "la primera reivindicación global" de la figura de Rosas "como el político de vocación más segura y con mayor sentido del Estado en toda nuestra historia argentina"<sup>10</sup>. En *La Argentina y el Imperialismo Británico* (1935) los hermanos Irazusta proponían una reconstrucción histórica que colocaba ya decididamente en su centro la defensa de los intereses nacionales.

Sin embargo, tampoco en esta historia Sarmiento parecía aún ocupar ningún lugar relevante<sup>11</sup>. La polémica en torno a la figura de nuestro autor no tardará en cobrar importancia fundamental para los revisionistas, pero ello sólo habrá de ocurrir cuando, en la década siguiente, a este espíritu nacionalista se le sume una fuerte tendencia de tono populista. En efecto, con E. Palacio (otro de los fundadores de *La Nueva República*) se inicia tal significativo giro<sup>12</sup> respecto del pensamiento primero de Iburguren (que aparecía ya por entonces como demasiado ligado al fracasado proyecto de Uriburu). No será difícil descubrir, pues, los destinatarios de la crítica con que Palacio cierra la obra que marca un hito en dicho tránsito: *La historia falsificada*.

*"Adoptar del fascismo nada más que su armazón autoritaria, cuando lo esencial es su mística y cuando sólo*

*ésta constituye la armazón del Estado, resulta, pues, una insensatez [...] La adhesión popular es lo que hace fuerte al fascismo; dejará de serlo cuando ella le falte.*"<sup>13</sup>

Finalmente, en 1943 irrumpe quien se convertirá en la principal figura de lo que podemos llamar una segunda generación en esta escuela de pensamiento: en ese año J. M. Rosa publica el ya legendario *Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica*. Allí tendremos diseñados los rasgos básicos que definirán la nueva etapa que se abre para dicha escuela. Y será recién con ella que el debate en torno a las ideas de Sarmiento adquirirá un tono cada vez más subido, marcado por las que pasarán a ser interpretadas como la serie de radicales e inconciliables oposiciones que cruzan su pensamiento.

### 1.3 - LA TERCER LINEA ECLECTICA

Una vez que estalló la polémica, pronto surgieron también quienes pretendieron terciar en la disputa, conformando así un espacio heterogéneo de autores que buscaron, de algún modo u otro, evitar verse arrastrados por la fuerte polarización que dominaba este debate. Serán ellos los que habrán de abocarse a un minucioso análisis de la obra de Sarmiento tratando de descubrir en ella los elementos que permitan matizar las oposiciones frontales que supuestamente estarían marcando su pensamiento. El rasgo distintivo de esta corriente, pues, es que habrá de insistir en rastrear, en el propio pensamiento de nuestro autor, una vocación por conciliar los antagonismos que nos dividen (algo que ya por entonces tanto para "revisionistas" como para "liberales" resultaba impensable). Para demostrarlo, optarán por vías o alternativas diversas que abarcan un amplio espectro, desde un extremo que se toca (aunque sin confundirse) con los "liberales" (como R. Rojas, por ejemplo), hasta otro que muchos terminaron asimilando (aunque dejando de lado los matices fundamentales que lo distinguían) con el "revisionismo" (como el caso de M. Gálvez)<sup>14</sup>.

La primera de las variantes posibles de esta corriente que llamo "eclectica", surge cuando esta vocación de "síntesis" se proyecta en un esfuerzo por revelar un identidad esencial entre Sarmiento y Rosas. Esto representará un intento por terciar en la disputa instalada en los términos definidos por el que llamamos "primer revisionismo". Gálvez es quien ha hecho de esta alternativa el eje de su reconstrucción biográfica, creyendo aportar con ella pruebas elocuentes de la realidad de esta concepción nada ortodoxa.

"Nada prueba mejor que algo había de común entre ellos, que la secreta simpatía de Sarmiento por don Juan Manuel. Más que simpatía era una fascinación"<sup>15</sup>, aseguraba, y ofrecía como argumento el hecho de que el propio Sarmiento "coloca(ra) a don Juan Manuel en la línea de la tradición democrática y revolucionaria"<sup>16</sup> en la que él mismo se inscribía. Sin embargo, pensaba que Sarmiento se equivocaba cuando buscaba los lazos que lo unían a Rosas por el lado del igualitarismo, viendo en su gobierno "un intento de establecer la igualdad"<sup>17</sup>. Esa "fascinación" oculta de Sarmiento por Rosas se nutría, en realidad, de filiaciones políticas comunes opuestas: el autoritarismo. Fue "el gobernante argentino que después de Rosas más ha hecho por el principio de autoridad"<sup>18</sup>, decía, para mostrar así que "su lugar no está junto a Mitre que fue demócrata y liberal, sino en esa fila donde se hallan el chileno Portales, el colombiano Núñez, y el ecuatoriano García Moreno. En esa fila donde también está Rosas, Sarmiento ocupa uno de los extremos, el de la relativa moderación, y don Juan Manuel ocupa el otro"<sup>19</sup>.

Quienes han visto oposición alguna al respecto entre ambos, afirma que fueron deudores, muchas veces inconscientes, de ciertas deformaciones y "mistificaciones" producidas en torno a su pensamiento, las que sólo pueden explicarse por "el poder subterráneo de la masonería"<sup>20</sup> que pretendió presentar a nuestro autor como un "demoliberal y como desprovisto de creencias (religiosas)". Ello no habría sido sino un invento absurdo que revela oscuros designios. "Siempre Sarmiento estará contra lo más democrático"<sup>21</sup>, decía Gálvez. En sus palabras finales se descubren los destinatarios de sus diatribas, oscuros responsables de tan nefastos malentendidos: "hoy los izquierdistas lo hacen suyo. Y no hubo nadie que fuese más hombre de orden, más

conservador! De haber vivido ahora, la demagogia no habría tenido mayor enemigo<sup>22</sup>. En este autoritarismo antipopular Gálvez terminaba hallando la verdadera grandeza de nuestro autor, el secreto de su misión providencial: "Los argentinos tenemos que agradecer a Sarmiento el habernos salvado del jacobinismo francés. Sin sus ideas y su gobierno, hubiéramos tenido después de él, muy probablemente, un Batlle Ordoñez o un Calles, gran creador el primero, mas jacobino auténtico<sup>23</sup>.

Vemos esbozarse aquí, pues, un debate casi puntual con la versión de Sarmiento ofrecida por Doll-Cano, desplegando entonces, en oposición a aquellos, una línea de reivindicación de su pensamiento análoga a la realizada por Ibarguren respecto de Rosas. Gálvez intenta así disputarle el legado sarmientino a una historiografía que lo había convertido en parte de su propia genealogía de un modo que resultaba para él cuestionable, atribuyéndole ideas que le eran ajenas o que constituían el costado más errático e incierto de su pensamiento, deformando el auténtico sentido de sus obras. Con ello intentaba salvar el último de los posibles lazos que podían unir a los llamados "rosistas" con una tradición a la que Gálvez aún no se resignaba a abandonar. De todos modos, el subido tono que comienza a adquirir el debate político de la época haría desdibujarse este proyecto, el que habrá de ser prontamente asimilado al modelo de los revisionistas<sup>24</sup> con lo cual, sin embargo, habrían de oscurecerse las originalidades que le son específicas. No obstante ello, esta propuesta de Gálvez constituye igualmente otra de las alternativas que hay que considerar, y de la que no podemos asegurar que no pueda nuevamente desgajarse de tan absorbente compañía y encontrar sus nuevos propios cultores.

## **2) LAS REPERCUSIONES DE LA POLEMICA**

### **2.1 - LAS PRIMERAS REDEFINICIONES EN EL PENSAMIENTO LIBERAL**

Los seguidores del llamado "pensamiento liberal" tampoco podían ya permanecer ajenos a los embates de este que denominamos el "primer revisionismo", más aún cuando ellos mismos participaban de cierto clima histórico que imponía la redefinición de algunas de las ideas que hasta entonces parecían verdades consagradas, y esto iba a traducirse en nuevos modos de concebir nuestro pasado. Los trabajos realizados por A. Palcos<sup>25</sup> en torno al año '30 muestran ya una serie de desplazamientos que comienzan a operarse dentro de la propia "escuela liberal".

"Tomada al pie de la letra la teoría de Facundo no resiste al embate de la crítica. Es arbitrario decir que las ciudades están separadas de las campañas por varios siglos. Conviven, una atmósfera común las envuelve<sup>26</sup>, afirma entonces Palcos, y con ello comienza a esbozarse una concepción nueva (aunque anticipada en algunos aspectos por quienes, como Alberdi, polemizaron en vida con Sarmiento) respecto de la naturaleza del antagonismo que motoriza nuestra historia. Desde este punto de vista sería, absurdo oponer sin más las ciudades y las campañas, puesto que ambas se suponen mutuamente. Sarmiento mismo, aunque él no lo haya advertido, compartía profundos lazos que lo unían secretamente a Facundo, "eran sumamente diferentes, pero pertenecían a la misma raza". Por ello es que la posteridad debía reconciliarlos, pues "Sarmiento y Quiroga se entrelazan armónicamente en los descendientes de su carne<sup>27</sup>.

Diluidos así los antagonismos, tampoco la oposición entre los grandes hombres y su medio, que para Ingenieros resultaba inevitable, parecía poder seguir sosteniéndose: "En ocasiones, el pueblo tiene como la intuición de su poder y los sigue<sup>28</sup>, confía ahora. Las masas, al fin y al cabo, sabrían finalmente reconocer a sus grandes hombres y seguirlos (dado que sólo entonces estos se constituyen verdaderamente como tales).

Resulta sugestivo observar que, en un momento en que las contradicciones sociales comenzaban a agudizarse y el debate político a agriarse, surgiera una visión más matizada respecto de la relación entre los

'grandes hombres' y su medio <sup>29</sup>. Lo que se manifiesta allí es un primer esfuerzo por superar lo que hasta entonces parecía una paradoja intrínseca al pensamiento liberal, intento que surge, en un último análisis, como contrapartida de la aparición de una primera impugnación al liberalismo desde un punto de vista nacionalista-autoritario (mientras que esta oposición reverdecerá en la década siguiente, aun en forma más descarnada, cuando este nacionalismo adquiera rasgos populistas). Para la generación anterior, en la medida en que este liberalismo se pensaba a sí mismo como "progresista", pero sólo accesible a ciertas élites, se terminaba siempre oponiendo dos conceptos como los de "democracia" y "pueblo" que, si nos atenemos a su etimología, debieran ser sinónimos. Ahora, por el contrario, la democracia (o, al menos, algunos de sus representantes) buscaría acercarse a esos sectores populares a los que apelaba, unidos ambos por la común exclusión o la burla en el ejercicio de sus derechos.

Sin embargo, esta cierta reivindicación por parte de los liberales de las realidades autóctonas, sólo surgió cuando tal situación hubo de conjugarse con la que por entonces aparecía como una ineludible revisión, aún para los más acérrimos defensores de Sarmiento, de otro de los aspectos fundamentales que definían su pensamiento (hecho que señala una profunda quiebra conceptual que marcara decisivamente el clima espiritual de toda una época): el desengaño respecto de los modelos políticos a los que él había adscrito incondicionalmente. "Ya no podemos decir: 'seamos los Estados Unidos', otra debe ser la divisa: superar a Europa y los EE.UU., propiciar a eliminar la lepra espantosa de la guerra, elaborar un alma nueva que sea la expresión más perfecta de la solidaridad humana."<sup>30</sup>, afirmaba Palcos dejando así salir a luz profundos reparos nuevos: "en otra cosa finca su error: en haber justificado, durante cierta época de su vida, las invasiones europeas en América"<sup>31</sup>.

Principiaba así la propia versión liberal a hacerse cargo de la idea de una reprochable ausencia en nuestro autor (que podía juzgarse más o menos grave) de cierta cuota necesaria de "espíritu nacionalista"<sup>32</sup>. Habrán pues de instalarse dentro de la misma escuela "liberal" (aunque tratando de enmarcarlos dentro de una imagen de conjunto de tono apologético) algunos de los tópicos desplegados por el revisionismo. Buscaba así ésta adecuarse a un clima de ideas que, a la vez que hacía ineludible la revisión de algunas de las creencias hasta entonces incuestionadas, abría nuevas vías de solución (aunque ya bastante más inestables) a algunos de aquellos problemas que el momento planteaba. Sin embargo, en la medida que la nueva generación del pensamiento revisionista se vaya orientando a tallar sobre el persistente divorcio entre las ideas liberales y las aspiraciones populares, se habrán de agudizar sus contradicciones, y con ello se forzará una nueva serie de redefiniciones dentro de la misma.

## **2.2 - EL REVISIONISMO 'NACIONAL Y POPULAR'**

Paradójicamente, esta segunda generación revisionista habrá de tomar la misma fórmula de Sarmiento como punto de partida para la impugnación radical de su pensamiento: "Ninguna proposición lleva tan bien sobre sí el problema medular de nuestra cultura"<sup>33</sup>, aseguraba F. Chávez. Sólo que en ellos habrán de invertirse las valoraciones: "el bárbaro argentino es, salvo excepciones -decía Chávez- un testimonio de conducta en que resaltan las virtudes de solidaridad social, de fidelidad al pueblo y de rectitud política incomparable"<sup>34</sup>. J. M. Rosa, en el libro ya citado, fue quien abrió esta línea de pensamiento al señalar la distorsión etimológica que encerraba la definición sarmientina de los términos "civilización" y "barbarie".

*"Civilización -que gramatical y lógicamente quiere decir 'perteneciente a nuestra cives, a nuestra ciudad'-, fue entendida en un sentido opuesto: como lo propio de extranjeros, y barbarie -de bárbaros, extranjeros- vino a significar, a su vez, en el lenguaje liberal, 'lo argentino', contrapuesto a 'lo europeo'. Los hombres que trastocaban el país, comenzaban así a trastocar su gramática."* <sup>35</sup>

De Paoli, en una obra ya clásica de esta escuela (*Sarmiento: su gravitación en el desarrollo nacional*) explicaba

este afán por revisar el legado sarmientino como una reacción ante la hegemonía de una ideología de corte pro-imperialista. Había surgido, finalmente, el "rosismo" como contrapartida del "sarmientismo" considerado ahora sinónimo de "política colonialista". Y de Paoli insistía en la plena vigencia de este antagonismo: "A más de un siglo del choque violento de estas dos políticas -Caseros- los dos hombres que respectivamente encarnaron a cada una de ellas, redivivos en el pasionismo, como asimismo sus tendencias políticas y sus intereses, están como entonces, frente a frente, y sus partidarios tan enardecidos como antes. Y es que el problema que se debatía entonces, teniendo en cuenta al pueblo, aún no se ha solucionado"<sup>36</sup>. Culmina así el proceso por el cual el conflicto histórico que se encarnara en las figuras de Sarmiento y Rosas adquiere proyección universal convertido en el sustrato de una dicotomía que recorrería toda nuestra historia y explicaría todo su transcurso. La fórmula de "civilización" y "barbarie" expresará desde entonces un antagonismo eterno e insoluble en nuestro medio. Ninguno de ambos polos de la controversia parecía ya capaz de doblegar al otro, los intentos de mediación no serían sino una tregua pasajera tras la cual los enfrentamientos emergerían renovados.

Algunos, es cierto, intentaron matizar sus tajantes apologías y rechazos. Ensayaron, pues, una cierta reivindicación hacia aquella otra supuesta faceta de su personalidad descubierta por Lugones cuando afirmara que *"Facundo y Recuerdos de Provincia son nuestra Ilíada y nuestra Odisea [...] constituyen nuestra vida espiritual como Nación"*<sup>37</sup>. Para J. M. Rosa, había, efectivamente, un Sarmiento escondido que "sintió la patria" de un modo visceral e intuitivo, que "a despecho de desechar 'ese sentimiento de la nacionalidad', lo tenía dentro de sí y era más fuerte que su voluntad de extinguirlo"<sup>38</sup>.

De todos modos, no fue a este "otro Sarmiento" al que le habrían de dedicar los revisionistas sus mejores páginas (aunque nunca lo negaron del todo). Aquellos que pusieron (como R. Rojas) un énfasis excesivo sobre este punto, pronto aparecieron, a sus ojos, sospechosos de intentar (dicho con las palabras que Rivas le dirigiera al autor de *La Restauración Nacionalista*) "eludir juicios absolutos acerca de los escritores consagrados por el consenso liberal"<sup>39</sup>, suerte de concesión inaceptable. La fuerte polarización que dominaba por entonces este debate ya no dejaba demasiado lugar para las sutilezas.

### **2.3 - EL ECLECTICISMO 'FACUNDISTA': UNA SOLUCION TRASCENDENTE**

Contemporáneamente a Gálvez surgió también otro intento análogo al de aquél por reivindicar a Sarmiento partiendo de las propias premisas propuestas por los revisionistas. Sólo que, esta vez, tales premisas ya venían teñidas por el espíritu del nuevo nacionalismo de corte populista. Entonces, parecerá imposible hallar un territorio común donde situar tanto a Sarmiento como a Rosas, pero no todavía encontrar afinidades entre nuestro autor y aquella figura que expresaría aún más fielmente el modo de ser de nuestras poblaciones rurales: Quiroga. Sin embargo, para poder hallar las mismas debería ya bucearse en un terreno de sustancialidades mucho más profundo que el de las verdades evidentes. Con ello emergerá lo que consideraremos una segunda versión del eclecticismo, suerte de correlato de la polémica desplegada por la que llamamos "segunda generación del revisionismo".

Rojas fue quien se propuso entonces rescatar un "Sarmiento vivo", deslindando en él "los principios generales que dieron fundamento a su acción y a su programa" de "lo que es anécdota de la política contemporánea y polémica de pasiones ya superadas", aquél que logró situarse por encima de las controversias en las que pretendían encasillarlo aquellos que no sabían ver tras la superficie de un texto. En fin, revelar lo que nadie había aún advertido: que la antinomia sarmientina, tal como fue por él definida, conllevaba necesariamente su "síntesis" (que en Rojas, por otra parte, no se distinguía del "justo término medio"). El error de sus seguidores fue el no haber sido capaces de seguir esta consecuencia lógica a que conducía su pensamiento.

No fue, pues, responsabilidad de nuestro autor (J. M. Rosa se equivocaría en ello) el que sus sucesores hayan

convertido estos "opuestos dialécticos" en absolutos. Ello fue el resultado, entendía Rojas, de una degradación posteriormente ocurrida del término "civilización" cuando se lo despojó de los atributos morales que lo definían para convertirlo en un calificativo de connotaciones meramente materiales.

*"Sarmiento no es responsable, sino los que han gobernado el país después de su muerte, en el presente siglo. Al definir la civilización, señala la importancia funcional de los medios científicos, políticos y económicos, pero a la civilización le asigna 'fines morales'" 40.*

No pretendía Rojas ocultar con ello las innumerables "contradicciones" que se observarían en sus obras: "En Sarmiento -decía- hay un intelectual con quien discuto, y una especie de demiurgo a quien admiro"<sup>41</sup>. Su "inteligencia de viajero", aseguraba, no le permitió comprender cuál era su verdadero lugar: "Sarmiento se equivocó. Él era temperamentalmente gaucho, Rosas no; él era doctrinariamente federal, Rosas no; él era un americano típico, Rosas no. El antagonismo entre ambos provino de dichas diferencias. A estos dos valores prototípicos, necesitamos cambiarles los nombres de antaño"<sup>42</sup>. Los atributos que tradicionalmente se le han adjudicado a Rosas, R. Rojas los reclamaba para su "otro" Sarmiento. Y el argumento último que sostenía tal interpretación radicaba en la idea de que Sarmiento nunca podría haber negado esos valores nativos pues formaban parte de su propia esencia; en definitiva, siempre que lo hizo era porque "no advertía que estaba negándose a sí mismo"<sup>43</sup>. Así, su espíritu nacional debía de imponerse en él a su pesar, manifestándose "secretamente" en la identidad profunda que lo ligaba a Facundo.

*"Escribí contra los gauchos, pero yo no le creo, porque estoy en el secreto: nadie se parecía más a Facundo que Sarmiento, gauchos los dos, de origen igualmente hidalgo y eximios peleadores ambos, aunque el plano del uno fuese el instinto y el del otro el del ideal" 44.*

En fin, si Rojas podía seguir sosteniendo la antinomia que separaría a Sarmiento de Rosas, es porque previamente había despojado al "tirano" (al que no duda en comparar con Hitler) de todos aquellos valores que constituirían auténticamente nuestra nacionalidad. La identidad de Sarmiento y Facundo era, ella sí, algo mucho más noble y superior, porque se situaba en un plano esencial y trascendente. No importaba incluso aquí lo que los mismos personajes históricos hubieran dicho o hecho porque no se trataba de una cuestión estrictamente histórica sino de algo mucho más fundamental: de nuestro ser como Nación. En todo caso, negarla no es algo que le haya sido dado a un prócer, así como tampoco puede una Nación negar a éstos. Lo demás es episódico, "lo trascendental en él -decía- es la relación esencial que se descubre entre los diversos episodios. Así llegamos a descubrir valores permanentes"<sup>45</sup>.

Lo que aparecía hasta entonces relegado (como entre los revisionistas) al plano de las "ironías de la historia" (las supuestas afinidades entre Facundo y Sarmiento), se despliega en Rojas como un proyecto intelectual, que encierra, a la vez, todo un programa político - ideológico. Y si su invocación a terminar con las controversias que nos dividen no ha tenido gran eco, tampoco su proyecto intelectual resultó demasiado convincente. Pocos intentarán seguirlo en una línea de interpretación que no parecía alcanzar a rozar las razones de una historia profundamente desgarrada <sup>46</sup>.

### **3) LAS VERSIONES MAS RECIENTES**

#### **3.1 - LOS REACOMODAMIENTOS EN LA "HISTORIOGRAFIA LIBERAL"**

El áspero cariz que fue dando forma a este debate hizo del todo insuficientes los tímidos intentos de adecuación al mismo intentados por Palcos. Entonces, los más fieles seguidores de Sarmiento preferirán repliegarse respecto de ciertas líneas críticas esbozadas por aquél, ensayando una estrategia diferente que

los distingue más claramente de la nueva impugnación radical que comienza a aventurar la nueva generación de historiadores revisionistas y les permita delinear un nuevo modo de concebir lo central del aporte sarmientino.

Se explica así que Orgaz prefiera, antes que debatir en torno a los contenidos de la ya conflictiva fórmula, destacar, en cambio, que "lo interesante, en todo caso, de Sarmiento, residiría en el mero reconocimiento de la 'lucha' como agente del proceso de la historia, como principio primordial de la sinergia social. Lo demás [...] constituye el aspecto material y variable de ese principio inmaterial y eterno"<sup>47</sup>. También aquí encontramos un desdoblamiento análogo al ensayado por Rojas entre el Sarmiento "material y variable" y el "inmaterial y eterno". Sólo que lo que queda en este residuo esencial no es ya la sustancia de la nacionalidad, sino la explicación última a la conflictividad de la historia mundana.

Nos situamos, pues, en el terreno de lo que Romero concibiera como el de "las fuerzas primarias" que, por encima de sus contenidos circunstanciales, actuarían permanentemente en ella. El principio más general que motoriza el desenvolvimiento histórico consistiría, para Romero, en el eterno enfrentamiento entre las "fuerzas creadoras" (racionales y progresistas), y las inercias de las, en cada caso, "verdades convencionales" ("fuerzas conservadoras", por definición). Cobraba así forma una nueva lectura de la tradicional fórmula: "la clásica antinomia de 'civilización y barbarie' oculta la antinomia de 'libertad y necesidad'"<sup>48</sup> "la vida histórica, parecía decir (Sarmiento), es el resultado de la acción creadora sobre la necesidad, eso es, en última instancia, la traducción de 'civilización y barbarie'"<sup>49</sup>.

El antagonismo de base del pensamiento sarmientino dejaba entonces de representar el nudo de un drama histórico de carácter específico, ubicado en un pasado focalizado, para convertirse en el principio articulador de una filosofía de la historia que tendía a ver en esta ya recurrente controversia que parecía enfrentar permanentemente a los argentinos, una suerte de premisa insuperable de toda "vida histórica". Esto no necesariamente excluía la posibilidad de logros ciertos en el progreso de la civilización. Sin embargo, una dura experiencia histórica haría poner el acento en lo que en ella hay de transitorio y móvil.

En definitiva, el transcurso histórico, creía Romero, termina siempre transitando entre ambos principios genéricos, porque en él todo se da necesariamente mezclado. Rotos los lazos con el mundo de las esencias trascendentes donde todo se conjuga armoniosamente, en el mundo sólo cabría ya la transacción entre los extremos opuestos para evitar la mutua destrucción. Tanto en la antigua Roma (con los Escipiones), como en la América Latina del siglo pasado, la resultante del choque de estas fuerzas será siempre un temperamento medio: en este caso, el "liberalismo conservador".

Por supuesto, esta universalización del modelo de explicación que supuestamente se fundaba en Sarmiento, tampoco implicaba necesariamente abandonar todo intento por precisar (al modo como lo hicieran los positivistas) el momento específico que, dentro de esta controversia histórico - universal, la propia figura de Sarmiento encarnara. F. Weimberg ha sido uno de los que más insistió en la necesidad de buscar el contenido político - social más preciso que lo definía. Retomando lo de Ingenieros, afirmaba que "Sarmiento advirtió tempranamente que había llegado la hora de transferir el poder a la flamante burguesía nacional, y él, que nunca desmintió haber integrado la élite gobernante, no titubeó en defender los derechos de los nuevos grupos sociales"<sup>50</sup>. Pero también señaló este autor que los logros posibles en este camino son, al menos en nuestro medio, siempre incompletos y nunca definitivos. Sarmiento mismo terminaría por enfrentarse "con asombro y perplejidad" a "algunas graves e inesperadas derivaciones de el proceso que ha contribuido a alentar"<sup>51</sup>.

Botana, finalmente, atribuyó al propio Sarmiento gran parte de la responsabilidad por este desalentador resultado. Del antagonismo entre los principios republicanos que éste consagrara en sus obras como pensador y una práctica política que se dedicó a contradecir sistemáticamente estos principios, hace el eje de la reconstrucción de su biografía intelectual: "un abismo tan hondo como la historia secreta que él reveló,

dividió la utopía del pensador de la experiencia del gobernante<sup>52</sup>. Se rompe así la supuesta unidad y armonía en su trayectoria y su pensamiento postulada por los positivistas. Sarmiento, suerte de sucesivo Rousseau y Hobbes, revela siempre, y fundamentalmente, un antagonismo eterno en nuestro medio entre las ideas y las realidades, entre los principios que dicta la razón y un mundo que le opone sus persistentes prejuicios, entre las fuerzas del progreso y las reciedumbres tradicionalistas. Una casi siempre perversa combinación de grandeza y bajeza va a inevitablemente impregnarlo todo aquí. Los desajustes entre el "genio" y el "medio" que para Ingenieros le eran "extrínsecos" a su personalidad, han finalmente perforado por todos los costados a nuestro héroe, se han introducido en él y lo han desgarrado hasta hacerlo irreconocible a los republicanos ojos que no entiendan de pragmatismo.

### 3.2 - EL "REVISIONISMO DE IZQUIERDA"

En los años '60 comienza entre los revisionistas la revalorización del "otro Alberdi". Desde entonces la antinomia entre Alberdi y Mitre empezará a competir con la de Rosas-Sarmiento, reivindicado ahora este último como un liberal más "progresista" frente al conservadurismo de Mitre, expresión de los sectores más parasitarios de la burguesía: los comerciantes porteños. Sin embargo, estos intentos de conciliación estaban destinados a no prosperar. Pronto el renovado enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas hace reverdecer las antinomias tajantes en la historiografía del período. "Creemos que el remanido argumento de las contradicciones de Sarmiento [...] son una excusa que encubre la ausencia de 'un análisis totalizador' [...] luego de comprender que la barbarie es ineliminable, comprendemos mejor aún los intentos de Sarmiento por confinar a Quiroga y a sus hombres en la naturaleza [...] toda política de exterminio debe comenzar por excluir de los terrenos de la condición humana a aquello que se propone exterminar"<sup>53</sup>, decía Feinmann de un modo que no dejaba lugar a posibles malas interpretaciones.

No obstante, tras estas tajantes afirmaciones se esconde un análisis muy fino y sugerente (y que, en cierto sentido, resulta contradictorio con las mismas). En este autor encontramos un proceso de redefinición general del pensamiento de Sarmiento paralelo al operado en el "campo liberal". Lo central del mismo sería, también para Feinmann, su concepción de "la historia como conflicto". Su caracterización de este antagonismo recuerda incluso la de "libertad" versus "necesidad" de Romero:

*"Civilización y barbarie es también otra forma de expresar el enfrentamiento entre "teleología" (fin) y "causalidad" (ley). En resumen, si la naturaleza existe abandonada al acaso, si el mundo es lo inerte, la tarea del hombre (que es civilizarse) radica en alejarse cada vez más de lo natural, 'desnaturalizándolo'. La civilización, pues, es lo racional porque responde a las ideas de 'orden y valor' y este orden debe ser 'universal', pues lo que se realiza en él es, precisamente, un universal: 'el hombre'"<sup>54</sup>.*

"La misión del hombre", sintetizaba en lenguaje hegeliano, "radica en introducir determinaciones en la naturaleza"<sup>55</sup>. Lo imperdonable para él es que Sarmiento haya confundido "la realización de la humanidad" con la "realización de la cultura europea"<sup>56</sup>, con lo que terminaría convirtiéndose en "una profunda justificación de la política colonialista"<sup>57</sup>. A ello condujo, entendía, un pensamiento en el que "no existe la síntesis que pueda superar este antagonismo [...] nada más lejos que el *aufheben* hegeliano"<sup>58</sup>, concluía, con una dudosa interpretación del término (la propia redefinición que proponía este autor de tal antagonismo -el mismo lo acababa de señalar- excluía tal posibilidad)<sup>59</sup>.

Menos sutil pero mucho más clara sigue resultando C. Lacay (quien se queda con la primera de las afirmaciones de Feinmann) cuando asegura que "la ideología de la clase dominante argentina" se fundó sobre la idea de Sarmiento según la cual "la supervivencia de la civilización exige el aniquilamiento de la barbarie"<sup>60</sup>. En fin, las definiciones de la antinomia sarmientina parecen así condenadas a oscilar básicamente entre sólo dos alternativas posibles: o referirla a un plano de esencias supramundano en donde ambos términos que

la componen puedan conjugarse en tanto que participan de un mismo principio que los trasciende: la nacionalidad (alternativa que, sin embargo, no parece haber resultado muy transitable para pensadores demasiado agobiados por las algo más prosaicas confrontaciones cotidianas); o, en cambio, mantenerla sujeta al plano de las realidades mundanas en donde ya no parece haber lugar alguno para la conciliación. En él, "civilización" y "barbarie" (no importa cuál sea cuál) representarán en todos los casos dos fuerzas eternamente presentes e imbatibles, en fin, igualmente ahistóricas. Por ello, a este nivel sólo cabría ensayar alguna fórmula de acuerdo que evite un enfrentamiento en el que, de todos modos, ninguno podría resultar triunfante. ¿Podría acaso Sarmiento haber previsto un destino más patético y desencantador para su fórmula?. Permítasenos ponerlo en duda.

### **3.3 - EL ECLECTICISMO DECADENTISTA**

En este repaso de las diversas versiones surgidas en torno del pensamiento de Sarmiento <sup>61</sup>, distinguiremos finalmente una última variante dentro de esa informe corriente de los que han buscado escapar de las ortodoxias. Esta la podemos definir como una suerte de "eclecticismo decadentista" y cabría interpretarla como el intento de lograr una suerte de conciliación análoga a la de Gálvez y Rojas, pero ya en el plano de las realidades elementales que esas "fuerzas primarias" definidas por Romero-Feinmann suponen.

Pues bien, lo visto hasta ahora muestra que la idea de "conciliar" fuerzas primarias (siempre que ello involucre algo más que un mero equilibrio transaccional) implica una contradicción <sup>62</sup>. Aceptarlas como tales, pero a la vez comprobar en la realidad alguna suerte de unificación de las mismas, sólo podría significar su confusión, indicaría el haber alcanzado un verdadero punto muerto en nuestra historia, un pantano en el que toda inteligibilidad habría necesariamente de naufragar. Ahora bien, esta alternativa es la que ha transitado E. Martínez Estrada.

Este, entonces, partirá del presupuesto de la validez de la antinomia sarmientina, creyendo descubrir en ella la mejor de las síntesis posibles de un conflicto existencial al que considera, él también, insuperable <sup>63</sup>. Sin embargo, y en ello reside el rasgo más característico y original de su concepción, tal perennidad de dicho antagonismo ya no resultaría tanto, para él, de lo piaran de la oposición entre las determinaciones respectivas que definen a sus términos. Lo que le otorga un verdadero sentido trágico a este desgarramiento esencial estribaría, precisamente, en la imposibilidad de poder fijarlo o definirlo, a lo piaran que éste se habría tornado desde el momento en que sus términos se han fundido y confundido dando como resultado una "cultura bastarda" en la cual aquellas oposiciones perdían todo su sentido primitivo.

En efecto, a partir de 1880, fecha en que Martínez Estrada ubica su suerte de versión nativa del "ocultamiento del ser" heideggeriano, las "dos fuerzas históricas [...] se funden en una historia ambivalente. Es una simbiosis tal, que no se sabe ya -aseguraba- cuál es el parásito [...] las dos historias se invaginan y pacifican, sellan un pacto tácito [...] Sarmiento siguió creyendo en la antítesis civilización-barbarie, sinonimia de Europa-América y de España-Argentina. No vio que civilización y barbarie se integraban en un tipo de cultura, en un *status* social complejo ... lo que en el lenguaje técnico se denomina 'cultura bastarda'<sup>64</sup>. Y una vez que se han desvanecido de tal forma todas las certezas y evidencias, no tendría objeto intentar oponerse a dicha situación o siquiera pretender presentarle batalla, "porque nuestros enemigos hoy no están, como en tiempos de Sarmiento, al frente, en la trinchera opuesta sino que junto a nosotros emplean en su provecho los beneficios de las instituciones democráticas, y hacen inevitable el yugo actual de la vieja traición"<sup>65</sup>.

La única actitud digna, entonces, consiste en plantear los problemas sin esperar solución alguna a los mismos. Esperar esto sería cristalizarse en la mediocridad, "la solución de un problema social, económico, político, equivale a la insensibilización de la conciencia"<sup>66</sup>. Y en nuestro país, dice, "desdichadamente, lo que hemos buscado siempre -y obtenido, por supuesto- son las soluciones, evitando los problemas"<sup>67</sup>. En ello

radicó también el error de nuestro autor: "Sarmiento no debía haber regresado nunca al país"<sup>66</sup>, le reprochaba. En fin, si Martínez Estrada descreía ya de la certezas absolutas, de toda pretensión mundana de verdad; no veía en ello contradicción alguna con convertir este decadentismo mismo en un valor absoluto. No dudaba, pues, en cuestionarle a Sarmiento el no compartir tales ideas (las que, en última instancia, habrían resultado un anacronismo en su época)<sup>69</sup>.

En síntesis, el autor de *Radiografía de la Pampa* creía, pues, ver finalmente realizada aquella síntesis supuestamente prevista o presentida por Sarmiento, y que tanto preocupó a los que transitaron antes que él por esta intrincada zona de pensamiento, que se desdibuja a cada paso, pero que resistió siempre a inscribirse acriticamente dentro de las grandes opciones que polarizan nuestra historia del pensamiento. Sus resultados, sin embargo, no podían haber sido imaginados de un modo más dramático. En este patetismo existencial que trasunta la biografía de Sarmiento, Martínez Estrada encontraba el secreto de su pensamiento y su vida. Su valor paradigmático residiría en haber puesto de manifiesto que la única realidad en este mundo es su intrínseca ironía, es decir, en revelar definitivamente que no hay nada en él de lo que pueda predicarse (valga la paradoja) algo definitivo.

### **EL SARMIENTO QUE VIVIO**

A lo largo del estudio de este verdaderamente denso debate, se ha intentado seguir las diversas y disímiles líneas de lectura a que la obra de Sarmiento ha dado lugar. De acuerdo a lo expuesto, parece ser que difícilmente pueda encontrarse en ellas algún aspecto en el que todas coincidan. No obstante ello, existe sí un presupuesto común que permite que tal debate sea posible. En efecto, todos sus autores concuerdan en que la figura de Sarmiento es la clave de una controversia que lo sobrevive y se proyecta hacia el presente. "Sarmiento no tiene necesidad de que se anuncie su retorno porque no ha desaparecido de la vida argentina [...] hay, sin duda, un Sarmiento muerto hombre de su tiempo, que acogió lo que las circunstancias le impusieron [...] pero hay al lado de ese un Sarmiento vivo. Ese cuya imagen se ofende a cada día, porque ni para atacarlo ni para defenderlo pensaríamos tanto en él si no descubriéramos que es algo vivo que está unido a nuestra propia existencia"<sup>70</sup>. Romero resumía así lo que era un sentimiento común a todos los que han intentado aportar sus propios puntos de vista en esta controversia. De allí que (y este es un dato sugestivo) el debate mismo no ha sido objeto de polémica, al punto que (hasta lo que conozco) nadie se ha preocupado por escribir su historia (la que constituiría, además, un material fundamental para reconstruir nuestra "historia del pensamiento"). Esta aparece, en sí misma, como una evidencia inmediata, un dato. Sólo algunas fechas fundacionales que señalarían la emergencia, o el alumbramiento, de algunas "verdades" al fin reveladas. En fin, un debate eterno que por ello mismo no tendría verdaderamente historia.

Sin embargo, esta suerte de desgajamiento del pensamiento de nuestro autor de todo contexto histórico sólo se produjo, según también lo hemos visto, como consecuencia de la instauración del debate mismo y terminó resultando del particular sesgo que éste fue adquiriendo. La fuerte polarización que dominó esta polémica fue lo que llevó a diluir el sentido histórico aún presente en las primeras semblanzas positivistas sobre nuestro autor. Desde este punto de vista, la historiografía posterior bien puede considerarse como el proceso por el cual Sarmiento se va convirtiendo, de un personaje histórico, en el símbolo de una controversia histórico-universal, inherente por lo tanto a toda época y lugar. Las diferentes perspectivas respecto de la naturaleza y el destino de dicho antagonismo irán tallando tales encontradas construcciones biográficas.

Ahora bien, si en "un sentido más general" (por decirlo de algún modo), el presente trabajo participa indudablemente de esta situación y entronca con ella, de la que se nutre; en un "sentido más específico", éste habrá de orientarse en una dirección contraria. En efecto, de lo que aquí se tratará no es de buscar aquello "que nos une" a Sarmiento (como pedía Romero), sino, precisamente, *lo que nos separa de él*, aquello que en él sólo puede comprenderse cuando nos compenetramos con su época, en el contexto de ideas y de

situaciones dentro del cual se ha desenvuelto. Rescatar al "Sarmiento vivo" sólo podrá consistir, entiendo, en tratar de acceder a aquel que vivió y luchó en su tiempo, que pensó sólo a partir de las pautas con que la cultura de su época le permitían hacerlo, que se agitó con los problemas que en ella se agitaban, y que buscó influir sobre las cuestiones que entonces se debatían, siendo que éstas resultan siempre específicas e irreductibles. Fuera de ella, abstraído de su tiempo, desgajado de las circunstancias que le dieron origen, se torna oscuro, se convierte en el fragmento muerto de una realidad viva que si, es cierto, no ha muerto con él y se prolonga en el presente, no por ello nos autoriza a pretender interpretarla a partir de las claves propias de nuestro momento histórico, del mismo modo que tampoco cabe concebir a éste como si fuera una mera prolongación de ese pasado, ni confundirlo sin más con aquel <sup>71</sup>

### **LAS FUERZAS PRIMARIAS: ENTRE EL SER Y EL PENSAR**

De todos modos, con la sola impugnación de aquellas perspectivas ahistóricas o trascendentales de análisis, estamos aún lejos de haber resuelto todos los problemas (en realidad, recién se nos abren). Inmediatamente surge una primera dificultad. En efecto, una vez que hemos desplazado la discusión del terreno de las sustancialidades, parece que sólo nos quedara lo que, según las diversas interpretaciones tradicionales de su pensamiento, constituyera la infinita y cambiante dispersión sin regla de sus contenidos (72). De tal suerte, el evitar la trampa que se esconde tras la búsqueda del "verdadero Sarmiento" (ya sea este mundano o supramundano) -la de enfatizar excesivamente algún aspecto parcial de su pensamiento, utilizando además como rasero la consideración sobre las consecuencias presentes que de sus interpretaciones podrían seguirse- podría llevar a pensar que el mismo no consistiría más que en una mera sucesión de estados mentales inconexos entre sí, pulverizando así su historia en la serie de sus acontecimientos. En definitiva, la dimensión histórica se hallaría aquí igualmente ausente, o bien actuaría sólo al modo de un mero marco externo al mismo.

En síntesis, si de lo que se trata aquí es de introducir esta última dimensión "pragmática" de su pensamiento como un factor constitutivo y constituyente de sus modos variados de concebir la realidad (sin por ello convertirlo en un producto inerte y pasivo de las cambiantes circunstancias), deberemos entonces considerar una tercera alternativa. La misma debería hacernos posible, en principio, comprender la especificidad de sus diversos momentos (los siempre cambiantes, a nivel de sus contenidos, modos de pensamiento), pero a la vez refiriéndolos a aquellas instancias formales (a los modos de producción de los mismos) que, si bien tampoco cabe considerarlas como estáticas e inmutables, resultan sin embargo siempre resistentes a las meras evidencias empíricas, conformando modelos característicos y relativamente más estables de conceptualizar una determinada realidad histórica <sup>73</sup>.

Podríamos entonces considerar aquí la posibilidad de aplicar la idea de "fuerzas primarias" propuesta por Romero <sup>74</sup>, aunque des-ontologizándola, es decir, interpretándolas ya no como un mero reflejo en la conciencia de aquellas supuestas fuerzas históricas eternamente presentes y actuantes, sino como una pauta para descubrir en su pensamiento ciertas estructuras categoriales (o esquemas formales de interpretación de la realidad) que permitan a la vez integrar la dispersión de sus contenidos sin reducirlos en su especificidad. En síntesis, debería hacernos posible rastrear como surgieron y se modificaron históricamente lo que podemos llamar determinadas "formas de inteligibilidad", a partir de comprender el modo como actuaban, ante las cambiantes circunstancias a las que su época lo enfrentó, ciertos dispositivos mentales básicos que definían el modo específico de sus respuestas a las mismas. Finalmente, los desplazamientos operados a este nivel serían, a su vez, los que habrían de ir señalándonos los diferentes momentos en su pensamiento <sup>75</sup>.

El objetivo estará cumplido si ayuda a revelarnos cuáles serían aquellos aspectos cruciales que fueron apareciendo en esta trayectoria intelectual resistente a las conceptualizaciones simplificadoras, permitiéndonos a su vez relacionarlos con los cambios históricos que en su tiempo se fueron produciendo (sin necesidad de

pensar por ello que constituyen un mero reflejo pasivo del mismo). En fin, viendo allí no el testimonio de un conjunto de verdades (o bien imposturas) eternas, sino el escenario en que se debatía una lucha por entender e incidir sobre una determinada realidad de la que nunca se lo debió haber arrancado si lo que se pretendía era efectivamente comprenderlo en su real significación histórica. Con esto no pretendo volver a la idea de una "historia objetiva"<sup>76</sup>, ni aún negar las inevitables "contaminaciones ideológicas" que pueda tener toda labor historiográfica, sin embargo, estoy persuadido que éstas encuentran allí instancias de validación específica que no son las propias (aun cuando la historia póstuma de Sarmiento parece decirnos lo contrario) de un campo de discusión puramente doctrinaria.

# CAPITULO II

## EL PERIODO FORMATIVO: LAS IDEAS, EL ESTILO

*"Ante la pura luz de esta idea divina, que no es un mero ideal, desaparece la ilusión de que el mundo sea una loca e insensata cadena de sucesos."*

HEGEL

*"Sobre todo, nada de muñecos, de esos que se llaman 'caracteres'."*

NOVALIS

Considerando lo expuesto, bien podemos rechazar *a priori* (es decir, por hipótesis) esta idea mítica de un Sarmiento colocado por encima del tiempo y del espacio. Sin embargo, aun así podría igualmente aceptarse como una caracterización ajustada respecto del modo como el propio Sarmiento se concebía a sí mismo (independientemente de la "veracidad" o "realidad" de esta auto-imagen). En todo caso, esta es una cuestión que sólo puede resolverse a partir del análisis de las mismas obras. Hecho este deslinde, podremos entonces sí intentar terciar en el debate buscando descubrir en qué medida las diversas versiones hasta aquí analizadas se adecuan (o no) a aquella que podemos hallar en sus propios textos.

### 1) LAS IDEAS

Comenzaremos, pues, por rastrear en sus escritos iniciales <sup>1</sup> el origen de su polémica fórmula, y así intentar comprender qué sentido pudo haber tenido la misma para él (ya que de eso, en fin, se trata). En una primera aproximación buscaremos fijar aquel conjunto de ideas en las cuales Sarmiento depositara su fe en sus primeras producciones, para ver luego qué tipo de problemas se le plantearían cuando intentara verlas actuar dentro de una determinada trama histórica. Trataremos así de ir recorriendo aquellas líneas por donde habría ido nuestro autor transitando en su diseño de ese modo tan característico de comprender o interpretar el sentido de aquel desgarramiento histórico que plasma en *Facundo* <sup>2</sup>.

1) La primera convicción de Sarmiento (que para él podía considerarse como un hecho ya plenamente comprobado por los grandes pensadores de su tiempo) era que la historia se desenvuelve según una lógica implacable y de un modo evolutivo en el sentido del progreso continuo hacia la plena realización de los

valores universales e intrínsecamente humanos de la libertad. La tarea de todo historiador, pues, debería ser la de descubrir el orden racional que articula a la misma a través de sus diversos momentos.

*"Tal es la época actual que se ocupa de explicar los hechos históricos y de colocarlos, no en el orden cronológico en que se han sucedido, sino en el orden progresivo de los desenvolvimientos de las sociedades. Cada hombre ocupa un lugar en esta serie; y cada uno de los caracteres que aparecen echados al acaso en el camino que siguen las naciones, tiene su deducción lógica, su representación determinada..." (El Mercurio, 7/6/41. OC.VI, p.9)*

2) La historia así concebida debe entonces mostrarnos un transcurso orgánico en donde los diversos acontecimientos encajen unos en otros conformando una unidad de sentido que se desenvuelve progresivamente. En ella son impensables los saltos abruptos, todo lo que en ella emerge requiere de un largo proceso de maduración y nada puede crearse que no se encuentre ya germinalmente en la misma realidad como una de sus alternativas de desarrollo posible. Sin embargo, la realización o "actualización" (en el sentido aristotélico del término) de aquello que se encuentra sólo virtual o potencialmente en el medio requiere de una acción que genera siempre resistencia y produce ineludiblemente violentos enfrentamientos. La historia misma no es sino, para Sarmiento, la de la lucha permanente entre las fuerzas del progreso y las inercias del pasado, entre un orden virtual que quiere emerger y otro real que intenta mantenerse. Ambas tendencias en pugna (progresistas y conservadoras) representan dos principios genéricos siempre igualmente presentes que revelan su íntimo antagonismo en todas y cada una de las manifestaciones humanas <sup>3</sup>.

3) De allí que para poder acceder, en cada caso, al sentido último de esta lucha deban dejarse de lado todos los juicios de valor: la violencia (incluso cuando parezca "injusta") ocupa invariablemente un lugar en ella al señalar el momento del desplazamiento de aquellas formas de sociabilidad que se estancaron y la emergencia de otras nuevas más dinámicas, como sucediera con la conquista de América <sup>4</sup>. Sólo apelando al uso de la fuerza es que las diversas razas, pueblos y clases sociales habrían de ir sucesivamente adueñándose del poder y desplazando de él a sus anteriores ocupantes, marcando así ciclos análogos a aquellos por los cuales en la vida cotidiana se suceden las generaciones.

*"...todos los pueblos se organizan según la época en que viven; pero esta época pasa, le sucede otra más adelantada, otra en que nuevos principios y nuevas cosas, nuevos hombres y nuevas ideas piden la parte que les corresponde. Aquí empieza la lucha entre la parte que posee y la parte que solicita; aquí empiezan las pasiones, los odios, las tentativas, la lucha en fin. Estas tentativas de cambio se organizan poco a poco; de principios pasan a ser hombres, de hombres pasan a ser partidos, de partidos pasan a ser ejércitos, de ejércitos pasan a ser gobierno y poder." (El Progreso, 23/2/433. OC.II, p.116)*

4) Esta lucha, que orienta el transcurso lógico y necesario de la historia universal en el sentido del progreso continuo, cobra sus formas diversas y peculiares en cada Nación acorde a sus particulares características geográficas así como a los atributos naturales que encierra la específica composición racial de sus pobladores. Ya desde sus primeros escritos Sarmiento descubre que en los accidentes naturales de una Nación se encuentra siempre una clave para comprender lo singular del espíritu de su pueblo <sup>5</sup>. Sin embargo, en la medida en que lo que se esconde detrás de cada una de estas figuras históricas es siempre un principio que pugna por manifestarse y materializarse, la historia misma (en lo que hace a su esencia más íntima y no sólo a sus formas exteriores), no puede considerarse como mero resultado del determinismo del medio. "La causa de los trastornos sociales -decía- no esta en la tierra sino en las ideas" (OC.IX, p.263). El medio es para ellas su escenario, le ofrece sus diversos paisajes para que se desenvuelvan; pero son siempre pasiones o voluntades encontradas, motorizadas por impulsos ideales, las que en cada época entran, llegado el momento, en colisión. De allí, pues, que si rastreamos en el origen de todo movimiento social encontraremos siempre no algún accidente geográfico o gen peculiar, sino una idea, un principio alumbrado por la razón y proclamado ante la sociedad por aquellos pensadores que habrán de ir señalándole a los suyos a cada paso

el rumbo a seguir. Vemos aquí la imagen especular del proceso por el cual una raza o pueblo se impone; la tarea del historiador sería, pues, remontar en un sentido inverso este proceso material hasta sus orígenes ideales.

*"Para saber cómo un país ha caído en la ignominia, debemos ir primero al campo de batalla donde un sistema de cosas triunfó; y desde allí remontando la historia, seguir a los personajes y a las ideas hasta su fuente, que por lo general se encuentra en un escritor, en un orador."* (La Crónica, 27/5/49. OC.III, p.267)

5) De todos modos, estos puros principios no son nada aún mientras no logren objetivarse, introducirse en el mundo material y hacerse carne en la sociedad. Sólo entonces se convierten en una fuerza histórica real, en la medida en que son abrazadas por un pueblo y guían efectivamente sus acciones. Resumiendo:

*"Ante todo -ha dicho un escritor moderno-, cualesquiera que sean los sucesos exteriores, es preciso convenir que es el mismo hombre quien forma la sociedad; la sociedad se arregla y marcha en razón de las ideas, de los sentimientos, de las disposiciones morales e intelectuales del hombre. ¿Qué se necesita para establecer una sociedad un poco perdurable, un poco regular?. Es indispensable que posean los hombres un corto número de ideas lo bastante sólidas y extensas para satisfacer las necesidades sociales y estrechar sus relaciones. Es necesario además que esas ideas sean comunes a la mayor parte de los individuos y que ejerzan algún imperio sobre su voluntad y sus acciones."* (El Nacional, 14 y 24/4/41. OC.IX, p.22). [Ese "escritor moderno" a que se refiere es Guizot y la cita corresponde a las lecciones dadas por él en la Sorbona en 1828 y publicadas con el título *La civilización en Europa*. Ver Ed. Alianza, Madrid, 1977, pag.77].

Pero si bien un principio por haber sido solamente proclamado no cuenta aún como fuerza histórica real, una vez que ha logrado echar raíces en la sociedad habrá entonces necesariamente de realizarse y desarrollarse. No podrá ser derrotado sin que antes haya desenvuelto todas sus potencialidades.

*"Un elemento social cualquiera que sea, necesariamente se desenvuelve; se le paraliza dos momentos o más, pero no siempre."* (El Mercurio, 7/6/41. OC.VI, p.13)

6) Este conjunto de postulados Sarmiento los reúne bajo el apelativo de "escuela socialista". Para él, dicha escuela se define, básicamente, por su orientación hacia tratar de descubrir no tanto la validez teórica de un determinado principio como los efectos que éstos puedan ejercer sobre un medio social determinado <sup>6</sup>. En fin, las ideas importan en Sarmiento en tanto que orientaciones prácticas a las acciones de los hombres dado que sólo por su intermedio estas actúan e interactúan históricamente <sup>7</sup>.

Cabe pues introducir aquí una consideración central a fin de comprender el pensamiento temprano de nuestro autor. Si todo hecho debe, para Sarmiento, medirse fundamentalmente en función de las posibles repercusiones a las que pueda o no dar lugar, se debe a que todos ellos participan siempre de una determinada red de relaciones sociales y sólo puede comprendérselos como ya insertos y actuantes dentro de dicha trama. Podemos decir que todo su pensamiento descansa sobre la convicción de que toda la vida social y natural se encuentra ligada por una serie de lazos orgánicos por los cuales los diversos elementos que la constituyen se encuentran conectados y penetrados recíprocamente de un modo que no se puede alterar uno de ellos sin modificar el equilibrio del conjunto. De allí que, para él, una determinada acción desencadene siempre consecuencias que se hacen sentir incluso en los terrenos más insospechados <sup>8</sup>.

7) Esta consideración (decisiva, como dije, para acceder al pensamiento de nuestro autor) nos permite comprender también su particular concepción de la "democracia". Y ella, veremos, siempre habrá de revelarse contra cierta postrera y estereotipada imagen del Sarmiento defensor del sufragio popular y la universalización de los derechos políticos. Su participación polémica en las disputas políticas chilenas, donde condena como "siniestro" al liberalismo, abunda en ejemplos al respecto. Es cierto que éstas bien podrían interpretarse como

posturas de ocasión forzadas por el mismo debate; que no expresan tanto su pensamiento como exigencias por parte de sus sostenedores del partido conservador. De todos modos, sin ser del todo despreciables este tipo de justificaciones, lo sugestivo aquí es el modo como argumenta contra los liberales. Indudablemente, por allí puede verse como se filtran una serie de reparos mucho más profundos que los agitados por los debates de circunstancia. Una dura experiencia histórica habrá de dejar profundas huellas en su espíritu:

*"...el ejemplo de la soberanía popular, esto es, la libre expresión de la voluntad nacional, en la acepción genuina del dogma, traería por consecuencia la elevación de un caudillo popular que representará en todos sus instintos y creencias a la mayoría numérica, a despecho de la mayoría ilustrada [...] a quien incumbe hoy el gobierno de la república." (El Progreso, 16/8/44. OC.IX, p.102)*

Frente a esto Sarmiento tiene, evidentemente, una "acepción no-genuina del dogma" que oponerle: la auténtica democracia, para él, está en la "venta de zapatos".

*"La democracia está, ¿sabe dónde? ¡en la venta de zapatos!" (El Mercurio, 21/4/41. OC.I, p.49)*

*"¡Qué estrépito! ¡Qué movimiento! ¡Qué confusión! Allí la igualdad no es una mera quimera, ni la libertad un nombre vano. Nada de fracs, nada de nobles, ni patrones, ni coches, ni lacayos con galones y penachos, ni clases, ni distinciones, ni calabazas. Igualdad, comercio, industria, todo es una sola cosa, un ser homogéneo, una síntesis; en fin, la república llena de vida y animación del pueblo soberano, el pueblo Rey. El lugar mismo donde esta escena se pasa, lleva las señales del triunfo de la democracia. Diez años ha que existe un portal añejo, sarnoso y chulesco [...] ¡Aquí se trabó la lucha entre lo pasado y lo presente, como el que ha dicho el que tal novedad hueca ha dicho, entre lo nuevo y lo viejo, entre la revolución y la conquista. Atacar la quieta existencia de aquel ruin monumento de los pasados tiempos! ¡Pero no hubo remedio, el hacha y la azada revolucionaria lo demolieron en un decir Jesús!" (id., p.50)*

En este Sarmiento que se burla de los formalismos de los "pipiolos" se sintetiza todo su pensamiento. Si hay algo que lo identificará a lo largo de su increíblemente cambiante y controvertida trayectoria intelectual, sólo aquí puede hallarse. En comprender cómo pudo llegar Sarmiento a concebir que la democracia pueda consistir en "la venta de zapatos" se juega todo proyecto de acceder a lo fundamental de su pensamiento. Y la palabra clave aquí es la de "movimiento". Retengámosla porque en ella se condensa su concepción no sólo de la democracia. "El movimiento es la vida" rezará el título de uno de sus artículos (*La Crónica*, 1/4/49. OC.X, p.104). En fin, la idea misma de civilización se resume en la de movimiento: ella es agitación y actividad permanente, no se detiene nunca a descansar en ningún estadio histórico determinado porque consiste en un permanente avanzar, en el proceso mismo por el cual el hombre va civilizando-se. Por ello es inconciliable con el despotismo, el que se define, precisamente, por su afán de inmovilidad, como el principio retrógrado y estacionario que, en tanto que atenta contra esta condición esencial de la vida humana, conduce necesariamente a la barbarie.

*"El principio de gobierno reconocido hoy por todos los patriotas modernos esta reducido a este axioma: la duración en el movimiento. Rosas faltaba a este gran principio y aseguraba a su poder una duración imposible, se propuso inmovilizar a la sociedad, encadenando el movimiento de las acciones y del pensamiento [...] Negando las condiciones de la vida humana, movimiento y libertad, ha tenido que estar atentando contra ella diariamente..." (El Progreso, 25/4/44. OC. IX, p.149)*

Pero nada de esto entienden los hombres de mentes estrechas que sólo pueden ver la democracia en sus instituciones; nunca podrán comprender lo que Sarmiento que llama su "espíritu": "el espíritu de asociación y la industria que no dan ni el gobierno ni las instituciones" (*El Progreso*, 28/2/45. OC.XII, p.161). Ellos se lo pierden.

## 2) EL ESTILO

Esta particular (aunque no personal) idea de "socialismo" marca también su inconfundible estilo. En efecto, interpenetración recíproca semejante de los elementos que conforman el universo físico y moral debía conferirle a cada uno de éstos una significación siempre mucho más vasta que la que señala su mera existencia individual. En cada uno se encuentra condensado, Sarmiento está convencido de ello, un fragmento de la historia universal. Hasta el más insignificante importa en su prosa en tanto que residuo revelador de un sentido, una idea, una época. El portal de la Plaza de Santiago será siempre para nuestro autor mucho más que un portal: él es la saga épica de la democracia. Entre sus vetas se ocultan luchas, pasiones; es el testigo mudo de la contienda entre dos mundos. Es la misma lucha que se manifiesta en los vestidos, los peinados, los gestos<sup>9</sup>. Esta apelación a lo que podemos llamar la "semiologización del mundo" habrá de convertirse en uno de sus recursos expresivos fundamentales.

De allí que el medio natural no sea para Sarmiento (aunque esto parezca contradictorio con lo señalado anteriormente) un mero escenario para la historia del humano drama. Es un escenario sí, pero en la medida en que el hombre vive en él (y no sólo transita sobre éste), terminan siempre ambos (hombre y medio) compenetrándose; se enfrentan sí, pero en la lucha terminan por adquirir cada uno los rasgos del otro: el hombre puede entonces mirarse en los objetos del mismo modo que estos últimos dejan siempre sus huellas en la fisonomía y en el espíritu de aquel. Sin embargo, insistamos una vez más, aquí ya escapamos a toda forma de determinismo. Ninguno de ambos términos es un mero objeto pasivo. Como bien indica A. M. Barrenechea en un interesante artículo titulado "Las ideas de Sarmiento antes de la publicación del *Facundo*", en este primer período no aparece en sus escritos nada parecido a alguna suerte de determinismo del medio. Por el contrario, a tal idea la considera como algo definitivamente superado:

*"Moda ha sido desde los tiempos de Montesquieu dar al clima una gran influencia en el carácter de los hombres; pero ya esta razón suficiente ha dejado de ser tal, desde que se han visto a los pueblos de las llanuras, y a los que coronan las montañas, rivalizar en bravura y amor a la libertad."* (OC.I, p.86)

Sarmiento descubre rápidamente que el esquema propuesto por Montesquieu no se adecua a lo que aquí estaba ocurriendo (sobre todo esa idea de que los pueblos de los llanos son pacíficos por naturaleza). En todo caso, piensa que entre el mundo moral y el mundo material se entabla siempre una dura y nunca acabada lucha por la cual la idea (en tanto que exigencia de realización de un orden virtual que la representa) debe siempre de imponerse. Y es siempre inacabada porque constantemente el espíritu debe volver sobre sí para destruir sus mismas cristalizaciones empíricas, a la misma idea en cuanto que se ha objetivado y convertido ya en pura materia. En último análisis, la lucha entre el afán de "progreso" y las resistencias del "statu-quo" (como la llamaba aún por entonces) responde a impulsos contradictorios respectivos que radican ambos igualmente en el espíritu.

Aquel recurso a la "semiologización del mundo" conduce así a otro no menos decisivo en la conformación de su estilo que llamaremos el "pantragismo". En el mundo nada ocurre para Sarmiento sin generar contradicciones, todo en él se relaciona y se opone simultáneamente entre sí. Hombres y objetos participan igualmente del antagonismo esencial que impulsa su historia. Encarna, cada uno, un principio que se enfrenta siempre hostilmente a su antagónico, a la vez que encierra dentro de sí el germen de la antinomia que habrá de desgarrarlo.

Y solidaria con estas dos pautas interpretativas señaladas surge la tercera de sus herramientas hermenéuticas fundamentales: su conocida apelación a la forma biográfica. "Todo se personifica en el mundo" (OC.III, p.12), decía. Dentro de esta universal interpenetración y puja de elementos, cada una de las tendencias que se enfrentan en una época dada encuentra siempre una figura representativa en quien manifestarse. En su

persona particular, estos "grandes hombres" reúnen y sintetizan las exigencias más profundas de su tiempo; no se los puede comprender, pues, sin referirlos a aquella instancia universal que por ellos se realiza. Esto es lo que luego bautizara como "ley de relación y universalidad".

*"No se puede, pues, concebir un cuerpo, si no es en relación de aquel admirable conjunto que se llama universo [...] y esa ley de relación y de universalidad se extiende a las naciones en masa y a los individuos que lo forman." (La Crónica, 13/5/49. OC.III, p.265)*

Pero, inversamente, no se puede acceder a tal instancia universal si no es a través de estos "grandes hombres" en tanto que manifestación visible del espíritu. La determinada época en que estos se hallan insertos encuentra en ellos su núcleo de condensación; de allí que su biografía constituya siempre la forma privilegiada donde plasmar el incesante devenir de la historia.

*"Los grandes hombres son partes visibles que ella [la historia] coloca en sus cuadros para hacerles desarrollar los sucesos y desenvolver las instituciones; ellos representan las ideas, los instintos, las creencias y necesidades de los pueblos. La biografía es la materia primera de la historia." (El Mercurio, 9/12/42. OC.III, p.228)*

Ahora bien, el modo específico con que Sarmiento habría de abordar tales composiciones biográficas se forjó en una agitada práctica periodística, lo que habría de conferirle ciertos rasgos característicos. Esta se inicia con la larga serie de necrológicas compiladas básicamente en el tomo III de sus *Obras Completas*. La necrológica obedece a un antiguo y definido modelo escriturario cuya forma más concentrada es el epitafio. En ella los personajes encarnan siempre tipos característicos. Una persona determinada suele así convertirse al morir en, por ejemplo, un "ciudadano austero y esposo fiel". En estas figuras busca siempre de sintetizarse aquello que una sociedad valora, englobando de este modo en la categoría común a todos los que podrían reconocerse en ella. De allí que, para Sarmiento, el Presbítero Ovalle y Balmaceda fuera fundamentalmente "el siervo de Dios, el Santo" (*El Progreso*, 26/11/42. OC.III, p.236); Irrazábal, el "apóstol del pueblo" (*El Progreso*, 28/3/44. OC.III, p.254); y así sucesivamente con cada uno de los personajes ilustres de la vida chilena y rioplatense.

Por otro lado, el folletín ofrecía un medio particularmente adecuado al conjunto de ideas y técnicas que Sarmiento venía elaborando. Su pensamiento mismo resulta incomprensible desligado de esta práctica. Producto de una "modernización" (como se la suele llamar) aún incipiente pero que impregna ya todo el clima espiritual de la época, el género folletinesco representa fundamentalmente un nuevo tipo de relación entre el escritor y su público. Sólo gracias a él podía Sarmiento concebir la posibilidad de incidir como literato (y ya no sólo como periodista) de un modo directo e inmediato sobre los acontecimientos, establecer un canal de diálogo permanente con la sociedad sin resignar por ello pretensiones algo más elevadas que las estrictamente determinadas por las cambiantes circunstancias. Como dirá luego en *Viajes*: "El folletín es, como Ud. sabe, la filosofía de la época aplicada a la vida, el tirano de la conciencia, el regulador de las aspiraciones humanas. Un buen folletín puede decidir los destinos del mundo dando en el mundo una nueva dirección a los espíritus". Sus primeras grandes obras se producirán cuando descubra las posibilidades que le ofrecía este género para desarrollar proyectos biográficos de mayor alcance que las necrológicas.

Para ello, sin embargo, debería antes superar algunas de las limitaciones características de este modelo. La necrológica como recurso expresivo resultaba aún demasiado estrecho para permitirle desplegar libremente su afán por descubrir las verdades esenciales que se agitaban secretamente en un mundo convulsionado por las guerras civiles. Había que hacer de sus personajes a la vez que tipos genéricos, el escenario de un determinado conflicto histórico. En su vida debía sintetizarse una historia particularmente dramática. Su trayectoria misma convertirse en juguete de los principios y fuerzas históricas presentes que habrían de signar su destino. Desgajados de ellas, estos se convierten en "un cadáver descarnado y miserable".

*"Sin esta rehabilitación del pensamiento universal, sin aquella cuenta llevada a los movimientos de la conciencia humana, el Dr. Castro Barros es para mí el cadáver descarnado y miserable que vi el último día de su vida; una fracción de la nada orgánica que vuelve al seno de la nada universal, un vaso roto y carcomido ... para volver a la vida aquella existencia terminada física y moralmente, tendré, pues, que ir llamando a su tiempo y lugar cada uno de los grandes principios que el Dr. Castro Barros encontró a su paso." (La Crónica, 10/6/49. OC.III, p.269)*

No obstante, tal claridad de conceptos que había logrado hacia el año '49 estuvo jalonada por una serie de ensayos que no siempre siguieron orientaciones tan precisas. De todos modos, irán todos ellos transitando un sendero por el que Sarmiento pronto descubre aquello que la necrológica, fuertemente apologética por definición, tiende siempre a ocultar: "¡La verdad! La realidad, el hombre, la sociedad, mezcla informe de virtudes y vicios; de grandeza y mezquindad; de tarde en tarde una perfección moral; de vez en cuando una monstruosidad, por lo demás, la vulgaridad bajo todas sus fases" (*El Progreso*, 28/3/44. OC.III, p.249). El nudo temático que las articula se va a ir así desplazando desde las virtudes intrínsecas de los personajes hacia la misión histórica que a cada uno de ellos (más allá de sus grandezas o sus vicios cotidianos) les tocó asumir. Su valor como figuras representativas habría desde entonces de medirlas básicamente en función de sus logros objetivos.

En esta evolución se destacan algunos hitos que señalan sus composiciones más logradas. Una de ellas es la de Palazuelos, "el tribuno de la plebe". Con él se nos revela ese misterioso fenómeno por el que las ideas ilustradas logran romper los estrechos límites de las clases educadas y se convierten en tendencia histórica.

*"El gran problema de Palazuelos, es hallar un medio de poner en contacto a las clases inferiores de la sociedad, con aquellos ciudadanos que se interesan por mejorar su condición; establecer corrientes por donde desciendan hasta ellos las ideas que están ya difundidas en la parte culta, y que un dique insuperable contiene en límites por desgracia muy estrechos." (El Progreso, 2/4/44. OC.X, p.338)*

El mencionado Presbítero Irrazábal, aquel que aporta la perspectiva madura forjada por una nada complaciente personalidad provinciana que supo elevarse por sobre las vicisitudes del siglo.

*"Se ha observado ya que las provincias apartadas de los grandes focos de civilización, producen con frecuencia esas voluntades enérgicas que saben abrirse paso por sobre las resistencias, que adoptando una línea de conducta, la siguen sin desviarse ni a derecha ni a izquierda; espíritus fuertes que piensan de un modo que les es propio y que espanta o repugna a los que han seguido toda la tramitación ordinaria de la cultura, corazones enseñados a sentir por el espectáculo diario de una naturaleza virgen, que les hace mirar con desdén todos los vanos aparatos, todos los frágiles andamios de que se complace en rodearse una sociedad frívola y decrepita...." (El Progreso, 28/3/44, OC.III, p.250)*

Pero el dato más persistente (y sugerente) en estos primeros ensayos biográficos radica en el hecho de que todos sus protagonistas o bien tuvieron un destino trágico, o bien se han visto condenados a la inactividad. El paradigma de este sino patético es "el joven Gandarillas", quien "prefirió como tantos otros patriotas, las privaciones y las miserias del destierro, a someterse voluntariamente al yugo de la servidumbre." (*El Progreso*, 5/12/42. OC.III, p.239). Entre el destierro y la traición a los ideales no parece pues haber una tercera alternativa posible para los hombres ilustres de la época. Pero con ello nos estamos ya introduciendo en lo que constituye la particular visión joven - sarmientina de la realidad del momento. Antes de avanzar en ello, detengámonos sobre otro de los rasgos característicos de su estilo literario.

No es necesario ser demasiado agudo para descubrir que, por detrás de todos estos personajes, está siempre, de un modo inconfundible, el propio Sarmiento. Pareciera que antes que retratar a estos individuos (o junto con ello) buscara en todos ellos proyectarse a sí mismo, descubrir por ellos las propias variadas

facetas de su personalidad (de hecho, por entonces aún nada rutilante) pasibles de ser elaboradas literariamente; en fin, de constituirse él mismo en la imagen de un hombre representativo. Considerando esto, no va a resultar ya tan sorprendente el atrevimiento del desconocido que pretendió irrumpir en la vida literaria chilena escribiendo nada menos que una autobiografía.

### LA AUTOBIOGRAFIA: "MI DEFENSA" (1843)

La desmesurada potencia del ego sarmientino ha dado lugar a copiosos estudios. En uno de los más sugerentes al respecto (*La literatura autobiográfica argentina*) A. Prieto explica esta "neurosis" (que N. Rosa prefiere llamar "paranoia") como producto de la proyección de un temor a ser confundido (algo no muy difícil dado su nada ilustre linaje) con los sectores más bajos de la escala social. Este hipertrofiado egocentrismo representaría así una suerte de mecanismo de defensa. En fin, lo que es indudable es que su permanente búsqueda obsesiva de consideración obedecía a impulsos y exigencias alojadas no solamente en su tortuosa e insondable psique. Tal ansiado reconocimiento era, en efecto, la única llave que podía abrirle alguna de las puertas a los círculos dirigentes de la sociedad chilena. Lo destemperado de sus reacciones ante el menor ataque a su reputación, por absurdo que hubiera parecido a algunos de sus contemporáneos, resultaba algo completamente justificado desde su perspectiva; ¿o es que acaso "para conservar el aprecio de tantos hombres que me favorecen con su distinción, no puedo, no debo intentar -se preguntaba-, si es posible, vindicarme?" (*Mi Defensa*. OC.III, p.4). Esa situación de indefensión y de dependencia de sus protectores, Sarmiento va a gustar de pintarla con rasgos de tono psicológico.

"Un amigo me caracterizó una vez con estas palabras: 'El niño dentro de la casa, el hombre en la calle' ... Algunos se han ocupado de mis asuntos, porque ven que necesito un tutor." (OC.III, p.11)

Sin embargo, esta primera autobiografía tendrá mucho más de protesta ante los obstáculos e injusticias que a lo largo de su sufrida trayectoria personal debió enfrentar, que de reconocimiento a sus eventuales favorecedores.

"Siempre se me han presentado obstáculos para embarazarme el paso, nunca me ha faltado un oficioso que, no alcanzándome a los hombros, se me ha prendido a la cintura para que no me levante, y la corta carrera que he podido andar, me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudios y de sufrimientos." (OC.III, p.5)

Su origen casi miserable, su falta de posibilidades para acceder a una educación formal siempre algo más rigurosa que las que le ofrecieron sus lecturas dispersas, en fin, su persistente mala suerte, serán todos hechos que aquí habrán de ser destacados hasta la exageración. Y ello es así porque es ésto justamente lo que tornaba valiosos sus presentes logros que de otro modo podrían haber pasado dramáticamente desapercibidos. La lista al respecto no es demasiado extensa. Su fuente principal de orgullo reside en que "Facundo Quiroga jurase a mi madre matarme donde quiera que me encontrase" (OC.III, p.18). Se va así forjando Sarmiento (seguramente sin imaginar aún el destino a que ello habría de conducirle) su propia imagen de enemigo mortal de la tiranía.

"En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo y hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para cegársela de un golpe." (OC.III, p.18)

Y esto, sí sabía, generaba ya resistencias que su desparpajo de autodidacta (que lo llevaron a ser "siempre el juez más bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios...". OC.III, p.11) no hacían más que alimentar. Todos sus padecimientos presentes, pensaba, sólo a ello eran atribuibles. Y como

todo se personifica en el mundo, aquello contra lo que había siempre luchado, los resquemores que con su prédica había despertado, se encarnaron todos en la persona de Godoy. "La maledicencia y la mala intención pública han encontrado su hombre ... Godoy es un Napoleón, un Rosas en la chismografía y en el arte prolijo de dañar" (OC.III, p.12), decía.

Sólo que Godoy no tenía la talla histórica de un Napoleón, ni siquiera la de un Rosas. La analogía sólo podía establecerse aquí mediante una suerte de inversión del tipo de proyecciones por él postuladas y ensayadas hasta entonces: en vez de elevar el hecho elemental a sus significación universal, rebaja los grandes personajes a un contexto vulgar. Si los principios que cada uno sustenta aparecen claros, no así el sentido objetivo que pudiera tener tal enfrentamiento (más allá del de permitirle lavar personales afrentas). Sarmiento logra aquí una pintura convincente de sus particulares méritos (logro nada desdeñable, por otra parte), falta sin embargo aún traducir tal proyecto personal en dimensiones épicas (siempre mucho más vastas que las que su mera existencia singular podía abarcar como tal) y conferirle así al mismo perspectivas superiores a las de la mera defensa de una reputación individual. De todos modos, señala ya una orientación a un programa de largo plazo. La noticia de las vicisitudes por las que semejante empresa habrá de afrontar nos llevan, ahora sí, a la necesidad de tratar de insertarla en la concreta situación histórica en la que ésta habría de desenvolverse.

# CAPITULO III

## EL PERIODO FORMATIVO: EL GRAN ENIGMA

*"Y como de noche, entre sueños, cuando un lánguido letargo abruma nuestros ojos, se nos figura que pugnamos en vano por correr afanosos, y en medio de nuestros conatos sucumbimos con doliente angustia, y ni acertamos a hacer uso de la lengua, ni sostienen al cuerpo las acostumbradas fuerzas, ni podemos hablar; así a Turno, por más que se esfuerce con valor por hallar el camino para salir de aquel trance, le cierra la infernal Furia toda salida. Entonces mil varias ideas se revuelven en su atribulado pensamiento."*

VIRGILIO

### 1) LAS PRIMERAS RESPUESTAS

"La lucha intestina devora a todos los estados americanos [...] la guerra entre unos y otros consume su existencia y amenaza su porvenir [...] ¿Qué especie de vértigo domina a todos estos pueblos?, o bien, ¿qué causa general e imperceptible motiva estas conmociones y este sacudimiento tan violento y tan semejante en todas partes?, [...] Cansados estamos de soluciones fáciles para explicar este fenómeno, deducidas de circunstancias particulares a cada estado, como ser la ambición de éste o aquél caudillo particular [...] Nosotros necesitamos otras más profundas, más generales y que pudiesen servir y fuesen aplicables a todos los casos." (*El Mercurio*, 10/8/41. OC.IX, pp.7-8)

De este modo definía Sarmiento el interrogante central que recorre todos los escritos del período. Munido de las herramientas conceptuales analizadas, intentará encontrar una respuesta al mismo. Siguiendo las pautas por ellas fijadas, la lucha que se estaba desarrollando habría que interpretarla como un capítulo en el eterno enfrentamiento entre las fuerzas del progreso y las reciedumbres tradicionales. Sin embargo, había ya en él una fuerte conciencia respecto de cierta singularidad del momento histórico; ésta no era tan sólo una batalla más: "Las ideas retrógradas y sus consecuencias, *luchan por la última vez* con las ideas de la libertad, de constitución y de progreso." (*El Mercurio*, 10/8/41. OC.IX, p.11. Cursiva EP). De su desenlace dependía que al fenómeno actual del despotismo (y con él, toda nuestra historia independiente) pudiera considerárselo como parte de un transcurso orgánico y racional o, por el contrario, hubiera que aceptarlo como algo que habría de colocarnos definitivamente por fuera del transcurso histórico - universal.

*"...si se ven, en fin, como borrados los elementos discordantes que estorban por doquiera una organización cualquiera, estaremos dispuestos a aceptar el período que ha preparado el momento presente, como un momento de alto que ha hecho la regeneración política, para reorganizar mejor sus fuerzas, para explorar el*

*terreno que pisa, para apreciar mejor los obstáculos con los que tiene que luchar...." (El Nacional, 14/4/41. OC.IX, p.17)*

De todos modos, piensa, consecuente con sus postulados, que cualquiera que sea el resultado, éste no habrá de ser fortuito <sup>1</sup>. Sarmiento intenta entonces, según su método, buscar las causas de la situación existente en sus orígenes ideales, determinar la medida exacta en que ambos principios en pugna han logrado arraigar en la sociedad, y así vislumbrar el porvenir de su lucha. Y su conclusión es que, aún cuando la dura experiencia parezca señalar como predominantes a aquellos principios a los que hasta entonces había combatido, su posible confirmación como tales sólo habrá de resultar de las mismas alternativas de la contienda. En todo caso, cree que no hay nada en estos países que los condene de antemano a la barbarie <sup>2</sup>, que los haga absolutamente ineptos para la civilización, inmunes a la marcha fatal del progreso. El ejemplo de Chile le parece contundente al respecto.

*"Al contemplar la serie de trastornos que despedazan a aquellos, ¿se dirá que Chile está más ilustrado sobre sus verdaderos intereses, que Méjico o Buenos Aires, para tomar estos ejemplos entre tantos?; pero ¿cómo se ha ilustrado más que aquellas dos repúblicas? ¿No tienen todas las tres el mismo origen?."(El Nacional, 14 y 24/4/41. OC.IX, p.24)*

En fin, si a alguien podrá atribuírsele responsabilidad alguna por la previsible derrota, será a aquellos "espíritus ilustrados" que no supieron en su momento conducir a "un gobierno estable y regular". "Nunca llegó en América a formarse la verdadera aristocracia política", se lamentaba Sarmiento. En "la nueva generación" depositaría sus últimas esperanzas; ésta, decía, "tiene en América la misión de crear un organización social que, análoga a nuestras necesidades, reemplace la obra que fueron llamados a destruir nuestros predecesores." (*El Mercurio*, 7/6/41. OC.VI, p.14). Y si el año '41 se cierra plagado de incertidumbres, el año siguiente estas parecerían alejarse definitivamente:

*"El General Paz, triunfando en los campos de Caaguazú, ha restablecido la lucha que había parecido extinguirse con las derrotas que Lavalle y Lamadrid habían sufrido en el Interior. Tres provincias se han escapado al poder del tirano, y lejos de abandonarse a la inacción, se preparan para romper las cadenas de toda la República." (El Mercurio, 19/4/42. OC.VI, p.35)*

Caaguazú es, para Sarmiento, mucho más que una batalla; significa fundamentalmente la posibilidad de reintroducir los hechos dentro de su orden lógico, es la comprobación empírica de que no se puede burlar gratuitamente las exigencias de la razón: ésta habrá de encontrar, tarde o temprano, las vías para imponerse. Sin embargo, los insobornable facticidad parecía obstinarse en resistir a los designios racionales:

*"...los hechos suelen a veces desmentir todas las probabilidades, salirse del círculo de lo que considerábamos posible, y romper bruscamente el hilo de las promesas más bien fundadas, para representar su cara desnuda, positiva, burlándose irónicamente de los juicios humanos..." "¿El sentido común no encarna y rechaza esta fábula que tan absurda parece? [...] ¿Vióse fenómeno más raro, más incomprensible, más disparatado?." (El Mercurio, 3/5/42. OC.VI, p.48)*

Paz había sido increíblemente atrapado por un tiro de boleadoras; y con ello, las resistencias a Rosas parecían llegar a su fin. Son "los altos destinos de la Providencia, que gusta a veces burlarse del orgullo de la razón humana" (id., p.49).

## LA EFIMERA VIDA DE 'EL HERALDO'

El hecho y la forma en que había sido apresado Paz no podían haber importado contraste más brutal a las expectativas de Sarmiento. Se imponía repensar todo aquello en lo que había hasta entonces confiado. Todos sus modelos se habían derrumbado.

*"...no tenemos un solo modelo en el mundo que imitar, porque esta cuestión está viva en todas partes, y los hechos consumados no han dado hasta ahora una solución completa. ¿Qué hay en Francia sobre la ley electoral, por ejemplo, que es la base de los sistemas representativos? Anarquía de intereses e ideas. ¿Qué hay en Inglaterra y en España? Anarquía. ¿Qué hay actualmente en Chile? Anarquía." (El Progreso, 5/12/42. OC.III, p.245)*

Este segundo semestre del año '42 va a marcar decisivamente el pensamiento de nuestro autor. La anarquía parecía en esos momentos impregnarlo todo. Y es entonces cuando la fórmula de "civilización" y "barbarie" se instala en el centro de sus esquemas de interpretación de la realidad. Tal desplazamiento representará, pues, un intento nuevo por afrontar los dilemas que planteaba lo que llamaba ya el comienzo de "una nueva era", por no tener aún un término más preciso para definirla.

*"La cuestión presente del Plata no es la misma enteramente que la que se agitaba en los años '30 y '31. Entonces, como ahora, se luchaba entre el absolutismo y la libertad, entre la barbarie y la civilización; pero hay algo más en la lucha actual que le da diferente aspecto, al menos para el exterior. Aquella guerra pudo llamarse guerra civil, [...] pero desde que Rosas logró enterrar a sus dignos compañeros, desde que quedó solo en el campo [...] comenzó una nueva era..." (El Mercurio, 7,13,20 y 28/10/42. OC.VI, p.71)*

Sarmiento empieza a cobrar conciencia de la posibilidad cierta del triunfo de Rosas, y descubre, en ese mismo momento, el carácter inaudito que un fenómeno tal supondría, algo que no tiene ejemplo ni analogía posible con ninguno de los igualmente tristes sucesos que desgarran otras repúblicas hermanas. Es así que, mientras que hasta entonces toda su preocupación era la de hallar la causa común ("que fuese aplicable a todos los casos", decía) que arrastraba a todos los estados americanos a un similar delirio de anarquía, muerte y guerra intestina permanente, ahora esto no le resultaría suficiente para dar cuenta de la experiencia peculiar de las provincias argentinas. Esta parecía querer escapar a toda regla y exigir procedimientos explicativos propios: "El fenómeno -decía- no puede ser más extraordinario, ni más digno de llamar la atención de la América" (id., p.70). Ella requería de un tipo de análisis diferente al ensayado hasta ahora y sería un error gravísimo, para él, despreciar su singularidad, pensar "que se trata de una vulgar guerra civil": "se trata nada menos que de arrojar la civilización" (id., p.74), aseguraba.

La búsqueda de categorías propias que puedan tornarnos inteligible una situación tal, es lo que se traducirá finalmente en un giro conceptual fundamental que nos llevará directamente al *Facundo*. Pero antes mediará un proceso más o menos prolongado de elaboración conceptual.

La primera de las conclusiones que Sarmiento extrae de ella (que no será, como veremos, definitiva), es que un desenlace como el que parecía anunciarse sería absolutamente inconcebible. "Arrojar" sin más a la civilización importaría, para él, algo así como el fin de la historia. Imposible siquiera pensarlo. Ello no sólo escaparía a todo designio racional: ninguna realidad empírica, ninguna conjunción peculiar de circunstancias podía tampoco justificar semejante aberración. Definitivamente, Rosas no sería -pensaba- sino una suerte de anomalía histórica, especie de vericuetos inesperados en la lógica de su transcurso orgánico que pronto habría de volver a su cauce natural. Constituía "una tiranía sin ejemplo que se puede hacer cesar de un momento a otro" (id., p.91), aseguraba. Sólo habría que esperar que surgiera una voz de mando para que el país todo se pusiera en pie de lucha contra el tirano. Esa era la única enseñanza que podía seguirse validamente, entendía, de los trágicos hechos ocurridos. Nuestra marcha fatal hacia la civilización podía perturbarse

episódicamente, pero nunca ser puesta en cuestión por ellos. "No se tiene presente", decía, que la República Argentina es la "más cercana a la Europa" (id., p.91)<sup>3</sup>

Existe en realidad, digamos, una paradoja intrínseca a este razonamiento, como es el de afirmar el sentido racional de un curso histórico puramente a partir de lo que podría pasar de no ser así, una especie de casi exclusiva apelación a la demostración por el absurdo. Y si, no obstante ello, dicho argumento le parecía aún suficiente para alentarle a intentar una nueva audaz empresa (la publicación de *El Heraldito Argentino*, aspirante a vocero de la oposición a Rosas), era porque los reveses de la realidad no podían ya persuadirlo de abandonarse al destino, éstos importaban cada vez menos a sus proyectos. En efecto, a medida que avanzaba la situación hacia un desenlace que imaginaba trágico, el pensamiento de Sarmiento parece volverse cada vez más sobre sí, para encontrar en su seno las garantías que una realidad esquiva ya no podía brindarle. Allí radica, pues, el verdadero sentido de las redefiniciones que se vienen operando en su pensamiento respecto de la naturaleza de la lucha en que se encontraba empeñado. Es entonces cuando la fórmula de "civilización" y "barbarie" comienza a ocupar un primer plano, convertida en reaseguro conceptual último (instancia que se vuelve decisiva cuando otras parecen desvanecerse) a la promesa de un triunfo pleno de la empresa civilizadora.

En síntesis, mientras Sarmiento consideró a la lucha como un enfrentamiento entre puros principios en tanto que tales, debió aceptar que su destino sólo podría resolverse en los fragores mismos de la contienda: aquél que lograra montar una fuerza superior habría necesariamente de alzarse con el triunfo. Y, en efecto, suele suceder que las fuerzas retrógradas se imponen ocasionalmente en la historia (como en Europa con la Restauración) sin que ello represente nada particularmente dramático (más allá de lo que imponen las mismas contingencias históricas). Hasta ahí, las antinomias "progreso" - "statu-quo" y "civilización" - "barbarie" resultaban para él perfectamente intercambiables entre sí.

No será así desde el momento en que emplee a esbozar una distinción entre ambas. Entonces, cuando la lucha se plantee estrictamente en estos últimos términos (como es este el caso), el triunfo, parecía decir Sarmiento, sólo podría ya corresponder a las fuerzas de la civilización<sup>4</sup>. Simplemente, porque un triunfo de la "barbarie", estaba convencido de ello, sería entonces inconcebible, algo inaudito, sin comparación posible con lo que fuera la imposición de las fuerzas conservadoras en la Europa civilizada, aunque sólo más adelante iría precisando las razones de esta convicción.

Más difícil es imaginar cómo pensaba que habría de ocurrir este anunciado, estrepitoso, y glorioso, derrumbe del poder tiránico<sup>5</sup>. De todos modos, lo cierto es que ello no iba a ocurrir y Sarmiento pronto podría comprobarlo. El once de enero de 1843 proclama desde las páginas de *El Progreso*: "La catástrofe [...] ha sobrevenido al fin". Rosas ocupaba la Banda Oriental y ponía sitio a Montevideo. *El Heraldito Argentino* será clausurado y con él todo un proyecto político-intelectual se desmorona. Definitivamente, habíamos entrado, ahora sí, en una nueva era. En fin, los problemas y dilemas que ella habría de plantearle señalarán los nuevos carriles por donde habrá de transitar la definición de aquella fórmula que lo terminará identificando.

## **2) LA PRIMERA GRAN CRISIS**

A lo largo de este trabajo vamos a ver sucederse en Sarmiento, con una regularidad llamativa, momentos de profundas depresiones personales que se traducen (a la vez que expresan) en graves crisis para sus doctrinas y proyectos. De un modo casi cíclico (cada diez años, aproximadamente) nuestro autor, atrapado en medio de controversias históricas frente a las cuales siente naufragar su capacidad de respuesta, inicia procesos más o menos agudos de reelaboración de su pensamiento, con resultados variables. Tales

momentos de inflexión nos servirán como hitos para indicar una periodización posible en este dilatado y muchas veces intrincado transcurso que recorre su pensamiento. Y dentro de estos diferentes períodos, el que va del '43 al '53 superará, en cuanto a la fecundidad e importancia de su producción, a todos los otros reunidos; en él habremos pues de detenernos particularmente.

Podemos afirmar que hasta aquí Sarmiento intentaba salvar, en lo esencial, el programa historicista - racionalista, que era el de la generación del '37 y que había servido a éstos tanto para justificar su apoyo a Rosas (en tanto "momento lógico y necesario de nuestra historia") como el posterior paso a la oposición (alegando entonces que éste había sido ya superado como tal por la propia dialéctica histórica). Su pensamiento, pues, se inscribiría hasta ese momento, como vimos, dentro de dicho modelo, buscando siempre aferrarse al mismo (el único, por otra parte, de que disponía) aun cuando no siempre la realidad le pareciera (y de un modo cada vez más frecuente y radical) aceptar dejarse reducir completamente a tal esquema. Esta situación habría finalmente de estallar a comienzos del '43. Entonces sí se impondrán redefiniciones drásticas en su pensamiento. Sin abandonar las premisas básicas sobre las que se asentaba, Sarmiento cobra conciencia (algo que ya había comenzado a intuir en los meses previos) de que estaba por iniciar una aventura intelectual que lo habría de conducir por senderos hasta entonces desconocidos para él.

Definitivamente, Arroyo Grande va a marcar el fin de todas sus ilusiones. Difícilmente se encuentren páginas que destilen tanto desencanto (mezclado con algo de incredulidad frente a lo que terminaba de ocurrir) como las aparecidas en *El Progreso* los primeros meses del '43. El derrumbe de la oposición a Rosas (y que conduce a la clausura de *El Heraldito*...) habrá de señalar uno de los momentos más críticos de su trayectoria, llegando incluso a anunciar su renuncia a la ciudadanía argentina <sup>6</sup>. "Nos precipitamos hacia un porvenir /.../ que al tocarlo lo han encontrado erizado de espinas y nutrido de desengaños" (*El Progreso*, 11/1/43. OC.VI, p.101), reconoce amargamente.

*"La larga lucha queda terminada /.../ la oposición no sólo ha sido herida de muerte, vencida, aterrada, sino que se le ha cortado la cabeza, ha sido segada del haz de la tierra, y sembrado de sal el suelo en que antes germinaba."* (*El Progreso*, 11/1/43. OC.VI, p.99) *"El campo de batalla de las puntas del Arroyo Grande ha sido el tribunal en que, en última apelación, ha fallado el severo destino en este litigio terrible entre civilización y barbarie, entre la libertad y la esclavitud, entre las formas constitucionales y el poder absoluto."* (id., p.104)

No queda, pues, instancia superior a la que apelar: "¡el suelo ha sido regado de sal!"; evidentemente, no hay ya posibilidad alguna de que pueda el fecundar la planta de la libertad. Lo inconcebible había sucedido.: "Va a erigirse en la República Argentina un poder extraño, siniestro, contrario a todas las ideas recibidas; un poder que ha abjurado de todos los principios políticos que la razón, la justicia y la filosofía consagran como únicos e imprescindibles fundamentos de toda organización social" (id., p.102) Se produce finalmente la insólita situación en la cual todo lo que la razón condena encuentra sistemáticamente su sanción y legitimidad en los hechos; la historia se burla entonces de ella, le muestra su mueca absurda en el rostro del tirano <sup>7</sup>. Frente a la contundencia de los hechos consumados, los argumentos de la lógica resultarán impotentes.

La razón deberá entonces hundir su mirada en el fondo oscuro de la sociedad que ha engendrado semejante monstruo, llegar hasta el huevo de la serpiente para destruirlo en su madriguera. Lo primero que aprende, pues, es que de lo que se trataba entonces no era ya tan sólo de enfrentar a un personaje más o menos siniestro, sino de modificar de raíz una entera sociedad. Y es aquí que surge en Sarmiento (paralelamente a la idea del "trasvasamiento poblacional" en Alberdi) la idea de la necesidad de considerar cuales han sido aquellos poderosos condicionamientos (Montesquieu parecía tener razón finalmente) que este peculiar medio hubo de imponerle a dicha sociedad para conducirla a una situación tan extraordinaria.

Aparece entonces en toda su dimensión el tema de la omnipresencia, en estos castigados países, del "desierto" y de la barbarie que en él germina. Ese fondo enigmático e indomable que determina nuestras formas propias de sociabilidad aparentemente inconducentes para la civilización, y que Sarmiento se propone comprender y, finalmente, dominar, definición de aquella fórmula que lo terminará identificando.

### **3) DE ALDAO A FACUNDO: LA HISTORIA DE LA BARBARIE**

Con *La Vida del General Fray Félix Aldao* Sarmiento inicia la serie de sus biografías mayores. Lo sugestivo es que ninguna de ellas estuviera dedicada a aquellos personajes ilustres, supuestos portadores de la civilización, que gustaba retratar en la prensa, sino a caudillos bárbaros. Y en la primera de estas biografías Sarmiento intenta revelarnos como fue que un oscuro personaje como el padre Aldao logró destacarse y marcar con su particular personalidad todo un estilo de hacer política en estas tierras. En efecto, si las tintas están aquí cargadas en los nada delicados atributos morales que distinguían al fraile apóstata, el verdadero sentido de este ensayo es el de señalar como ellos se adecuaban perfectamente a las exigencias de un determinado medio social. "Su conducta -decía- pudiera en otra época que aquella, haberle cubierto de baldón irreparable..." (OC.VII, p.250). Lo que merece verdaderamente una explicación no es tanto lo destemplado de su carácter como el hecho de que un ser tal pudiera convertirse en objeto de exaltación por parte de sus congéneres.

La explicación más clara a ello surge cuando se lo compara con el destino que hubo de padecer aquel quien constituiría su contrafigura: *el negro Barcala*, el que poseía ese "raro talento" con que "hacía descender a las masas las ideas civilizadoras". "Los pardos y los hombres de la plebe se transformaban en sus manos", aseguraba (OC.VII, p.259). Y tal magna obra estaba destinada a no perdurar.

*"La mayor parte de sus discípulos han muerto ya! Todos los hombres oscuros que se levantan en las revoluciones sociales, no sintiéndose capaces de elevarse al verdadero mérito, los persiguen en los que los poseen, y las masas populares cuando llegan al poder, establecen la igualdad por las patas; el cordel nivelador se pone a la altura de la plebe, y ¡Ay de las cabezas que lo excedan de una línea!"* (OC.VII, p.259)

Según parece, la recaída en la barbarie se le ocurría ahora, contrariamente a todo lo que venía sosteniendo, como una consecuencia inevitable de las formas dominantes de sociabilidad que existían en nuestro medio. "La barbarie de las masas elevó al dictador, y la pobreza y la ignorancia de las provincias lo sostienen contra todos los ataques", decía.

Sin embargo, Sarmiento, lo hemos visto ya, resistirá siempre a una conclusión tal, aun cuando los fundamentos para ello resulten más que endebles. En el Montevideo sitiado y apenas sostenido fuera del control de Rosas por la escuadra francesa, Sarmiento depositaría ahora sus últimas esperanzas. Su triunfo sería el de la civilización toda y tornarían comprensibles y justificados los actuales padecimientos.

*"Si la defensa de Montevideo cerrara gloriosamente el período revolucionario, podríamos presentarnos al mundo con un poema épico en lugar de historia y con cuarenta años de revolución con todas las vicisitudes y elaboraciones que los estados de Europa no han visto desenvolverse sino al través y al paso lento y penoso de muchos siglos."* (OC.VII, p.257)

De todos modos, el poema épico tendrá que esperar. Y nadie sabe hasta cuando; ni siquiera aun si alguna vez será.

*"¡Oh Dios que nos ocultáis los secretos del porvenir! No nos lo ocultéis: ahí se están preparando los destinos hispanoamericanos; algo mejor que la América del Norte o mil veces peor que la Rusia va a salir formidable*

*de entre tantos escombros! La Edad Media otra vez, o algo grande que no ha visto el mundo en política! La civilización francesa llevada en hombros de españoles de pro o... Dios sabe qué!" (OC.VII, p.257)*

Incertidumbre fatal; ¿cuál era la finalidad y el sentido de este enfrentamiento?, ¿cuál su desenlace final?, ¿cuáles los medios posibles para evitar ese destino que nos condenaría a vivir en los márgenes del transcurso de la historia civilizada moderna?, todos interrogantes que sólo podrían responderse, nuevamente, siguiendo el curso mismo de los acontecimientos. Sarmiento esboza así un modo de comprensión de esta lucha que combina la nueva fórmula de "civilización" y "barbarie" con un cierto principio de indeterminación (algo que la misma, en principio, excluye) propio de su esquema de interpretación anterior a Caaguazú. Ideas, en principio, contradictorias entre sí, su posible enlace en un esquema coherente de interpretación de su momento histórico supone del concurso de una serie de Instrumentos que aun Sarmiento no había acertado a desenvolver<sup>8</sup>.

En efecto, no bastaba para ello con lograr explicar los destinos personales por las particulares condiciones en que éstos se desenvolvían. Tras la descripción de los personajes, la relación entre los atributos morales que los caracteriza y su entorno social y natural, faltaba aún hacerlos jugar dentro de una trama histórica, rescatar por entre las contingencias concretas de su enfrentamiento el principio que los orientaba y la naturaleza de las diversas tendencias sociales que en ellos personificaban. En fin, intentar reconstruir en torno a ellos el sentido del drama de nuestra historia, verlos en acción para poder así develar el secreto del origen y el destino de una época en tanto que momento necesario dentro del desenvolvimiento orgánico de nuestra civilización.

Esto es, más precisamente, lo que viene a introducir (o intenta al menos) *Facundo* dentro de su producción literaria. La reactivación de la "cuestión francesa" le dio los motivos que buscaba para abordar su empresa. Los ataques que contra su persona empiezan a agitar tanto la prensa rosista como los enviados del "tirano" a Chile fueron su detonante.

## CAPITULO IV

### FACUNDO O EL ASALTO A LA RAZON

*"Es cierto que nosotros los alemanes no guardamos un vínculo con la historia de nuestro pueblo...Pero, ¿dónde esta la causa? En que nuestra historia no tuvo resultados, en que no nos podemos considerar producto de su transcurso orgánico como por ejemplo los franceses y los ingleses, en que aquello que debemos llamar historia no es historia de la vida, sino nuestra historia de la enfermedad."*

HEBBEL

#### EL CAUDILLO Y SU MEDIO

La instauración de la Pax Rosista, en torno al año '43, pondrá a la llamada "Joven Generación" (en la que Sarmiento, con dificultades, se inscribía) ante la paradoja de que haya sido el "tirano" quien terminase con treinta años de guerras civiles y realizara la unión definitiva de la Nación. Sarmiento intentaría entonces, como vimos, rastrear en las determinaciones naturales la raíz de la particularidad de los caracteres morales de esta sociedad, y con ello develar el secreto de la representatividad de Rosas. De allí que afirme que, para explicar el surgimiento del rosismo (cuestión última que nos ocupa), haya que estudiar, sin embargo, a Quiroga. Porque es en éste en quien se manifiesta "la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las particularidades del terreno", "expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos". El es la encarnación viva de esa "edad media", pero sin castillos; es decir, de la barbarie absoluta sin matices del desierto físico y moral, donde no hay ni puede haber vida pública por el solo hecho de que "no hay público"<sup>1</sup>.

*"Es el hombre de la naturaleza, que no ha aprendido aún a contener o a disfrazar sus pasiones que las muestra en toda su energía, entregándose a toda su impetuosidad. Este es el carácter original del género humano; y así se muestra en las campañas pastoras de la República Argentina. Facundo es un tipo de la barbarie primitiva; no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras" (pág.80)*

En fin, Quiroga es la expresión más elemental del género, el salvaje en puro estado de naturaleza, el desierto mismo que ha cobrado vida con toda su majestuosa potencia y ferocidad. Y por ello mismo es el arquetipo del héroe de la novelística histórica del período en cuanto reúne en sí aquello que se encuentra disperso en la sociedad y sus personajes cotidianos. Quiroga es el rastreador, el baqueano, el gaucho malo y el poeta reunidos. Todo esto es lo que le da, aun dentro de su primitivismo existencial, cierto aire de hombre dotado, poseedor de "poderes sobrenaturales" frente a los cuales Sarmiento no se preocupa por ocultar su profunda admiración<sup>2</sup>. Y sólo porque es la síntesis más acabada del genio particular de una civilización, es que a través de su biografía puede reconstruirse todo el drama de la historia contemporánea.

Ahora bien, cabe aquí preguntarse si un caudillo bárbaro puede ser uno de esos "grandes hombres" <sup>3</sup>. Anderson Imbert rechaza esta posibilidad: "para Sarmiento un caudillo no es un grande hombre -sólo los creadores lo son- sino un tipo, una figura, una manifestación que refleja pasivamente el contorno" <sup>4</sup>. En efecto, se da aquí una paradoja puesto que aquellas facultades que caracterizan a los pobladores de nuestra campaña (y que Sarmiento tanto admira), según cree él, lejos de constituir una fuerza creadora que permita transformar y humanizar su medio social y natural, se convierten, por el contrario, en una capacidad especial para adecuarse al mismo hasta terminar mimetizándose con él.

No obstante, (y éste es el nudo de la cuestión), Quiroga no es un caudillo más, en él se encierra una de las claves de la trama histórica. O mejor dicho, es un caudillo pero al que ciertas circunstancias lo han elevado por encima del rol de mero jefe provincial. Facundo es a su manera un "grande hombre", su biografía revela mucho más que la vida de un simple caudillo bárbaro, sin dejar por ello de serlo <sup>5</sup>.

Comprender el modo en que este individuo pre-social (colocado, en principio, al margen del desenvolvimiento histórico orgánico) se introduce en el ámbito propiamente histórico-social (es decir, de la civilización) y lo trastoca, significa acceder al núcleo de la problemática que Sarmiento nos presenta. Para ello, deberemos antes analizar el modo como concebía el otro de los "universos de sentido" que conformarían la realidad, aquel en que efectivamente se desarrolla la trama propiamente histórica.

### LA CIUDAD Y LOS CAUDILLOS

"La ciudad es el centro de la civilización", decía Sarmiento. Contracara de la barbarie pastoril, tenía su expresión más acabada en Buenos Aires. Por ser el centro de confluencia de las vías navegables, era la única que estaba en contacto con la Europa civilizada. Y esa peculiaridad geográfica la disponía, asimismo, hacia las formas constitucionales de tipo unitaria: "La República Argentina es una e indivisible", aseguraba.

Sin embargo, ésta, como todas las ciudades en su estado actual, no dejaba de ser sólo uno de los términos de la antinomia. Cerrada sobre sí misma, se conservaba como mero oasis de civilización en medio de la barbarie. Pero tal situación asfixiante se debía menos a su aislamiento geográfico que a su propia incapacidad para elevarse por sobre su limitada posición de mero término de esta controversia existencial. Su obstinación en impedir que las campañas participen de sus vientos de progreso le sellaría su propia desgracia.

*"En vano le han pedido las provincias que les deje pasar un poco de su civilización, de industria y de población europea; una política estúpida y colonial se hizo sorda a sus clamores. Pero las provincias se vengaron mandándole en Rosas, mucho -y demasiado- de la barbarie que a ellas les sobraba."* (p.26)

¿Cómo se produjo esta venganza? Veamos. La ciudad, como todo fenómeno de la realidad, encierra en sí el germen del antagonismo, el cual espera alguna convulsión para manifestarse. Así fue que, una vez roto el equilibrio colonial, éste afloró expresándose en la división entre partidos (uno revolucionario y otro conservador); "momento sublime", lo llama Sarmiento, pues entonces habrá de introducirse en la ciudad (filtrándose a través de los intersticios que abre esa lucha) un factor extraño e incomprensible. Surge una "tercera entidad".

*"Pero cuando en una revolución, una de las fuerzas llamadas en su auxilio se desprende, inmediatamente forma una tercera entidad, se muestra indiferente y hostil a unos y otros combatientes; esta fuerza que se separa es heterogénea; la sociedad que la encierra no ha conocido aún su existencia, y la revolución sólo ha servido para que se muestre y desenvuelva [...] De este instrumento se sirvieron los partidos diversos de las ciudades cultas, y principalmente el menos revolucionario, hasta que, andando el tiempo, los mismos que lo llamaron*

*en su auxilio sucumbieron, y con ellos la ciudad [...] su civilización" (p.61)*

Por este mecanismo es que los comandantes de campaña se elevaban a caudillos provinciales, lo mismo había ocurrido con Aldao, Bustos, Francia, Ramírez, etc. Sin embargo, éste no alcanzaría aún a explicar cómo Quiroga se convirtió en jefe a escala nacional (hecho que, precisamente, define la absoluta originalidad de su figura). Y llegado a este punto es donde todo el discurso pega un giro. Si aun respecto del proceso por el que los caudillos accedían al liderazgo provincial Sarmiento se limita a describirlo como una suerte de dispositivo que actuaba mecánicamente, a partir del momento en que Quiroga inicia sus "primeros ensayos de unificación nacional" abandona el estilo descriptivo para hacer primar la narración. Es entonces cuando se complica todo. La introducción de esta dimensión histórica resultaría resistente a ser comprendida dentro de los marcos conceptuales con que suele interpretársela; en fin, ese proceso de reducción a la unidad por el cual se constituyen normalmente las naciones modernas, se revelaría aquí como algo sumamente problemático y absolutamente singular por las características que asumiera.

### **UNA FUSION PROBLEMATICA**

Dicho proceso será el de la "guerra social" iniciada por Quiroga en el Tala ("primera acción fuera de su provincia"), hecho que marca un fenómeno único en Sud América: el que un caudillo rompa las fronteras que limitan su provincia y se aventure en tierras que le son extrañas. En efecto, ese antagonismo interno a las ciudades se va a reproducir en nuestro país a escala nacional cuando Córdoba ("la monacal") se rebele a la soberbia europeizante de Buenos Aires en el momento en que ésta se muestre con su rostro más grandioso, pero por ello mismo más fantástico: Rivadavia. Y una situación tal (que el antagonismo interno a las ciudades encarne en dos ciudades enfrentadas), significa, para Sarmiento, un fenómeno inaudito que explica la peculiaridad de nuestro desenvolvimiento histórico y conduce a su desenlace paradójico: que el mismo mecanismo que elevó a los comandantes de campaña en caudillos provinciales convierta ahora a uno de estos en líder nacional que somete al país en su conjunto.

Ahora bien, ese "gaucho malo" podía realizar la epopeya única de derribar a puñaladas las fronteras que dividían ambos mundos (el civilizado y el bárbaro), pero no concretar su fusión. Porque Quiroga seguía siendo un caudillo primitivo, una manifestación elemental de su medio; y un caudillo es, por definición, una especie de hábitos provincianos. Por ello, llegado el momento, debe morir inexorablemente. En ese shakespeariano "momento de debilidad" (cuando comienza a regenerarse por obra de la influencia benéfica de Buenos Aires y "la palabra Constitución no abandona sus labios") es guiado resignadamente por la Providencia hacia su fatal desenlace. Aquí termina la historia de Quiroga y empieza la de Rosas.

*"Facundo, provinciano bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él; por Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo." (p.13)*

Sólo Rosas ("la barbarie hecha sistema") era el elemento de síntesis; solo en él, campo y ciudad se funden. Sarmiento lo llamo "el legislador de la civilización tártara".

No obstante, ambos términos encierran una contradicción: la sociedad tártara se define, precisamente, por ser una comunidad sin orden ni ley objetiva alguna, donde prima el arbitrio de sus jefes. Este fenómeno de "fusión en la barbarie" aparecería así como un "elemento irracional" dentro del marco conceptual propuesto, algo que desafiaba todas las previsiones y escapaba a las definiciones racionales. La lógica implícita a este discurso se veía trastocada desde el momento en que la antinomia de base ("Civilización-Barbarie") sobre la que se asienta ya no resulta correlativa con la de "Orden-Anarquía". Ahora es en el segundo de los términos de la misma (la barbarie) que se realiza el primero de estos últimos (el orden).

Ello supone un fenómeno sin ejemplo ni antecedente conocido: el surgimiento de un otro orden, distinto del civilizado. Y el resultado no podía ser sino la barbarie absoluta, el estancamiento y la destrucción completa; en fin, un verdadero punto muerto en nuestra historia. De él sólo emergerán las ruinas: "sólo la historia de las conquistas de los mahometanos sobre Grecia presenta ejemplos de una barbarización, una destrucción tan rápida". Hasta el último vestigio de civilización habría entonces de ser eliminado. La historia del proceso de reducción a la unidad que Sarmiento se proponía explicarnos, se revela finalmente como la del proceso por el que la historia se niega a sí misma.

Podemos ver aquí la consecuencia de la redefinición de la fórmula de "civilización" y "barbarie" operada en su pensamiento. Ella tendía básicamente a revelar (y, fundamentalmente, descubrir a los ojos de los estadistas y hombres ilustrados de Europa) la peculiaridad de la situación que se había abierto a partir de la instauración del poder absoluto de Rosas. Mientras la lucha siguiera siendo concebida como resultado del enfrentamiento entre las fuerzas "progresistas" y las "retrógradas", (como, según él, solía hacerse en Europa) se podría aun pensar que la marcha de la civilización podría continuar desenvolviéndose inmovible ante las contingencias de la misma. Pero en estas tierras situadas en los márgenes del mundo civilizado ocurre algo radicalmente distinto: el antagonismo es aquí entre "civilización" y "barbarie" (lo que no es lo mismo).

Tanto el afán de progreso como el de conservación son principios históricos igualmente válidos, igualmente fecundos a la marcha de la civilización. Liberales o conservadores, unitarios o lomos negros, republicanos o monárquicos, representan todos principios fundados en aspiraciones legítimas del espíritu. No así la "barbarie" que es la negación de todos ellos, la pura materia extraña a todo desenvolvimiento del espíritu. El elemento que con Rosas se ha entronizado en el poder no podría analizarse ni clasificarse dentro de los esquemas conocidos en el mundo civilizado. El orden por él instaurado era algo inasequible dentro de ellos, ninguno de sus términos le cabía ya que constituía la expresión de aquello colocado, por definición, por fuera del universo simbólico, de la cultura, que es el mundo de la civilización. Con Rosas irrumpe en la historia un "tercer elemento", él le pone nombre a una figura inédita en Occidente. Es el "caballo de Troya" que se ha introducido en el mundo histórico (el de la ciudad) y que lo aniquilará, un Dios del Averno que ha extendido su dominio sobre el reino de los vivos.

*"Momento grande y sublime para los pueblos es siempre aquel en que su mano vigorosa se apodera de sus destinos. Las instituciones se afirman o ceden su lugar a otras nuevas, más fecundas en resultados, o más conformes con las ideas que predominan. De aquel foco parten muchas veces los hilos que, entretejiéndose con el tiempo, llegan a cambiar la tela de que se compone la historia.- No así cuando predomina una fuerza extraña a la civilización, cuando Atila se apodera de Roma, o Tamerlan recorre las llanuras asiáticas; los escombros quedan, pero en vano irán entonces a removerlos la mano de la filosofía para buscar debajo de ellos el abono nutritivo de la sangre humana [...] en medio de esta destrucción efectuada por las pisadas de los caballos, nada se sustituye, nada se establece." (p.90)*

Contrariamente a lo previsto al comienzo de este capítulo, aquí ya no hay síntesis posible, porque entre "civilización" y "barbarie" no hay medida común; en fin, entre ellos no existe historia orgánica o proceso evolutivo de reducción a la unidad concebible<sup>6</sup>. En las zonas fronterizas de la civilización con la barbarie sólo cabe la destrucción de ésta última.

Pero sucede que en el Río de la Plata se produce lo inconcebible: la barbarie se impone y logra elevarse así a un rango histórico; el principio de lo inerte invade y ocupa el lugar de lo que es movimiento por esencia. Surge aquello que los europeos no alcanzan aún a comprender. Para la cultura de la civilización su designación constituía un verdadero monstruo lingüístico, que violenta las leyes que gobiernan nuestro universo simbólico y lleva a crear engendros tales como el término de "civilización tártara".

La obra estaba lógicamente concluida allí. La tensión dramática que se despliega en torno del calvario de la

civilización hacia su insospechada hecatombe, las consecuencias inauditas que tal hecho comportaba, conformaban una sólida trama que encontraba naturalmente allí su clausura. Pero Sarmiento no podía aceptar que todo terminara así, y añade una tercera parte donde trata de demostrar como es que entonces la civilización habría de resurgir de sus cenizas.

### COMO RENACEN LAS CIVILIZACIONES

Sabemos ya que nuestro autor, identificado plenamente con la lucha contra el "tirano", cuyo propio destino personal incluso se confundía con el de aquella empresa, no podría haber aceptado este resultado como algo definitivo. Y es aquí donde la trama de la obra da un nuevo vuelco (con la tercera parte de la misma). Barridos de la escena hasta los últimos gérmenes de insurrección, había que hacer de este completo derrumbe un nuevo punto de partida para la empresa libertadora. Apela entonces a un argumento, algo sofisticado quizás (apenas vislumbrado anteriormente), según el cual la propia barbarie absoluta habría de trastocarse en el triunfo de la civilización: aquella, llegado a ese punto límite, se tornaría contradictoria consigo misma. Si la fusión producida derivó, pensaba Sarmiento, en la destrucción mutua, luego Rosas no sólo terminó con las ciudades sino, sobre todo, con las campañas y sus gauchos (que debieron soportar todo el peso de la guerra). El "Restaurador" se habría así convertido en un poderoso instrumento inconsciente de la Providencia. Y si logró la unidad nacional, produjo también, a su pesar, algo más importante: la unión del pueblo en su común odio a la tiranía <sup>7</sup>.

Sarmiento imagina entonces un gran frente antirrosista al que se unirían aun los mismos mazorqueros (entre los que encuentra ahora "algunas virtudes que algún día deberían premiarse"). Finalmente, de este realineamiento general de fuerzas participarían también las potencias europeas, las que por fin habrían reconocido "sus verdaderos intereses" una vez que el flagelo de la tiranía (en cuya lógica interna la guerra exterior era la contracara necesaria del orden interno) se hubiera convertido en una "cuestión internacional".

La lucha entre civilización y barbarie (la lucha contra Rosas) habría dejado ya de ser, efectivamente, una "guerra civil", un enfrentamiento entre los principios del orden y de la anarquía (como era la propuesta primitiva). Pero desde ese momento tampoco sería ya entre campo y ciudad, entre las corrientes ilustradas y las tendencias elementales del medio; ésta se habría convertido, piensa Sarmiento, en una suerte de guerra de todos contra el tirano. Las mismas fuerzas que engendraron la tiranía se convertirían desde ese momento en agentes de la civilización, de expresión más genuina de nuestro medio Rosas se habría convertido súbitamente en una extravagancia.

En ello se descubre en nuestro autor un suerte de aguda intuición política. Comienza a percibir el hecho de que el régimen rosista no podría ya ser destruido sin que antes éste mismo no comenzara a agrietarse por dentro. Y desde su perspectiva algo lejana y demasiado refractada por las propias ansiedades y presupuestos, este proceso se le figuraba como algo inminente y generalizado. De todos modos, lo que importa aquí señalar es que esto que desde el punto de vista de su práctica política constituía una intuición fundamental, a nivel conceptual no parecía aún haber logrado superar esa precaria condición y alcanzar cierta elaboración intelectual que le permitiera jugar e integrarse como un elemento funcional a su esquema de pensamiento <sup>8</sup>.

En definitiva, Sarmiento oscilaría en este punto entre dos actitudes contrapuestas. Por un lado, aparece en él con fuerza la idea de que el triunfo completo de la tiranía estaría marcando una quiebra en nuestro transcurso histórico orgánico, señalando una suerte de fin de la historia, de la que nada valioso podría ya renacer. Pero por otro lado, trata de mantener una esperanza en la posibilidad de que este mismo hecho pudiera estar representando, paradójicamente, un vuelco favorable a las fuerzas de la civilización, aunque sin

poder optar aún decididamente por esta última alternativa para plasmarla en una propuesta política coherente.

El verdadero punto de fuga de la misma lo constituirá, como veremos, el hecho de que con ella no lograrse tampoco avanzar gran cosa en precisar un punto crítico: aquellos que deberían de ser los encargados de reunir y encabezar tal frente (cuestión crucial que había hecho naufragar todas las anteriores tentativas); por el contrario, esta cuestión tenderá entonces a disolverse en una pura apelación a la Providencia<sup>9</sup>. En fin, Sarmiento no acertará a conjugar en un mismo cuadro y reunir bajo un mismo principio explicativo tanto las razones profundas de la realidad del poder de Rosas como las de la empresa destinada a terminar con él; y ello explicaría, entiendo, por que terminó imponiéndose esa visión fatalista que suele atribuírsele (siendo que, en realidad, ésta no era consecuencia tanto de que correspondiera con su pensamiento de entonces como de sus mismas debilidades para evitarla). En fin, el esquema de interpretación que propone nos revela un sentido de una lucha ante la cual ya no habría salida posible, aporta un diagnóstico inteligente para una enfermedad frente a la que no se conocía remedio eficaz alguno. Sarmiento mismo se habría percatado de esto y por ello, en posteriores ediciones, se negará a publicar los capítulos finales y la introducción alegando que "les faltaba el hilo conductor"<sup>10</sup>.

### LA HISTORIA QUE NO FUE

A fin de explicitar la hipótesis precedente, nos formulamos la siguiente pregunta: ¿era inevitable, para Sarmiento, el ascenso de Rosas al poder?. La respuesta ha parecido casi obvia a la mayoría de los estudiosos de su obra, ya que ello habría sido según Sarmiento un resultado (al menos así ha sido interpretado tradicionalmente) de la determinación del medio<sup>11</sup>. Sin embargo, si analizamos la trama de la misma, y particularmente algunas de sus escenas centrales, comprobaremos que ello no necesariamente debía ser así desde un comienzo.

Uno de los nudos del drama lo constituye el fusilamiento de Dorrego. Con él termina el último de los intentos por alcanzar una fórmula política de transacción que evitara el enfrentamiento. Dorrego no logra frenar la irrupción del "tercer elemento" de las campañas que él mismo había convocado y luego se volviera en su contra. Sin embargo, la responsabilidad del fracaso de este proyecto conciliatorio le cupo fundamentalmente a los unitarios. Debido a su limitada visión partidaria no percibieron el peligro que acechaba, y rechazaron la integración de este grupo a su gobierno. Con este error comienza una larga serie de frustraciones, una combinación particular de acontecimientos que terminaría finalmente abriendo el camino de Rosas al poder.

No obstante, estos errores y esos acontecimientos no resultaron fortuitos. La lucha era inevitable porque la fusión era necesaria, nuestra disposición geográfica misma (ya lo hemos visto) impulsaba secreta y decisivamente hacia ella. Es así que pronto se alzaron espontáneamente dos tendencias unificadoras, las que necesariamente debían entrar en un antagonismo absoluto entre sí en el que una de las dos debía destruir a la otra.

*"La República era solicitada por dos fuerzas unitarias: una que partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior; otra que partía de las campañas, y se apoyaba en los caudillos que ya habían logrado dominar a las ciudades; la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana" (p.109)*

Ambas "fuerzas unitarias" alcanzaron su expresión máxima en Paz y Facundo, respectivamente. La historia que sigue es la de su anunciada colisión. Ahora bien, si la lucha era inevitable, no así su resultado. El desenlace que llevará al triunfo del elemento bárbaro sólo puede explicarse por determinadas circunstancias y

acontecimientos que jalonan esta historia.

El primero de ellos fue la derrota de Lavalle. El error lo cometió esta vez el propio general al negarse a lograr un acuerdo político que hubiera hecho posible una "paz tolerable" y lo hubiera conducido al poder, separando definitivamente a Rosas del mismo <sup>12</sup>. No sólo hubo errores políticos, a ellos se agregaron falencias de estrategia militar.

*"Si Lavalle hubiera hecho la campaña de 1840 en silla inglesa y con el paletó francés, hoy estaríamos a orillas del Plata arreglando la navegación a vapor de los ríos y distribuyendo terrenos a la inmigración europea" (p.147)*

Vemos así que, cuando Sarmiento se introduce en el plano histórico, tiende a superar esa visión fatalista tan difundida (al menos no negaría *a priori* la posibilidad de que "hoy estaríamos arreglando la navegación a vapor"). Pero, de todos modos, ésta hubiera sido la historia de lo que no se dio, y de lo que se trataba era de explicar lo que sí había pasado, y por qué había sucedido. Y aquí sí es que apela a una explicación recurrente respecto a la supuesta visión sesgada, de partido, de quienes debían colocarse por encima de las ideas e intereses que su propio elemento parcial y limitado les imponía <sup>13</sup>. Todas las distintas oportunidades que hubo para terminar con el "bárbaro" habían sido malogradas, y en todos los casos por la misma razón: faltó el hombre capaz de elevarse por sobre los condicionamientos que su medio empírico le señalaba para poder alcanzar a una visión de conjunto de las necesidades del momento que le permitiera ponerse a la cabeza del movimiento, enfrentar y finalmente derrotar al tirano.

Hubo sí alguien destinado a serlo: el otro polo de la controversia se llamaba Paz. El general artillero, "y por lo tanto matemático, científico, calculador". Expresión genuina de la ciudad, y a la vez provinciano, nexo entre los elementos liberales de las ciudades del interior y Buenos Aires, personificaba la otra de las "tendencias unitarias" que se disputaban la hegemonía. Su enfrentamiento con Quiroga debía darse y se dio.

*"En la Tablada de Córdoba se midieron las fuerzas de la campaña y de la ciudad bajo sus más altas inspiraciones: Facundo y Paz, dignas personificaciones de las dos tendencias que van a disputarse el dominio de la República" (p.132)*

Planteado el enfrentamiento en estos términos (con sus elementos encarnados en su estado más puro), la victoria sólo podía acompañar a la fuerza de la razón. "La inteligencia vence a la materia, el arte al número". Una fuerza y un hombre tal no podían ser derrotados, sólo un hecho fortuito (como el que fuera atrapado por un tiro de boleadoras) va a sellarle a éste su destino. Sin embargo, atribuirlo todo al azar sería resignarse a renunciar a comprender los hechos. Sarmiento, empeñado en descubrir una explicación a los mismos, asegura:

*"Pudiéramos hacer coro a los moralistas que dan a los acontecimientos más fortuitos el poder de trastornar la suerte de los imperios; pero si es fortuito el acertar un tiro de bolas sobre un general enemigo, no lo es que venga de la parte de los que atacan las ciudades, del gaucho de la pampa convertido en elemento político. Así, puede decirse que la civilización fue boleada aquella vez." (p.160).*

Explicación algo oscura pero que puede llegar a interpretarse. Hay aquí una razón implícita que Sarmiento no logra formular claramente. Si Paz pudo haber triunfado militarmente sobre Rosas, no fue fortuito que no lo haya hecho; porque si él era la contracara de Quiroga, luego era la manifestación de una tendencia espontánea de unidad nacional, expresaba "los primeros ensayos de fusión" provenientes, en este caso, del término civilizado de la contradicción. Por eso podía vencer a Quiroga, pero Rosas era ya otra cosa, porque sólo él habría logrado convertirse en la verdadera síntesis de los diversos factores en pugna (solo que en este caso el rol de "polo activo" lo cumpliría el factor incivilizado). Paz, en cambio, podía ser el anti-Facundo, pero

no llegaría a elevarse a la altura de un anti-Rosas, y por ello debía de ser derrotado "por el gaucho de la pampa convertido en elemento político". Ante la "barbarie hecha sistema" era ya impotente.

La obra, como se ha señalado reiteradamente, estaba concluida allí. Pero su autor añade una tercera parte (lo que representa también un dato significativo) donde trata de mostrar la forma como podría producirse la caída de Rosas. Sarmiento insiste entonces (o se ilusiona, al menos) en que esa controversia todavía no habría concluido. La barbarie, estaba convencido de ello, a medida que avanzara iría generando nuevas y mayores contradicciones. La cuestión fundamental era saber si entonces podría Paz convertirse en ese grande hombre que aglutinara todas las resistencias que ésta engendrara a su paso y para deponer finalmente al tirano. Y Sarmiento aún lo creía posible.

*"¡Todavía el destino no ha decidido entre vos y Rosas, entre la ciudad y la pampa, entre la banda celeste y la cinta colorada! ¡Tenéis la única cualidad del destino que vence al fin la resistencia de la materia bruta, la que hizo el poder de los mártires! ¡Tenéis fe. Nunca habéis dudado! ¡La fe os salvará y en vos confía la civilización!"* (p.133)

Pero aquí no hay apelación ya a esquema racional alguno que sustente esa esperanza. Lo que sostiene a Paz no es ninguna fuerza histórica real, sino su propia fe. Esta, sin embargo, no podía ofrecer por sí misma garantía alguna de triunfo. El llamado a Paz con que termina el libro nos deja en la incertidumbre.

*"¡Proteja Dios tus armas, honrado general Paz! ¡Si salvás a la República, nunca hubo gloria como la tuya! ¡Si sucumbes, ninguna maldición te seguirá a la tumba; los pueblos se asociarán a tu causa o deplorarán más tarde su ceguedad o su envejecimiento!"* (p.243)

Final algo abrupto, introduce así un elemento de indeterminación en la historia. Contradiendo aquellos presupuestos fundamentales a su concepción de la misma, todo el destino de esta contienda quedaría entonces librado al azar <sup>14</sup>. Nuestro desenvolvimiento histórico se tiñe de este modo de arbitrariedad.

En un sentido, ello resulta del hecho que en la historia de la lucha entre "civilización" y "barbarie" no había lógica posible, ella se despliega en el terreno de la pura empiria: su destino se juega en los campos de batalla y su historia resulta de los mismos fragores de la contienda. La intervención de un elemento tal, externo, ajeno a todo el proceso evolutivo (como supone la barbarie), impide la clausura del sistema, le da al mismo un carácter esencialmente abierto, indeterminado <sup>15</sup>.

Pero en tales casos, la lógica indica que el triunfo final debería corresponder de un modo inevitable al termino más avanzado de la contradicción. Aun cuando ello no respondiera a ninguna necesidad intrínseca a la dinámica propia de la civilización en cuestión, si hace a las leyes que guían el curso de la historia universal. Y éstas se imponen siempre en el terreno de la cruda facticidad: la superioridad de los armamentos y medios aportados por la cultura a su disposición tornarían irresistible su avance.

Sin embargo, resulta que en nuestro medio aquel conjunto de elementos culturales atribuibles a las fuerzas de la civilización parecen ser insuficientes, impotentes ante la enormidad del desierto. Donde la barbarie impregna todo, donde, hasta en la propia "gente decente", "si soliviantáis un poco la solapa del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho" (p.152), Paz debía necesariamente de aparecer como una estoica figura aislada, sólo confiada a la buena voluntad de una caprichosa Providencia, celosa de revelar sus designios.

## ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Para sintetizar, podemos decir que lo que se comprueba aquí son las consecuencias de aquel desplazamiento producido en la definición de los términos "civilización" y "barbarie". Por un lado, éste ofrecía la posibilidad de articular una coherente, y sumamente original, interpretación respecto de lo que estaba ocurriendo, le permite a Sarmiento integrar los hechos en un cuadro sistemático y brindarnos así un colorido y vivo relato (lo que le ha asegurado a esta obra su merecida trascendencia) en cuanto a la supuesta peculiaridad (según era su intención) de lo que allí estaba engendrándose con el proceso que culminaría en la entronización de Rosas en el poder.

Pero, por otro lado, se observa también que este desplazamiento revela sus limitaciones a la hora de concebir una solución frente a tal desgarramiento dramático que de un modo tan convincente nos pinta. Plantear la lucha en estos términos habría de dar lugar a la más demoledora de las denuncias a la "tiranía", pero haría ya imposible pensar una salida a la misma. Es así que, llegado el momento de la lucha contra el tirano, ésta parece haberse convertido en poco más que una comedia de enredos, habría perdido ya toda esencialidad, toda significación histórica. A la fortuna ciega y caprichosa, Sarmiento sólo podía entonces oponerle una complicada explicación sobre cierta "astucia de la Providencia" que habría de convertir súbitamente el triunfo absoluto de la barbarie en el comienzo de una nueva era de civilización. Las proclamas triunfalistas, los llamados a la resistencia, se acercarán más a una profesión de fe que a una expectativa sólidamente fundada. Y ello es así por dos razones.

En primer lugar, porque plantear que la misma barbarie habría de incubar el germen de su propia destrucción implicaba, de hecho, una cierta relativización de su juicio respecto de Rosas (al menos en cuanto a su rol histórico objetivo). En tal caso, Sarmiento debería haber convenido (si pretendía ser consecuente con esta postura) en que Rosas (al igual que el feudalismo para Guizot) "fue lo que debió ser, y lo que hizo debía hacerlo" (*Historia de la civilización en Europa*, op.cit., p.110), lo que lo hubiese acercado demasiado peligrosamente a las posturas de Alberdi en el '37. En todo caso, esto presupone una visión cerradamente fatalista y progresista de la historia que ya no se compadecería con la imagen de irracionalidad con que Sarmiento nos pinta ahora la emergencia del rosismo; menos aún con su convicción (consecuencia lógica de lo anterior) de que "en medio de la destrucción dejada por las pisadas de los caballos, nada se sustituye, nada se establece".

En segundo lugar, fundamentalmente porque esta súbita regeneración por obra de la barbarie no nos dice aún gran cosa respecto de cómo las dispersas fuerzas llamadas a acabar con la misma encontrarían una voz de mando que las reuniera, ni de cómo superarían aquella radical limitación de sus perspectivas partidistas de la realidad que las ha conducido una y otra vez a la debacle. Esa, sin embargo, es una historia que aún estaba por escribirse. En fin, siguiendo el propio esquema de interpretación que Sarmiento nos propone, la solución última a la tiranía sólo podría producirse desde la propia civilización; aquella seguiría siendo un asunto que debería de resolver la civilización consigo misma y no podría nunca seguirse de la lógica pura de la barbarie. La apelación a esta última podría acaso explicar el nuevo cariz que habría de adquirir el conflicto. Pero respecto de cómo habrían de reunirse y levantarse de consuno las fuerzas que pondrían fin a esta brecha que se ha abierto en el curso evolutivo de nuestra civilización, en definitiva, de cómo habría de surgir aquel "grande hombre" de la civilización que lograra una síntesis racional y reinstalara todo el transcurso histórico en su cauce orgánico, es, justamente, todo aquello que Facundo (que representa precisamente su negación) no podría nunca alcanzar a explicar<sup>16</sup>.

Para darle un sentido a la lucha final contra Rosas, podemos concluir, Sarmiento hubiera debido, pues, intentar recentrar el "hilo conductor" del proceso histórico que nos relata hacia el ámbito que le es propio: el mundo de la acción humana creativa y racional (el mundo civilizado), y hacer aparecer aquel fenómeno -en

principio extravagante y extraño al mismo- del rosismo, como un momento necesario dentro de la lógica de su despliegue inmanente. Sin embargo, solo vemos aquí historia en aquello que es su negación absoluta, la historia de Quiroga, de Rosas, en fin, de la Barbarie. Falta la historia de aquello que constituye su ámbito propio, la de las ciudades, la de sus grandes hombres y sus personajes cotidianos, la "historia de la Civilización". Y esta se desdibuja, porque carece de un referente claro. El prolijo análisis de la vida de Facundo, la lograda descripción de la perfecta armonía existente entre este hombre y su medio, entre los personajes cotidianos de la campaña y la personalidad de su héroe, contrasta con la descripción sumaria y superficial de la vida y la personalidad de Paz. En fin, si la comprensión racional de aquel proceso de reducción a la unidad y constitución de nuestra nacionalidad que se proponía relatarnos se nos ve dificultada por el carácter paradójico que éste adquiere, se debe, pues, en un último análisis, a cierto desequilibrio conceptual que subyace a esta obra en la medida en que no logra oponerle a aquel una descripción simétrica de un proceso paralelo de síntesis que opere a partir del elemento civilizado y conduzca lógicamente al derrocamiento de Rosas y a la superación de la tiranía <sup>17</sup>.

De todos modos, tal desequilibrio expresaba limitaciones no exclusivamente teóricas e involucraba impedimentos materiales concretos que su propio momento histórico le imponía. Por ello, las formas de su resolución quedarían de manera inescindible ligadas al curso de las transformaciones que habrían de ir operándose en la misma realidad.

Y la situación que se le aparecía como inabordable y aun esquiva a dejarse asir a ninguna suerte de esquema racional no era sino aquella con la que se abre el análisis de esta obra (con lo que volvemos al punto de partida): la consolidación del régimen de Rosas y la instauración de la "Pax Rosista", lo que le otorgaba al mismo (y por lo menos hasta fines de esa década) la contundencia de los datos en apariencia incontestables. Este hecho de nuestra historia sumamente traumático para Sarmiento, y que en *Facundo* se propuso definir y comprender racionalmente sin lograrlo acabadamente, se instalará finalmente como "mar de fondo" de toda su producción intelectual del período. Sólo cuando el mismo comience a mostrar sus fisuras, Sarmiento podrá sí intentar concebir una alternativa coherente al mismo.

Pero entonces ese "grande Hombre" cuya biografía brinde el hilo conductor para esta historia ya no va a ser Paz, sino Sarmiento mismo, y el libro se va a llamar *Recuerdos de Provincia*. Entre uno y otro media un proceso de reelaboración conceptual, siendo así que sin abandonar completamente el "lenguaje romántico", habría de enriquecerlo con un conjunto de categorías nuevas que le aportará su experiencia de viajes. Esto es lo que vamos a ver a continuación.

# CAPITULO V

## EL VIAJE INICIATICO

*"Para alcanzar un conocimiento científico de países extranjeros solo raras veces es necesario visitarlos [...] Pero para comprender en su esencia una nación extranjera, para tener la clave que explique sus particularidades de todo género [...] es necesario haberla visitado con los propios ojos."*

W. von HUMBOLDT

*"¡Oh, afortunados aquellos cuyas murallas se están ya levantando!, exclama Eneas, y contempla la cima de la ciudad naciente; luego entra por medio, encubierto por la niebla, y se mezcla entre la multitud..."*

VIRGILIO

Mientras Sarmiento escribía *Facundo*, se iba recalentando otra vez la "cuestión francesa". Y nuestro autor ve allí una base para un nuevo programa de acción destinado a agrupar las dispersas fuerzas y lanzarlas sistemáticamente contra Rosas. La llave maestra del mismo radicaría en aquello que percibe ahora como el verdadero resorte capaz de conmover aun a aquellos que entendían poco de lo que allí estaba en juego: sus intereses. La bandera de la "libre navegación de los ríos interiores" haría el milagro de reunir las provincias del litoral y las naciones limítrofes al comando ilustrado que llegaba del otro lado del Atlántico. Este nuevo dato marca el cambio decisivo que se produce entre los pocos meses que separan *Aldao* y *Facundo* y explica el distinto tono que éste adquiere. Pero también revela algunas de las razones de las ambigüedades en él observadas.

La anterior experiencia había vuelto a los franceses muy impopulares entre el círculo de los exilados; muchos dudaban si incluso una intervención extranjera no fortalecería aún más a Rosas.

*"Nosotros no podemos negar que tenemos muchas dudas sobre el resultado de la intervención [...] Tememos que mal informados de las necesidades y espíritu propio que tiene la sociedad americana [...] caigan en algún error funesto, muy propio de las preocupaciones que entre ellos predominan, y que este paso encienda por toda la América un fuego inextinguible. ¿Será imposible que intenten dar a la República Argentina un Rey europeo...?" (El Progreso, 8/5/45. OC.VI, p.166)*

Sólo en septiembre, luego que concluyera ya con la entrega del *Facundo*, la inminencia de la intervención lo lleva definir más claramente su posición. Se muestra entonces más dispuesto a acompañar esta empresa (que, por otra parte, siempre alentó en sus escritos) convencido de que la misma habría de ir orientándose, por las propias exigencias de la lucha, en el camino correcto <sup>1</sup>.

Sin embargo, por entonces su situación personal se había complicado. La acción diplomática de Rosas había logrado algunos éxitos ante los que, al menos en lo inmediato, la publicación del *Facundo* no era un arma efectiva. Atacado por diversos medios y aun por la misma prensa oficial de Chile, el sanjuanino se convertiría en un socio molesto para Montt, quien prefiere entonces alejarlo un tiempo de la escena chilena. Sarmiento inicia así un viaje que habrá de dejar profundas huellas en su pensamiento.

### LAS CUESTIONES IRRESUELTAS

Con él se produce un nuevo proceso de reelaboración conceptual por el cual la fórmula de "civilización" y "barbarie" se iría adecuando a la exigencia de concebir nuestra historia como un desarrollo orgánico y evolutivo que conduciría lógicamente hacia la plena realización de los valores universales de la libertad. En *Facundo* hemos visto ya aquellas dos cuestiones fundamentales que conspiraban contra esta aspiración, puesto que terminaban conduciendo a una visión del rosismo como un resultado paradójico de un proceso anómalo y frente al cual, ya no cabría imaginar una salida posible.

En efecto, en aquella obra se revela cierta tensión que se produce, una vez que ha incorporado a su pensamiento ciertas ideas acerca de la influencia del medio sobre las acciones humanas, cuando intenta explicar a partir de ellas las razones del triunfo de Rosas. Aunque nunca terminaría de aceptar esto como algo inevitable, la trama de la misma se tornará desde entonces una historia trágica de luchas siempre frustradas, y aspiraciones siempre contradichas, por parte de hombres ilustrados incapaces para enfrentar este sino al que los condenaba el desierto. Este primer nudo problemático (ligado al de la noción del rol del sujeto en la historia) lo vamos a definir entonces, esquemáticamente, como el de la relación que se establece entre el "determinismo natural" y la "acción racional de los hombres". La cuestión a resolver aquí, pues, es la de cómo podría superarse mediante ésta los condicionamientos que surgen de aquél.

El segundo nudo problemático, derivado del anterior, reside en la presunta evidencia de que, dadas las características que aquel medio imponía a esta sociedad, la única forma posible de establecer el orden y disciplinar a las masas semi - salvajes que habitan este desierto sería, de un modo ineludible, el despotismo más brutal. Nuestra República parecería entonces condenada a oscilar entre el despotismo y la anarquía; obligada a optar entre la "pura unidad" y la "pura diferencia" no habría tercera alternativa posible. Este otro foco de tensión (que está relacionado con la idea de Nación), lo podemos traducir en términos (aprovechando aquellos que Sarmiento mismo prefería) de la antinomia entre el "Conflicto" y la "Armonía"<sup>2</sup>. La pregunta aquí sería entonces la de cómo lograr establecer un orden que neutralice las tendencias anárquicas de esta sociedad pero que no derive en un despotismo que elimine todo vestigio de libertad y coarte toda posibilidad de progreso.

En las páginas que siguen intentaré mostrar el modo en que su pensamiento (siempre preocupado por superar esa incómoda alternativa en la que el transcurso efectivo de nuestra historia parecería estar obligándonos a optar entre la anarquía bárbara o el despotismo "hecho sistema"), se fue conformando y articulando en torno de esta doble problemática. *Viajes* constituye el texto fundamental por el que se puede observar este proceso de reelaboración teórica, operándose en él un doble desplazamiento por el cual, por un lado, se iría enfatizando el rol del sujeto como verdadero "arquitecto" del mundo social y de su curso histórico; y por el otro, se terminaría identificando aquella idea romántica de Nación con las formas republicanas de gobierno. Ambos desplazamientos (íntimamente ligados entre sí), se orientaban, respectivamente, hacia la superación de aquella doble dicotomía señalada, y suponían un reordenamiento global de su pensamiento (con lo cual su famosa fórmula adquiriría un nuevo sentido); fenómeno decisivo, ya que actuará a modo de bisagra que conduce de *Facundo* a *Recuerdos*. Si el primero podemos interpretarlo como una suerte de "planteamiento del problema", los textos que veremos ahora serán aquellos por los cuales

se fue formulando la "solución sarmientina" (por decirlo de algún modo) al mismo. Interpretadas de este manera, estas obras adquieren una unidad de sentido que torna insuficientes sus análisis por separado.

### **EL DERRUMBE DE LA CUARTA PARED**

*"Y como en las cosas morales la idea de verdad viene menos de su propia esencia, que de la predisposición de ánimos, y de la aptitud del que aprecia los hechos, que es el individuo, no es extraño que a la descripción de las escenas que fui testigo se mezclase con harta frecuencia lo que no vi, porque existía en mí mismo, por la manera de percibir; trasluciéndose más bien las propias preocupaciones. Y a ser desempeñada esta parte, ¿quién no dijera que ése es el mérito y el objeto de un viaje, en que el viajero es forzosamente el protagonista, por aquella solidaridad del narrador y la narración, de la visión y los objetos, de la materia de examen y la percepción, vínculos estrechos que ligan el alma a las cosas visibles, y hacen que vengan éstas a espiritualizarse, cambiándose en imágenes, y modificándose y adaptándose al tamaño y alcance del instrumento óptico que las refleja?" (Introd., p.XVII).*

En esta cita se sintetiza lo esencial de las enseñanzas que le aportaron sus experiencias de viajes. La primera conclusión que extrae Sarmiento de su travesía, pues, es la supuesta evidencia del rol activo del sujeto en la conformación de la experiencia, del error de pensar en la existencia de una verdad que lo sea "por su propia esencia", así como tampoco concibe ya, en el plano histórico social, "realidad objetiva" alguna dado que sólo en relación al sujeto ésta adquiere sentido. Y ello es así, entiende, porque el sujeto de la misma no sólo es un mero narrador pasivo y desapasionado, sino que "forzosamente" es también su protagonista; autor y ejecutor a la vez del drama de su obra. Simultáneamente sujeto cognoscente y actuante, es sólo debido a este doble carácter inherente a la condición humana que puede el hombre comprender su historia, en la medida en que participa existencialmente del espíritu que la anima. Se observa así cómo Sarmiento se orienta hacia la superación de toda forma de determinismo mediante el rechazo a la dicotomía entre el sujeto y el objeto de la historia, en fin, abandonando la actitud que dominaba en *Facundo* de "observador pasivo y objetivo" a lo Tocqueville (el historiador - sociólogo, extranjero además, que observa un modelo político guardando siempre una prudente distancia) para comprometerse personalmente en el drama de su obra.

Sin embargo, resulta que el mundo que se disponía a explorar le era exótico, algo respecto de lo cual no guardaba ninguna relación inmediata. Sarmiento no podía pues evitar cierta turbación de espíritu al aproximarse a tierras y culturas ajenas a la suya<sup>3</sup>. De todos modos, asegura, aquel mundo no le era absolutamente extraño, ya que entiende que vivía latente en su interior como el legado espiritual que de nuestros padres se prolonga en nosotros. "Siéntome, sin embargo -decía- que no soy el huésped ni el extranjero, sino el miembro de la familia, que nacido en otros climas, se acerca al hogar de sus antepasados" (p.83).

La misma relación sujeto - objeto, se reproduce ahora entre pasado y presente<sup>4</sup>. Es, precisamente, esa identidad del sujeto y del objeto de la historia lo que le otorga también unidad a su transcurso (en ambos casos, es la idea de la misma como una suerte de "espíritu viviente" la que cierra la brecha). Así como los hechos sólo adquieren sentido en su relación con quien es en cada caso su actor, el pasado sólo existe como realidad esencial en la medida en que se proyecta sobre la realidad presente, que deposita sus vestigios en el mundo y en el alma de los hombres, conformando así su espíritu. Comprender este espíritu es, entonces, el arte hermenéutico de quien sabe leer en los rasgos en apariencia más insignificantes el sentido último de aquello que hasta entonces era sólo materia inerte y por ese mismo acto adquiere su idealidad esencial, "viene a espiritualizarse" (dicho con sus palabras).

Queda así presentado, finalmente, el rol que el propio Sarmiento asume en este drama: él será quien oficiará

de nuestro cicerone "es decir, el que sabe, el que explica, el que enseña lo que las cosas significan" (p.331). El nos introducirá, pues, al mundo de los hombres, su sentido y su historia.

### EL SUPREMO ARQUITECTO PROFANO

Como el iniciado que siempre debe volver a su pueblo para hacer partícipe a los suyos de su experiencia, nuestro héroe nos cuenta ahora lo que descubrió. Y como no podía ser de otra forma en el contexto de ideas por el que ahora se inspiraba, aquello que encontró en la raíz del drama de la historia fue a su propio autor y ejecutor, es decir, al hombre mismo y su inmenso poder creador. Y lo halló en su expresión más grandiosa y lograda: la sociedad norteamericana.

Es allí donde el hombre se ha realizado en su condición de ser racional, porque su razón sólo puede manifestarse como poder, capacidad para mediar su propia naturaleza venciendo las resistencias del medio e imprimiéndole a ésta su propia realidad e idealidad. Sólo entonces es el hombre verdaderamente libre.

Ahora bien, si ello es así, la explicación del surgimiento de una sociedad tal "último resultado de la lógica humana" no puede ya buscarse en el medio. En efecto, si bien la naturaleza ha sido generosa con el yanqui, no lo ha sido más que en la América del Sur y los resultados han sido opuestos. Tampoco en la raza.

*"...la aptitud de la raza sajona no es tampoco la causa del gran desenvolvimiento norteamericano. Ingleses son los habitantes de ambas riberas del Niágara, y sin embargo, allí donde las colonias inglesas se tocan con las poblaciones norteamericanas, el ojo percibe que son dos pueblos distintos." (p.473) "De lado de los Estados Unidos se levantan grandiosas ciudades... [...] En el lado del Canadá, aunque dividido por el canto de un río, en un antiguo establecimiento, y al parecer con mejor tierra, hay sólo dos o tres almacenes [...] por la primera vez vimos de este lado mendigos" (p.474)*

Ni siquiera la "naturaleza humana" en general, ya que en ella habita de todo, desde lo más sagrado hasta las pasiones más bajas, "tiene tantos instintos malos como buenos". Definitivamente, la naturaleza toda no es más que un infinito lienzo en blanco donde el hombre ha de plasmar su obra y sólo él puede hacerlo. "Y será siempre la gloria de Fourier -pontificaba- haber llevado la inteligencia del hombre hasta hacerla capaz de mejorar el universo, de haber deificado en la criatura el poder del Creador, poetizando el trabajo y la inteligencia humana..." (p.139)

Queda así superada toda forma de determinismo y providencialismo. Si el destino ha querido reunir todos los elementos que hicieron posible el milagro yanqui, apelar a la idea de Providencia para explicarlo mostraría solo pereza intelectual: "¡Dios es la más fácil solución a todas estas dificultades!", decía. El misterio de su grandeza sólo se descubre en el hombre americano mismo, en su capacidad de lucha y en sus aptitudes morales que lo identifican desde aquel día que descendió del Mayflower. Y ese "genio americano" es el que comparte hasta el último de sus habitantes y se revela en cada uno de sus personajes cotidianos. Dos de ellos simbolizan la fuerza y la razón, respectivamente, el espíritu "schumpeteriano" de empresa que hace frente a todos los riesgos, y la capacidad especulativa, el "don de cálculo" que los caracteriza.

El primero es el pilluelo vendedor de diarios que se tira del tren a toda carrera para vender un diario más; el otro es el pionero, el "Alejandro norteamericano" que analiza racionalmente las cartas geográficas, y, seguido de sus compatriotas igualmente dotados, erige ciudades donde solo había tierras inexploradas.

*"El yanqui, inventor de ciudades, profesa una ciencia especulativa, que de inducción en inducción lo conduce al sitio donde ha de florecer una ciudad futura [...] Si después de fijados estos puntos, halla un manto de*

*carbón de piedra, o minas de hierro, levanta el plano de la ciudad, le da nombre, y vuelve a las poblaciones a anunciar por los mil ecos del diarismo, el descubrimiento que ha hecho del local de una ciudad famosa en el porvenir, centro de cien vías comerciales. El público lee el anuncio, abre el mapa para verificar la exactitud de las inducciones, y si halla acertados los cálculos, acude en tropel a comprar lotes de terreno [...] y una Babel se levanta en un año." (p.482)*

Pero ese "país de Cucaña" no es sino el "paraíso capitalista", y nuestro autor no ignoraba la darwiniana lucha salvaje por la vida que éste representa <sup>5</sup>. Sarmiento, sin embargo, no creía en lágrimas, y no dudaba en felicitar a los americanos por diseñar sus tendidos ferroviarios sin esos costosos cercos con que los "gobiernos paternalistas" europeos protegían como "menores de edad" a sus habitantes, distrayendo así el esfuerzo productivo. No vale argumentar que ello pueda evitar algunas muertes de inocentes ciudadanos. ¡Que aprendan a defenderse por sí mismos!

*"Acaso hay un poco más de víctimas y de accidentes, pero hay, en cambio, hombres libres y no presos disciplinados, a quienes se les administra la vida." (p.476)*

Eso es la más perfecta "igualdad de oportunidades" correctamente entendida.

Podemos pues completar la idea esbozada al comienzo. Sarmiento resuelve la tensión entre el determinismo natural y el rol de los sujetos en la historia desplazándose ahora hacia la acentuación del segundo de los términos, es decir, exaltando el poder creador del hombre como verdadero responsable de su propio destino. Esta solución con rasgos "humanistas" (si cabe llamarla así) lo conduce, por una parte, a identificarse con la ética capitalista del trabajo y la productividad; y por otra, a superar la rígida oposición entre el sujeto y el objeto de la historia que primaba en el primero de los textos que vimos. En síntesis, para Sarmiento ya no existe un sentido de la historia fuera del que los mismos sujetos le imprimen mediante su propio accionar; de allí que para comprender el mismo haya que abandonar el rol pasivo de mero observador desinteresado e introducirse en la trama misma de su drama <sup>6</sup>. Lo visto hasta aquí lo vamos a ver también expresarse en lo que podemos llamar la "estética" de Sarmiento.

### **EL ARTE, LA HISTORIA Y EL ROL DEL SUJETO**

El arte "es el hombre mismo", aseguraba Sarmiento. En él es donde se manifestaría lo más profundo del espíritu de una época. Al respecto, nuestro autor (que "ha recorrido más de cien museos") tiene algo que decirnos.

La literatura dramática, decía, debe ser realista, pero compleja, con multiplicidad de situaciones y personajes (como nuestros tiempos), describir fielmente los sentimientos que los inspiran. Pero, fundamentalmente, el drama debe quedar subordinado al actor, no importa tanto la obra en sí como quien la va a representar (el sujeto de la misma)<sup>7</sup>. El lenguaje, finalmente, debe ser simple, transparente (siguiendo los principios de la reforma ortográfica que proponía), orientado hacia el público cotidiano, abandonando los artificios de la poesía en beneficio del estilo llano de la prosa. En resumen, una síntesis del sentido común del burgués.

Y en lo relativo a doctrina estética, Sarmiento no acepta ninguna forma de relativismo; el arte contemporáneo es solamente uno, como no hay sino sólo una civilización moderna.

*"...yo no acepto la distinción muy recibida de literaturas y civilizaciones distintas en los pueblos civilizados de hoy, ni aun para la España, que es la nación que menos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de inteligencia, porque el atraso no es una civilización, ni produce una literatura" (p.209)*

Fuera de la civilización sólo hay anomia, no hay espíritu ni acontecimientos dignos de inspirar el genio del artista. Alegar contra ello los particularismos nacionales es relativismo moral, maquiavelismo ético que sólo sirve para justificar la barbarie.

Vemos aquí que Sarmiento, en la medida en que avanza en esta senda "humanista", se va haciendo también más cosmopolita (y se aleja así del programa romántico, fuertemente asentado en la idea de la originalidad absoluta de cada formación nacional). Si puede hablarse todavía de nacionalidad y aun de arte nacional, sólo cabe como manifestación de la voluntad de un pueblo que mancomunado lucha por construirse un destino común.

*"...pues que no doy este nombre [arte] sino a la manifestación constante y seguida aspiración de un pueblo en prosecución de una idea nacional, que existe y se revela en cada hombre, por generaciones sucesivas." (p.584)*

Y es justamente aquí donde el "genio americano" (vulgarmente descalificado) manifiesta toda su magnificencia. En efecto, si la barbarie es la negación del arte, Europa es su manifestación más grandiosa y más inútil. Es el reino de la estatuaria, de un pueblo que vive sólo en el recuerdo de glorias pasadas, incapaz de construirse su futuro. Por eso, para Sarmiento, como para Hegel, es la arquitectura la reina de las artes. En esa casita modesta donde habita el hombre de pueblo norteamericano se manifiesta lo más propio de su genio, la que expresa su amor a lo bello, a la perfección, y en definitiva, su "osadía de sobrepasar a la especie humana entera, a todas las civilizaciones y a todos los siglos". Porque el hombre, construyendo su ciudad, impone su reino sobre la tierra. Para Sarmiento, como para Campanella, la ciudad es el mundo del hombre, y la arquitectura, el modo por el que éste se eleva hacia el supremo creador y rivaliza en hazañas con él.

Surge aquí lo más característico de su estilo. En *Viajes*, como en la primera parte de *Facundo*, lo que domina es la descripción de personajes cotidianos, tipos que expresan, cada uno, las características propias de su pueblo (el pionero, el vendedor de diarios, la niña que trabaja en la fábrica, etc). Seres anónimos, sin historia, pero que son (según su concepto) la base y la condición de posibilidad de todo el desenvolvimiento histórico. Su templo es la fonda:

*"He aquí el pueblo rey que se construye palacios para reposar la cabeza una noche bajo sus bóvedas; he aquí el culto tributado al hombre, en cuanto hombre, y los prodigios del arte empleados, prodigados para glorificar a las masas populares." (p.463)*

Los "grandes hombres" son siempre una expresión de aquellos (se ve allí la huella de Scott); sólo unos pocos se destacan particularmente, como Cobden, que simboliza "el poder de la palabra" (tema recurrente en Sarmiento), y, fundamentalmente, sir H. Mann, aquel que recorre el país levantando escuelas y elevando de este modo la aptitud moral de su pueblo. Pero inmediatamente abandona a Mann para pasar a describir su aldea, Lowell, donde Sarmiento cree ver realizada su utopía. Combinación ideal de espíritu de industria y elevación moral, máxima obra del intelecto humano, su producción logra así competir con la de los ingleses, pero a la vez pagando sus fábricas salarios muy superiores a sus obreros. Queda demostrada así la falsedad de quienes afirman "que las fábricas aumentan el capital, en razón de la miseria popular que producen". La inteligencia no sólo supera los obstáculos de la naturaleza, reúne también a los hombres que en su estado puro de naturaleza viven en permanente conflicto <sup>8</sup>.

Planteado el tema del arte y el sentimiento de la nacionalidad, llegamos entonces al segundo de los grandes temas que orientan este trabajo y que constituía el otro de los problemas centrales que había quedado pendiente desde el *Facundo*: la necesidad de superar la dicotomía entre "Unidad" y "Diferencia" (o bien entre la "Armonía" y al "Conflicto"), la que conducía a la alternativa obligada entre "Tiranía" o "Anarquía".

## LA ETICA: DE LA ARMONIA CONFLICTIVA AL CONFLICTO ARMONIOSO

A fin de ver el modo en que Sarmiento resuelve esta cuestión, debemos primero analizar su "filosofía de la historia". Lo visto hasta aquí supone un planteo nuevo respecto a lo que significa para el progreso histórico. En efecto, al abandonar toda forma de determinismo natural o biológico, ya tampoco se puede seguir sosteniendo ninguna suerte de teleología inmanentista. Este rechazo a todo predeterminismo o idea de destino fuera del que se crean los mismos hombres mediante sus propias acciones, plantea el problema relativo acerca de cuál es la lógica que guía el transcurso histórico. Ello no puede derivar en una negación de toda idea de finalidad en la historia porque esto implicaría un "relativismo", un "maquiavellismo" moral para él inadmisibles. En definitiva, (parafraseando a Voltaire) el hombre debe poder hacer lo que quiera, pero no querer lo que quiera.

Sarmiento va a proponer entonces una idea de progreso a partir de cierta propiedad acumulativa que poseerían las acciones humanas, las que se irían depositando en una suerte de "capas geológicas" del estado moral e inteligente de los hombres, superponiéndose hasta alcanzar grados cada vez más elevados de civilización. Este proceso resultaría irreversible, una vez alcanzado cierto estadio, no sería posible ya retrotraerse a situaciones precedentes. La historia adquiere así un carácter progresivo y lineal, sin que por ello su desarrollo se encuentre predeterminado. Finalmente, para Sarmiento esta "geología moral" debe ser concebida en un sentido cosmopolita pues los máximos desarrollos obtenidos por un pueblo se convierten en patrimonio de la humanidad toda<sup>9</sup>.

El curso de la historia universal sería, pues, aquel proceso por el cual las formas de sociabilidad se irían perfeccionando como resultado del mejoramiento progresivo de las aptitudes morales de los hombres. Se iría así logrando que si bien no se eliminan las diferencias y los conflictos (resultado de la naturaleza inherentemente agresiva del hombre), éstos vayan adquiriendo un contenido moral que troque su carácter meramente destructivo en una suerte de "conflicto virtuoso", libre competencia que llevaría a los hombres a tratar de emularse. Esto entronca (y aquí llegamos al nudo de la cuestión) con lo que podemos llamar la "ética" de Sarmiento.

Eso que Sarmiento descubre en los Estados Unidos y llama "*Moral con mayúsculas*"<sup>10</sup> no se relaciona con la mera moralidad individual, sino que nos remite a la dimensión ética de la sociedad considerada como un todo. Aquello que, precisamente, la constituye como tal, sería un "*sentido de pertenencia*" que le da a los hombres conciencia de la unidad de sentido a la que pertenecen; "una conciencia política, pues no sé que otro nombre darle", decía, que prima sobre las controversias sin eliminarlas, puesto que estas son las que hacen de toda formación social un organismo vital. En fin, aquel vínculo que hace de la sociedad una entidad moral sin aniquilar las diferencias internas que la agitan y le dan vida. La noción de "*virtud*" (que remite indudablemente a la "*virtud política*" de Montesquieu) se conjuga aquí con la "*virtú*" de Maquiavello, dándole, a la vez, Sarmiento, un sentido dinámico (más acorde a las tendencias de su tiempo) ausente en aquellas.

Si habíamos visto en el punto anterior el modo como resolvía Sarmiento la antinomia entre "determinismo natural" y "acción racional de los hombres", vemos ahora esbozarse como tiende a superar la dicotomía entre la "armonía" y el "conflicto", introduciendo un tercer término que podemos llamar como el de la "*unidad en la diferencia*". Con él se quiebra, por fin, la necesaria opción entre despotismo (pura unidad) y anarquía (pura diferencia). La cuestión abierta en el *Facundo* se decide así mediante un enriquecimiento de su marco conceptual, transitando desde aquel esquema dicotómico hacia otro asentado en una triada dialéctica. Y ello deriva en una relectura de la historia, simbolizada por su propio trayecto.

Este nuevo esquema arranca con ese extraño cuadro de la isla "Más - a - fuera" (la "robinsonada sarmientina"),

como un primer estadio puramente natural de hombres aislados, pero ya en comunidad elemental y gozando de cierto grado de desarrollo inteligente (para hacerlo más comparable con el Robinson original), y que, no obstante, viven en permanente conflicto. "La discordia es una condición de nuestra existencia, aunque no haya gobierno ni mujeres", es su obvia conclusión.

En Africa, luego, comprueba, con la ocupación francesa de Argelia, lo que ya presentía: ésas eran sociedades destinadas a desaparecer por la irrefrenable expansión de la civilización. La ocupación de esos países por parte de las potencias europeas era, además de fructífera, inevitable. Con los salvajes, seres completamente ajenos a toda idea de civilización, no había entendimiento posible <sup>11</sup>.

Pero lo más interesante y novedoso de este texto, es la comparación que establece entre los dos tipos de civilización que conoció: Europa y Estados Unidos (último estadio en su recorrida por la historia).

*"En Inglaterra hay libertades políticas y religiosas para los artesanos y comerciantes; en Francia para los que escriben y gobiernan, el pueblo, la masa bruta, pobre, desheredada no siente nada todavía sobre su posición como miembros de la sociedad."* (p.494)

En Europa, entiende, la civilización resultaba aún ficticia, formal. El "país legal" y el "país real" permanecían extraños entre sí <sup>12</sup>. Allí el reino de la libertad, de la moral, quedaba circunscripto al "Cielo" de la política y de las ideas; mientras en la "Tierra" de la sociedad civil reinaba la más completa abyección. La banda de mendigos que lo asaltó a su llegada a Francia, su contraste con la gloria de sus letras, significó su mayor desilusión. El conflicto y la armonía, la unidad moral y la alienación (debido a la falta de ese "sentido de pertenencia") se superponían allí como dos universos vecinos pero radicalmente ajenos el uno al otro <sup>13</sup>.

Sólo en Estados Unidos se supera aquel extrañamiento recíproco entre las instituciones y el cuerpo de la Nación. Sólo allí ha sido por fin realizado el ideal de "armonía en la diferencia" (distinto del de la "armonía y la diferencia" que prima en Europa). El punto en que ambos universos entran en contacto, en que el reino de la política y las ideas (el Cielo de la armonía) se funde con la sociedad civil (la Tierra del interés) es el régimen municipal, la más perfecta de las realizaciones humanas.

Esta experiencia habría de traducirse, si no en una redefinición, sí en una precisión nueva del término "civilización" (el que ahora Sarmiento distingue del de la mera "civilidad" que reina en Europa)<sup>14</sup>. Lo que hasta entonces se dibujaba como un horizonte abstracto (la realización de un ideal de libertad, o la constitución efectiva de la nacionalidad) adquiere ahora un contenido concreto en la forma republicana de gobierno. Es mediante las instituciones municipales que la civilización se hace real, cobra su cuerpo empírico en la sociedad y los progresos alcanzados por sus élites ilustradas se difunden a todas sus clases. En ellas se reúnen el interés y la virtud; las aspiraciones encontradas adquieren, sin renunciar a sus antagonismos, un sentido orgánico, se vinculan efectivamente conformando un todo, constituyendo una verdadera Nación. Vemos pues aquí cómo la segunda gran problemática que venimos analizando, la superación de la alternativa obligada entre "Anarquía" y "Tiranía", entronca con la primera de ellas, el rol de los sujetos en la historia. En la medida en que aquello que une a los individuos (ese "sentido de pertenencia" que identifica una nacionalidad) deja de ser "un hecho permanente" (como afirmara en *Facundo*) para ser (sin perder ésta por ello su unidad y continuidad) un producto de la propia acción racional de los hombres, el problema de la relación entre el "conflicto" y la "armonía" queda ligado al de la superación de las determinaciones naturales. En efecto, la introducción de aquel tercer término (la idea de República) que reúna a ambos (es decir, que integre "la armonía en el conflicto") es, precisamente, la realización más propia del hombre. Ambas cuestiones abiertas en *Facundo* se funden aquí y revelan su íntima conexión. La superación de aquellas contradicciones que en su estado natural desgarran las sociedades, se confunde ahora con el proceso histórico, la empresa -intrínsecamente humana- de constitución de ese horizonte ideal que aúne a los individuos en la perspectiva de una empresa común, de un orden moral solidario que medie en sus antagonismos naturales y los integre

en una unidad de sentido compartida. Por él, el mero "*Mundo*", el reino de la pura contradicción, se va elevando progresivamente y constituyendo en "*Nación*".

Sarmiento introduce entonces una fórmula para sintetizar esta idea nueva de Nación: "la unidad en cuanto al designio, el antagonismo, la anarquía y la lucha en los medios" (p.38). Frente al estado de puro conflicto, el orden despótico es siempre un orden meramente empírico, donde el más fuerte se impone y domina a los demás subordinando la sociedad toda a su puro interés personal; en la República, en cambio, el orden se funda en un ideal que se materializa en sus instituciones sin necesidad de anular las diferencias empíricas que de otro modo la desgarrarían; una "unidad en el designio", que le da cohesión en sus orientaciones a "la lucha en los medios". Y fue el conocimiento de estos "milagros profanos" lo que le abrió las puertas a este universo conceptual nuevo. El modelo político yanqui (convertido ahora en suyo propio) hará finalmente posible el tránsito de *Facundo* a *Recuerdos*. Detengámonos pues a analizar como concibe Sarmiento el funcionamiento del mismo.

### **LA FORMULA SARMIENTINA: "INMIGRACION Y EDUCACION"**

En realidad, si a Sarmiento le interesa el régimen municipal norteamericano, no es en tanto mero mecanismo político - institucional, o debido a su generoso sistema electoral como muchas veces se lo interpretó (de hecho, ni siquiera se preocupó por asistir personalmente a un comicio, conformándose con relatar algunas generalidades que le contaron). Lo que le importa realmente es la idea misma de la institución municipal, esa suerte de fusión entre la nación ideal y la nación ficticia que, para él, sólo allí podría darse <sup>15</sup>.

Pero un régimen de gobierno tal, en el que todos se ocupan de manera efectiva de los asuntos que conciernen a la sociedad toda (y por lo tanto, en la que se realiza la comunidad como tal), supone, de parte de cada uno de sus miembros, un grado de compromiso y participación en la misma que no puede ser puramente ideal. Se trata, pues, de que todos se preocupen por los negocios públicos en tanto forman parte efectiva de la sociedad real como propietarios y tienen entonces un interés directo en ella. Eso es lo que define, en último análisis, al espíritu norteamericano, en que éste es irreconciliable con el proletarismo: "el yanqui ha nacido irrevocablemente propietario; si nada posee o poseyó jamás, no dice que es pobre, sino que está pobre" (p.481), asegura <sup>16</sup>.

Su secreto, pues, está en la sostenida política norteamericana en fomentar un amplio reparto de tierras, fundamentalmente entre los inmigrantes, símbolo del trabajo y factor movilizador por excelencia que mantiene vivo el organismo social y le permite su permanente expansión.

En síntesis, la aldea yanqui (ejemplo último del desarrollo de la pequeña propiedad) es la bisectriz que resulta del cruce de dos coordenadas. Mientras que la educación moral -la "politización"- evita la disgregación, la inmigración constituye el elemento de agitación que da vida a los espíritus, así como la oposición de opiniones mantiene vivas y despiertas las conciencias. Sin este elemento de regeneración permanente, el espíritu decae, las conciencias se adormecen, y las facultades se atrofian. Luego comienza el despotismo. Porque el estancamiento absoluto, la falta de competencia y lucha por la existencia, es la anomia que degenera inevitablemente en el despotismo; como el puro conflicto, la lucha salvaje de todos contra todos, es la anarquía. He aquí la explicación última del por qué de la necesidad de mantener ambos términos, fundiéndolos y neutralizándolos entre sí, o sea, de lograr la unidad de espíritus sin que ello derive en el estancamiento y la uniformidad de pensamientos, de mantener vivas las energías y el espíritu de competencia sin conducir al enfrentamiento primitivo, bárbaro, del que no surge ningún progreso moral y material efectivo. En definitiva, de lograr la unidad en la diferencia. Con ello se completa el sentido de la famosa fórmula sarmientina: "*Inmigración y Educación*". Quien mejor lo habría expresado fue Franklin.

*"Franklin es el primero que ha dicho: bienestar y virtud; ser virtuosos para poder adquirir; adquirid para poder ser virtuosos."* (p.500)

En su propia biografía se resume el drama de la historia. Nacido de la más absoluta pobreza, luchando por su propio esfuerzo contra los obstáculos de la naturaleza, logra vencer la misma furia de los cielos, y se integra finalmente a la participación política activa, se hace intérprete virtuoso y racional de toda la comunidad. El es quien enfrentando al destino se ha elevado del estadio más primitivo de la humanidad hacia las cumbres de la civilización. El será también el modelo al que en adelante seguirá Sarmiento (desplazando de ese lugar a Tocqueville). La historia de su propio drama épico (suerte de "vida paralela" a la de aquel, contrapartida austral del mismo) es lo que se dispone a reconstruir ahora.

# CAPITULO VI

## RECUERDOS DEL FUTURO

*"Cada cual se asigna su propio valor depende de mí el valor que me atribuyo no hay nadie tan encumbrado en este mundo que yo, junto a él, me desprecie a mí mismo. Su voluntad agranda o achica al hombre, soy leal a la mía: él ha de morir."*

SCHILLER

*"Mas, pues te aqueja este cuidado, voy a descubrirte, tomándolos desde muy atrás, los arcanos del porvenir. Tu Eneas sostendrá en Italia grandes guerras, y domará pueblos feroces, y les dará leyes y murallas..."*

VIRGILIO

### 1) LOS DILEMAS DEL MOMENTO

Luego de haber conocido el modelo del porvenir de la humanidad, Sarmiento debe volver al duro presente. No va a ser fácil para él traducir aquella experiencia en términos compatibles con nuestra realidad, al menos, mientras siga resistiendo a resignarse al horizonte que ya se vislumbra para estas tierras mucho más próximo al de Argel que al de Estados Unidos. El contraste entre lo que encuentra a su regreso y las imágenes que ya atesora como un ideal se le tornan brutales, casi insoportables.

*"A mi regreso a Santiago de Chile en 1948, espantóme el espectáculo que nuestras calles presentan en la mañana. Grupos de mujeres envueltas en mantos espesos que caen de la cabeza hasta los pies. Un vestido inventado en el país, una desviación de las costumbres de los pueblos cultos; la moda, la ley universal violada, oprimida y desechada. ¡Oh! ¡Alguna idea inmóvil domina en los espíritus!"* (La Crónica, 10/6/49. OC.III, p.287)

El "desajuste con su medio" del que hablaba Ingenieros, se le vuelve entonces algo no sólo evidente, sino incluso desesperante. Pero aun cuando la brecha que separa los elementales datos del presente de las exigencias del modelo que ahora postula se abisma, en medio de las turbulencias tiene ya anclado en su brújula un norte mucho más firme.

## LATINOAMERICA Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO MUNDIAL

En efecto, el nuevo orden económico mundial que comenzaba a constituirse se le representaba como algo cargado de promesas. Aunque en su estado actual, Chile le parece ahora un verdadero fraude, piensa que éste podrá fácilmente superar su precaria situación si acierta a integrarse al nuevo mundo que estaba forjándose junto con la expansión del comercio internacional. Chile, decía, "tiene hoy maestros que le enseñen el camino de la prosperidad." (*La Crónica*, 1849. OC.XXIII, pp.90-91). El mismo movimiento económico general que éste desencadena a su paso, generaría también en Chile una masa de intereses que lo despertarían de su letargo de siglos. Bastaría con dejarlos desenvolverse libremente. "El interés particular, la demanda, la concurrencia, decidirán lo mejor en estas cuestiones" (*Sud América*, 1/2/51. OC.VI, p.325). Se descubre así en él una nueva y súbita fe en la "mano invisible" del mercado libre <sup>1</sup>.

Sin embargo, Sarmiento no se engañaba respecto de los peligros que también encerraba tal necesaria inserción de los países de la América hispánica en el nuevo sistema económico que se estaba generando. Aunque las amenazas no vendrían en este caso, como en Argel, por el lado de una posible intervención extranjera directa, sino por la perspectiva de un yugo más moderno y también poderoso: el de la competencia industrial.

*"¿Qué sucede hoy con la California, que en nuestro concepto, dará un golpe mortal a la reducida industria chilena? [...] Chile hallará en los progresos de California, ventajas que disimulen por algún tiempo los males que le esperan, no de la presencia de Norteamérica en el Pacífico, sino de su insuficiencia industrial"* (*La Crónica*, 1848. OC.XXIII, pp.88-89)

El bálsamo para la economía chilena que representaba la apertura de un nuevo mercado en el Pacífico convertía este peligro en algo tanto más dramático cuanto que lo hacía más difícil de percibir. Pocos advertían que pronto California habría de autoabastecerse de granos e incluso competiría con ventajas en el mercado mundial <sup>2</sup>. De no comprenderlo, el destino para la América hispánica sería la ruina completa, el progreso de la civilización en el mundo, terminaría llevándonos al hundimiento en la barbarie. Pero, en tal caso, no cabría ya responsabilizar a aquellos de su acelerado desarrollo sino a nosotros mismos por nuestras insuficiencias para colocarnos a tono con las exigencias del tiempo. El verdadero peligro es que, entretenidos "en brindar por los derechos municipales", nuestros "liberalismos políticos" olviden, una vez más, que en "el correo, la industria, el ferrocarril, reside la verdadera democracia". "Con ricos que son pobres, ni con inquilinos, puede haber libertad" (id., p.102), decía.

En fin, la imagen del futuro que Sarmiento se dibuja para sí (y éste será el rasgo más característico de este período) intenta conjugar siempre los claroscuros. El porvenir se le presenta fundamentalmente como un desafío, y sólo en la propia capacidad de estos países para afrontarlo se juega su destino. Y por detrás de las promesas y amenazas que se abrigan en la industria y el libre comercio, asoma la cuestión social.

## LOS AVANCES DEL IGUALITARISMO Y EL NUEVO ORDEN SOCIAL

Si hay algo verdaderamente condenable del atraso es la miseria popular que conlleva. Sin industria, se da la paradoja de que en países despoblados como los nuestros, sin embargo "sobren brazos". No se trata ya sólo de poblar el desierto. Aunque la tierra aquí abunda, no hay demanda de fuerza laboral porque no hay capitales para ponerlas a producir; y esto deprime necesariamente los salarios generando el proletariado. De esta forma se cierra un verdadero "círculo de la pobreza" del que ya no se puede escapar (al menos no sin una enérgica acción correctiva del Estado). Tras él, acecha el peligro del completo derrumbe del orden social

( del que la Francia de entonces era el mejor ejemplo). Ante esta perspectiva, la difusión de las doctrinas socialistas resultaría definitivamente subversiva. Todos sus esfuerzos estarán entonces orientados a denunciar el concepto de "lucha de clases" y a demostrar a los trabajadores lo ineluctable de las leyes económicas que rigen el salario <sup>3</sup>.

Sin embargo, tan perturbadores -o más- que las doctrinas socialistas le resultaban los intentos por frenar los avances inevitables de las tendencias igualitarias. Como un eco de Saint-Simon, creía que había llegado el momento en que la razón extendiera su primado desde el reino de la política al de la economía y pusiera a ella también al servicio del conjunto de la comunidad <sup>4</sup>. Oponerse a ello sería pretender enfrentar las leyes inexorables de la evolución social, las que de todos modos terminarían imponiéndose aunque ya de un modo más violento.

Nuevamente, esta vez en torno de la "cuestión social", aparecen los claroscuros. El destino se le aparece, aquí también, como un desafío abierto. La tensión que encierra el proyecto de establecer un orden sólido, pero a la vez comprensivo (algo para el tautológico), se exacerba luego de su viaje. La distancia que separa ambas alternativas en juego (la articulación de un nuevo orden social más homogéneo e igualitario o bien el hundimiento en la barbarie y el socialismo) desde entonces se le abisma <sup>5</sup>. Transitando un estrecho desfiladero, siempre a un paso de desbarrancarse, estas sociedades solo habrán de encontrar un único camino al ansiado progreso social y material: "Educación pública y emigración, he aquí la ley y los profetas para la América española" (*La Crónica*, 2/9/49. OC.IX, p.27). La fórmula no es nueva, pero sí su contenido.

## 2) ENTRE LO ADQUIRIDO Y LO HEREDADO

La inmigración masiva -sabía ya desde tiempo atrás- era el remedio que debía cicatrizar las heridas abiertas en estas sociedades ulceradas por la enfermedades del espíritu que nos legara la colonización hispánica. Sin embargo, incluso el esperado arribo de extranjeros a nuestras tierras, su indudable superioridad respecto de nuestros primitivos colonizadores, le resultaba algo no por necesario menos inquietante.

*"Un crecido número de emigrantes de otras naciones que no sean la española, la única que nos es análoga en atraso intelectual e incapacidad industrial, traerá por consecuencia forzosa la sustitución de una sociedad a otra, haciendo lentamente descender a las últimas condiciones de la sociedad a los que no se hallen preparados por la educación de su capacidad intelectual e industrial [...] es fácil vaticinar a millares de padres de familia que hoy disfrutan de una posición social aventajada, la posibilidad de que con la acción de los nuevos hombres y con su mayor capacidad de adquirir, sus hijos, en no muy larga serie de años, desciendan a las últimas clases de la sociedad." (Educación Popular. OC.XI, p.36)*

Ni aun el poblamiento de nuestro suelo por parte de aquellas rubias maravillas andantes representaría por sí mismo ninguna solución. Tras ellos igualmente asoman tantas esperanzas como amenazas, siendo ambas siempre indisociables. Pero esta vez ya no se tratará solamente de potenciales peligros de orden social. Junto a esta temática central, comenzará a esbozarse aquí una preocupación nueva (que sólo posteriormente desarrollaría) respecto a la cuestión nacional, al lugar que a estos países nuevos les tocaría ocupar dentro del nuevo orden internacional y a la posibilidad de que surgiesen nuevas formas de colonización, de las que los inmigrantes no fuesen (de no ser asimilados) sino una avanzada.

En este contexto, ya la única práctica que entiende ahora que empujaría a estas naciones hacia el futuro de un modo absoluto, sin matices ni precauciones necesarias, es la educación. Esta es siempre para él la palanca última que puede remover a un tiempo todos los obstáculos. Es la industria más productiva; en aquellos estados que la han puesto en práctica, asegura que "las fuerzas de producción se han decuplicado"

(id., p.47). La escuela pública infunde también en los ánimos de aquellos que concurren a sus aulas la preparación moral y los "hábitos de regularidad en sus operaciones" necesarios para que estos desarrollen la facultad de contener sus pasiones. La educación es la "policía interior", "echa sin sentirlo los primeros rudimentos de moralidad y de sociabilidad" (id., p.48). Hace de un individuo un miembro pleno de la comunidad en que vive <sup>6</sup>. En fin, ella le da una cierta homogeneidad a la sociedad toda, acerca sus diversas clases, evita aquellas brutales diferencias que precipitan a las Repúblicas en la guerra civil y conducen a la barbarie.

*"A la menor conmoción de la república, a la menor oscilación del gobierno, estas inmundas y estrechas guardias del hombre degradado por la miseria, la estupidez y la falta de intereses y goces, estarán siempre prontas a vomitar hordas de vándalos [...] No sucede así en los Estados Unidos donde la difusión de la lectura ha asimilado la manera de vivir del rico y el pobre..."* (id., p.47)

Y ella, además, no es algo que date de demasiado tiempo atrás, constata Sarmiento: es la conquista fundamental de la revolución del '30. No tendría, pues, más de veinte años de vigencia en el mundo. No sería, por lo tanto, demasiado el tiempo perdido al respecto, y muy fácil de recuperarlo, por otra parte, con una legislación sabia. No hay nada en estas tierras que les impida entrar de su mano en el camino del progreso.

*"...los que creen que Chile no puede hacer lo que ha hecho toda la tierra civilizada, calumnian a Chile y a la especie humana, y hacen que pueda aplicárseles el adagio: Iruiñ el que por iruiñ se tiene!"* (La Tribuna, 26/10/49. OC.IV, p.375)

Este es el sentido del proyecto sobre educación popular que Sarmiento elabora y Montt presenta ante el Congreso. El punto crucial del mismo es el de sustraer el financiamiento de la escuela pública al Estado, creando un impuesto directo a la propiedad para su mantenimiento <sup>7</sup>. Pronto descubriría, sin embargo, las resistencias que un proyecto tal debía suscitar. Comprende así lo conflictivo que resulta toda apelación desde el Estado a una sociedad civil que no encuentra motivaciones propias que la movilicen <sup>8</sup>. De todos modos, piensa que es, justamente, la misión de los políticos encender en los ánimos la pasión fecunda del amor por la educación. Ellos debían comprender que "los pueblos propenden naturalmente a oponer resistencias a nuevas contribuciones; pero los hombres ilustrados, los que están en caso de conocer y sentir la necesidad, deben compelerlos, si es posible, al cumplimiento de los deberes imperiosos. Es preciso tener el valor de arrostrar la impopularidad..." (id., p.391).

Pero sucede que estos "liberalísimos" diputados no eran sino engendro de la misma sociedad a la que debían transformar, y, como no podía ser de otra manera, habrían de encargarse de dilatar la sanción del proyecto a fin de no disgustar a sus electores o contradecir a sus mandantes. "Domina en la sociedad -dirá entonces- y más que todo en la administración un fatal espíritu de burocracia, de chicana, que hace imposible todo progreso." (OC.XXII, p.132). En fin, contra lo que presume su nueva fe liberal, el interés particular y el interés general parecen entrar aquí en abierto antagonismo. Y ello habría de convencerlo de que el futuro que le esperaba a Chile no habría de ser muy distinto al desde hacía años existente en el Río de la Plata. "Vemos venir -anunciaba- la supresión, la expatriación de todos los partidos actuales, vencedores y vencidos para ceder su puesto a otro partido que no tiene nombre aún en Chile, pero que lo tienen hace veinte años en Buenos Aires" (La Crónica, 9/9/49. OC.XXIII, p.199).

Una "sociedad culpable", escindida entre "capitalistas que por no tener comprometida su fortuna en máquinas, fábricas y empresas comerciales en las que la menor interrupción puede arruinar" (OC.LII, p.27) y "muchos que tienen muy poco que esperar del gobierno" (id.,p.28), habría de pagar caro sus pecados. No quedaba ya sino "dejar que el brazo de la Providencia" cayera sobre ella: "Sostenemos que hay una insurrección próxima en Santiago" (id., p.35) (anuncia poco antes del levantamiento pipiolo de abril de 1851 ante el triunfo de Montt). "Una insurrección que principió en la Cámara de Diputados por ser liberal y propietaria, con

Lastarria y ha terminado por ser democrática y socialista, con Bilbao" (id., p.36) habría de sumir a Chile, piensa, en la anarquía.

Más allá de la polémica electoral, este catastrofismo revela una profunda decepción respecto de toda una clase política que para él se había convertido en una oligarquía que medraba del atraso de su país y se encargaba de extinguir todo impulso al progreso. "Aquellos que están encargados de dirigir los destinos públicos, satisfechos de los bienes que poseen, se cuidan poco de abrir camino ancho a la generalidad para obtener lo que es indispensable para la vida civilizada" (*El Monitor...*, 1854. OC.IV, p.472), decía. Sarmiento había apostado todo a la reforma educativa y había perdido. Con este fracaso podemos decir que termina para él su "período chileno". Sus miras habrían de concentrarse cada vez más en lo que comenzaba a suceder del otro lado de la cordillera.

### 3) EL DIQUE A LA BARBARIE

A medida que se profundizaba su desesperanza en que fuera aprobado su proyecto, las noticias que le llegaban desde algo más lejos eran, por el contrario, cada vez más alentadoras. Por otro lado, si su posición en la prensa chilena le resultaba ya demasiado estrecha para dar cabida a sus ahora casi ilimitadas aspiraciones, le ofrecía a cambio un lugar, algo más sólido que en otros tiempos (dada su cada vez más estrecha alianza con Montt)<sup>9</sup>, desde donde abrirles un camino para su realización. No dudaría entonces en pensar que el derrumbe de Rosas (al que, por otra parte, consideraba inminente: "el despotismo ha dado todos sus frutos", decía) (*Sud América*, 24/5/51. OC.VI, p.417) habría de colocarlo en una situación por demás expectante<sup>10</sup>.

En esta situación es que le llega la noticia de que Urquiza se disponía a medir sus fuerzas con Rosas. Para él, no era sino el desenlace previsible de un hecho mucho más decisivo que le había precedido: a mediados del '49 se había iniciado una polémica en torno del pedido de Rosas de su extradición que colocaba a su figura en el centro de la escena política nacional. "Entre todas las graves cuestiones -decía-, descuellan la más grave de todas, la más preñada en acontecimientos. Una ruinosa querrela ha estallado entre Juan Manuel de Rosas, héroe del desierto, y Domingo Sarmiento, miembro de Universidad de Chile", lo que no duda en calificar como una auténtica "lucha de titanes" (*La Crónica*, 11/11/49. OC.VI, p.227).

Ello representaría un vuelco completo en la situación hasta entonces imperante: "era preciso -decía- que los pueblos argentinos /.../ vieses, por fin, que hay un dique opuesto a la arbitrariedad del que puede decirse de aquí no pasarás, como Dios a las olas amotinadas del mar" (*Sud América*, 17/4/51. OC.VI, p.415). Gracias a la propia prédica del tirano, las fuerzas de la civilización habrían acertado por fin en descubrir a aquel capaz de llevar su lucha hasta el final. Rosas debería encontrarse ahora frente a frente, y sin ninguna esperanza ya de triunfo, ante la roca que habrá de poner fin a sus tropelías: "en Chile, en nuestra persona, va a darse la última batalla en la América del Sur entre el poder absoluto y las instituciones, entre la libertad de pensar y la tiranía" (OC.XXXV, p.58).

Comienza Sarmiento entonces la serie de artículos periodísticos (algunos de ellos muy conocidos) por los que va estableciendo una suerte de contrapunto entre su persona y la de Rosas. Por ellos intenta demostrar, no sólo la superioridad moral e intelectual del "miembro de la Universidad de Chile" frente al ahora convertido en "héroe del desierto", sino también la primacía de las fuerzas sociales cuya representación asume. Y ello señala un giro fundamental en su trayectoria intelectual, que abrirá el camino a *Recuerdos...*: comprende entonces la contradicción que suponía pretender *enfrentar un régimen al que, no obstante, se le reconocía plena representatividad*. Convencido ahora de que la idea de la supuesta barbarie de nuestros hábitos y costumbres no era sino "el ridículo pretexto que toma el tirano para perpetuarse en el usurpado poder" (*Sud América*,

9/6/51. OC.VI, p.461), Sarmiento se aboca a la tarea de rescatar aquellos elementos de civilización que estarían anidando en las provincias argentinas. Rescatarlas del olvido e infundirles nueva vida es, precisamente, la misión que se asigna aquél que intentaba desafiar al tirano. De este modo, se descubrirá un insospechado Sarmiento que no duda en comparar, incluso ventajosamente, la situación general del Río de la Plata (incluidos sus gauchos), no digamos ya respecto de Chile, sino incluso con la misma Francia y aun Inglaterra <sup>11</sup>.

Dentro de esta nueva perspectiva, radicalmente diversa a la del ya lejano año '45, la historia nativa habría de perder aquel exotismo con que la imaginara años atrás. Ella, según entiende ahora nuestro autor, bien podría traducirse, en principio, en los mismos términos con que habitualmente se interpreta la historia de las naciones civilizadas. Incluso el fenómeno del rosismo no sería ya algo tan extravagante, tan injustificable ante la razón (o al menos, no más que lo que lo fueran Cromwell o Robespierre).

*"Si Su Señoría se toma el trabajo de recorrer las páginas de la historia de su patria, en el capítulo Cromwell encontrará la misma subversión, el mismo desorden de ideas; en el lenguaje sangriento de los puritanos hallará el modelo del lenguaje brutal del gobernador de Buenos Aires, y sin embargo, aquella sociedad desquiciada por tantos años, entró sin violencia en un solo día, en el camino de la moral y de la justicia; las leyes volvieron a imperar, y la Inglaterra fue más feliz que no lo había sido antes. Si vuelve Su Señoría los ojos a la Francia, encontrará el mismo ejemplo a la caída de Robespierre, que habría subvertido más que Rosas los sentimientos morales; eran un millón y medio los sans-culotes que se habían manchado en la sangre de medio millón de aristócratas..."* (Carta a Mr. Southern. La Crónica, 20/1/50. OC.VI, p.285)

Comienza así una vasta operación intelectual que culmina en *Recuerdos...* Enlazando el conjunto de elementos conceptuales que comenzaron a ponerse en juego en su pensamiento a partir de *Viajes...*, intentará rescatar un sentido para nuestra historia. Finalmente lograría así dar forma a una visión de nuestra historia concebida como evolutiva y orgánica, que avanza fatalmente en el sentido de la civilización. En un relato en el que se entretajan nuestra historia nacional con su propio árbol genealógico, busca de este modo articular en un mismo proyecto tanto una justificación a la legitimidad de las nada modestas aspiraciones a las que se consideraba merecedor, como una demostración de la realidad (*en tanto que expresión de tradiciones profundamente arraigadas*) del programa civilizatorio al que, según suponía, él encarnaba.

#### **4) ANTITESIS Y SUPERACION DE FACUNDO**

T. Halperín Donghi ha señalado un cambio operado entre *Facundo* y *Recuerdos...* que interpreta como el paso de un discurso en el que prima el ordenamiento espacial <sup>12</sup> a otro que se despliega temporalmente transitando desde el pasado colonial hacia el período independiente. El eje temático que articula esta historia, entiende, radicaría en la descripción del lento proceso de decadencia de las viejas familias aristocráticas de provincia (héroe colectivo con el cual nuestro autor se identificaría) iniciado con la revolución; proceso frente al cual, no obstante, Sarmiento "rehúsa quedarse en la pura nostalgia" y busca proyectarse hacia el futuro munido de las armas que ellas le han legado y que le otorgan su superioridad: la inteligencia y el talento.

Desde otro punto de vista, esta relectura de nuestra historia que aquí se nos ofrece, entiendo que bien puede también interpretarse como una suerte de *Facundo* vaciado al nuevo molde elaborado en *Viajes* (operación en la cual ambos han de sufrir las necesarias adecuaciones mutuas). En este texto podremos descubrir un paralelismo casi puntual con respecto a aquél, siendo que cada una de las escenas allí descritas encuentran su expresión (reelaborada) en cada uno de los personajes que componen su árbol genealógico. *Recuerdos...* constituiría, pues, algo así como el "Anti-Facundo". Si aquél (*Facundo*) era una reconstrucción de nuestra historia a partir del elemento bárbaro, éste (*Recuerdos*) será esa misma historia, pero vista desde el término

civilizado de la contradicción. Y si la biografía del caudillo constituía el hilo conductor de aquella primera obra, su propia biografía aportará el de ésta.

Pero, por ello mismo, *Recuerdos...* será (o al menos aspira a ser) mucho más que *Facundo*: no sólo debió de constituir la contracara civilizada de aquél, sino también su complemento necesario a la vez que su síntesis superadora. Esto es, en un último análisis, lo que habrá de conferirle a este nuevo enfoque una riqueza de matices casi inagotable para el análisis; por este motivo, la forma de abordaje deberá actuar a modo de aproximaciones sucesivas que permitan acceder al sentido último de ese complejo proceso de síntesis operado hasta conformar la personalidad de nuestro héroe que aquí nos describe.

### LA REVALORIZACION DEL PASADO

Esta tarea interpretativa que Sarmiento impone al lector es la que el mismo realizara respecto de nuestra historia. El es aquí el lector-intérprete de su tiempo, que vive en su espíritu y se descubre en aquellos casi imperceptibles vestigios que han sobrevivido al paso del tiempo y la despreocupación de los hombres. Sólo algunas palmeras, unas inscripciones y "una carpeta casi vacía" es todo el caudal de información con el que Sarmiento intentará la necesaria reconstrucción de ese pasado del que los hombres necios se obstinan en renegar.

Y si él es el hombre capaz de hacerlo, es porque este pasado vive en él como el legado que sus antepasados le han depositado en custodia para que lo redima y lé de vida; es decir, lo haga historia. Porque sólo lo que pervive la tiene y sólo lo que avanza no desaparece; así como el conocimiento del pasado es el que nos salva de ese desenlace que nos condena a la eterna oscuridad. Ese fue el triste destino de los Huarpes, su propia ignorancia los hizo desaparecer, y por eso son un pueblo olvidado, sin historia porque justamente no tienen presente.

De un modo nada sorprendente, pues, lo que descubre ahora en el fondo oscuro de nuestro pasado olvidado no es ya el turbio espectáculo de las hordas salvajes sino el idílico cuadro de la armonía de la vida pueblerina en la que florecen la riqueza y el talento, pero sin desmesuras. Ella no excluía el conflicto. La barbarie irrumpía ocasionalmente con la Inquisición. Pero tampoco ella lograba alterar ese sosiego. Caricatura grotesca de la hispánica-medieval, era fácilmente derrotada por el talento y la elocuencia de sus mejores hombres, como su tío Fray Miguel.

*"...elocuente como un Cicerón, cuyo idioma poseía sin rival; profundo como un Tomás, y sutil como un Scott, y Dios mediando, y a lo que yo creo, no entendiendo ni él ni la Inquisición ni jota de aquel fárrago de conjeturas sobre una profecía que anuncia un cambio en los destinos del mundo, salió de la lucha maravillando a sus jueces." (p.104)*

Ni la élite ilustrada, ni la barbarie fanática podían aún imaginar la tormenta que estaba a punto de desatarse, pero la profecía estaba hecha.

### LA CRISIS Y LA DECADENCIA

Ese "cambio en los destinos del mundo" estaba anunciado, pero ¿era necesario el enfrentamiento violento?. Sarmiento no lo cree así (como lo ilustra la escena de los Mallea). Don Fermín (que muere en 1848 con el

antiguo régimen) había engañado al joven Oro, y lo llevó a la "muerte de pena". Pero el entredicho bien podía haberse resuelto sin conflicto; "...en todo este triste negocio, no hubo más que terquedad de carácter y pasiones desbordadas, que no supo ni quiso refrenar la injusticia e ineptitud de los jueces." (p.95), aseguraba.

El carácter violento que adoptará entonces la caída del antiguo régimen colonial significará una suerte de ruptura en el cauce de un desarrollo histórico orgánico, provocando la crisis que se traduce en la guerra civil y la lenta extinción de la vieja aristocracia (única portadora de las tradiciones y el ideal de armonía que debe primar por sobre las controversias). Se abre así paso una época de convulsiones donde los elementos de conflicto (siempre latentes pero que se encontraban en equilibrio bajo el régimen colonial) van a entrar ahora en abierto antagonismo. Las fuerzas en pugna van a adoptar entonces su expresión más cruda y primitiva

13

Vemos aquí la primer gran diferencia respecto de *Viajes*. En efecto, de su cruce con el *Facundo* resulta un tercer discurso en el que se combinan de un modo particular los dos anteriores. Por un lado, en *Facundo* veíamos un relato fuertemente determinista (a su pesar), producto de una visión circular de la historia argentina (de la que no podía predicarse de un modo consistente ningún progreso cierto). Por el otro, con *Viajes* aparece un modelo de desarrollo lineal y progresivo, en donde las fuerzas creadoras del espíritu dominan y le imprimen su idealidad al medio natural. El resultado de la mezcla de ambos es un modelo de desarrollo cíclico de progreso y decadencia en donde se dibujan dos grandes períodos de desarrollo orgánico separados por la cesura que provoca la revolución.

Así la historia gana, en relación a *Facundo*, en dimensión temporal al recuperar todo un ámbito de nuestro pasado ausente en aquél (el período colonial) y con respecto al cual se puede afirmar cierta idea de progreso y armonía (hecho fundamental, pues *nuestra historia deja de ser entonces hija sola de la barbarie*). Aunque pierde en relación a *Viajes* la continuidad observada en el norte, en donde el pasado colonial (desde el desembarco del Mayflower) se prolonga naturalmente en el período independiente y juntos forman una unidad de sentido en la que el genio norteamericano se despliega progresivamente.

En nuestra tierra, pasado y presente representan dos mundos enfrentados (uno ya superado, otro aún en estado magmático), siendo que todos los posibles vasos comunicantes (las antiguas élites ilustradas) se irían extinguiendo en el anacronismo en que los coloca las nuevas circunstancias, hasta desaparecer finalmente con la emergencia de la nueva barbarie a la que ya no pueden enfrentar, ni aun comprender.

Ahora el eje del antagonismo esencial (y esto es decisivo) se ha desplazado hacia el plano temporal. La lucha entre civilización y barbarie se revela en una nueva dimensión como lucha entre pasado y presente. Pero entonces esta contradicción (como todas) requiere su síntesis. Y el mismo desplazamiento operado ofrece esta vez la pauta para ello, es decir, le va a aportar a tal historia el "hilo conductor" que hasta entonces le faltaba. Ambos términos dejan así de expresar tendencias radicalmente ajenas entre sí, para integrarse como factores de un curso orgánico evolutivo. Conjugado, a su vez, con ese abandono de la actitud pasiva (luego de su experiencia de *Viajes*) que primaba en *Facundo*, Sarmiento se dispone entonces a interpretar y exponer nuestra historia como la del proceso de escisión y posterior síntesis que habría de operarse finalmente por la acción de sus "grandes hombres" (los que se confunden con los nombres de sus antepasados y finalmente el suyo propio).

### LA HISTORIA DE UNA FRUSTRACION

La estirpe árabe-hispánica de los Albarracín, junto con la de los Oro (que forman la rama materna de sus antepasados), ligaban a Sarmiento a la antigua aristocracia. Y si Fray Miguel representaba (como vimos) el

elemento ilustrado de la vieja colonia, José de Oro será su prolongación en la vida independiente. De carácter osado y ambicioso, verdadero self-made man, fue para Sarmiento un "padre adoptivo", cuya "alma trasmigró íntegra" en la suya, aunque tomando en él un carácter más reposado y práctico (cambiando el estudio del latín, por el más útil de la geografía y la historia de los pueblos).

Don José, que aunque creyente sabía apartar la religión de las "cuestiones financieras", fue quien enfrentó a ese "católico rancio" de Astorga (de quien arranca la rama evolutiva que culmina en Rosas). Sin embargo, producto de sus "injustificables extravagancias", abraza la causa federal y rompe con Carril (hombre de Rivadavia en la provincia). Se forma entonces aquel "partido federal de las ciudades" (que entroncaría así con la vieja élite republicana), lo que genera aquel conflicto por el que habría de irrumpir ese "tercer elemento bárbaro"<sup>14</sup>.

El costado más ilustrado de la vieja aristocracia colonial (que, tras la revolución, se expresa con Del Carril, en San Juan, y Rivadavia, a nivel nacional), habrá también de manifestarse y encarnar en la tradición familiar por intermediación de don Fray Justo Santa María de Oro. Como su hermano José, apoyó la revolución, dedicándose luego al trabajo creativo (la construcción de una villa y la Catedral) y a la enseñanza. Con él, inició Sarmiento sus primeros trabajos, orientándose ya entonces hacia lo que será la base de su programa: colonias y educación. Pero la guerra civil interrumpió tal obra (que luego Sarmiento habría de continuar con la fundación del colegio de pensionistas de Santa Rosa). Resultado de "esfuerzos de voluntad más que de arte" (p.131) no duda, sin embargo, que, de haberse continuado, "diez años más de vida habrían dado a San Juan /.../ progresos que todos sus gobiernos no han sido parte a asegurarle" (p.132). Solo la irrupción del temible Quiroga pudo impedir la culminación de "su monasterio docente".

Pero el personaje clave de esta historia será, sin embargo, el mayor de los Oro: Domingo. Un hombre que "sería notable entre los notables de Europa", es la palabra viva. No sería difícil ver en él una reedición criolla del Sócrates de Platón.

*"Si combate la idea ajena, Oro la adopta, la prohija, y teniéndola en sus brazos la presenta al que la emite, preguntándole con cariño si tal otra forma no le convendría mejor /.../ y el padre embobado empieza a negar a la criatura, y a acariciar y a adoptar la que Oro supone legítima...."* (p.139)

Pero no sólo es el talento, también es el genio americano, la fuerza y el poder de nuestras pampas. "Estas predilecciones gauchas -decía- en él son un complemento sin el cual el brillo de su palabra habría perdido la mitad de su fascinación". En fin, "Oro ha dado el modelo y el tipo futuro argentino, europeo hasta el último refinamiento de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito; parisiense por el espíritu, pampa por la energía y los poderes físicos" (p.141). Es el hombre-síntesis, que conjuga todos los elementos de nuestra sociabilidad. "Oro cuenta sus años con el S.XIX", asegura. Oro es el siglo mismo.

Y como su siglo (en nuestro país), todas estas características así combinadas van a llevar a un resultado nefasto: Oro es el que eleva a Rosas al poder. Con él se nos revela finalmente el secreto de su poder, y (vaya paradoja) el nudo histórico que conduce a la barbarie lo encontramos en la misma historia familiar de Sarmiento, como un momento dentro de su propio árbol genealógico. En Oro se concentran todos los acontecimientos (ya relatados en *Facundo*) que abren el camino a la instauración del despotismo. El vio en Dorrego el ideal de conciliación, también es quien le niega su apoyo ("en un momento en que sus simpatías empezaban a inclinarlo por el partido unitario"). Luego puso en Rosas "un barniz culto a sus designios" (p.150) elevando al tirano de su rol limitado, convirtiéndolo en "elemento político". "Oro era su padrino y su amparo" (p.154); con él es que éste adquiere el factor civilizado que le permite convertirse en la auténtica síntesis argentina.

Finalmente, cuando comprende que en "esa alma fría" no había "sentimiento humano alguno", intenta un acuerdo con Paz y López. Pero era tarde. No comprendió que con la tiranía no hay conciliación posible; error

fatal que lo conducirá al destierro y al reencuentro con Sarmiento. Oro es así el símbolo en que se condensan todos aquellos personajes que, si intentaron interponerse en el camino de Rosas, no supieron cómo hacerlo y, en definitiva, no sirvieron más que para allanárselo con sus indecisiones, malogrando todas las oportunidades que se presentaron para contener el avance del bárbaro <sup>15</sup>. Su vida posterior "es ya la de una luz que se extingue, una existencia perdida" (p.160). Oro es, en fin, la historia de su propia anulación, de lo que quiso ser, pero no podía ser y, en definitiva, de lo que necesariamente terminaría siendo.

Veremos entonces reproducirse el mismo esquema del *Facundo*; aquél por el que Sarmiento insistía en la necesidad histórica del régimen rosista dado que habría servido, en aquellas circunstancias, a la realización de la unidad nacional y, finalmente, se anularía a sí mismo uniendo al pueblo en su odio contra el tirano <sup>16</sup>. Pero llegado a este punto, vuelve entonces a plantearse el mismo dilema que en aquél primer texto: la falta de hombres capaces de oponérsele a Rosas y vencerlo. Parece reiterarse el mismo círculo vicioso, la misma impotencia para enfrentar la "barbarie hecha sistema". Esa es, al menos, la conclusión que extrae el mismo Oro <sup>17</sup>. En esa última encrucijada éste se pierde definitivamente para la historia. No comprende, ni podía tampoco hacerlo aún, que desde el momento que él abandonó a Rosas, éste volvía a ser un simple caudillo, perdía así todo aquello que le aseguraba la realidad y efectividad de su poder. Y de este modo privó de su guía imprescindible a la embestida final contra el tirano.

Sin embargo, con Oro no concluye esta historia que ahora se ha enriquecido y desplegado en un ámbito superior dentro del cual este personaje constituye sólo uno de sus momentos. A la historia de la frustración habrá de sucederle la de aquella otra de lo que quiere surgir, la que habrá de recuperar estas tradiciones ilustres y hará florecer nuevamente el espíritu civilizado en estas castigadas tierras.

### LA HISTORIA QUE QUIERE SER

Hemos intentado hasta aquí interpretar el simbolismo que encierran cada uno de los personajes cuyas biografías jalónaron esta historia. Y en la vida de los Oro hemos encontrado representados aquellos acontecimientos que conducen desde la disolución del régimen colonial hasta el ascenso de Rosas al poder <sup>18</sup>.

Pero esta historia no podía terminar allí. Y puesto que todos estos elementos dispersos no podían mantenerse escindidos indefinidamente, pronto aparecerá ese personaje en que se realice su enlace: "el historiador Funes". El es la síntesis de aquellos tres que le antecedieron en el relato. Si Domingo era la encarnación de nuestro siglo XIX, Funes será quien personifique toda la historia argentina, ese "Dios Término" bifronte del que habla Sarmiento, con "una cara al pasado y otra al porvenir". De allí que si Domingo expresa y explica el proceso que condujo a Rosas al poder, si él es la imagen del destierro, Funes habrá de ser entonces mucho más que eso: con él cobra su forma humana todo aquello que no ha muerto con Rosas y que por ello habría de sobrevivirlo.

Su vida pública y su acción hunden sus raíces en el momento de apogeo de nuestra historia colonial, en su época más gloriosa: el período borbónico y las ideas liberales en él difundidas. Punto culminante de la civilización hispano-americana, Funes fue el encargado de introducir estos nuevos vientos de progreso al interior de nuestro país (con la reforma educativa de la Universidad de Córdoba). Y de este modo fue que abrió el camino a la revolución de la independencia, fue su "precursor" en lo que ésta tuvo "de más bella": el fue "el reformador de las ideas coloniales" (p.165). A sus aulas, asegura, llegaron de todo el país y se educaron los hijos de los personajes más ilustres de la época, aquellos que luego serán los héroes de la revolución. El propio deán la apoyará; en fin, el encarnará su idea misma, el espíritu que la animaba <sup>19</sup>.

Participó luego de la Junta Grande, pero entonces comenzaron sus desgracias. Su encarcelamiento fue el

inicio de la fractura del frente patriótico, cuando "el gobierno de Buenos Aires desoyó esta petición (la liberación del deán) y la ciudad de Córdoba se echó en la contrarrevolución" (p.185). Vemos aquí representado nuevamente ese proceso por el cual se introduce aquel "tercer elemento" en las ciudades. Esto constituye lo que podríamos llamar como una especie de efecto "flash-back" característico de este texto: llegado a su punto culminante, toda la historia relatada vuelve a pegar un salto hacia atrás y recomienza nuevamente. En cada uno de los relatos se nos ofrece una nueva perspectiva de los mismos acontecimientos, con la cual se irá enriqueciendo el significado de los mismos.

Esta vez, la historia que sigue es la historia del retiro del espíritu una vez consumada la revolución. Con el inicio de la guerra civil, Funes abandona la escena pública y se retira al estudio de la historia. Es esa vieja élite "colonial y republicana a la vez" que comienza a extinguirse. Tras el Congreso Constituyente, asegura Sarmiento, "venía aquella descomposición de la vieja sociedad, aquella lucha de todos los elementos de organización". Funes ya no podía comprender el sentido y la necesidad de tal desgarramiento. "Su papel tan grande, tan expectante en 1810, se apoca, se anonada en presencia de la olvidadiza ingratitud de la generación próxima" (p.188). En un país escindido entre aquellos que ya eran un puro pasado y los que sólo veían el futuro, desconociendo sus tradiciones y su historia, desgarrado, en fin, por las luchas estériles, el espíritu se iría extinguiendo hasta desaparecer. Esa incompreensión mutua fue lo que marcó el fin de una época en que "el nuevo y el antiguo mundo estaban anillados por el pensamiento" (p.194), lo que selló el destino de esa vieja aristocracia a la que ya "nada puede salvar de la muerte porque se ha modificado la atmósfera en que se había desenvuelto" (p.189). Su lenta agonía iniciada tras la revolución culmina en y con el ascenso de Rosas: Funes muere cuando Rosas llega al poder, "divisando a lo lejos la sangrienta orla de llamaradas que anunciaba la vuelta del antiguo régimen rejuvenecido" (p.157). Se inicia "una nueva época de amenazas".

Sin embargo, con Funes no podían morir sus ideas, porque no puede nunca morir la nación y su historia. Por eso el deán se dedicó a rescatarla, para trasmitirla a las generaciones futuras. El es, por sobre todas las cosas: "El historiador Funes"<sup>20</sup>, el encargado de dejarnos testimonio de todo aquello que el tirano no podía destruir ni abarcar, porque constituía una tradición que lo superaba. Sólo se requería el hombre que recobrar esa memoria olvidada, que reavivara esa armonía perdida y le devolviera a nuestra historia esa unidad que ostenta en los Estados Unidos y que aquí se había quebrado.

Todo eso era, precisamente, aquello que Funes no podía ser. El no podía infundirle a ese pasado una nueva vida en un presente que se le había tornado absolutamente incomprensible. Los resortes claves que mueven los nuevos tiempos le eran ya por completo ajenos. En su misma retórica se descubre su insuperable anacronismo.

*"Una historia de las colonias para incorporarse en nuestra vida actual, necesita, pues, un grande y severo estudio de nuestro modo de ser, y el Ensayo de la historia civil del Paraguay estaba muy lejos de llenar aquellas condiciones [...] dejándose llevar por el pésimo gusto de los antiguos historiadores de las cosas americanas, de intercalar prodigios, milagros y patrañas [...] usa de los tesoros de la erudición [...] con un total olvido de que escribía para una época que iba a poner al alcance de todos los elementos mismos de su saber." (p.191)*

Nuestro rapsoda constituye sólo el punto de intersección entre dos mundos; con él se cierra una época de frustraciones y nace otra en que los antiguos elementos de civilización por él encarnados habrán de cobrar nuevas formas más adecuadas a los tiempos que comienzan. Pronto habría de surgir quien superaría definitivamente esa contradicción entre un pasado de gloria y un presente que se obstina en negarla y así recomponer una sociedad escindida, que se desconoce; aquel quien podrá comprender esa historia de elemental armonía (ya que forma parte de su pasado), pero a la vez de reinterpretarla a la luz de las nuevas circunstancias (pues ha contribuído a forjarlas). En fin, quien podrá infundirle a nuestras olvidadas ilustres

tradiciones un nuevo espíritu más acorde a un mundo que se ha vuelto infinitamente más complejo, que ha perdido la forma del reposado transcurrir, con sus nuevos signos vitales siempre parcialmente desencajados y sus órganos en permanente agitación. Sólo en un hombre tal habrán de soldarse firmemente presente y pasado, se fundirán la antigua sabiduría con las nuevas ideas del siglo, y podrán entonces ambas proyectarse al futuro.

### **SARMIENTO Y SU TIEMPO**

Cuando Sarmiento inicia el estudio de sus familiares directos, el relato vuelve a pegar un nuevo salto hacia atrás y la historia aquí narrada recomienza desde su pasado colonial.

El surgimiento de su apellido nos revela ya un origen sugestivo. José Manuel Eufasio de Quiroga Sarmiento ("uno de los caracteres más modestos") adopta este último apellido materno "para evitar que se extinga por la falta de descendientes". Su hogar es el punto de encuentro donde convergen todas las tradiciones y donde es posible la convivencia aun de los bandos más mortalmente enfrentados<sup>21</sup>. Así, el origen de los Sarmiento hay que buscarlo en ese "campo neutral" que según Lukács constituye el lugar natural de los grandes héroes en la novelística histórica<sup>22</sup>. Su apellido, aunque quizás poco ilustre, será siempre el último bastión de conciliación, el último vestigio de toda idea de comunidad y bien público que evite la mutua destrucción.

Pero el protagonista central de esta estirpe (y ello no será ningún descubrimiento), es la "noble obrera": su madre, el verdadero nexo de Sarmiento con el pasado, "la personificación de la Providencia", decía, "la tierra viviente que se adhiere al corazón"<sup>23</sup>. A través de ella le fueron transmitidas todas esas viejas virtudes ya olvidadas a las que él deberá redimir. Su legado fue un alma bella que supo conjugar las ideas liberales que ésta aprendiera de Don José Castro, con un espíritu profundamente religioso pero que rechazaba las formalidades del culto<sup>24</sup> y "alejaba las supersticiones" revelando la falsedad de los mitos y brujerías con los que Ña Cleme intentaba darse importancia. Quedaba así con ella deslindada "la paja del trigo" de nuestro pasado colonial.

También habrán de combinarse en ella dos de los elementos fundamentales que constituirán ese complejo proceso de síntesis por el que se irá forjando el espíritu de Sarmiento. Así como su pasado la conectaba con las familias nobles y las tradiciones ilustradas, su presente de pobreza y de miseria ("esa pobreza que es producto del acaso y que no es deshonra") la convirtió en esa mujer de trabajo, que luchó para sostener su familia sin aceptar favores de sus parientes ricos, un espíritu que conoció lo que es forjarse por sí mismo su propio destino. Ella sola (y dos esclavos) levantó los cimientos de su casa y crió a sus hijos; sin grandes lujos, es cierto, pero siempre "manteniendo el decoro de su posición social" (como aconsejaba el cura Castro), aun en la desgracia.

Esta suerte de elogio de la pobreza que nos ofrece Sarmiento no debía confundirse para él con una apología de la pereza ni llevarse al extremo que borrara todas las jerarquías sociales. Se observa aquí otro de los elementos que lo alejan ya de su concepción de *Viajes*. En este texto hay una exaltación de la Providencia<sup>25</sup>, como del pasado y las viejas élites; o sea, una "justificación por la sangre" de su superioridad que convive, no sin algunas tensiones, con esa otra reivindicación de la pobreza y de los hombres de acción que construyen por sí mismos su destino y merecen la apoteosis más bien gracias al conjunto de valores y capacidades que han adquirido por su propio esfuerzo, que por las que le vienen adscriptas como parte de una herencia aristocrática. Es esa ambigüedad entre el "vástago noble" y el "hombre que se hizo por sí mismo" que destacan Altamirano-Sarlo<sup>26</sup>

Finalmente, en sus genes no va a faltar el ingrediente de fogosidad revolucionaria que le llega de su padre, aquel que le infunde el hábito de lectura y lo guía de una manera misteriosa en los campos de batalla. De

espíritu "caliente" y "poco práctico", despilfarró todo en sus aventuras; de allí que el único sostén cierto para Sarmiento siga siendo su pasado, su madre.

La lucha entre estas dos ideas antagónicas, entre estas dos épocas y dos espíritus enfrentados, no podía dejar de manifestarse en el seno de su propio hogar materno. Y ella se da cuando las hermanas (imbuidas de las nuevas ideas y la "moda francesa" de ostentación y frivolidad) hacen derribar la famosa higuera de doña Paula. Todos terminan llorando su caída, incluso sus hermanas -que incitaron al desastre-, como el propio Sarmiento -que se había mantenido siempre prudentemente al margen de la controversia-, pero cuando ya era tarde; el mal estaba hecho, y el viejo árbol (pero que estaba aún lleno de vida) yacía como un símbolo patético de un mundo que se ha derrumbado y al que las lágrimas no lograrían ya resucitar.

Termina aquí la "era colonial" de su familia, y empieza su vida independiente. Con ella concluye un pasado pleno de belleza del que "la impiedad iconoclasta del siglo XIX" pretendió renegar y al que Sarmiento se dispone a rescatar de sus sombras<sup>27</sup>. Es hora ya pues que entre en escena el protagonista fundamental de este drama.

### LA IRRUPCIÓN DEL HEROE

"Lo que sigue es la transición lenta y penosa de un modo de ser a otro", asegura, y al respecto conviene no contradecirlo (no olvidemos que tenía fama de loco). ¿Cómo es que viene operándose ese tránsito?. Sarmiento mismo lo contesta:

*"...en mi vida tan destruida, tan contrariada, y, sin embargo, tan perseverante en la aspiración de un no sé qué elevado y noble, me parece ver retratarse esta pobre América del Sur, agitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar las alas" (pág. 256)*

Y esa lucha que conduce hacia la victoria final es, sin embargo, una historia plagada de derrotas, una historia, en fin, llena de escenas absurdas.

Este hombre, en el cual se funden las dos grandes corrientes espirituales que conforman nuestra nacionalidad (la colonial por vía materna, y la revolucionaria por vía paterna), no podía engendrar sino un niño cuyos ambos elementos que constituían su sangre lo impulsaban a jugar con santos y soldados respectivamente. Ya en su niñez, que coincide con el período revolucionario, podrá dar muestra no sólo de su heroísmo patriota, sino también de su don de cálculo. Esas formidables pedradas en que se trenzaba con las barras enemigas fueron testigo de sus facultades extraordinarias. Por supuesto, esa superioridad mental terminó siendo impotente ante la fuerza del número; pero su talento y valor quedaron demostrados, y ello será un dato fundamental que sus futuros contrincantes harán bien en no dejar de tomar en consideración.

Tampoco podía faltar ese extravío por el catolicismo ultramontano a que lo condujo Castro Barros (y que desata la "guerra de religión" que lleva al triunfo a Quiroga), pero que pronto abandonó para unirse a las filas unitarias. Así, con el fin de la guerra civil, "en torno al año '30" (con el ascenso de Rosas al poder), comienza lo que llama "su vida pública". Tras una breve incursión en aquella misma guerra, cuya acción más destacable fue haber salvado de un linchamiento a un soldado federal (lo que lo hace, obviamente, un unitario atípico); llega al momento culminante de su drama: el enfrentamiento con "el Gobernador" (trasposición simbólica de Rosas), a quien Sarmiento (como sus congéneres) trató vanamente de contener mediante sus sanos consejos. Pronto descubrió, sin embargo, que era "un hombre frío" y que frente a él "el raciocinio es impotente", y se decidió a enfrentarlo. Así fue que el temible "Gobernador" encontró por fin el hombre determinado a no dejarse vencer ni engañar. En esa "patética" escena en que se cruzan firmemente sus miradas queda inmortalizado

todo el nudo de este drama y se anticipa su desenlace.

*"...los ojos clavados el uno en el otro, el gobernador empeñado en hacérmelos bajar a mí por los rayos de cólera que partían de los suyos, yo con los míos fijos, sin pestañear, para hacerle comprender que venía a estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidación. Lo vencí, y enajenado de cólera, llamo a un edecán y me envió a la cárcel" (pág. 268)*

Rosas podía encarcelarlo pero no vencerlo, porque su espíritu estaba determinado a no dejarse intimidar. Su superior inteligencia haría el resto. Ello se pondrá de manifiesto en la última de las escenas que componen ese acto: en ella Sarmiento logra finalmente, apelando a sus fantásticos dones, superar el duro trance de su encierro en la cárcel (el exilio) y vencer a la misma muerte<sup>28</sup>. La historia podría entonces seguir viviendo. La lucha esencial entre los principios vitales de la civilización y las fuerzas destructivas de la barbarie se había dado, y estas últimas habían resultado vencidas. Este hecho marca la emergencia de nuestro nuevo héroe, el autor "de las angustias del despotismo". Y todo ello sin violencia, pero sin concesiones; apelando sólo a sus facultades racionales y su conocimiento de la psicología de los argentinos; y sobre todo, a su voluntad de seguir viviendo, de superar la muerte y la anomia absoluta que significa la barbarie. "Rosas está ya desahuciado. Su cuerpo es un cadáver tembloroso y desencajado. El veneno que posee está royendo el vaso que la contiene y pronto váis a oírlo estallar" (p.290). La historia que sigue no podía ser ya la de la tiranía; ella no era ya más que un epifenómeno sin espíritu, su realidad existencial había caído. Todos aquellos elementos que le habían dado su poder irían entonces desapareciendo uno a uno.

El relato que sigue será, pues, el del proceso por el cual irá emergiendo y cobrando forma una nueva manifestación del espíritu en que habrán de reencontrarse y podrán al fin convivir todos los elementos legítimos que conforman nuestra nacionalidad. Había antes que vencer, sin embargo, las resistencias de los extranjeros. Y ello lo logra (tras superar el "sentimiento de desdén por mi inferioridad" con que fue recibido) (p.266) desde su puesto de combate en la prensa chilena. La revolución del '48 "termina con las trabas al progreso". Hacia 1850, año en que escribe estas páginas, todas las circunstancias por fin se habían reunido, faltaba sólo el hombre. *Recuerdos* nos lo presenta, y sólo la posteridad habrá de "pronunciar su fallo inapelable" (p.317) respecto de la justeza (y justicia) de su propuesta.

### **ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES**

La primera reflexión que surge se refiere a la complejidad del proceso histórico que nos describe. ¿Era necesario conjugar en su persona tal multitud de elementos diversos dispersos para oponerlos efectivamente a Rosas, transitar infinitos meandros hasta conformar aquel espíritu que por fin lo enfrente y lo venza?. Indudablemente, sólo apelando a tal vasto proceso de síntesis podía una figura de dudosa prosapia como la de Sarmiento forjarse una identidad lo suficientemente notable que le permitiera presentarse ante la sociedad como una personalidad dotada de un carácter y una genealogía acorde a sus aspiraciones. A falta de "justos títulos", debía pues llenar su nombre de numerosos predicados diversos: "Sarmiento - primer maestro", "Sarmiento - vástago noble", "Sarmiento - self made man", "Sarmiento - escritor", "Sarmiento - mayor enemigo de Rosas", etc.; apelativos todos (ya que cada uno por separado resultaría absolutamente insuficiente) que convergen hacia una única conclusión: "Sarmiento - futuro Presidente de la República Argentina" (como rezaban los carteles que por entonces mandó publicar). Pero la posibilidad de concebir semejante desarrollo intrincado en el que pudieran confundirse (sin generar las graves contradicciones y tensiones que desgarraban al Facundo) su biografía familiar con nuestra historia nacional, sólo surge de la reelaboración conceptual operada en *Viajes*. Podemos ahora fundamentar mejor la hipótesis esbozada al comienzo del estudio de esta obra.

De aquél (*Viajes*), Sarmiento recoge, fundamentalmente, la concepción del rol constructivo del sujeto que supera los determinismos del medio, esa suerte de "santo laico" expresado por Franklin. También toma (y como consecuencia de lo anterior) el del carácter activo del sujeto en el sentido de abandonar el papel de mero observador imparcial e introducir su propia subjetividad, de comprometerse existencialmente en el drama que se despliega ante sus ojos. Finalmente mantiene aquel aporte fundamental de su travesía: la noción de "civilización" redefinida entonces como el proceso por el cual se va introduciendo y cobrando forma en la historia un "tercer término" (que definimos como el de "la armonía en el conflicto") que, frente a los diversos sistemas empíricos de dominación, habrá de instituir progresivamente un orden social fundado idealmente, es decir, que no anula el antagonismo inherente a los hombres sino que le da un marco de referencia unitario, ese "sentido de pertenencia" que identifica una auténtica comunidad y que hace primar, por sobre las controversias contingentes, los vínculos forjados en la conciencia de la solidaridad de destinos y de tradiciones comunes. De *Facundo*, por otro lado, tomo el contenido del drama, el guión de su trama y los caracteres de sus personajes, así como la naturaleza específica de los elementos en pugna, los que vaciados al nuevo molde aportado por *Viajes* dan como resultado un producto que a la vez que incorpora a ambos, se diferencia de ellos profundamente.

En síntesis, traduciendo sus experiencias de *Viajes...* a términos compatibles con nuestra realidad, Sarmiento logra articular un marco conceptual que permite abordar racionalmente nuestra historia y dar cuenta teóricamente tanto del proceso de surgimiento de Rosas como del que habría de conducir a su superación. Aquél pierde así su carácter disruptivo, deja de ser entonces imaginado como una irrupción salvaje desde una pura exterioridad, para integrarse como un momento (el de la "pura unidad") dentro de un desarrollo evolutivo que conduce en virtud de su propia lógica al triunfo pleno de la civilización, como un hito dentro de una unidad de sentido que lo comprende y lo supera. Y esta superación ya no se opera como en *Facundo* de un modo paradójico, a partir de lo que él mismo destruyó, sino, por el contrario, de aquello que aquel no podía incorporar en sí y que por ello habría de sobrevivirlo.

Tal solución, por otra parte, sólo cobraría forma a partir del desplazamiento que se opera en este texto respecto del eje de las contradicciones expresado en los términos de "Civilización" y "Barbarie". En efecto, si en *Facundo* ambos "universos de sentido" remitían a dimensiones o bien espaciales, o bien lógicas (campo-ciudad, orden-anarquía, etc), sólo a partir de *Recuerdos* este antagonismo se despliega temporalmente, ofreciendo así ese "hilo conductor" que Sarmiento reconocía que le faltaba a aquél. El proceso de escisión operado, y finalmente de síntesis, le otorgan un sentido lógico a nuestro transcurso histórico en el marco del cual se hacen inteligibles los distintos acontecimientos.

Ahora bien, si esta nueva concepción de nuestra historia alcanza una estructura que parece compacta, ello no se logra, no obstante, sin algunas tensiones. Juan María Gutiérrez señaló ya en 1845 esa perturbadora tendencia de nuestro autor a alojar todos los vestigios de civilización en plazas recónditas e ineludiblemente marginales, sin acertar a verla nunca en la que para aquél es su centro obligado: Buenos Aires <sup>29</sup>. En fin, siendo demasiado selectivo como modelo, ocultaría mal (sin intentar hacerse cargo de ello) todo lo que de nuestras tradiciones le resultaba a nuestro autor definitivamente condenable. Sin embargo, no era éste un problema que pudiera desvelar a este Sarmiento aún demasiado absorbido en la tarea de forjarse los propios galones que le faltaban. Más sensible va a ser a ciertas asperezas que no acababa de limar este esfuerzo por lo que Halperín llamó "su búsqueda por construirse un lugar en el mundo". La misma insistencia sobre este punto revela sus debilidades e inseguridades.

En efecto, ello se expresa cuando se instala un foco de tensión dentro mismo de su propia biografía familiar e individual desde el momento en que ensaya un cruce entre dos visiones del mundo que, en principio, parecen contradictorias. Por un lado, la sitúa sobre una visión épica de la historia, en la que el hombre es el único constructor y artífice de su propio destino. Encontramos aquí nuevamente esa exaltación del hombre de acción, del self-made man que vio en acción y admiró en los Estados Unidos, que arrastra de *Viajes*. Pero

además introduce una visión fuertemente aristocratizante y aun conservadora, que tiende a justificar el derecho a gobernar que poseen algunos en función de ciertas aptitudes que sólo pueden ser transmitidas de generación en generación, dentro de los círculos de ciertas élites moral e intelectualmente dotadas. En este desplazamiento no sería difícil ver ciertos temores ante los desórdenes provocados por la irrupción revolucionaria que se encontraba en curso en el viejo mundo. Sin embargo, pueden también encontrarse allí causas aun más profundas, aunque para explicar esto debo señalar primero cuál es el otro de los grandes desplazamientos con respecto a *Viajes* que se observa en este texto.

Es un hecho llamativo que en esta historia no aparezcan personajes cotidianos. Sarmiento se concibe a sí mismo a lo largo de toda ella como el resultado de una compleja fusión de variedad de elementos, pero todos ellos expresados en personajes ya históricos, seres con nombre y apellido, "Personas" con mayúsculas. Falta aquí el "pilluelo" vendedor de diarios, la "niña" que trabaja en las fábricas, o el americano medio racional emprendedor y pionero que analiza las cartas geográficas. Falta, en fin, todo aquello que sí tenía Quiroga en el rastreador, el poeta, el gaucho malo y el baqueano: esa profunda unidad entre el *grande hombre* y su medio, entre el héroe y sus personajes cotidianos. Si Sarmiento es la síntesis de elementos que ya han encontrado su proyección histórica por medio de los protagonistas que conforman su propio árbol genealógico, esto no nos aclara cómo se produce el tránsito por el que esos hombres ya grandes, se ligan y toman su espíritu de la masa de individuos, de la realidad insustancial (en que consiste, en el concepto de la época, la vida normal de los individuos normales que componen la sociedad), pero que es siempre (también según el mismo) la base y la condición de ser de toda realidad propiamente histórica.

Sarmiento, de este modo, no deja de ser, en cierto sentido, un héroe paradójico, que ha llegado a ser "encarnación del espíritu" sin ser "órgano de su pueblo"<sup>30</sup>. En fin, esta crisis entre el héroe y su pueblo (o entre las élites y las masas) que introducen el sesgo aristocratizante en la matriz épica-republicana de *Viajes*, es la que presiona a esa ambigüedad en su propia biografía personal que se desliza entre el Sarmiento "vástago noble" y el Sarmiento que "se hizo por su propio esfuerzo".

Y ella es, a su vez, el resultado del impacto que necesariamente habría de sufrir en el intento de introducir un modelo tomado de otras latitudes en un medio en el que no parece encontrar las condiciones adecuadas para su maduración. La ausencia de base social para su proyecto, de una "sociedad civil" a la cual apelar, es, en definitiva, lo que lo lleva a orientar su mirada hacia una élite ilustrada que, en última instancia, resulta de su propia factura, producto de una idealización que se instala en un supuesto paraíso perdido al que él habría de recobrar. En definitiva, lo que con ello intenta no es sino legitimar su modelo político; haciéndolo echar raíces en un pasado idealizado a lo que no es más que un proyecto de cara al futuro, con dudosa raigambre en las tradiciones, aquello que podemos llamar (para tomar la expresión de Chiaramonte) "el proyecto de una clase posible".

Estamos pues aquí ante un modelo de desarrollo capitalista profundamente progresivo que pretende ser alternativo al vigente hasta entonces, aunque, por su falta de encarnadura social, asume rasgos aristocráticos y una fuerte tendencia a ser concebido como un proceso de desarrollo que sólo puede ser impulsado a partir del Estado (instancia desde donde se deberían constituir aquellas clases que en Estados Unidos habrían emergido espontáneamente de la sociedad civil y constituirían los sujetos sociales en que ese proyecto podría realizarse como fuerza histórica real). En torno a esa tensión (entre las élites y las masas, el proyecto y la realidad) se moverá todo el desarrollo posterior de su pensamiento, problema central que Sarmiento comienza a entrever<sup>31</sup>.

De todos modos, una cierta conciencia (o quizás sólo intuición) de las aristas conflictivas que encerraba un proyecto tal, no significaba aceptar que resultaría *a priori* inaplicable. "Las contradicciones se vencen a fuerza de contradecirlas", decía. Al respecto, conviene hacer una salvedad. Esto que hemos señalado como algo que, en principio, puede parecer una contradicción, no surge aún del texto como tal. En *Facundo* había un

aspecto central que articulaba toda la trama (explicar el modo de terminar con la tiranía) que resultaba problemático y sólo lograba hacerse comprensible apelando a factores que aparecían como irracionales en el marco de las concepciones en que se manejaba. Distinto resulta este *Recuerdos* donde todos aquellos "elementos irracionales" han sido eliminados como tales y la historia relatada adquiere un trama fluida y un lógica compacta (aun cuando esto, en un sentido, pueda suponer algún empobrecimiento temático). Se observa en esta obra una reconciliación de Sarmiento con nuestro pasado, que pierde la apariencia (y por qué no, el encanto) de lo exótico con que se mostraba en *Facundo*, el de ese mundo fantástico, hogar de seres fabulosos y guarida para las intrigas de duendes caprichosos.

Estas profundas modificaciones en su pensamiento no podían ser ajenas a transformaciones sustanciales ocurridas en la escena política nacional: la "Paz Rosista" había concluido ni bien el sistema de alianzas montado por Rosas comenzó a agrietarse. Ello hacía posible especular ya seriamente, con un sustento empírico cierto sobre su caída, a la vez que abría el juego a las diferentes soluciones políticas que se postularan como alternativa. Por otro lado, Sarmiento había dejado de ser el oscuro periodista con aspiraciones a literato que escribió el *Facundo* para convertirse (en gran medida, debido justamente a la publicación de aquel) en "el peor enemigo de Rosas" (como gustaba llamarse), capaz de dirigirse ya como un par a aquellos que en otros tiempos le mostraron "su desdén por su inferioridad". Todo ello es lo que se expresa en esta visión mas matizada de nuestro pasado, el desgarramiento que en ella se observa se le figura ahora menos dramático e irracional. En definitiva, esta tensión que se esboza en la relación entre las élites y las masas (o entre el héroe y su medio) aparece, por el momento, más bien como un hecho que aún no ha sido problematizado. Y ello es así porque aquella contradicción todavía no había estallado como tal en su propia realidad. No tardará en hacerlo, sin embargo, en cuanto intente llevar a la práctica sus planes.

# CAPITULO VII

## LA DURA PRUEBA

*"A mitad de andar de nuestra vida extraviado me vi por selva oscura que la vía directa era perdida. Ay, cuanto referir es cosa dura de esa selva lo espeso agreste y fuerte de que aun conserva el pecho la pavora"*

DANTE

Siguiendo la estrategia diseñada en *Recuerdos...*, Sarmiento habrá de centrar en los años siguientes su campaña en torno a la idea de la necesidad de "revivir las tradiciones antiguas, recuerdos de un tiempo mejor" que, para él, son la mejor "protesta contra el estado presente" (*Sud América*, 1/4/51. OC.VI, p.404) <sup>1</sup>. Junto a su ya conocido San Juan, señalará entonces otros dos grandes focos del progreso (desmintiendo con ello, en cierto modo, a J.M.Gutiérrez) que hunden sus raíces en lo inmemorial. El primero es el Entre Ríos (cuyas instituciones serían el ejemplo para toda la Nación) donde cree ver realizados sus proyectos de reforma educativa, índice evidente de una antigua tradición ilustrada <sup>2</sup>. El otro es Buenos Aires, expresión del espíritu liberal tanto en el pensamiento como en los intereses que allí se desarrollan. El gobierno del virrey Ceballos, impulsor del libre comercio, ocupará en ella el lugar del paraíso perdido que en San Juan representara la época de los Oro, Funes y Compañía <sup>3</sup>. "Las barbaridades datan de ayer nomás" (*Sud América*, 17/2/51. OC.VI, p.357), es su conclusión. En definitiva, "civilización" y "barbarie" representarán ahora una suerte de dos sociedades superpuestas en nuestro medio; una salvaje superficial, oprime a otra más profunda y real, civilizada, que busca emerger.

*"Las formas exteriores y oficiales son bárbaras en verdad, pero la sociedad de hoy es en un todo igual a la sociedad de los países más adelantados de la América española. [...] Hay una sociedad oprimida que no osa manifestarse, que no puede hacerlo porque le está vedado, pero ahí, bajo el pie del tirano, en el recogimiento que impone el despotismo, estudia, se prepara y adquiere ideas sanas de todas las cosas..."* (*Sud América*, 27/4/51. OC.VI, p.435).

La quimera es la de aquellos que piensan que el régimen oprobioso pueda aquí perpetuarse. "Sonó la hora del despotismo" (id., p.434), dice Sarmiento. Y no por gastado se le ocurre el vaticinio menos elocuente. Nuestro autor tiene ahora un claro programa y un curso de acción preciso para terminar, esta vez en serio, con él. Entre Ríos, Buenos Aires y San Juan son, según lo señalado, las patas del trípode donde el mismo se asienta; ellas simbolizan las coordenadas fundamentales que definen su proyecto actual: Buenos Aires le da una orientación: libre comercio, Entre Ríos un instrumento: Urquiza, San Juan una guía: Sarmiento. Y es entonces cuando este pronuncia su palabra nueva: Argirópolis.

## ENTRE EL PANFLETO Y LA UTOPIA

El núcleo del proyecto que Sarmiento propone (bajo la forma, quizás algo insólita, de una especie de "Ciudad del Sol") en *Argirópolis* (la última de las obras del período) radica en un intento por darle forma institucional a una nación a la que concibe, como vimos, como una realidad preexistente (según se manifiesta en su cultura, su historia y sus tradiciones) y respecto de la cual la actual tiranía representa su negación.

Lo que ha impedido obstinadamente articular históricamente aquellos designios racionales a los que estamos llamados -suerte de sustrato cultural oprimido-, y ha conducido a los mismos por un curso particularmente intrincado y dramático, no sería producto, sin embargo, de ningún tipo de determinación natural o social, sino simplemente el resultado de lo tormentoso de las pasiones desatadas con la guerra civil y del egoísmo de los intereses particulares o localistas que se imponen siempre en tales situaciones por sobre las verdaderas necesidades y aspiraciones del conjunto de la Nación. Y ello, mal que nos pese, habría de seguir siendo así por un largo tiempo.

*"Nuestro deseo ardiente de ver terminada una lucha fratricida que tiene escandalizado al mundo [...] no nos alucina hasta creer que todas las partes interesadas acogerían con ardor la solución que ofrecen a la situación actual. ¡No! No es así como obran de ordinario los gobiernos ni los partidos. El grito de las pasiones sofoca casi siempre la voz templada de la razón, y el interés personal del ambicioso se antepone de ordinario al interés duradero de la patria."* (pág.41)

Sarmiento reconoce allí un ineludible distanciamiento entre los "intereses duraderos de la patria", y el "interés personal" de sus caudillos y partidos, entre lo que podemos llamar la "Nación verdadera" (que sólo existe virtualmente) y la "Nación existente" (que resiste obstinadamente a la realización de aquélla). La visión sesgada de la realidad que poseen sus hombres empíricos, teñida siempre de un irremediable espíritu de facción, les impide elevarse hacia una conciencia del interés general, y los lleva a oponerse y contradecirlos sistemáticamente en beneficio de sus ambiciones personales. El problema entonces radica en cómo lograr que estos "intereses personales" (en tanto que son siempre los móviles efectivos de la acción) puedan combinarse de algún modo que sirvan a la realización de los "intereses duraderos de la patria".

Propone entonces una suerte de transacción "fundada en la naturaleza de las cosas" concebida de forma tal que -supone- evitará que los intereses encontrados terminen otra vez enfrentándose y conduzcan nuevamente a la anarquía. Imagina así la posibilidad de articularlos armónicamente en una instancia superior que de entidad cierta a la Nación como tal. Eso es en definitiva *Argirópolis*: un espacio neutral en donde, siguiendo el ejemplo norteamericano, todos los intereses legítimos que constituyen a la nación puedan reunirse, fijándose así y estableciéndose en tanto que interés colectivo <sup>4</sup>.

Ahora bien, la constitución de ese "espacio neutral", asegura Sarmiento, no podría ser obra de los actuales gobernantes, educados y formados todos ellos en la escuela de las guerras civiles. Nada garantizaría que éstos no terminasen interponiendo nuevamente sus querellas personales, hundiendo a la nación en un nuevo caos. La solución sería elegir representantes ad-hoc -garantía de completa imparcialidad- con el propósito específico de sancionar la Constitución definitiva de la Nación, evitando de este modo la perniciosa influencia de los intereses partidarios.

*"..no puede sin monstruosidad chocante simularse un congreso de gobernadores para constituir una nación, porque sería seguro que estipularían acuerdos en su propio beneficio y conservación. El congreso tiene por base constitutiva la elección de diputados ad-hoc."* (pág. 25)

Sólo apelando a esta suerte de individuos privilegiados, ascéticos a todo condicionamiento mundano, podría

para Sarmiento recobrase la "nación verdadera". De este modo, la "Unidad" y la "Armonía" de la política instituiría un ámbito que le fuera propio, superpuesto a la nación del interés y el egoísmo. La república de la virtud, remitida al Cielo de Argirópolis, habría de derramar su obra regeneradora configurando a la nación real según un modelo racional. Su labor adquiriría entonces un carácter que tendría mucho de fundacional. En definitiva, a estos "legisladores ad-hoc" les tocará desde el Estado darle a la Nación efectivamente existente una forma que le sea acorde a lo que ella es en esencia. Y para ello, tendrían que modificar incluso su propia disposición geográfica, que le impone obstáculos casi insalvables a su realización condenándola al estancamiento crónico<sup>5</sup>. El traslado de la capital y la libre navegación de los ríos interiores harían este milagro<sup>6</sup>.

Una acción regeneradora tal, efectivamente, sólo podía ser orientada desde un Estado dotado de una voluntad propia, autónomo con respecto a una sociedad que carece de todo impulso propio hacia el progreso ("porque no hay -decía- progreso donde no hay rudimentos que desenvolver, como ciencia, industria, etc..") (p.107). En definitiva, aquel poder central que busca instituir, lejos de ser concebido como la síntesis de los intereses particulares (tal como éstos se manifiestan empíricamente), aparece más bien como algo opuesto y enfrentado a los mismos. Una suerte de gobierno extranjero a su propio país<sup>7</sup>.

No se trata, sin embargo, de un mero regreso por parte de Sarmiento a una vocación de corte iluminista. Lo que se observa aquí, por el contrario, es la materialización de uno de los fundamentos básicos de su pensamiento "historicista": no es sino ese antagonismo para el inherente a toda realización humana lo que encarna aquí históricamente y se hace manifiesto esta vez en el plano político-institucional.

Con *Argirópolis* Sarmiento cierra un capítulo (indudablemente el más denso) de su producción intelectual. Con ella culmina la empresa, iniciada tras su regreso de *Viajes...*, destinada a asimilar nuestro particular desenvolvimiento a aquellos modelos de desarrollo a los que el pensamiento de la época supone que debe ajustarse el progreso universal de la civilización, y ofrecer así una imagen racional del mismo. Siguiendo aquellas pautas lograría, pues, ir dando forma a un proyecto intelectual que se completaría ahora con un concreto programa de acción política y el diseño de un modelo institucional que debía servir de base a la constitución de una nación moderna en nuestras tierras<sup>8</sup>.

Ahora bien, según lo que afirmaban sus mismas premisas fundamentales, la realización de todo orden ideal como éste (que se instituye a la vez como una exigencia racional - inmanente), debía inevitablemente convertirse en el centro de un antagonismo que habría de suscitarse dadas las resistencias que necesariamente generarían las fuerzas inerciales del orden existente (el que, como toda formación empírica, intentaría perpetuarse). Desde el momento en que se acabase con el actual sistema despótico (que impide la manifestación de este antagonismo ocluyendo toda una dimensión de la realidad) ambas instancias objetivas (una virtual que quiere emerger, y otra real que intenta resistirlo), habrían de tornarse entonces igualmente visibles, instalándose, cada una, en aquellos espacios geográficos e institucionales que le fueran propios. Convertidos en polos de una controversia histórica concreta, encontrarán así expresión en el mundo empírico ambos principios genéricos (tanto los retrógrados como los progresistas) que motorizan efectivamente el curso de la historia, arrancándola de su presente estancamiento. Mediante su lucha manifiesta, la historia recobraría un sentido orgánico y dialéctico por el cual habría de ir desarrollándose progresivamente la civilización.

En síntesis, lejos de expresar una suerte de deslizamiento hacia el iluminismo dieciochesco (como suele interpretárselo), el antagonismo que aquí se establece entre la "Nación existente" y la "Nación verdadera", entre los "intereses particulares" y los "duraderos de la patria", entre la voluntad legislativa y los impulsos espontáneos de la sociedad, no es sino lo que según la concepción historicista - romántica constituye una contradicción inherente a toda realidad histórica (confirmándola antes que contradiciéndola).

De todos modos, sí hay algo que aparece dentro de dicho modelo de pensamiento como un auténtico punto de fuga que, en principio, le impide (desde el punto de vista de su propia lógica interna) una plena consistencia <sup>9</sup>. En efecto, en este texto podemos ver cómo reaparece aquella dificultad ya observada en *Recuerdos...* para concebir la posibilidad de introducir un modelo racional de nación que encarne en los sujetos históricos empíricos con que efectivamente se cuenta. En el momento en que Sarmiento se propone especificar un programa de acción, esta cuestión se pone nuevamente de relieve, manifestándose en ella lo endeble de las bases histórico-sociales sobre las que aquél se sustenta. Sin acertar a identificar aquellas fuerzas reales y concretas a quienes referir su programa (aquellas que efectivamente encarnen y sinteticen las aspiraciones nacionales) Sarmiento debe apelar a supuestos individuos ascéticos (legisladores ad-hoc) quienes sólo podrían hacerse cargo de él colocándose por encima de los intereses partidarios empíricos y constituyendo un espacio físico-institucional propio, desde donde poder dirigir y ordenar la nación sin por ello encontrarse expuestos a su siempre perniciosa influencia. Se establece allí, pues, un núcleo de tensión entre la exigencia de una absoluta imparcialidad impuesta a estos legisladores y su, cabe suponer, natural disposición -en tanto que miembros interesados y partícipes de una larga tradición de lucha faccional- a complicarse y contaminarse con las controversias mundanas.

De allí, en fin, que la forma de utopía que asume este proyecto no resulte arbitraria. Aun cuando Sarmiento no lo considerara como tal, su lógica interna se adecuaba mejor a esta forma de exposición. Podemos ver expresarse en este persistente antagonismo entre los proyectos y las realidades lo que terminaría siendo (como veremos en los capítulos siguientes) el límite último puesto a la realización de su proyecto político, y con ello, a su horizonte como intelectual.

De todos modos, esto no será tan claro aún en este texto. Si nuestro autor no creía que se tratara realmente de una mera utopía, se debía a que efectivamente tenía algunos motivos ciertos para ello. En primer lugar, porque de hecho, aun bajo semejante forma, este texto parecía servir por entonces de base programática a una poderosa alianza y a una amplia gama de intereses dispuestos a alzarse contra Rosas. Pero, sobre todo - algo para él mucho más fundamental- porque Sarmiento estaba absolutamente persuadido de que tras la caída del tirano habrían efectivamente de emerger esos sujetos capaces de llevar a cabo un proyecto tal. Indudablemente, cuando hablaba de "legisladores ad-hoc" estaba pensando en sus compañeros de exilio y, fundamentalmente, en él mismo. Sólo así este proyecto se torna comprensible. Es decir, porque Argirópolis es, en definitiva, "Sarmientópolis" (como se revela en la carta dirigida a Modestino Pizarro).

*"Dígolo con convicción profunda. En ese Congreso, si tiene lugar, habría un asiento vacío si no estoy yo. Echáranme de menos los pueblos, sería incompleta y vacilante su marcha. Mi presencia daría a todos confianza, y sólo a Rosas miedo; porque a mí se ligan ideas ya formuladas y de todos conocidas [...] sólo mi presencia puede conservar la majestad de la representación nacional [...] Faltáranme el puesto que puedo asumir en la historia de mi país y en la dirección de sus destinos..."* (8/4/51. OC.XIII,p.370)

### LA FUSION IMPOSIBLE

Hacia 1851 llega, por fin, el momento de terminar con la tiranía y poner a prueba su programa. Sarmiento entonces no duda. Enfundado con su uniforme de teniente coronel (grado al que él mismo se había ascendido atendiendo a sus para él indudables méritos) se embarca para Montevideo. Sin embargo, el curso de los acontecimientos va a mostrar que éstos no siempre saben aceptar pasivamente los designios a los que uno los cree adheridos. La derrota del tirano no parece ya conducir necesariamente a la constitución definitiva del país (al menos no en los términos en que Sarmiento lo había previsto); por el contrario, ésta abriría una nueva etapa de luchas civiles cuyo resultado parecía aún incierto.

Más grave aun resultaba el hecho de que la generación de pensadores con la que Sarmiento se identificaba e imaginaba como depositaria natural del poder a la caída de Rosas, acabase enfrentándose entre sí. En fin, la historia de las vicisitudes que Sarmiento debió atravesar a lo largo de su participación en la *Campaña en el Ejército Grande*, es, en definitiva, la de las que la nación misma habrá de padecer hasta el momento en que pueda imponerse definitivamente la razón.

La lucha contra la tiranía no habría, pues, para él, de concluir con Caseros. Es más, lo que de ella se conocía dice que no existió realmente, fue más bien una novela inventada por Sarmiento mismo (con Mitre) sólo para halagar a Urquiza<sup>10</sup>. Entre él y Rosas no hubo, ni hubiera podido haberlo, un verdadero enfrentamiento, pues ambos representaban un mismo principio, ambos eran igualmente caudillos bárbaros<sup>11</sup>. Su lucha carecía para ambos de sentido, y por ello su resultado fue producto del mero acaso. "Si había pues fuerzas materiales con que resistir, no había espíritu moral /.../ todos conspiraban por cansancio a traer un desenlace cualquiera" (p.94), decía. Y si Rosas cayó (y eso sí era indudable) fue, según asegura, "por su propia gravedad" (p.289), algo que "la prensa chilena lo había anunciado dos años antes". Urquiza era sólo una herramienta, su propio instinto de caudillo salvaje -el que Rosas no había logrado controlar- lo llevaba a levantarse sin saber muy bien para qué. Y así, inconscientemente, hizo real lo que era por entonces necesario, lo que estaba en su tiempo: bastó su sólo pronunciamiento para que el régimen se derrumbara y pusiera en evidencia la irrealdad de su poder.

Sin embargo, Urquiza no dejaba de ser por ello un mero caudillo bárbaro. Si fue un instrumento providencial, no podía ser más que eso; "poderoso, necesario, indispensable quizás; pero nada más que un instrumento" (p.298). Todos aquellos que (como López) intentaron hacer de él una suerte de "déspota ilustrado", debían fracasar. Urquiza era incapaz de escuchar y aceptar los consejos de quienes se pusieron a su servicio en la causa contra la tiranía<sup>12</sup>. De allí que no resulte del todo inverosímil, de acuerdo al relato que nos ofrece Sarmiento, la afirmación de que la ruptura entre él y Urquiza había obedecido a causas más profundas que la mera negativa a la asignación de un puesto en su Estado Mayor (como le recriminara Alberdi). No se trataba sólo de que "el general nunca deseó oír su opinión", en todo caso, ello era una consecuencia de un antagonismo mayor. Sarmiento todo era, en ese Ejército de bárbaros, un cuerpo extraño; era el oficial que se negaba a sacar sus cartas geográficas para no hacer el ridículo ante un Estado Mayor que hablaba en guaraní; su aspecto mismo denunciaba su total alienación con respecto a ese medio<sup>13</sup>. Allí se descubría un conflicto latente que habría de estallar ni bien se superara la circunstancia que los unía: la lucha común contra Rosas.

*"Para mí la guerra posible (iy deseada! isi ese cáliz puede apartarse de nuestra patria!) es una guerra de libertad, por un lado, y de caudillaje por otro; de estrategia y de ciencia militar por un lado, y de bandidaje y de alzamiento compulsivo por otro."* (pág. 311)

La guerra que Sarmiento está esperando, pues, es la del "Ejército chico" contra el "Ejército Grande", la que traiga el triunfo de la ciencia y el arte militar sobre la masa indisciplinada.

Pero aquellas "élites ilustradas", a las que Sarmiento apelaba contra las hordas semi-bárbaras de Urquiza, seguían por entonces sin manifestarse. Para darles entidad debían surgir aquellos "grandes hombres" que las expresasen. Y, por el momento, sólo podían seguir contando con su representante unipersonal. Ocupados por los problemas urgentes que acechaban, todos se olvidaban de aquéllos realmente importantes. "La política práctica -decía- hacía olvidarse de todo lo vaporoso, de que sólo yo me ocupaba" (p.237).

De todos modos, decir Sarmiento ya no era poca cosa, porque era también Argirópolis, es decir, el programa en el que había sabido conjugar los intereses (algo siempre más efectivo que las ideas) de todos los sectores en pugna, el programa que habían adoptado como propio tanto las provincias como Buenos Aires, federales y unitarios, en fin, la verdadera "Base" sobre la que Alberdi se apoyará para diseñar su proyecto de

Constitución. Indudablemente, persistían aún profundas diferencias (que podían incluso conducir a una nueva guerra civil), pero éstas se reducían a una cuestión política sobre quiénes podrían llevarlo a cabo; el programa común había sido ya formulado, y todos habían convenido en él:

*"Mas es ya un progreso inmenso para ese país, el que todas las provincias, Buenos Aires la primera, estén de acuerdo sobre las cuestiones más arduas de economía política, de organización, y sólo disientan en la cuestión meramente práctica de saber si la perpetuación del caudillaje, después de vencido en Buenos Aires, y despojado del ejército Urquiza, es compatible con esas ideas económicas, industriales y constitucionales"* (id., pág.306)

### ENTRE LA CIVILIZACION Y LA BARBARIE

Evidentemente, tal modo de plantear la cuestión anticipaba su conclusión: el caudillaje era indudablemente incompatible con los principios que habían triunfado en Caseros y no podía ser quien los llevase adelante. Urquiza era sólo una caricatura de Rosas y debía caer. "Urquiza hace mucho tiempo que ha sucumbido" (p.317), decía. Una vez instalado en su santuario de Palermo ("símbolo de la barbarie y la ignorancia") sus tropelías no harían más que conseguirle el odio de todos, tanto de las clases acomodadas (a las que escandalizaría recibéndolas en mangas de camisa) como de las populares (que formaban las tropas de Rosas aún prisioneras).

En definitiva, Urquiza no podía -ni quería- ponerse a la cabeza de un nuevo orden institucional y someter a sus pares del interior ("Yo no he venido para ello", le decía a Sarmiento) (pág. 217), pero tampoco podía ya mantener unida la Nación, como Rosas, por el terror. Sin embargo, esto no necesariamente abría perspectivas alentadoras. Por el contrario, al menos en lo inmediato, el resultado de esta situación no podría ser otro que una nueva recaída en la etapa de las guerras civiles, un regreso a un estadio anterior a Rosas, algo que hasta entonces Sarmiento creía definitivamente superado. La historia parecía así tornarse circular. "La última faz de la revolución -decía- va a ser la lucha entre caudillos." (pág.133). Y lo que era más grave aun, nada aseguraba que ésta no fuera a conducir a la destrucción mutua, a la desintegración nacional, al fin de toda idea de civilización. En realidad, Sarmiento no tenía aún una respuesta inequívoca al respecto.

*"Si la libertad argentina sucumbe, es decir: si el caudillaje triunfa de nuevo, habré sucumbido yo también con los mios y el mismo polvo cubrirá Civilización y Barbarie, Crónica, Argirópolis, Sud América, y Campaña del Ejército Grande, que son sólo capítulos de un mismo libro."* (p.316)

Terminaría así oscilando entre la fe en su programa y la perspectiva cierta de que el mismo pudiera sucumbir ante la omnipresencia en estas pampas del caudillaje. T. Halperín Donghi señala el origen de tal ambigüedad en la ausencia del término civilizado de la contradicción, al que sólo Sarmiento podrá vislumbrar y reintroducir como un elemento activo de su historia cuando ocurran los acontecimientos del 11 de septiembre. Sólo este hecho dará entidad cierta a ese factor que, para Sarmiento, existía ya latente en toda su historia, pero que no acertaba a manifestarse, oprimido siempre por la pesada losa de la barbarie. Este le dará también el marco adecuado para expresar aquello que había debido hasta entonces ocultar (evitando adoptar una actitud que, aislada, podría parecer desesperada). La secesión de Buenos Aires le permitirá comenzar a actuar, ahora sí, siguiendo sólo sus mismos principios, persiguiendo decididamente sus propios designios.

*"Mi conducta en los negocios actuales de la República Argentina, mientras nadie ponía en duda la autoridad del general Urquiza, muestra ese mismo respeto por el hecho absurdo, ilegítimo, esperando que aun de esas incongruencias podía salir un orden de cosas regular. Si no lo esperaba, al menos no oponía obstáculos. Pero cuando el hecho no se consuma, cuando una fracción poderosa de la República protesta armada contra*

*aquella serie inaudita de desaciertos y de ilegitimidades, entonces todo ciudadano recobra el derecho de trabajar para acabar con la existencia del mal que toleraba, y fortalecer los buenos principios hollados." (p.272)*

Sin embargo, más problemáticas que sus dudas (las que parecían entonces encontrar solución) terminarían resultando sus propias certidumbres. ¿Hasta qué punto existía ese consenso general por parte de las "clases ilustradas" en torno de su programa (el que incluía, por ejemplo, la nacionalización de las rentas de aduana)? ¿Era realmente Argirópolis ese "espacio neutral", ese lugar de encuentro que él había concebido? Lo único cierto, por el momento, era que los bandos enfrentados persistían en una pugna que se negaba a ver en el punto de convergencia alguno. La realidad política opondría sin más a Buenos Aires y la Confederación. En torno a esos dos polos girarán los centros reales del poder y Sarmiento, como veremos, consciente de que no habría solución duradera si no se contemplaban los diversos puntos de vista en conflicto, oscilaría entre ambos sin decidirse por ninguno. Mientras tanto, Martín García seguiría desierta, sólo habría de quedar grabado en ella el mudo testimonio de la frase que a su paso por allí nuestro autor (como era su vieja manía) hubo de inscribir en una roca:

1850- Argirópolis  
1851- Sarmiento

Habrá que aceptar pues que, al menos en cuanto a sus fechas, esta predicción sería trastrocada por las circunstancias. Sarmiento, que empezó su campaña imaginándose un Bolívar que entrando por su provincia natal iba a liberar al interior para encontrarse con Urquiza en algún Guayaquil cercano al puerto, terminaría finalmente siendo, al menos por el momento, sólo un ex-boletínero exilado.

### EL NUEVO EXILIO

De nuevo en Chile, Sarmiento escribe su *Memoria al Instituto Histórico de Francia*, texto teñido ya completamente por el impacto del levantamiento contra Urquiza ocurrido en Buenos Aires. La rebelión del 11 de septiembre se le aparece como un signo inconfundible del poder de las tradiciones ilustradas destinadas fatalmente a imponerse<sup>14</sup>. Buenos Aires se convierte desde entonces, en sus escritos, en el sujeto en quien se encarnan los valores de la nacionalidad y de la libertad que pugnan contra el espíritu localista y bárbaro de los caudillos. Europeos y criollos habrían logrado allí amalgamarse formando una sólida sociedad civil, dique último al caudillaje. "Un sentimiento moral común" (OC.XVI, p.68) -decía- atraviesa y unifica todas sus clases y partidos conformando un compacto cuerpo social que "marcha fatalmente a las libertades industriales, cosmopolitas y personales que constituyen la grandeza de los Estados Unidos." (id.,p.83)<sup>15</sup>.

Esta identificación casi sin matices con una concreta fuerza histórica se traduce en renovadas expectativas para la realización de sus proyectos. Sarmiento deja entonces de ser esa figura con fuertes rasgos quijotesco que pretendía desafiar por sí sola al "héroe" de Caseros, para convertirse en partícipe de un conflicto objetivo. No pensaba, sin embargo, que éste hubiere de iniciar un desencuentro más que circunstancial, como no podía convencerlo de que el *status belli* aún reinante fuera algo natural y crónico en estas tierras. Por el contrario, éste no hacía más que reafirmar su confianza en que "estos países están destinados fatalmente a ser repúblicas, a gobernarse por sí mismos" (id., p.62). En todo caso, era un precio que deberíamos pagar como tránsito hacia una nueva era de civilización. Lo que sí resultaba evidente era que éste no sería un tranquilo transcurrir<sup>16</sup>. Tampoco Sarmiento veía aún del todo claro cuál era el papel que a él le habría de tocar jugar. De todos modos, su situación se iría a complicar definitivamente sólo cuando todas sus esperanzas en una pronta solución al conflicto hubieran de tornarse insostenibles. Disipado el fugaz entusiasmo inicial que provocara el levantamiento de Buenos Aires, sus certidumbres comenzarían a tambalear a medida que fuera descubriendo que la secesión resultaría inevitable y duradera. En sus polémicas con Alberdi y los constituyentes vuelven entonces a aflorar algunos de los fantasmas que lo vienen persiguiendo desde que

se lanzara a la arena política allá por los '40. Entonces, se preguntará con Tocqueville:

*"¿Quién puede asegurar que las revoluciones no sean en nuestro tiempo, el estado más natural a los españoles de la América del Sud? En este país, la sociedad se revuelca en el fondo de un abismo, de donde sus propios esfuerzos no pueden sacarla. El pueblo que habita esta bella mitad de hemisferio, parece obstinadamente empeñado en desagarrarse las entrañas sin que nada sea capaz de distraerlo. El aniquilamiento le hace caer un instante en el reposo, y el reposo lo entrega bien pronto a furores nuevos." (Comentarios..., 1853, OC.VIII, p.72)*

Y la respuesta primera no es muy alentadora: "Las provincias argentinas tienen en su seno elementos de disolución que han de estar pugnando por largo tiempo" (id., p.246). Nos encaminábamos pues, ahora sí irremediablemente, a una nueva etapa de guerras civiles -de las que nunca se conoce el desenlace-.

## **LA SEGUNDA GRAN CRISIS**

"El ostracismo es entre nosotros la roca tarpeya de los grandes servicios", le confía Sarmiento a N.Rodríguez Peña en carta del 10/12/53 (OC.XXI, p.51) convencido de que su nuevo exilio pesa sobre toda la república como una condena frente a la que no hay ya apelación posible.

*"¿Por qué habremos de quejarnos de estas injusticias de la historia, pidiendo gratitud, como si se tratase de asuntos de familia? ¿Por qué se ha de exigir a los hechos que paguen el salario de las ideas?" (id.,id.)*

No se trata de que las tradiciones de civilización se hayan disipado, sino que Sarmiento no tiene ahora ninguna seguridad de que la marcha de los acontecimientos sienta obligación alguna de dar lugar a que germinen aquellos destinos de grandeza que en ellas se incuban. La ruda facticidad parece, por el contrario, imponer una lógica propia que no siempre se deja reducir a lo que dicta la razón.

*"Las pasiones tienen eso de peculiar; ni consultan la conveniencia, ni se someten al análisis de la lógica. Son fuerzas que marchan fatalmente a resultados casi siempre ignorados de los que los acercan; pero que hacen avanzar o retroceder a las sociedades [...] Marchamos pues fatalmente a la desmembración..." (Comentarios... OC.VIII, p.34)*

Nuestra historia vuelve así a teñirse de irracionalidad. Las ideas y los hechos, en estas tierras, parecen destinados a hostilizarse eternamente.

Sobre esta línea temática habrán de transitar sus próximos escritos, siempre convencido, de todos modos, de que el triunfo de una u otra de las fuerzas en pugna en ningún caso podrá explicarse por ninguna suerte de predeterminismo. "Si la barbarie se perpetúa -anticipa en *Educación Común*-, si la moralidad decrece, culpa es de la limitación de medios puestos en ejecución para combatirla" (1854. OC.XII, p.39).

El problema de fondo aquí es que Sarmiento ya no alcanzaría a vislumbrar un curso de acción acorde a la situación, que permitiera superar el estado de disgregación. Pero tampoco decidirse por alguno de los bandos enfrentados lo convence. "¿Por qué me echaría yo la responsabilidad de actos que no son argentinos, sino puramente locales?" (31/7/54. OC.LII, p.54) le pregunta a su amigo y confidente Mitre, quien se había jugado ya decididamente por Buenos Aires y lo instaba a hacer lo mismo. Sarmiento, en cambio, aún aspiraba a ser prenda de una unidad que, sin embargo, no se percibía como cercana. "La segregación temporal me espanta, porque no veo cuándo habrá de cesar", confía a aquél en la misma carta, dejando así traslucir una crisis personal que ya no se preocupa por disimular: "¡Hay un depósito insondable de tristeza en mi alma!" (id.,

p.57), le confiesa.

Sólo hacia fines de ese año el acuerdo Derqui-Peña le permite encontrar un lugar en el cual representar el papel que se tenía reservado en este drama; ve entonces una oportunidad para intentar un acercamiento entre Buenos Aires y la Confederación que lo tenga a él como *factotum*. Formula las bases del acuerdo <sup>17</sup> en su carta de renuncia a la diputación a la Legislatura del Estado de Buenos Aires, en la que pide ser designado, a cambio del puesto que resigna, como diputado por Buenos Aires a un "Congreso de la Unión Argentina" (OC.XVI, p.149) que propone realizar.

Fracasada esta tentativa, su situación se tornará no muy cómoda. Si tanto en Buenos Aires como en la Confederación tenía algunos buenos e influyentes amigos (menos en la segunda que en la primera), en ambos lados sus enemigos eran aún mas poderosos. Y seguir siendo "provinciano en Buenos Aires y porteño en las provincias", en un momento en que la reunificación se había hecho imposible, era condenarse a la nulidad. Es así que en un primer momento intenta ocupar su sitio como diputado por Tucumán en el Congreso de la Confederación (cargo al que, sugestivamente, no había renunciado) para el que había sido designado gracias a otro de sus grandes amigos, el gobernador Posse (hecho que costó a este último ser tachado de "enemigo del actual orden de cosas, y lo que es peor, como dueño de hacer diputados a mi antojo"). Tras el veto de Urquiza, no le quedará otra alternativa que dirigirse a Buenos Aires (en donde su carácter de "extranjero" le ponía límites a sus aspiraciones que algunos -entre ellos el a la sazón gobernador Obligado- se encargarían a su llegada de hacer cumplir). La nueva realidad que allí habría de descubrir, la acción que en ella iba a desarrollar, habrán ambas de dejar profundas huellas en su pensamiento, abriendo, tras la crisis, una nueva etapa en su trayectoria intelectual.

## CAPITULO VIII

### LA EVOLUCION CREADORA

*"Yo soy el piadoso Eneas, cuya fama llega al Cielo; que traigo conmigo en mis naves los patrios penates arrebatados del furor de mis enemigos, y voy buscando mi patria, Italia, y el linaje del supremo Júpiter de quien desciendo."*

VIRGILIO

*"La Razón le quita al hombre algo que realmente posee y sin lo cual nada tendría, indicándole a cambio de ello algo que pudiera y debiera poseer."*

*"No en balde el viejo mito hace surgir la Diosa de la sabiduría completamente armada de la cabeza de Júpiter, porque su primera acción es ya guerrera."*

SCHILLER

#### LOS PRODIGIOS DE LA GUERRA

La llegada a Buenos Aires significará para nuestro autor un cambio de perspectiva fundamental. Lo primero que le asombra a su arribo es el hecho de no encontrar "rotos" como en Chile. "El gaucho abandona el poncho, y la campaña es invadida por la ciudad como ésta por Europa", dice en su carta a M. de Sarratea (29/5/55. OC.XXIV, p.31). Ante tal espectáculo parece renacer en él su fe en lo irrefrenable del progreso de la civilización. La historia reencuentra así, piensa, en dicha provincia, aquel curso orgánico del que se desbocará sólo circunstancialmente, sin renegar por ello del espíritu progresista que la identifica desde sus orígenes<sup>1</sup>. La misión de la actual administración, pues, se reduciría a retomar una política progresista iniciada en tiempos de Rivadavia, la que correspondía a las tradiciones liberales de este pueblo y de la que nunca debería haberse apartado. La lucha entre Buenos Aires y la Confederación se plantea, ahora sí sin ambigüedades, como el enfrentamiento último, fatal y definitivo entre la "civilización" y la "barbarie", encarnadas cada una en el *topos* respectivo que le es más propio por su historia y por su cultura<sup>2</sup>.

Definitivamente, Sarmiento se había ya convencido de que en este conflicto no había acuerdo posible; en los términos en que se planteaba no había ya conciliación alguna. Todavía a fines del '55 estaba dispuesto a aceptar una interpretación algo más moderada, entendiéndolo como resultado de una escisión producida entre aquellos que "estaban por la realización de las ideas de las que habían combatido" y quienes buscaban "obtemperar con las circunstancias" (*El Nacional*, 27/10/55 OC.XVI, p.315), es decir, entre dos temperamentos posibles frente a un objetivo común. Pronto, sin embargo, habrá de plantear que se trata llanamente de un enfrentamiento entre dos sistemas radicalmente antagónicos en el que uno deberá necesariamente destruir al otro.

*"[el caudillismo] es una forma de gobierno que ha dominado toda la República y tiene sus raíces en todas las provincias. [...] Hay en esto una fuente de antagonismo entre el sistema de gobierno de la Confederación y Buenos Aires, que hace imposible todo avenimiento; y este antagonismo se perpetúa en los hechos, y se corrobora en los resultados siempre contrarios en una y otra fracción de la República." (El Nacional, 11/2/56. OC.XVI, p.359)*

La lucha contra las fuerzas instintivas y retrógradas no admite descanso; el estado de guerra permanente contra ellas es el verdadero motor del progreso en la historia. Se equivocan quienes piensan que es posible transigir con la barbarie, como lo hacen en Europa quienes creen que la guerra de Crimea cerró el capítulo de las grandes confrontaciones bélicas. Tanto allá como aquí, con el despotismo oriental no había transacción posible.

*"La guerra es el crisol en que se depuran las naciones, es el tamiz donde pasan los pueblos para desprenderse de su escoria [...] No hay que hacerse ilusiones: la paz que acaba de firmarse en París es una tregua... [...] La civilización cristiana no puede amalgamarse con el exclusivismo musulmán..." (El Nacional, 15/5/56. OC.XVII, p.241)*

Se instala así finalmente en el centro de su pensamiento una conciencia (que no es nueva pero que sí adquiere un nuevo énfasis) en cuanto a lo que la acción creativa humana tiene de disruptivo respecto a las realidades en cada caso existentes. Idea que, por otra parte, lo asaltaría en el momento mismo de su desembarco en la gran ciudad, ni bien ensaya sus primeras explicaciones a los prodigios que allí, impensadamente, encuentra realizados.

*"El espectáculo de las cosas que veo y palpo aquí me ha traído a conclusiones extrañas que a mí mismo me espantan. El azote de estos países es la guerra, se dice sin comprenderlo. Es el azote que los hace marchar como la espuela aguda del gaucho hace correr la sangre de los ijares del caballo para que dé todo lo que tiene que dar. Chile debiera probar por los hechos que treinta años de paz le han sido útiles. Cuarenta mil rotos en Santiago arguyen poco en favor de los progresos del país; y si Buenos Aires sólo ostenta riquezas, cultura, y población y emigración (sic), puede admitirse que sin guerra, sin tiranos habría caído en la atonía de aquellos pueblos. La paz, el orden han atrasado a Chile, dando tiempo a la colonia española a reorganizarse." (Carta a Don M. de Sarratea, 29/5/55. OC.XXIV, p.32)*

No son dichos progresos, pues, resultado de un mero proceso espontáneo de expansión del capitalismo que se hace sentir en todo el planeta. Para Sarmiento, son producto de un constante y sostenido esfuerzo sin el cual aquellas fuerzas serían impotentes. Y el fenómeno de la tiranía, la terrible y larga etapa de luchas a que ésta diera lugar, fue, paradójicamente, lo que permitió a Buenos Aires escapar del atraso que hoy condena a Chile a la miseria. El permanente antagonismo que con ella se instalara había tensado todas las fuerzas sociales; en la fragua de las batallas se forjó el temple de sus mejores hombres que, en otras circunstancias, habrían vegetado en la monotonía de la vida cotidiana. "La guerra -decía- imponía a Rosas de levantar hombres a cierta altura" (26/5/57. OC.LII, p.96).

El cuadro de la historia, si jamás se le figuró como una de aquellas delicadas escenas campestres que solían pintar sus contemporáneos, tampoco se acercó nunca tanto al tormentoso paisaje con que lo pinta ahora. Hay un fondo trágico en esta exigencia de una férrea voluntad por parte de los hombres para vencer no sólo los obstáculos del medio sino los propios temores vulgares ante cualquier cambio. "Los que han comido por la primera vez frutos tropicales -ejemplifica- recuerdan la repugnancia que hay que vencer para gustarlos. Un indio no se resuelve así no más a comer una naranja" (OC.XXVI, p.155). Nada nuevo y valioso surge sin una acción destinada a generarlo. Y todo impulso progresista está condenado a ser tachado de "utopista" por quienes no alcanzan a comprender aquellas verdades esenciales que laten por debajo de la superficie de los saberes evidentes. "Decir utopista, teórico, es como decir borracho, tahur, de cuyo contacto hay que

guardarse. Pero las utopías de las que hablamos son el ABC de la vida actual" (*El Nacional*, 14/8/55. OC.XXVI, p.156), protesta Sarmiento, sabiéndose víctima de cierta incomprensión que no es tanto de sus ideas personales como de las grandes corrientes históricas de su tiempo que él trata de interpretar.

En fin, para Sarmiento es cierto que, como decía Alberdi, nada puede legislarse sin que antes haya sido sancionado por las costumbres. Pero esas mismas costumbres (se olvidan aquellos que hacen un culto de lo dado) son también un hecho histórico, también ellas han debido de ser producidas alguna vez. Tampoco "los Estados Unidos -comprueba- se hallaban a la altura de civilización en 1776" (*El Nacional*, 8/8/55. OC.XXV, p.43). En todo caso, entre "ser" y "deber ser" (Sein y Sollen) se instala siempre una tensión, insuperable en la realidad puesto que hace a la dinámica misma de la historia. No hay pues originalidad ni genialidad alguna en aquellos "hombres prácticos" (léase Alberdi y Compañía) que se resignan ante los hechos. No se dan cuenta de que "así pensaron los contemporáneos de cada progreso, y que así debían pensar, por donde un hombre teórico (con perdón del lector práctico) puede decirle de antemano lo que va a decir y pensar" (id., p.156). No hacen así sino responder a un eterno impulso conservador que guarda el alma humana.

Nuestro autor descubre entonces que existe una cierta contradicción en la idea de que el hombre sea a la vez producto y artífice de su historia. Y con ello reabría una vieja brecha que la idea propuesta en *Viajes* respecto de la identidad del sujeto y del objeto de la historia nunca había terminado de cerrar. En efecto, si bien toda acción creativa verdaderamente humana no es más que una realización de ideas y tendencias progresistas que hunden sus raíces en el pasado y yacen en las mismas tradiciones, su actualización choca, sin embargo, constantemente, con su siempre imperfecta forma presente. En torno a esta contradicción se desgarrarán siempre sus personajes, en la medida en que son portadores de un ideal más elevado, a la vez que expresión de su tiempo y lugar determinado. "La República es para nosotros no sólo el momento presente, sino el porvenir de estos países; y ese porvenir es necesario fundarlo desde ahora" (*El Nacional*, 10/3/56. OC.XXV, pp.137-138), sintetiza Sarmiento, con un confuso juego de palabras que revela problemas conceptuales más que expresivos. En la ambigüedad que denota algo que se supone presente, pero que a la vez hay que fundar, se debatirán todos sus escritos posteriores.

Comienza así a intentar tematizar aquello esbozado en sus últimas obras del período anterior, pero que únicamente podía pasar a un primer plano luego del impacto que hubo de sufrir nuestro autor al tener que enfrentarse a la dura prueba de una realidad que le era (y le seguiría siendo) siempre esquiva. Sin embargo, la búsqueda de respuestas a esta cuestión desde entonces ya no transitará sólo por carriles eminentemente intelectuales, sino que también habrá de hacerse solidaria de una agitada actuación política. Ambas vertientes por donde la misma se despliega resultarán, ahora, indisociables.

### **SARMIENTO LIBERAL**

Una de las más sorprendentes de las redefiniciones sarmientinas del período es esa súbita adhesión que proclama entonces a las tradiciones políticas del liberalismo, revisando así toda su anterior trayectoria. No duda ya en definir a sus ex-correligionarios "pelucones" como "rezagados que por sus años, achaques, maulas y talegas, tratan siempre de quedarse en el camino, o volverse atrás, que eso es ser retrógrados" (*El Nacional*, 29/3/56. OC.XXV, p.152). La mayoría de los estudiosos de sus escritos no han advertido, sin embargo, problema alguno en ello, ya que entendían que Sarmiento siempre fue un "liberal". No viene al caso aquí discutir en torno de los nombres<sup>3</sup>, lo que importa es que tal redefinición conllevará sí algunos profundos desplazamientos teóricos que merecen ser considerados. De hecho, todo su estilo político va a adquirir, aun cuando a menudo sólo fuera al nivel de la pura retórica, un tono "progresista" exacerbado (particularmente agudo cuando se ensaña contra *El Orden*, periódico de la oposición conservadora clerical). Desde entonces el afán de "progreso" habrá de convertirse para él en prioritario frente a cualquier exigencia de "orden".

"¿Qué es el orden en política? Nada. Hay orden en Varsovia, en Arauco, en Nueva York, en la cárcel, en un meeting, en la tumba. ¿Qué es la paz en política? Nada. Hay guerra entre Calfucurá y Buenos Aires; y paz entre los Estados italianos. Estos son accidentes en la vida humana; pero no fines. ¿Qué es el progreso? Es ir adelante, es mejorar intelectualmente, moralmente, materialmente." (*El Nacional*, 7/3/56. OC.XXV, pp.133-134)

La paz o la guerra no serían ya sino meros medios para hacer lugar al progreso, y todo culto sectario del orden se le ocurrirá muchas veces peligroso y siempre retrógrado. Asoma tras esta reivindicación inmoderada del "progreso" y la "libertad", junto a una referencia a una determinada adscripción político-partidaria toda una nueva concepción que intenta manifestarse y cobrar formas algo más nítidas y precisas. El "reino de la libertad" al que aspira ahora Sarmiento -y que cree ver en curso de realización en la provincia que lo tiene como huésped- será, en un último análisis, una construcción multifacética (y no siempre todo lo consistente que sería de desear), en la que conviven aspectos y elementos diversos que conviene deslindar. Pueden distinguirse, pues, al menos dos funciones diferentes que le caben aquí al término de "liberalismo" (las cuales se relacionan con las dos grandes vertientes a las que se abre su proyecto). La primera de ellas, y que analizaremos en primer lugar, se relaciona con el contenido simbólico genérico que Sarmiento le asigna a tal apelativo; luego veremos el tenor específico (así como las limitaciones) del programa de reformas concreto que en su nombre propugna.

### HACIA EL REINO DE LA LIBERTAD

Continuando cierta línea de razonamiento que Sarmiento comienza por entonces a desarrollar, el ideal "liberal" se va convirtiendo simultáneamente, dentro de su universo simbólico, en un conjunto de tradiciones que identifican a la provincia madre de nuestra independencia y en una exigencia histórica. En la lucha entre "civilización" y "barbarie" él representa aquella fuerza ideal que, encarnada en determinadas instituciones y fuerzas sociales materiales concretas, empuja el tránsito hacia la realización plena de la razón en el mundo <sup>4</sup>. Es la bandera de la lucha permanente e ineludible contra la barbarie y el caudillismo. Lejos de sembrar la anarquía, sólo él legitima y da solidez a los poderes estatales <sup>5</sup>. La "moderación", por el contrario, no es más que un puro dejarse estar que atenta contra las leyes del progreso.

"Buenos Aires", "progreso" y "libertad" se van convirtiendo así en rótulos, perfectamente intercambiables entre sí, para definir una misma realidad. Y es que las fuerzas conservadoras no tienen en esta provincia (así lo demuestra su historia) ninguna realidad, no expresan ninguna de las tradiciones que en ella merezcan recordarse. "Las dos épocas que Buenos Aires ha sido gobernado por las instituciones más ilimitadamente libres y adelantadas, se levantan en la historia del país, visibles a los ojos de todos, como las únicas prosperas, las únicas brillantes, las únicas tranquilas." (*El Nacional*, 25/9/57. OC.XXV, p.329). El espíritu de "moderación" es algo que no ha echado raíces en esta tierra. Esta falta de representatividad real es la que empujó a sus cultores a apelar a fuerzas bárbaras que arrastraron a la ruina a la nación toda arrasando así también con ellos <sup>6</sup>. Aquí no hay, pues, dos tradiciones legítimas que puedan invocar iguales derechos a la representación nacional. Y si todavía subsisten diversas banderías, si la lucha sigue todavía planteada y no ha sido resuelta ya en favor de la libertad, ello no es índice de la necesidad de alguna suerte de convivencia con algún otro principio distinto de él. Depositario exclusivo de los valores que identifican a este pueblo desde sus orígenes, está destinado a ejercer su primado sin amalgamas que lo enturbien. La historia muestra que dos principios antagónicos (como son, a falta de tradiciones moderadas, los de "civilización" y "barbarie") no pueden coexistir indefinidamente <sup>7</sup>. La idea de "civilización", la instauración de un orden regular estable, es incompatible con esta permanente pugna entre principios mortalmente enfrentados. La guerra debería entonces cumplir su misión depuradora y clausurar este estado circunstancial signado por los antagonismos. Era necesario, pues, asumir esta como una exigencia histórica.

Y efectivamente, con la "guerra aduanera" lanzada por Urquiza comenzaba ya a percibirse que todo marchaba hacia un nuevo enfrentamiento armado. Y Sarmiento se disponía entonces a la batalla. "La paz es una utopía cuando no hay elementos de paz" (*El Nacional*, 18/1/56. OC.XXV, p.98), aseguraba entonces; en todo caso, "no es por falta de transacciones que nuestras luchas duran tanto" (*El Nacional*, 15/1/56. OC.XVI, p.361) <sup>8</sup>. A medida que se acercaba la elección presidencial de la Confederación, el desenlace se iba haciendo inminente. En este contexto, y con el objetivo preciso de dar una fundamentación histórica al enfrentamiento que estaba a punto de materializarse, Sarmiento escribe uno de sus textos claves del período titulado *Espíritu y Condiciones de la historia en América* (leído en el Ateneo del Plata con motivo de su nombramiento como Director de Historia el 11/10/58). En esta suerte de intento por definir el lugar específico en que cabe situar el presente momento histórico dentro de la lógica del transcurso de la historia universal, esboza el primer esquema sistemático de interpretación de la historia nacional (y que sólo va a ser desarrollado muy posteriormente por nuestro Heródoto, Mitre). Texto, sin embargo, largamente olvidado, sólo van a quedar resonando, como su legado, las preguntas que casi treinta años después Sarmiento mismo retomará e intentará responder, ya en las postrimerías de su trayectoria como escritor: "¿Somos Nación? ¿Cuáles son sus límites?" (OC.XXI, p.98). Las respuestas a estos interrogantes que en aquella olvidada lectura propusiera resultarán significativas para acceder a un momento clave, aunque fugaz, de su pensamiento.

### EL FIN DE LA HISTORIA

"América ha borrado la palabra destino y divulgado el secreto de la Providencia: ¡Principios!" (OC.XXI, p.89). En esta frase se sintetiza la idea medular que ordena la mencionada lectura. Fuertemente teñida de la retórica hegeliana, aspirando a servir de base a un gran sistema filosófico, suerte de *pendant* nativo del de aquél, América adquiere en ella un sentido preciso en la lógica del despliegue histórico universal: representa el momento culminante en la realización del espíritu en el mundo, la instauración del *reino de los puros principios* <sup>9</sup>. El hombre habría encontrado allí la materia virgen en que plasmar su obra suprema: la forma republicana de gobierno libre ya de todo condicionamiento consuetudinario; "porque sólo en América -dice- el suelo estaba desembarazado de construcciones góticas, pudo levantarse el edificio del gobierno fundado en el consentimiento de los gobernados" (id., p.95).

Antes, sin embargo, debía reproducirse allí, en una forma condensada, todo el curso histórico universal atravesando los mismos estadios por los que debió hacerlo antes la humanidad. Rosas habría sido, pues, nuestra Edad Media <sup>10</sup>. Caseros, el renacimiento. Toda nuestra historia pasada y presente, en fin, un agitado y penoso valle de lágrimas en el "ascenso de esa encumbrada montaña de principios, dejando estampados en su sangre sus rastros, las generaciones que se suceden" (id., p.98), hasta alcanzar por fin el momento culminante en que el espíritu podría desprenderse de su cuerpo elemental e imponer su etéreo reinado sobre la tierra. Cima que Sarmiento, por otra parte, creía ya comenzar a vislumbrar. La guerra que estaba a punto de librarse (ése era su fin último) habría de conducirnos a ella: "Vais ahora a ver a la América -dice- resolver desde sus selvas primitivas, las grandes cuestiones de la humanidad entera. La guerra fue siempre la tela de la historia..." (id., p.93).

Será ésta, pues, la batalla última y final entre "civilización" y "barbarie". La eliminación de los últimos vestigios de barbarie que aún se resisten a desaparecer marcará la hora del ocaso para todas las formas de particularismo (como son los localismos, que engendran el caudillismo), incluidas las mismas nacionalidades, las que deberán ceder su lugar a la realización plena del ideal de la humanidad, libre de todas sus ataduras seculares. Con la materialización positiva del designio escatológico emergerá, en fin, un mundo absolutamente "transparente", al que los últimos progresos hacen posible desbrozándole el terreno para su realización. Así es que, mientras los ferrocarriles iban borrando las fronteras entre provincias y naciones, el telégrafo finalmente comenzaba a conformar el "tercer mundo nuevo" de sutiles impulsos eléctricos que pone en

contacto, a un tiempo, la totalidad de las humanas fuerzas ideales, desnudas de todo ropaje material, a escala planetaria.

*"El último progreso humano es el que acaba de realizarse en el telégrafo submarino, que liga a la América con la Europa. Asistimos, pues, a la inauguración de un tercer mundo nuevo; el mundo transparente, visible a un tiempo desde todos sus puntos, la humanidad sintiendo en cada pueblo la repercusión instantánea de las sensaciones sentidas en los otros por los nervios sensorios de que ha sido dotado el globo. Cuando este nuevo sistema se complete y extienda a toda la redondez de la tierra, será lícito exclamar como sir Humphrey Davy después de haber respirado puro oxígeno: 'Sólo el pensamiento existe', y el universo no se compone sino de ideas, de impresiones de placer y sufrimiento."* (id., pp.103-104)

En síntesis, con el triunfo pleno de la civilización podría finalmente concluirse con ese estado de guerra permanente que, según entiende, gobernaba el curso de los acontecimientos, en la medida en que el hombre habría entonces de superar definitivamente la persistente contradicción entre lo que es su verdadero ser y su degradada condición presente. En todo caso, si probablemente aún entonces tampoco desaparecerán los conflictos, éstos habrán ya de darse en el plano de los puros principios y tendrán como escenario exclusivo las formas institucionalizadas de la vida civilizada.

Vemos pues aquí cómo su discurso, hacia el '58, va perdiendo ese tono dramático que lo caracterizara luego de la traumática experiencia de *Campaña...*, deslizándose entonces hacia una visión del mundo bastante más lineal (aunque no completamente, desde el momento en que el ideal que postula se ve proyectado hacia un futuro que, si bien no percibe como lejano en el tiempo, contrasta sí brutalmente con la realidad presente) que denota una perspectiva histórica menos desencajada y conflictiva respecto de la situación y de su actitud ante ella. ¿Cómo llegó Sarmiento a ella?. ¿Cuáles serán sus consecuencias? El origen y destino último de una concepción tal habrá que rastrearlo en las vicisitudes por las que habrían ido atravesando sus proyectos, los que, por otra parte, habrán por entonces de asociarse a un ambicioso y controvertido plan de reforma social que impulsará tanto desde la prensa primero como desde su banca legislativa luego.

Y ello va a ser naturalmente así desde el momento en que ese epílogo histórico que creía vislumbrar habría de identificarse con la disolución del proletariado, del hombre en su puro estado salvaje y primitivo, de aquellos "seres decaídos de su primitiva grandeza". Porque la historia que estaba a punto de culminar no era sino la del drama descarnado de pueblos que "estuvieron siempre, cualquiera que fuese la forma de gobierno", degradados en "humanidad abortada, monstruosa caricatura de modelo de quien el hombre es hecho a su imagen y semejanza" (id., p.96). En fin, porque el mundo que anuncian sus vaticinios dejaría de ser esta ruda Pampa para convertirse en un inmenso Chivilcoy.

## **REVOLUCION EN LAS PAMPAS**

La carrera política de Sarmiento en la provincia, arrancando desde unos más que modestos comienzos, empieza luego a hacer rápidos progresos de la mano de la amistad con Mitre y de su prédica en *El Nacional*, llegando así en pocos años a ocupar una banca en el Senado del Estado secesionado. Y esta influencia que logra en la escena política porteña sirve de plataforma para uno de sus más radicales ensayos sociales: la distribución de tierras en pequeñas parcelas a sus poseedores. Sarmiento se hará rápidamente eco de los reclamos de éstos hasta conseguir la definitiva sanción de la ley que les otorgará derechos plenos sobre sus terrenos. "Chivilcoy adquiere la manumisión" (*El Nacional*, 25/9/56. OC.XXIII, p.318), proclama entonces convencido que lo que se estaba allí operando era una auténtica revolución social (inédita además en el mundo). El "Ducado de la Pampa" que condenaba a la campaña a la despoblación y el atraso estaba pronto a ser abolido <sup>11</sup>.

Lo verdaderamente original de esta experiencia era que ella hubiera podido realizarse sin tener que pagar el precio de la guerra civil que se cobró en aquellos países donde se realizaron reformas análogas. "Estáis por fortuna libres de apelar a estos extremos" (OC.XXI, p.71), le explicaba Sarmiento a esa audiencia que acababa de ser oficialmente "manumitida". Sin embargo, esto no debía ser para él sino el comienzo de un vasto plan de reformas sin las cuales todo lo hasta aquí realizado sería estéril.

En efecto, Chivilcoy tenía aún que sobrellevar una pesada carga: la distancia inmensa que separaba a este centro de abastecimiento de su mercado natural de consumo, la ciudad; verdadera "aberración" que "revela alguna causa extraordinaria que ha trastornado las leyes universales" (*El Nacional*, 13/10/56. OC.XXVI, p.183). Y esta "causa extraordinaria" no era otra que el régimen pastoril aún predominante, que conspiraba contra todo impulso al progreso. El desarrollo de las vías férreas bien podría obrar el milagro de cambiar la geografía, acercando a la ciudad lo que una irracional distribución de los recursos había querido poner lejos de su alcance; sin embargo, el solo progreso en los medios de transporte no podía por sí mismo remediar un mal que tenía su origen en la perversidad de las formas de organización social. Sin modificar estas últimas, todos los adelantos técnicos serían inútiles (como lo demuestra el caso del ferrocarril).

*"..no hay que hacerse ilusiones con el error de creer que los ferrocarriles crean productos... [...] Los productos, pues, deben coexistir con la apertura del camino que ha de darles salida, y el país que media entre Chivilcoy y Buenos Aires dividido por leguas, no puede jamás dar productos que paguen el interés del dinero que cueste la línea.- Remedio fácil tiene ese mal, de otro modo irremediable, y es declarar terreno de pan llevar una zona de terreno de tres leguas de ancho, desde Buenos Aires hasta Mercedes... [...] Nosotros no trepidáramos en hacer expropiar dicha zona por su valor en leguas, a fin de que el Estado la subdivida en lotes por cuadras y ponga al alcance de las pequeñas fortunas..."* (id., pp.183-184)

Lo que estaba proponiendo, pues, era llevar a cabo una revolución social a toda regla, confiando en que "como en Chivilcoy, en cada punto del territorio habrá millares y millares de sostenedores de los buenos gobiernos, en los que se encuentran en iguales condiciones." (*El Nacional*, 25/9/56. OC.XXII, p.317).

### LAS REFORMAS Y LOS COMPROMISOS

Este tono "jacobino", por decirlo de algún modo, de los escritos del período no era, sin embargo, lo usual en él, siendo sus posturas, desde el comienzo, bastante más ambiguas. "Sólo pretendemos hacer más ricos a los ricos, y hacer ricos a los pobres", aclaraba desde las páginas de *El Nacional* (23/8/55. OC.XXIII, p.283). Es que el dato básico de la estructura social y productiva de la campaña, Sarmiento lo sabía, era la práctica ausencia de pequeños productores en "condiciones similares" a las de Chivilcoy. Estos eran allí casi una anomalía frente a la omnipresencia de la "peonada". Sin poder contar con un sólido apoyo de sectores tales casi inexistentes, pretende lograr, en cambio, una suerte de algo más vago *consensus universalis* para su proyecto. Serían los mismos hacendados quienes Sarmiento supone que harían suyo dicho programa de reformas.

*"Sucederá en Inglaterra, que fueron los lores dueños de la tierra, los que dictaron la ley que permitía la entrada libre de los trigos extranjeros contra sus intereses aparentes de vender los suyos sin competencia."* (*El Nacional*, 4/6/57. OC.XXIII, p.325)

Aun cuando reconoce que las posesiones tienden naturalmente a ampliarse junto a la acumulación de capital, apela a sus dueños, quienes, al reconocer sus "verdaderos intereses" particulares (los que no pueden sino coincidir con los generales), propenderán espontáneamente, según confía, a la subdivisión de sus vastos dominios <sup>12</sup>.

Pero esta fe se va a ver rápidamente contradicha. "Las vacas legislan", reconocerá entonces amargamente. Una oligarquía de estancieros ausentistas prefiere dejar sus tierras desiertas a merced de sus redituables brutos. "Los señores de los condados desiertos -decía- viven en las ciudades, y el que más tierra acumuló se jactaba de no haber pisado nunca la parte considerable del mundo que había adquirido para solaz de sus rebaños" (*El Nacional*, 16/5/57. OC.XXVI., p.344). Es que los intereses "aparentes" son siempre mucho más poderosos que los "verdaderos", reconocerá, con pesar, nuestro autor. La Comisión de Hacendados (entonces creada) habría de convertirse en el mayor de los obstáculos puestos a la realización de sus proyectos. Esta usará sus influencias políticas para trabarlos sistemáticamente <sup>13</sup>.

Se generaría así un círculo vicioso imposible de romper, "tenemos una causa que es efecto y un efecto que es causa", decía, "no habrá vías de comunicación porque hay estancias y no dejará de haber estancias mientras no haya vías para transportar el producto del trabajo humano" (*Discursos parlamentarios*. Sesión del 4/8/57. OC.XVIII, p.47). Dadas las circunstancias, la conclusión no podía ser menos que escéptica: "No tenemos, no tendremos ferrocarriles. El obstáculo es la mala distribución de la tierra; y sin ferrocarriles, en país donde faltan los materiales para construir caminos, el país no se poblará en un siglo lo suficiente para defenderse a sí mismo contra un puñado de salvajes." (*El Nacional*, 17/6/57. OC.XXVI, p.192). Antes que insistir en un curso de acción que podría conducirlo por terrenos demasiado escabrosos ("todas las grandes revoluciones de Europa -recuerda- han tenido por objeto destruir los derechos que los señores feudales tenían sobre la propiedad de los habitantes de las tierras que estaban bajo su dominio") (OC.XXIII, p.233), Sarmiento prefiere aceptar este hecho como uno de aquellos datos intangibles de la realidad. "Cualquiera reforma que se introduzca nuevamente -dice entonces- debe tener por base no desquiciar la propiedad actual, ni perturbar la posesión tranquila, mientras la tierra sea consagrada al pastoreo de ganado semisalvaje" (id., p.227). Su proyecto reformista cobra así un tinte bastante más moderado, "pido sólo los medios para irla conduciendo sin trastornos a camino más productivo para el propietario actual", insiste (id., p.248). De hecho, Chivilcoy va a quedar como un mero ejemplo condenado a no tener otros nuevos imitadores.

En fin, lo que se descubre aquí es que aquella visión épica del "liberalismo" que ofrece en la lectura del '58 expresaría más bien una combinación, en dosis bien proporcionadas, de satisfacción por algunos de los que concibe como avances efectivos realizados en el camino de la civilización, con cierta resignación a aceptar convivir con aquellos otros datos de la realidad algo más perturbadores pero que se le aparecen como imposibles de modificar. Resignación que, al no ser nunca completa, se traducirá pronto en actitudes contradictorias <sup>14</sup>.

En líneas generales, su programa de reformas frecuentará desde entonces por senderos mucho menos controvertidos: la creación de colonias militares. Nuevo medio que se le ocurre ahora mucho más eficaz para poblar la campaña a la vez que fijar la frontera indígena, que tiene la ventaja de contar con el decidido apoyo de hacendados cansados de las depredaciones que los ejércitos de línea provocan en sus rebaños sin ofrecer ninguna seguridad a cambio. De todos modos, tampoco esta idea habría de prosperar. Las pocas y pequeñas poblaciones que se crearon entonces, aisladas en medio del desierto, no podrán sostenerse y progresar, y pronto algunas de ellas habrán de convertirse en un verdadero caos.

### **ENTRE LA LIBERTAD Y LA DEMOCRACIA**

La impotencia para resolver la cuestión relativa a la fijación de la frontera con los indígenas y dar seguridad a las campañas, haciéndolas aptas para su poblamiento y puesta en producción, no será, para Sarmiento, sino otra de las nefastas consecuencias que provocan la molicie de nuestras aristocracias. Incapaces de asumir por sí mismas el servicio de armas, lo delegan en una banda de "notoriamente vagos" enganchados que no espera más que a internarse un poco en el desierto para escapar masivamente. Es una aristocracia

degradada, dice, que, a diferencia de la medieval, cree indigno el oficio de las armas. Ni siquiera la seguridad de sus mismas propiedades hace reaccionar a los ociosos apacentadores de vacas. Y eso deja lugar a sólo dos alternativas, ambas igualmente peligrosas.

La primera sería la de profesionalizar el servicio, lo que implicaría, según entiende, formar un "ejército de mercenarios", aislando y armando a un sector de la sociedad que pronto terminaría sometiendo al resto <sup>15</sup>. La Guardia Nacional, en cambio, "es el pueblo armado", "es el apoyo de la libertad", porque "somos nosotros mismos", decía; una expresión auténtica de la democracia bien entendida donde todos los sectores sociales, incluida la plebe, podrán participar activamente de los negocios públicos, siempre disciplinadamente bajo la conducción de sus élites ilustradas.

*"...nosotros creemos con los más celosos amigos de la libertad que las armas en manos de los ciudadanos tienen carácter más sagrado que las mismas en manos de los mercenarios... [...] Lo repetimos, la Guardia Nacional somos nosotros mismos; pero nosotros armados, lo que excluye la discusión, las opiniones encontradas, el libre arbitrio." (El Nacional, 22/12/57. OC.XXIV, pp.367-368)*

Pero resulta aquí que esas clases ilustradas se niegan a cumplir la misión que les cabe. "En los días de alarmas -comprueba- son las clases elevadas las que forman el personal de la guarnición, mientras que para el servicio ordinario el peso recae sólo sobre las clases trabajadoras" (id., p.335), lo que no sólo es injusto sino que además deja siempre latente el peligro de una nueva recaída en la anarquía, o, peor aun, la entronización de un nuevo tirano por parte de las masas populares alzadas <sup>16</sup>.

Del mismo modo que anteriormente con su "reformismo social", se descubren aquí los rígidos límites y las ambigüedades de ese "liberalismo" político sarmientino del período, en apariencia tan exacerbado. Efectivamente, el sistema de "libertades ilimitadas" que defiende tan arduosamente es, en definitiva, el de las libertades para el burgués, el propietario, no para la plebe (al menos, mientras se mantenga como tal). Cree que la "libertad" no debe confundirse con un "democratismo" como el propugnado por Bilbao, al que considera francamente repudiable. Este díscolo personaje sería, pues, en sus escritos, objeto de ataques tanto o más duros que los que dirigiera contra los "moderados" de *El Orden*. Y no podía ser menos, ya que, en última instancia, aquel *status bellis* que por entonces él alentaba y daba sentido a toda su obra, es decir, la guerra permanente contra la barbarie encarnada en la Confederación, no era sino una lucha social en su esencia: la guerra de las minorías cultas contra la masa.

*"La guerra actual, señor presidente, no es una guerra contra las naciones extranjeras, es una guerra social; guerra en que se trata de salvar las instituciones libres que sólo la parte inteligente de la sociedad comprende." "...vamos a defender la dignidad del hombre culto despreciada como todo el mundo lo sabe, hace diez años que, permítame la Cámara decirlo, con el apodo de cajetilla, que hacía el vulgo sinónimo de cobarde y afeminado, estaba envilecido a punto de que el hombre educado no podía pasearse por las campañas con sus vestidos europeos (Aplausos en la sala)" (Discursos Parlamentarios. Sesión del 17/5/59. OC.XVIII, p.264)*

En fin, si la misma creía que estaba a punto de encontrar su desenlace, era precisamente porque pensaba que "las clases cultas, las clases inteligentes y acomodadas" no estaban ya más dispuestas a "dejarse gobernar por malvados al gusto de las muchedumbres" (OC.XXV, p.330). Ni la derrota de Cepeda podrá convencerlo de lo contrario. Se enorgullecerá, en cambio, de que en ella no "haya sido rota nuestra infantería, salvando así el prestigio moral" (Sesión 31/11/59. OC.XVIII, p.333).

Y es que, efectivamente, este primer triunfo de la Confederación era aún demasiado precario y, de todos modos, a pesar de que el destino de armas no había sido entonces del todo feliz para su provincia, abrió sin embargo a Sarmiento las puertas para un inesperado vuelco favorable a su trayectoria política individual. Su participación en la Convención Constituyente (que según lo acordado debía revisar la carta orgánica de la

Confederación y sellar la unión) y, en particular, su discurso de clausura unánimemente ovacionado (según consta en actas) lo habrán de catapultar a los primeros planos de la escena política ya convertida en nacional. "La Convención de Buenos Aires -dijo entonces-, está destinada acaso a abrir una nueva faz en nuestra historia. Tengo de ello casi la convicción que produce el fatalismo de nuestra historia" (Libro de Actas, comp. por R. Levene, p.344).

Sarmiento (y ya no sólo él) estaba pues firmemente persuadido de que el destino lo estaba reservando para algo grande, cuando una serie de acontecimientos inesperados se precipitaron. En el momento de su mayor gloria, una nueva y aun más profunda crisis que las anteriores lo estaba llamando desde su lejana provincia natal. Entonces, toda esta "altamente inestable" mezcla de liberalismo con belicismo, aristocratismo y reformismo social, voluntarismo y pragmatismo, habría muy fácilmente de estallar en mil pedazos, clausurando así una nueva veta que parecía abrirse con su lectura del '58. Con los fragmentos que de allí queden, Sarmiento no podrá ya articular nada algo más sistemático que una serie de respuestas prácticas a cuestiones estrictamente coyunturales. En los siguientes veinticinco años su práctica política se desligará definitivamente de su desarrollo intelectual.

La maduración de aquella cosmovisión rígidamente racionalista que se esboza en la mencionada lectura (tarea que le corresponderá a Mitre) no sólo resultará ya incompatible con una realidad que rápidamente volvería a tornarse sumamente turbulenta (demostrándole así la precariedad de los progresos hasta entonces alcanzados y colocándolo a él mismo, además, en el centro de una situación por demás controvertida), sino porque tampoco va ser nunca completa su resignación a aceptar ver frustrados sus proyectos de reforma social (dados los poderosos obstáculos que se le oponían) sin al menos intentar antes rumiar su protesta ante su propia impotencia.

# CAPITULO IX

## EL ORDEN ESQUIVO

*"Entonces, en los umbrales de la Diosa, y en medio de la bóveda del templo, se sentó en un alto solio, desde donde dictaba sentencias y leyes a su pueblo"*

VIRGILIO

### SAN JUAN: EL LABORATORIO POLITICO

Los sangrientos acontecimientos de San Juan (tras los cuales muchos no pudieron evitar ver la mano de nuestro autor) quiebran prontamente ese endeble equilibrio penosamente sostenido entre Mitre y Urquiza. La posterior victoria porteña en Pavón conduce al primero directamente a la Presidencia. Se abre entonces una nueva etapa en nuestra historia que Sarmiento se figuraba como cargada de promesas. Piensa que ésta, que lo tendría ya indudablemente ocupando alguna posición clave, habría de dar cumplimiento a sus sueños colocando a esta nación en las cimas de la civilización, "restableciendo en toda la República el predominio de la clase culta, anulando el levantamiento de las masas" (OC.IX, p.361). Pensándose posible candidato a suceder a su amigo, Sarmiento rechaza su postulación a la vicepresidencia<sup>1</sup> para retirarse a su provincia natal desde donde construir una base propia de poder. La acción de gobierno que allí desplegaría sería el ejemplo que mostraría a la Nación toda. "Haré cosas grandes en teatro microscópico", le promete a Mitre (OC.XII, p.102)

Se apresta, pues, a regresar, luego de su larga diáspora, a la tierra prometida de sus antepasados, donde, asegura, "me aguardan como al Mesías" (OC.XII, p.90). No tenía dudas de que una vez allí contaría con el completo apoyo de su pueblo, dadas sus ilustres tradiciones que lo hacían un verdadero oasis de devotos creyentes en el progreso en medio del filisteísmo bárbaro circundante.

*"No he visto países agricultores que se asemejen en su índole y en sus hábitos a los norteamericanos, que los mendocinos y los sanjuaninos [...] La misma distribución de la propiedad, pues los dos tercios de sus habitantes son propietarios. La misma aptitud para el trabajo personal, pues el propietario sanjuanino como el norteamericano trabaja personalmente en sus faenas rurales." (Discurso pronunciado con motivo de la inauguración de la Quinta Normal. San Juan, 7/9/62. OC.XXI, p.167)*

La ausencia de grandes latifundios le ahorraría la larga y siempre conflictiva tarea de transformar un modo de producción ya arraigado. Sarmiento no podía menos que felicitarse de haber llegado en un momento y a un lugar particularmente apto para la materialización de sus proyectos. "¿Por qué no habremos de alegrarnos -decía- al ver que la provincia que más vela por la suerte de los pueblos nos da la paz después de tantos años de fatigas e inspira a nuestros conciudadanos el amor al progreso, al trabajo, y a las buenas instituciones" (id., p.169). El último de los obstáculos que habría allí que superar era la falta de "accesorios a la labranza" debido a la "ineptitud del peón, por falta de desarrollo de su inteligencia" (id., p.168). Y éste habría de ser removido mediante una audaz acción educativa. En ello se resumía su programa de gobierno, cuya realización ya nada detendría desde el momento en que esto dependía de su exclusiva responsabilidad, sin necesidad ya de dar cuenta de él a poderes superiores al suyo que lo limitaran y terminaran frustrándolo

<sup>2</sup>.

Y con ello, no lo duda, habría de operar una verdadera revolución: "En diez años -prometía- tendréis un pueblo culto, industrial, rico, inteligente, salido ya de la escuela, que lo preparan al trabajo reproductivo..." (id., p.149). La falta de medios e inmuebles adecuados no lo iba a detener. Hace dictar una ley sobre temporalidades por la que se autoriza al ejecutivo provincial a disponer de bienes eclesiásticos para destinarlos a colegios e instituciones públicas. Finalmente, por un decreto del 12/11/63 obliga a los padres sanjuaninos a dar educación elemental a sus hijos, tratando entonces de convencerlos de que más caro habrían si no de costarles las revueltas y saqueos que traería su falta.

Las "clases ilustradas" de la provincia descubrían entonces que el privilegio de contar entre ellos con este "profeta de la civilización" les estaba resultando demasiado costoso. Y más oneroso parecía aun desde el momento en que estaba destinado a sostener un proyecto que ya había fracasado. "Mi presencia aquí se hace ya redundante. Mi bella obra de civilización ha sido inutilizada por la insurrección del Chacho", confesaba entonces a Mitre (*Correspondencia Sarmiento-Mitre*, p.231).

En efecto, el mismo día en que decretaba la educación obligatoria, Peñaloza era lanceado en Olta y su cabeza exhibida en una pica en la plaza pública. Con él, el caudillismo, cree Sarmiento, "sucumbía definitivamente ante la completa rehabilitación de la caballería regular" (*El Chacho. OC.*, p.372). Pero otros serán los que habrían de disfrutar de tan magna obra, su gobierno había muerto con ellos. Y esta experiencia por demás traumática le deja como saldo una desilusionante lección: lo difícil que era gobernar estos pueblos persistentes en sus hábitos e instintos anárquicos (Incluidas sus élites).

*"...basta ser americano del Sur para comprender cuan fácil asentimiento encuentra toda idea que limita la acción del poder ejecutivo, en nombre de crudas ideas de libertad que, por desgracia, carecen de ejemplo en la propia historia, y no hallaría modelo en la ajena. [...] Nosotros de la libertad tenemos la santa aspiración; del gobierno la negación que la tradición de raza nos ha dejado de herencia."* (id., pp. 384-385).

Sólo así se explica el hecho en apariencia sorprendente de que un "salvaje" tal, que además no ha ganado jamás siquiera una sola batalla, ejerza semejante "atracción sobre sus secuaces, sometiéndose por seguirlo a privaciones espantosas" (id., p.290), mientras que a los gobiernos legítimos, empeñados en una obra de indudable grandeza, les cueste tanto hacerse obedecer. En fin, que un vulgar "salteador de caminos" baste para "poner en peligro nuestra frágil organización" (id., p.385). Tal aflicción será el fantasma que habrá de atormentarlo desde entonces y hasta el fin de sus días: la evidente "fragilidad de nuestra organización", el permanente clima de ingobernabilidad que genera ese hipertorfiado afán de libertad al que están habituados estos pueblos. La exigencia de "orden" pasa así a un primer plano en el ranking de sus preocupaciones, invirtiéndose pues la escala de valores que orientara su espíritu hasta inmediatamente antes de verse cara a cara con el Chacho.

### **EL DESENCANTO Y SU INESPERADO DESENLACE**

La tormentosa gobernación de Sarmiento terminó por introducir una cuña entre él y Mitre. Si ya hubo antes alguna desavenencia entre ambos por la política acuerdista de éste con Urquiza, algo que indudablemente influyó en el distanciamiento del sanjuanino de la escena porteña, nunca llegó sin embargo a enturbiar su relación amistosa ni trabar la política de favores recíprocos que habían venido sosteniendo hasta entonces. Esto termina en el momento en que el Ministro Rawson desconoce atribución alguna al gobernador para declarar el estado de sitio. Sarmiento, que tenía ya que soportar, de bastante mala gana, la presencia de tropas nacionales en su provincia, señala entonces al gobierno nacional como responsable de haber trabado y anulado su gestión, vaciando su investidura de herramientas de poder. El resultado sería el total desgobierno. "Un ministro que contra el gobierno habla de los derechos del ciudadano, es una anarquista o un demagogo. Ustedes crearán la anarquía, y la están creando. Yo, jamás.", le reprocha a Mitre

(*Correspondencia...*, p.215). Pero sus reclamos no van ya encontrar eco. Crece la idea de que su trayectoria política había terminado desde que no lograra superar la prueba de los hechos. Incluso Domingo de Oro terminaría por reconocer que "la postración actual de San Juan" es "en todo y absoluta".

Sarmiento debería emprender entonces, resignadamente, el camino del Norte. "Mi principal enfermedad de espíritu -decía- es haberse disipado de un golpe las ilusiones candorosas que me hicieron fuerte hasta la edad de cincuenta años y no creer ni en mi porvenir ni en mí mismo. Ir a Estados Unidos es, pues, una rehabilitación y un refugio." (*Correspondencia Sarmiento-Mitre*, p.218). Aunque quizás no tan resignadamente. Todavía a su más que portentoso ego le quedará un último aliento como para exclamar a su partida: "¡Te embromaste!. Más que nunca seré Presidente. Cuanto más lejos, más hermoso, más me idealizan". Probablemente, quienes lo escucharon no pudieron menos que interpretarlo como algún primer síntoma de senilidad precoz.

No le irá sin embargo mejor en sus primeras incursiones por la diplomacia. Abusando de la fama de su genio díscolo va a desarrollar una política propia que en nada se ajustará a las instrucciones del ejecutivo nacional. Su apoyo a Perú tras la agresión de la escuadra española a las islas Chinchas (para sus superiores, algo totalmente impolítico) llevó a la ruptura definitiva con Mitre. El tono crecientemente agrio que van cobrando las notas intercambiadas entonces por ellos conduce a nuestro autor a preferir suspender las mismas, alegando "que estamos perdiendo la cabeza" (*Correspondencia...*, p.339). Dicha polémica, decía, habría de ser para él "una fuente perenne de amarguras". Sabía que ella lo condenaba al "alberdismo", por decirlo de algún modo, a alguna suerte de ostracismo incurable. Estaba incluso pensando en la posibilidad de dejar la nacionalidad argentina <sup>3</sup> para "buscar país en que acabar mis días" (señalando a Méjico como su probable destino último) cuando un hecho inesperado produce un nuevo vuelco en su carrera política: el estallido de la guerra del Paraguay. Esto habría de colocarlo otra vez en una misma trinchera junto al Presidente (con quien reestablecerá sus perdidos cordiales modos) <sup>4</sup>, reubicándolo así en un lugar algo más expectable políticamente.

De todos modos, ya no tenía demasiadas esperanzas sobre el destino de estos países. Y el alzamiento de Felipe Varela le viene a arrancar las pocas que aun le quedaban. "Nuestro país es como otros países afligidos por las fiebres pestilentes, sujeto a una enfermedad endémica, la guerra civil, el levantamiento de la barbarie..." le confía entonces a su hija Faustina. Cansado ya de anunciar una y otra vez su fin, sólo para verla renacer con renovados furioses, se resigna a aceptarla como un mal crónico e incurable en las provincias argentinas. "Veo tristísima nuestra situación -le escribe a Mitre- y obscuro el porvenir de nuestro país, y hasta dudosa la continuación de nuestro partido" (22/2/67. *Correspondencia...*, p.367).

Tal era su situación cuando empieza a sonar su nombre como candidato a la presidencia. El 7/7/67 Mansilla se la propone formalmente. "A mi edad me faltan las fuerzas para emprender de nuevo la lucha contra la barbarie de nuestras masas populares" (en *Boletín de la Academia de Letras*, p.92. cit. por Rojas, *El Profeta...*, p.483), "yo tendría que pensar en otra cosa que salvar del naufragio nave ya desmantelada y hundida" (id., p.74. cit. por Rojas, *El Profeta...*, p.485), le contesta, sin por eso dejar de entusiasmarse con la posibilidad de ver cumplido aquello que tantas veces se había prometido: alcanzar la cima del poder de la república.

Sabía, sin embargo, que se trataba de una posibilidad aún remota, y que tampoco estaba en sus manos manejarla <sup>5</sup>. "Qué posición la mía -le decía a Mrs. Mann- estoy a merced de mis oponentes". Sin embargo, su candidatura haría rápidos progresos de la mano de un general (Mansilla) fortalecido en influencia y poder por las exigencias del conflicto bélico. La muerte de Paz el 2/1/68 provoca la reorganización ministerial, siendo Sarmiento nombrado en lugar de Rawson en la cartera de Interior. Esto dejaba a este último fuera de la carrera presidencial quedando sólo Elizalde como hombre del Presidente y el propio Sarmiento como único opositor reconocido oficialmente. Este, sin embargo, aun así cree conveniente no complicarse directamente en las siempre demasiado conflictivas negociaciones previas a una elección tal, y prefiere permanecer en

Estados Unidos. El 26 de agosto de 1868 es proclamado Presidente.

Cicatrizadas las muchas heridas que le habían dejado sus peripecias, reconciliado con sus congéneres y volviendo a la vieja fe aun en las más audaces de sus ideas, proclama que "Chivilcoy es el programa del Presidente", y promete hacer "cien Chivilcoy" en los seis años de su gobierno, "con tierra para cada padre de familia, con escuelas para sus hijos" (OC.XXI, p.259). Sólo espera el firme apoyo a su gestión que le faltara en San Juan. "¡Y vive Dios! Si siento a mi espalda el apoyo del pueblo, si esta brisa favorable no cambia de rumbo, he de justificar a mi país, a mis amigos y a los que me aman" (OC.XLIX, p.308), augura, sabiendo sin embargo de lo endeble y complicado de la alianza de poder que lo había llevado a tan elevado cargo, a la que además no controlaba en lo absoluto. El mismo se encarga de dismantelarla. Su renuncia a la logia a la que pertenecía y el hecho de dejar fuera de su gabinete a Mansilla (excusándose con que con un loco en el gobierno ya bastaba) eran señal inconfundible de que no estaba dispuesto a reconocer ningún tipo de compromisos previos.

### **UN NACIENTE ESTADO DIFÍCIL DE CONTROLAR**

Su presidencia, sabía, tenía algo de sorprendente. "Fijarse en mí -decía-, ausente, sin partido, sin agradecidos, sin esperanzas personales; en mí, que nunca favorecí las tendencias de la opinión, sino por cuanto, engañándose acaso, buscan un ideal, que no es el que persigue el resto de América" (OC.XLIX, p.259). Sólo podía para él interpretarse como síntoma de que la demagogia había comenzado a perder prosélitos a medida que crecía una profunda aspiración en este pueblo por civilizarse.

Y esta fe parecía encontrar confirmación en los primeros años de gobierno. La obra creadora que emprendió, a pesar de la penuria financiera heredada junto con la Guerra del Paraguay, estaban, creía, cambiando la faz de esta parte austral del planeta al punto que hacían impensable un nuevo estallido de barbarie. Con los ferrocarriles, el correo, el censo y la sanción del Código Civil, esta sociedad informe se iba haciendo visible, cobrando perfiles más nítidos y manejables. La febril construcción de oficinas públicas, la creación de la Academia Naval y el Colegio Militar, daban al Estado nacional nuevas bases sólidas para controlarla e imponerle su respeto, mientras la nueva ley de enseñanza pública lo haría bien pronto innecesario al inculcar a gobernantes y gobernados, ya desde los primeros años de vida, el sagrado respeto a las instituciones.

Sobre estas bases fue poco a poco dotándose de un sustento político propio. Este pasaba fundamentalmente por una decidida intervención en las situaciones provinciales. Convencido de que "la Constitución no admite ni la posibilidad de la existencia de dos contendientes con iguales derechos", puesto que, según piensa, "si tal derecho a oponer resistencia a cada acto del P.E. existiera, la guerra civil estaría decretada en permanencia" (*Política de Provincia*. San Juan, 4/3/69. OC.XXI, p.298), se dispone a terminar con los focos de oposición más ostensibles. La elección de Belisario López en Tucumán, B. Zorrilla en Salta (en comicios realizados bajo la nada discreta supervisión de las tropas nacionales al mando de Roca) y de J.B. de la Vega en La Rioja, servirían de cordón sanitario a los Taboada, sus mayores adversarios de la hora. El otro, que creía destinado a aguarle la fiesta, se mostró por el contrario dispuesto a servirlo en todo: Urquiza se convertirá en uno de sus más firmes sostenedores (algo que le costará caro a este último). "Oponga su fuerza de inercia a las tentativas de convulsionar que vienen de otras partes -le decía Sarmiento- y salvaremos la República" (OC.L, p.218).

Con quien no iban tan bien las cosas era con Mitre, contra quien, en última instancia, estaban destinados a chocar cada uno de los avances del poder presidencial. De todos modos, el fin de la Guerra del Paraguay (hacia 1870) y su nombramiento como negociador oficial (cargo destinado indudablemente a rehabilitarlo como el más nuevo ejemplar del linaje de nuestros próceres) lo reconciliarían con su antiguo amigo. Gálvez

describió así su situación hacia marzo de ese año: "Todo parece ir bien para Sarmiento. La guerra está concluída y los Taboada tranquilos; Mitre conquistado en parte, y Urquiza del todo; el crédito aumenta e importantes obras de progreso van construyéndose" (*Sarmiento...*, p.457). En su proclama a las tropas que regresaban del Paraguay, éste podía aún pintar un idílico cuadro sin que fuera algo demasiado fácilmente desmentible <sup>6</sup>.

Sarmiento pensaba pues que estábamos bien e íbamos mejor cuando en abril de ese año el levantamiento de López Jordán y el asesinato de Urquiza colocan a su gobierno en el vértice de una pendiente a partir de la cual comenzará a desbarrancarse. "Creíamos que con el Chacho había terminado ese desorden social más bien que político, y ahora lo tenemos en el Entre Ríos a las márgenes del Plata, donde comenzó hace setenta años con Ramírez y Artigas. Puede imaginarse mi disgusto al tener que luchar con dificultades de este origen y carácter..", le confiaba a su ex-protector M. Montt (25/11/70. OC.LI, p.42). Es la vieja y sempiterna lucha entre civilización y barbarie que recomienza desde su punto de partida original. Y si bien ésta ya no habría nunca de amenazar seriamente su poder <sup>7</sup>, los gastos que le insumiría <sup>8</sup>, sumados a los estragos de la epidemia que se extenderá entonces, el cierre del mercado continental europeo por la nueva guerra franco-prusiana y una permanente agitación en la frontera indígena, no dejarán ya posibilidad alguna de continuar con sus planes de reforma.

Pero lo verdaderamente decepcionante del caso es el descubrimiento de que los más poderosos obstáculos que se le oponían (y que trababan la utilización de los nuevos y poderosos instrumentos de poder de que se había dotado) provinieran del seno de las mismas élites ilustradas. Nuevamente aparecen aquí los fantasmas del extremo liberalismo de nuestros *politicians*.

*"El pueblo va a la nacionalidad; la tendencia de los hombres públicos, en la prensa, en las campañas, en los gobiernos va a la confederación"* (Nota al Ministro de la Guerra, Cnel. M.de Gainza, 26/12/70. OC.LI, p.67)  
*"Aquí la prensa es un caos. Cada diario tiene un personaje político detrás, y todos detestándose entre sí, yendo a su negocio, están de acuerdo sólo en tirarle al gobierno, favorecer a Jordán sin proponérselo, y desmoralizar la situación...."* (Carta a Paunero, 10/1/71. OC.LI, p.90)

No podrá entender ya que Mitre en persona realizara un mitín celebrando la instauración de la tercera República en Francia, consciente de que "si la revolución triunfa en Francia, tendría imitaciones de desorden popular" (*Carta a Poss*, 17/9/70. OC.LI, p.18). El cuadro no puede ser pues más desilusionante. "El peligro está en la atmósfera de anarquía moral que nos invade y que afloja todos los resortes administrativos y aun la disciplina del ejército" (id., p.49).

Su política progresista deberá ceder entonces ante la menos noble pero más apremiante exigencia de restablecer el orden público trastocado. Entonces descubrirá lo estrecho de los límites, bastante más de lo esperado, puestos a su campo de acción.

### LAS INTRIGAS DEL PODER

En efecto, la hasta entonces aparentemente decisiva apelación al recurso de la intervención federal en las provincias se revelaría finalmente como un mecanismo cuyo funcionamiento requiere, contrariamente a lo que se supone, de estrategias demasiado sutiles, y cuyos efectos además son muy frecuentemente paradójicos cuando no directamente contraproducentes. Y todo ello cruzado y alimentado por un mundo de intrigas que se desarrollaba en la escena porteña. Pronto el Congreso Nacional iba a escapar a todo control presidencial (obligando a Sarmiento a evitar dicha instancia en algunas cuestiones claves, como la intervención a Santiago, hecho que dará lugar a las más terribles denuncias por parte de sus opositores) y convertirse en una suerte

de administración paralela que aspiraba a imponer sus propios puntos de vista sobre las situaciones provinciales.

De todos modos, su situación no llegaría nunca a ser dramática. Aun así contará con tropas leales y algunos recursos (como la rotación periódica de las tropas) para neutralizar los ardides de sus díscolos generales y asegurarle cierta efectividad a su mando (aunque, es cierto, no con la tranquilidad que hubiera deseado). En definitiva, aun con todos los nuevos inconvenientes que ello acarrearía, había al menos logrado avanzar en la subordinación del conjunto del país al Estado Nacional, pudiendo enorgullecerse de que su paso por la Presidencia dejaría "un pueblo constituido en Nación homogénea" (aclarando luego que "no os hablo del pueblo, aquella abstracción metafísica que se encuentra en los escritos de demagogos y revolucionarios /.../ Yo llamo pueblo, esos batallones de Guardia Nacional...") (*Proclama de despedida*, 6/10/74. OC.XXI, pp.374 y 379). Su gobierno "contra todo lo esperado", según él mismo confesaba, terminó siendo un gobierno de orden, y ello no se le ocurría como un logro desdeñable <sup>9</sup>.

En síntesis, el balance general de su gestión no se le figuraría tan desencantador, aunque para ello tuviera que excluir de su cuenta algunos datos que contradecían a todas luces aquello que constituía los fundamentos de su programa (como, por ejemplo, el hecho de que el latifundio no hiciera más que progresar a lo largo de su gobierno). De todos modos, sus puntos de referencia se habían desplazado (y de un modo definitivo, siendo que los nuevos dilemas que pronto se le abrirían no van a tener por centro ninguna de estas cuestiones). Creía que si aún no había logrado afianzar un orden definitivo, sí había sentado las bases para ello. Podía pues esperar que quienes lo sucediesen completaran esta obra organizadora <sup>10</sup>.

Pero es entonces cuando se pondrán más crudamente de manifiesto aquellos problemas nuevos a los que la misma consolidación de este orden, tan laboriosamente forjado, comenzaba a dar lugar. Todo este en apariencia sólido andamiaje institucional debía aún pasar por su mayor examen: el de la sucesión presidencial. "Sería de lamentar -decía- que un gobierno, que en medio de dificultades que él no provocó /.../ viniese a fracasar por luchas de candidatos, cada uno armados de recriminaciones contra el otro, pero ambos desligados de la política actual" (*El Nacional*, 5/5/74. OC.LI, p.422). Y, desgraciadamente para él, no iba a superar esta prueba sin dejar antes en ella los últimos jirones de esperanza. Del seno mismo del naciente Estado Nacional habrá de surgir un nuevo tipo de impugnación que pondrá en juego todo el sistema. Con sus crecientes atribuciones y compleja estructura, éste se tornará entonces en algo tanto más difícil de controlar cuanto más poder iba concentrando. Frente a la nueva barbarie "cultura", que usufructúa para sí los mismos progresos públicos e instrumentos de poder del Estado, el poder ejecutivo parece impotente, un mero juguete de las intrigas de la política facciosa. "La verdad pura y simple es que el presidente, a quien llama la Constitución el jefe supremo de la Nación, es el ser más desvalido y desamparado que existe en el país" (OC.LII, p.188), dirá entonces. Sus supuestamente perdurables logros revelaban así una íntima fragilidad. "No he podido -reconocerá finalmente- como fue mi constante deseo, dejaros un gobierno constituido y reposando en su propia esencia, como debe ser, sin necesidad de apoyo de los que supieron crearse sus tentáculos personales y asociados al negocio pacífico de gobernar...." (*Proclama de despedida*, 6/10/74. OC.XXI, p.374). Sarmiento se instalaba ya definitivamente en el fondo de la nueva crisis abierta con la insurrección de Jordán.

# CAPITULO X

## LA NUEVA BARBARIE

*"El hombre, al restringir su actividad a una sola esfera, se ha dado a sí mismo un amo despótico que suele por concluir por oprimir las demás facultades del espíritu.... se separaron el Estado de la Iglesia, y las leyes de las costumbres; el goce se separó del trabajo; el medio, del fin; el esfuerzo de la recompensa"*

SCHILLER

### LA ANARQUIA DE LAS ELITES

La revolución del '74 va a traer aparejada una nueva serie de redefiniciones en el pensamiento de Sarmiento. Con ella descubre que más peligroso aún que el espíritu bárbaro de las masas son las tendencias anárquicas que alimentaban las propias élites ilustradas. De todos modos, su derrota (mucho más rápida de lo que inicialmente se esperaba) señala, para él, también la existencia de un fondo de poderosos elementos de organización. Como mostraba Thiers en Francia (convertido ahora en su nuevo modelo), un nuevo clima de moderación avanzaba en el mundo: el espíritu liberal "corregido y sustituido con ideas más conformes con las necesidades de los pueblos y los resultados de la experiencia" (*El Nacional*, 21/5/79. OC.XL, p.221), decía. Habría que medir hasta qué punto nuestra clase política resultaría permeable al mismo. El incendio a la Iglesia del Salvador será, sin embargo, un mal síntoma <sup>1</sup>.

No obstante, y más allá de esta falta de moderación de las élites locales, su accionar estaba mostrando también la existencia de deficiencias objetivas en el sistema institucional. Un halo de radical ilegitimidad cubría los mecanismos de la representación política desde que las fraudulentas prácticas electorales comenzaban a dar lugar a resistencias cada vez más violentas. La revolución del '74 no hacía sino manifestar el agotamiento de un modelo. Se imponía entonces una profunda reformulación de todo el sistema político vigente si éste pretendía seguir sosteniéndose. Pero la solución no resultaba sencilla puesto que era un conjunto de arraigadas prácticas que había que transformar. El expediente ensayado en el '73 de enviar al Congreso un proyecto de ley destinado a imponer el sufragio secreto no prosperaría. Y pasado el momento crucial de la elección no volvería a hablarse de él. Menos aún cuando, superada la crisis política y económica, un nuevo viento de prosperidad quite a todas estas cuestiones su dramatismo inicial.

En efecto, hacia el año '77, el fuerte aumento de la actividad económica en general será ya algo evidente. "Con la cría de ovejas -decía Sarmiento- se ha aumentado la población de las campañas, como los comienzos de la agricultura han dado lugar a la fundación de villas prósperas" (*Intereses de la campaña*, 24/8/78. OC.XXVI, p.244). Lentamente, pensaba, ésta habría de cicatrizar todas las viejas heridas. Sarmiento descubre entonces que, con la cría de ovejas, las mismas fuerzas económicas habían encontrado una vía para realizar espontáneamente aquella transformación que él mismo desde el gobierno no pudo llevar a cabo. Despojada de todas las ilusiones iniciales, la realidad imponía así su propia lógica en su curso hacia la civilización. Y si ella no había sido capaz de realizar todos sus sueños iniciales, no por eso le resultará menos valiosa.

*"Felices los tiempos de preparación, d'enfancement, en que la razón no está divorciada con las brillantes ilusiones, con las grandes esperanzas, con las creación de la imaginación. La vida entonces es una labor, una novela y un poema. El tiempo despoja la verdad, desnuda ya de aquellas galas que adornaron su cuna, y no siempre pueden reconocerla, sino sus padres, los que la prohijaron."* ("Sueños de 1850". *El Nacional*, julio de 1878. OC.XXII, p.384).

Este auge material será además acompañado por la llamada "política de conciliación", proyecto que si bien Sarmiento no compartía <sup>2</sup>, señalaba un nuevo espíritu del que tampoco él podía permanecer ajeno. Sarmiento veía en ella una burla a los mecanismos de representación que atentaba contra las instituciones en que se fundaba la república y que, lejos de resolver los problemas que aquejaban el sistema institucional, no haría más que acentuarlos. Sin embargo, no podía evitar verse impregnado por la idea generalizada de que una nueva época en que habría de primar la racionalidad en el debate político estaba por comenzar; más aun cuando, fracasada ya la conciliación, las subsiguientes elecciones parlamentarias logran llevarse a cabo, como era su aspiración, en forma reñida pero sin desórdenes. Y ello era para él un síntoma de progreso en la conciencia cívica de nuestras élites <sup>3</sup>.

Pero a medida que se aproximaban las elecciones presidenciales, volvía a ponerse en un primer plano aquel aspecto inquietante que las caracteriza: desde *La Nación* Mitre comienza anunciar nuevas revoluciones en caso de que en ellas se cometiera algún tipo de fraude (es decir, si perdía). Y Sarmiento entonces se va a volver decididamente contra él. La necesidad apremiante de evitar una nueva revolución va a terminar por relegar sus reclamos contra el fraude electoral, sabiendo que una excesiva insistencia en este punto lo llevaría a aparecer como complicado en el anunciado alzamiento <sup>4</sup>. "Hemos de hacer el último esfuerzo por acabar con el espíritu revolucionario que ha abierto cátedra en *La Nación*." (OC.XL, p.17), dirá entonces.

## **EL NUEVO ORDEN CONSERVADOR**

Sarmiento cree ahora, sin embargo, que tales amagos (a diferencia del '74) habrían fácilmente de ceder ante los nuevos elementos de orden que fueron surgiendo en los últimos años. La consolidación de un poderoso aparato estatal se había ido traduciendo en un rígido disciplinamiento de las instituciones al poder oficial, que condenaba de antemano al fracaso a todo intento de subversión.

*"...la amenaza de nuevos motines militares, bajo la influencia de jefes revolucionarios, va perdiendo, si no ha perdido ya todo su valor. El ejército argentino, en actividad de servicio, es hoy conservador. Se ha roto la tradición que traía por sus jefes, desde hace muchos años atrás..."* (*El Nacional*, 7/1/79. OC.XL, p.23).

Convencido estaba ya de que había comenzado a declinar la antigua clase dirigente formada en el clima de la revolución, y que su lugar estaba siendo ocupado por una nueva camada de dirigentes políticos y militares destinada a darle formas institucionales definitivas a la Nación. "Parece providencial -decía- que Borges, Rivas, Mitre y otros Generales creados en las luchas revolucionarias, depusieran sus armas ante los Villegas, Winter, Roca, Lagos, Nelson, Levalle, que pertenecen a la nueva generación no revolucionaria del ejército" (id., p.24). Superada la crisis del '80, va a ser aún más específico: "Lo que pretendo es que el terreno de la lucha ha pasado del campo de batalla al diario, al panfleto, al libro, a las constituciones, al derecho..." (*Discurso pronunciado en la manifestación de jóvenes que lo saludaron en su 70 aniversario*, 15/2/81. OC.XXII, p.97).

El orden institucional parecía ya definitivamente consolidado. Sin embargo, según dice O.Terán, no hay nada que perturbe más a los hombres que ver realizados sus proyectos. Y Sarmiento parece confirmarlo. Ese orden que emerge con el roquismo lo agobiará. El mismo, que lamentara la total ausencia de instrumentos de poder por parte del Ejecutivo Nacional, se asusta poco años después por su excesiva acumulación <sup>5</sup>. El régimen

inaugurado por "el héroe del desierto" era para él una parodia de gobierno representativo, por el solo hecho de que no existiría ya una auténtica "opinión pública" a la que representar. El orden se había logrado al precio de anular a la sociedad civil. En el mismo discurso de cumpleaños ya citado en que elogiaba los progresos institucionales alcanzados, aclaraba luego a los jóvenes presentes.

*"¡Pero no nos hagamos ilusiones! [...] Para el juego de las instituciones se necesita constituir el pueblo; y el pueblo no existe entre nosotros; no obstante que haya un estructura que se llama república..."* (op.cit., p.98).

Asoma allí una duda radical: "¿Es la República Argentina una nación o simplemente un gobierno?" (*El Nacional*, 21/4/83. OC.XXXVI, p.164). Y la respuesta terminará siendo decepcionante: "No hay nación que sea 'menos nación', siendo extraña a su organización la mitad de los propietarios." (*El Diario*, 20/1/88. OC.XXXVI, p.335). De cómo explicar este fenómeno y ofrecer una salida al mismo es lo que trataría la última de sus grandes obras: *Conflicto y armonías de razas en América*.

### ¿SOMOS NACION?

¿Argentinos?- Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello'. En torno a este interrogante, que habrá luego de tener larga data en nuestra historia de ideas, Sarmiento vuelve a tematizar aquella cuestión que se planteara veinticinco años antes (en la lectura del '58). E igual que entonces, habrá de abordarla buscando integrar nuestro desarrollo peculiar como tal dentro de un nuevo e igualmente vasto esquema de interpretación de la historia universal. Sólo que esta vez éste va a desplegarse por senderos conceptuales completamente diversos al modelo cerradamente racionalista-idealista que dominara entonces. La antinomia entre civilización y barbarie encontrará ahora un intento de traducción en clave biológica, acompañando las tendencias dominantes de la época.

Habrà ahora de concebir el tránsito a la civilización siguiendo las líneas del evolucionismo spenceriano en boga, como un doble proceso por el cual, a medida que se van depurando las razas inferiores mediante la imposición de aquellas supuestamente mejor dotadas, estas últimas van sufriendo un proceso de diferenciación y especialización funcional interna que le otorga a la sociedades en cuestión, a la vez que una mayor heterogeneidad, una mejor consistencia y estabilidad. Siguiendo estas pautas, Sarmiento intentará entonces ofrecer una interpretación evolutiva y racional del curso de la historia universal, y, dentro de él, el de nuestra nacionalidad.

Este arrancarà, según era tradición, en la Grecia Antigua (supuesto momento fundante de nuestra cultura occidental). Producto del "intenso amor a la libertad, cuando el resto de la humanidad estaba sumida en comparativa esclavitud", esta virtud que hizo de ella la gloria de la especie habría sido también, paradójicamente, lo que la habría conducido a su ruina. La Grecia Antigua no podía durar, pues faltaba en ella, junto al amor a la libertad, el sentido de patria que liga a los hombres e impide la disolución social <sup>6</sup>.

Vuelve aquí, una vez más, al planteo de *Viajes* con respecto a la necesidad de ligar la idea de libertad a la noción de pertenencia a una comunidad, la cual si bien permite que subsistan las diferencias individuales, les otorga no obstante un marco de referencia común, un "sentimiento de patria", decía. Será sólo con el Renacimiento que, entre la pura diferencia clásica y la pura unidad medieval (que anula sin más al individuo), se introducirá en la historia este tercer término de la "unidad en la diferencia" que señala la emergencia de nuestra cultura moderna occidental. Con él se rompe la unidad indiferenciada de creencias medieval (que él opone a la de "opinión", pues "el que cree no piensa lo que cree") y se inicia el proceso de diferenciación cultural (del que España quedaría al margen por la influencia de la Inquisición y el legado de la tradición mahometana), por el cual se va a ir dando origen a la compleja, pero por ello mismo más estable, civilización

moderna.

Con la conquista de América, finalmente, ésta se universaliza como tal al expandirse por todo el globo. Siguiendo siempre su ruta hacia el Occidente, en Norteamérica se despliega el eslabón último de la cadena en el que se condensan y actualizan todos los anteriores. Esta parte del continente habrá así de acoger en sí todas las distintas culturas, religiones y tradiciones que han transitado por la humana historia; las que conviven y se funden conformando el más rico de los caracteres humanos.

*"Todas las sectas religiosas tienen sus representantes en aquella emigración, hasta los hugonotes de Francia. Siguen allí las controversias y las persecuciones religiosas de unos contra otros colonos..." (Conflicto..., p.313)*

*"La controversia religiosa misma creó nuevos principios, tal es la tolerancia religiosa, que es conquista americana..." (id., p.314)*

*"Es pues la Génesis del Nuevo Mundo una resurrección momentánea de la historia humana entera, en el cerebro de aquella parte más escogida de la especie [...] dejando en menos de dos siglos de elaboración, propuesta, discutida, generalizada y aceptada la Constitución que van a darse en 1776, pues que es el resultado de la conciencia ya formada de aquellos pueblos y colonias tan desemejantes entre sí al principio, tan homogéneas al fin..." (id., p.316)*

Pero esta fusión de elementos culturales no debe confundirse con ninguna suerte de "mezcla de razas". Es más, para hacer posible la misma fue necesario desprenderse previamente de todos aquellos componentes raciales degradados, ajenos al desarrollo histórico-universal, y que contaminarían el tipo civilizado puro. Este es el auténtico logro de la colonización norteamericana, la que, influida por el ascetismo puritano, respetará escrupulosamente la ley de evitar todo contacto con los salvajes.

*"...el trasplante no ha de confundirse con la mezcla de tribus, ya sea de la raza humana, o de las inferiores especies de animales o de plantas." (id., p.309)*

*"...los puritanos no podían admitir en la Nueva Sion al salvaje que no podía firmar, ni comprender, ni practicar el pacto..." (id., p.311)*

*"El norteamericano es, pues, el anglo-sajón, exento de toda mezcla con razas inferiores en energía, conservadas sus tradiciones políticas, sin que se degraden con la adopción de las ineptitudes de razas para el gobierno, que son orgánicas del hombre prehistórico [...] perezoso, sucio, ladrón como en las pampas, y ebrio y cruel en todo el mundo, incluso en las antiguas misiones..." (id., p.310)*

Sarmiento vuelve así a su antigua idea de *Facundo* respecto de que, cuando el enfrentamiento es entre "civilización" y "barbarie", no hay conciliación posible. Sólo entre pueblos ya civilizados pueden fusionarse y enriquecerse mutuamente; toda ingerencia de "razas inferiores", "ineptas para el gobierno", conduce, por el contrario, a una degradación de la especie que hace imposible toda forma de convivencia social civilizada. Cuando razas en estadios diversos de civilización se encuentran, pues, las inferiores están "destinadas por la Providencia a desaparecer en la lucha por la existencia, en presencia de las razas superiores" (id., p.310).

Tal precepto histórico-universal fue rigurosamente respetado en Estados Unidos y ésa es la clave de su desarrollo y sus libertades modernas. La completa asepsia racial es la condición de posibilidad del pluralismo cultural. La homogeneidad de sus componentes biológicos permite el libre debate de ideas sin perder por ello su cohesión como sociedad. Sarmiento distingue así tajantemente la "fusión cultural" progresiva, de toda "mezcla racial" degenerativa.

## **"FUSION CULTURAL" vs. "MEZCLA RACIAL"**

Pues bien, lo opuesto a los Estados Unidos es lo que habría sucedido aquí al Sur. La "caridad cristiana" evitó en esta parte del continente el necesario proceso de depuración racial. La "utopía socialista" de los jesuitas hizo pensar en el absurdo de que los indígenas pudieran llegar a ser asimilados a los usos civilizados. Y en ello radica la raíz de todos nuestros males presentes. "Todos los esfuerzos para inspirarles el deseo de mejorar sus facultades nativas -comprueba- han abortado. Ni el buen tratamiento que han recibido de ser admitidos en la sociedad, ni los privilegios importantes con que han sido favorecidos, han sido suficientes para arrancarles la afición a la vida salvaje que, sin embargo, no conocen sino por tradición" (id., p.85). Definitivamente, sobre aquella base poblacional que representa un grado cero de civilización, un verdadero punto muerto que contamina y corrompe todo lo que entra en contacto con él, no se podía haber construido nada sólido. El vano intento por violentar las leyes de la naturaleza habría de cobrarse su precio en el proceso degenerativo que se traduce en el estado de anarquía permanente en que se debate esta castigada mitad del continente.

Esa "caridad mal entendida" conducirá así a una perversa mezcla racial que resultaría en una suerte de híbrido sin formas precisas. "Con la mezcla de tres razas -decía-, parece como si toda la claridad de tipos hubiese desaparecido, y el resultado es un compuesto indefinido sin carácter ni expresión" (id., p.117) <sup>7</sup>. De esta mezcla heredamos esa completa ausencia de toda noción de patria que caracteriza a nuestros "padres indígenas".

*"... a la tribu errante le falta un sentimiento y un vínculo que es la patria [...] la patria no es sólo una extensión de tierra [...] es un sentimiento común a la presente generación, para trasmitirlo a las futuras con el recuerdo, el amor y el vínculo que nos une al pasado."* (id., p.261)

Ello no podía pues sino convertirse en el punto de partida de un proceso de disolución universal del que no va a quedar en pie vestigio alguno de idea de nacionalidad. La guerra de la independencia pronto habría así de convertirse en una guerra de razas ("la guerra dentro la guerra") en la que se unió, a la incompatibilidad genética, el "odio natural al superior" (alentado además por los "jesuitas socialistas") <sup>8</sup>. Su consecuencia inmediata fue el caudillismo y el estado de guerra civil crónica que marcaron toda nuestra historia, tendencias que se preservarán en el seno de nuestras deficientes formas institucionales.

*"Todavía es cierto en nuestros países que la voluntad de los pueblos, los diputados al Congreso, pasen primero por el alojamiento del caudillo, regulo, gobernador, Presidente, para imponerse de sus votos y sus deseos. Si el diputado no va, el caudillito lo mandara llamar..."* (id., p.401)

*"La ida de delegación pasa ya ente nosotros como verdad política inconclusa; pero aun ahora mismo y entre la mayor parte de los hombres la transubstanciación de hombre en representante del pueblo se hace con dificultad o no se hace del todo. En los pueblos ingleses se hace completamente."* (id., p.402)

En fin, el descubrimiento en nuestro programa biológico de esa carencia de todo sentido de pertenencia es lo que lo habría conducido a la escéptica pero en ese caso ineludible conclusión: "He aquí, pues, uno de los fenómenos sociales mas extraños que haya presentado el mundo moderno" "Una nación sin patria" (id., p.263) (lo que es un modo de decir que no somos verdaderamente una nación sino un mero grupo de hombres que comparte un mismo suelo).

Junto -y en consonancia- a la dicotomía esencial entre civilización y barbarie (interpretada esta vez en términos raciales como una lucha entre blancos e indios), se instala ahora otra que opone al norte y al sur. Mientras en el primero, ambos términos ("civilización" y la "barbarie") se mantuvieron siempre en perfecto antagonismo (lo que debía resultar inexorablemente en la destrucción del elemento salvaje y el consiguiente

triumfo de la civilización), en el segundo esta lucha fue evitada conduciendo a una mezcla que llevaría al triunfo a una nueva forma barbarie que se expresará en un estado de crisis crónica y fuertes tendencias a la disolución nacional. Así, la distinción previa entre "fusión cultural" y "mezcla de razas" se revela ahora como la contraposición entre un universo en el que priman las "tendencias centrípetas" y otro en que las poderosas "fuerzas centrífugas" que anida habrían de frustrar siempre todos los intentos por constituirse como un conjunto de naciones modernas y organizadas.

### **EL JARDIN DE LOS SENDEROS QUE SE BIFURCAN**

*"¿Qué deberíamos hacer los americanos del Sur, para no ser distanciados de tal manera que no se haga cuenta de nosotros en treinta años más, o tener que resistir a las tentativas de recolonización de los que pretendan que está mal ocupada esta parte del continente subsidiario del europeo?" (id., p.453).*

De este modo Sarmiento define cuál es el objeto que habrá de perseguir en la segunda parte del texto que venimos analizando. Tal interrogante, sin embargo, quedará sin responder. El propio planteo cerradamente biologista que ensaya lo conducirá a una trampa ineludible en la medida en que pretende aplicarlo a un contexto cuyos componentes raciales son condenados como irrecuperables por tales doctrinas. La única alternativa que dejan éstas abiertas es una suerte de "solución bovina"; es decir, una depuración del componente biológico nativo por la vía de una inmigración masiva. Pero, según vimos, en nuestro medio el arribo de los nuevos contingentes poblacionales, al fundirse con los locales, "agravan -dice- el mal, al parecer, lejos de mejorarlo" (id., p.423).

Consciente de la aporía ante la que se enfrentaba, Sarmiento ensaya entonces una suerte de relativización cultural de tal modelo. Con motivo del anuncio del segundo tomo de esta obra Sarmiento anticipa este desplazamiento fundamental. El mismo, asegura, "habrá de ocuparse no de razas europeas, pues que los blancos caucásicos, no forman razas, sino de las instituciones que nos vienen de ésta o de la otra nación" (*Preocupaciones de raza*, 2/2/83. OC.XXXVI, p.147). La cuestión racial quedaría así subordinada a la cultural. Su plan se apoyaría, en realidad, en una posibilidad ya vislumbrada en el primer tomo. En él afirmaba que las condiciones hereditarias podrían (al menos, dentro de la raza caucásica) llegar a modificarse mediante un proceso de reeducación. Ejemplo de ello sería el descubrimiento de que aquello que habría impedido el crecimiento del cerebro de la estólida raza española habría sido la Inquisición; por lo que sería de esperar entonces que éste, liberado de esta pesada losa, pudiera retomar su curso evolutivo<sup>9</sup>. Y, efectivamente, de ello habrá de ocuparse centralmente en el último tomo de la obra (así como en los escritos periodísticos del período, recopilados en el tomo XXXVI de las OC. titulado *Condición del extranjero en América*).

Sin embargo, este intento por sistematizar estos desarrollos habrá de quedar trunco. Y ello no fue algo fortuito. Sarmiento terminará debatiéndose en una ambigüedad de la que no logrará escapar. Indudablemente, la mera introducción de un matiz "culturalista" en un fondo marcadamente "biologista" sólo podía ofrecer una salida a muy largo plazo, como él mismo reconoce: "Ni el ejemplo, ni la instrucción ni el cuidado, cambiarán de golpe un cerebro relativamente simple, en otro relativamente complejo, o deshacerse de los defectos de influencia de la masa encefálica" (*Conflicto...*, p.410). Más aún teniendo en cuenta que "es de temer que el pueblo criollo americano en general lo tenga más reducido que los españoles peninsulares a causa de la mezcla con razas que lo tienen conocidamente más pequeño que las razas europeas." (id., p.171). En definitiva, tampoco su nueva interpretación centrada en torno al análisis de "las instituciones que nos vienen de ésta o de otra nación" habría de servirle de base para articular una concepción racional de nuestra historia y formular en base a ella un programa de acción que pudiera dar remedio a los males que según él nos aquejaban. No le quedaría entonces otra alternativa que rendirse ante su misma impotencia; según terminará aceptando amargamente en su carta de noviembre del '87 a su pariente Navarro: "Escribo un complemento de mi libro

anterior, pero aun en eso tengo momentos de desaliento... Puede usted imaginarse si me siento derrotado en mi fuero interno, porque no comprendo suficientemente lo que pasa y al continuar las páginas que escribo no veo ya claro el fin a que las encaminaba." (*Sarmiento a través de un epistolario*. Comp.:J.Ottolenghi, p.167). A continuación trataremos de rastrear en sus escritos periodísticos las alternativas por las que este proyecto habría ido atravesando y conduciendo a tan desilusionante resultado.

### **EL SURGIMIENTO DE UNA OLIGARQUIA**

Hacia sus últimos años, Sarmiento percibirá en nuestro desarrollo como Nación una contradicción entre su acelerado crecimiento económico (producto de la espontánea expansión del capitalismo) y un débil adelanto político. Y esta combinación habría de sernos fatal. Porque, por un lado, conformaría un modelo de crecimiento que no tardaría en encontrar sus límites. Ni bien pasase el actual auge de la riqueza saldrían a luz aquellos problemas estructurales irresueltos que preparasen una próxima y más aguda crisis. Pero, por otro lado, la misma abundancia presente impedía que actuasen los correctivos necesarios para evitarla. Ella sólo habría servido para generar una clase política de enriquecidos, más preocupados por usufructuar las ventajas del poder que por los asuntos nacionales, a la vez que impedía a todos por igual comprender lo profundo del abismo al que nos estaba conduciendo, reforzando la ilusión generalizada de que el país había entrado en una era de progreso indefinido. En un tono autocrítico, Sarmiento reconoce, hacia el final de su vida, que él mismo incluso había participado largos años de ese engaño.

*"Hay un defecto de que es necesario corregir a la opinión pública; y es la propensión general, por ignorancia general de los que escriben de las condiciones topográficas de territorio, el exagerar su fertilidad y las incalculables riquezas que contiene, faltando sólo la presencia del hombre, para hacerlas la base de una prosperidad inagotable. Nosotros mismos hemos participado de esas generosas ilusiones..."* (*El Nacional*, junio de 1887. OC.XXIII, p.380).

Recién entonces descubre las consecuencias del fracaso de sus proyectos de reforma social: "la estagnación de emigrados en los puntos de desembarco" (id., p.382). El enriquecimiento de esa "oligarquía con olor a bosta de vaca" tiene pues como contrapartida la proletarianización de las masas que empiezan a fluir masivamente a nuestras playas. Esta es la nueva forma de la barbarie. Rosas parece entonces querer burlarse de él, ganándole finalmente la partida de manos de su compadre y "ex-paniaguado" "Mr. Landlord" Terrero (*El Nacional*, 6/6/83. OC.XXVI, p.166). Encaramadas en el poder, "quinientas personas de las que tienen influencia, se reparten entre sí, por ley, donación o compra, toda la tierra disponible" (*El Censor*, 29/12/85. OC.XXXVI, p.173). Roca había hecho del ejercicio del gobierno una empresa familiar. La tierra pública y los empréstitos externos eran su botín. Y pretendía legar el trono a su cuñado. *El Censor*, la nueva empresa de Sarmiento, debía ser, según su programa inaugural, la voz de la conciencia pública que denunciara este abuso.

*"...que se conozca desde ahora el estribillo de la canción, pedimos a 'TODOS LOS CIUDADANOS HONRADOS HAGAN CAUSA COMUN PARA COMBATIR ESTE SISTEMA DE GOBIERNO DE ENGAÑO Y DE FUERZA QUE AMENAZA PERPETUARSE, PASANDOSE DE MANO EN MANO SUS ACTUALES POSEEDORES'."* (*El Censor*, 1/12/85. OC. LII, p.363)

Y la causa última (que es consecuencia a la vez) de esta situación debía buscarse en un mal moral más profundo que afectaba a la sociedad toda: el general desapego a la cosa pública; esa tendencia innata de nuestros primitivos pobladores que no pudo remediar ninguna regeneración racial. Estos, es cierto, han sido la clave para un incipiente desarrollo comercial e industrial; "pero lo que no trae la emigración europea -decía- es la educación política de que carecen las masas en general" (*El Diario*, 12/9/87. OC. XXXVI, p.214). Por el

contrario, los recién llegados no harían sino reproducir y ampliar esta perversa tendencia antisocial al preferir recluirse en sus negocios particulares disfrutando de las ventajas de eludir sus deberes ciudadanos. Ellos eran para él los responsables últimos de la nueva barbarie que se cernía: "a la masa inerme y consentida de los extranjeros en política, deberá el país las tiranías que se levantan a merced de su indiferencia y alejamiento de la vida pública; pues viviendo sin derechos ni acción de ciudadanos, y contrabalanceando la población criolla, en número, riqueza e influencia, forman una sociedad sin derechos políticos, que deja en minoría a la parte culta de la sociedad" (*El Censor*, 17/12/85. OC.XXXVI, p.177).

Esta total despreocupación por los asuntos públicos se traducirá, en consecuencia, en un divorcio fatal entre la sociedad civil que con ellos comienza a emerger y una clase política que se volverá así sorda a sus reclamos, libre de comportarse precisamente como lo que era: una oligarquía que domina y manipula a su arbitrio los mecanismos de representación política<sup>10</sup>. La solución a una situación tal no va a ser para él nada sencilla. En efecto, piensa ahora en el recurso a la instauración efectiva del sufragio universal como una propuesta demagógica que, lejos de remediar los males, no haría más que agudizarlos. Justamente, con él la "gente decente" (que tiene en sus manos la cura milagrosa y se niega a utilizarla) no encontraría sino nuevos motivos para alejarse de los actos comiciales<sup>11</sup>. Sarmiento será taxativo al respecto: "no se debe conceder la ciudadanía a gentes sin propiedad ni oficio", según lo sancionado por el Estatuto de 1815 (id., p.315). Pide, en cambio, "que los cincuenta mil comerciantes, banqueros, capitalistas que giran cuatrocientos millones en Buenos Aires sean ciudadanos argentinos." (id., p.223). Ellos conformaban la auténtica "opinión pública" (puesto que piensa que los que no tienen independencia económica no podrían tener opinión propia); esa era la razón de los llamados a moralizar la gestión de los negocios comunes. Pero resulta que eran justamente los menos interesados en adquirir la ciudadanía (lo que los distraería de los provechosos negocios a que se dedicaban), dejando el futuro del país en manos de mayorías ignorantes fácilmente manipulables desde el poder. "Puede decirse que por falta de veinte mil votos honrados, instruidos, propietarios en toda la república, pudo triunfar la intriga de gobernadores y ambiciosos confabulados." (id., p.226)

Nuestro autor se va a instalar así en el centro de un verdadero círculo vicioso imposible de romper. Y en definitiva, esto no significará para él sino el reconocimiento de su propio fracaso. Ni la difusión de la educación popular, ni las amplias libertades políticas, ni los adelantos técnicos que siempre impulsó habrían pues servido para infundir en nuestro pueblo esa "conciencia política" que hiciera de este conjunto de habitantes una nación. De allí su conclusión de que "no hay nación que sea 'menos nación', siendo extraña a su organización la mitad de los propietarios." (id., p.335). Y ello tendrá connotaciones no sólo meramente políticas.

### LA NUEVAS FORMAS DE COLONIZACION

Esa "falta de patriotismo" será, en fin, el origen de una auténtica "Babel del Plata", sin moral ni conciencia colectiva, que habría de precipitarse ciegamente hacia su completa disolución. Lo que antes fuera el universo propio del despliegue de la civilización, la ciudad, vuelve a mostrar, como con Rosas, su carácter paradójico. La combinación de culturas, lejos de conducir a una síntesis virtuosa, se revelará nuevamente como un germen de disgregación y anarquía. Pero, esta vez, al fantasma de una nueva guerra civil se le sumará ahora el espectro de una nueva servidumbre más terrorífica aun: la recolonización de nuestro país por parte de las potencias extranjeras. Y ambos serán producto de una misma y única causa: la ausencia de un núcleo social que pueda actuar a modo de argamasa de un laxo tejido social incapaz de constituir un sólido orden interno y menos aún de enfrentar las cada vez más poderosas presiones externas que tienden a desgarrarlo como tal.

Todos sus escritos del período girarán entonces en torno a esta preocupación central: el peligro de una nueva colonización que se escondería, y que sólo él parecía advertir, tras la ingerencia de los diplomáticos

extranjeros en nuestros asuntos internos <sup>12</sup>. Esto, en definitiva, era coherente con la febril política de reparto de mercados desatada por la grandes potencias europeas. Y pensaba que algunos, desplazados de otras regiones del planeta, habían ya comenzado a orientar sus miradas hacia el Río de la Plata.

*"Algunas manifestaciones de espíritu de extensión o colonización en Africa ha mostrado la política italiana, aunque muchas miradas se vuelven hacia el Occidente, siguiendo la huella de los emigrados."* (id., p.160)

La estrategia colonizadora consistiría, en este caso, en el mantenimiento de los residentes extranjeros en nuestro país al margen de la instituciones locales, persistiendo en su sumisión a los gobiernos de sus países de origen conservando su ciudadanía, sus lenguas, costumbres y aun su educación propia al margen de la oficial. "Detrás de las escuelas para mantener en nuestro propio hogar el fuego de un patriotismo traidor, nos están amenazando con cañones de grueso calibre" (id., p.247), señalaba. Estas representarían una suerte de "Estado dentro de otro Estado" (id., p.68). Su resultado no sería sino la descomposición de la Nación en un conjunto de colonias europeas autónomas <sup>13</sup>.

De este modo, la inmigración, lejos de ayudar a fortalecer la nación, la debilita y la pone ante el peligro de su propia destrucción. Sarmiento no duda entonces en proponer las más enérgicas medidas a fin de forzar la nacionalización de los extranjeros (tales como negarles la posibilidad de adquirir propiedades, y aun ejercer cualquier trabajo de cierta responsabilidad, si antes no acceden a la ciudadanía). Y progresivamente irá radicalizando cada vez más sus planteos hasta llegar, hacia sus últimos años, a exigir directamente su expulsión mismos y a apoyar la medidas de persecución contra los judíos que se estaban llevando a cabo en algunos países de Europa.

*"Francia expulsó ocho mil alemanes, por la sombra de que podía tener vinculaciones siquiera con el gobierno alemán. [...] Por ser extranjeros los judíos, los alemanes los expulsan."* (id., p.197)

*"...nos declaramos ahora en huelga, para perseguir a la raza semítica, que con Cohen, Rostchild, Baring y todos los sindicatos judíos de Londres y París nos dejan sin blanca; y los judíos Joachim y Jacob [se refiere a Crespo y Peuser que solicitan en nuestro país el otorgamiento de la ciudadanía a los extranjeros sin necesidad de solicitarla], que pretenden dejarnos sin patria, declarando a la nuestra artículo de ropa vieja negociable y artículo de industria. ¡Fuera la raza semítica! ¿O no tenemos tanto derecho como un alemán, un cualquiera, un polaco para hacer salir del país a estos gitanos bohemios que han hecho del mundo su patria, ocupados sólo en ganar el pan con el sudor de su rostro?"* (id., p.308)

Páginas terribles; Sarmiento es aquí, en definitiva, víctima de su propia lucidez. Si aún no podía prever a qué conduciría la nueva etapa que se abría, no por ello dejaba de participar del clima de agudización de las tensiones internacionales que comenzaba a dominar el tablero mundial, así como de las nuevas ideas que tras él se dibujaban. Sarmiento, aún en sus últimos años, seguirá de cerca los terribles episodios que llevaron al reparto de Africa, el surgimiento del paneslavismo, las persecuciones; en fin, la emergencia del imperialismo y el nuevo ideario nacionalista (ya bastante lejos del romanticismo) que lo acompañara. Convencido a la vez de que nuestro país estaba débilmente afirmado para enfrentar la tormenta que comenzaba a arreciar y de que, sin un núcleo social autóctono firme en donde asirse, la Nación se encontraría en serio peligro, no dudó entonces (como fue siempre su característica) en extraer de ello las conclusiones más audaces y radicales. El viejo "demócrata" intransigente (como al menos ha sido definido por algunos), enfrentado a la nueva situación que se abre con la expansión imperialista mundial, no ve motivo alguno para despreciar las nuevas soluciones fuertemente autoritarias que trae el credo nacionalista y que la realidad histórica hacen aparecer a sus ojos como la única alternativa posible frente a la desintegración universal que se augura.

Evidentemente, pensaba que las amenazas que veía en ciernes superaban largamente lo estrictamente político, terreno éste cuyas perversiones no serían más que síntomas (que se revierten en causas) de males muchos más profundos. Y frente a ellos, todas las fórmulas hasta entonces ensayadas parecían haber ya

fracasado. "Podéis creerme si os digo -confesaba entonces- que éste es el peor pedazo de vida que he atravesado en tan largo tiempo y lugares tan varios" (*Contestación a la felicitación en su 75 cumpleaños*, OC.XXII, p.353). Ni la educación ni la inmigración masiva ni ninguna de las medidas que se intentaron llevar a cabo servirán ya de argumento para enfrentar los nuevos dilemas que se abren con la nueva época. Muy poco quedaría entonces de su programa original, ensayando en su lugar respuestas nada ortodoxas destinadas de antemano a no ser escuchadas. Una vez más, Sarmiento aparece solitario en esa lucha.

*"Naná ha sido reimpresso ciento y una veces en un año, una novelita americana lleva quince ediciones en estos tres meses; pero Conflicto demanda otra clase de trabajo y de lectores, y cae en terreno mal preparado. [...] Es tristísima la situación del que piensa, del que escribe, desvelándose, privándose de todo goce, para recibir en cambio de vida tan miserable, las injurias y el desprecio..."* (*Conflicto...*, p.416)

"Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos", proclama al final de su última obra. Pero será inútil buscar en ella alguna pista de cómo llegar a serlo. En definitiva, no parece posible, en el marco de esta concepción fuertemente fatalista y dicotómica (solidaria, en definitiva, de su visión escéptica de la realidad), concebir el modo en que habría de producirse aquella síntesis que reuniera los más que escasos y problemáticos elementos de civilización que anidarian en nuestro medio y los proyectase hacia ese futuro de grandeza que nos proponía. Sarmiento no podría ya evitar, pues, la triste comprobación de que todos sus grandes proyectos destinados a colocarnos en la cima del mundo civilizado estaban definitivamente condenados a ser relegados al poblado arcano de los sueños incumplidos y las grandes aspiraciones frustradas, sin poder tampoco conformarse con un lugar algo más modesto. En fin, si muy poco es lo que de ellos ha quedado, nada de lo que ha encontrado en su lugar le resultará estimulante.

En definitiva, tal decepcionante experiencia no fue sino resultado de su misma lucidez para comprender los profundos cambios que se estaban produciendo en el mundo, porque fue capaz también de adecuarse en consonancia con ellos, pero no ya de aceptar hasta el final las nuevas soluciones que se le ofrecían. Si tampoco las rechazó, y aun pudo hacerse cargo de muchas de ellas, no parece encontrarlas, de todos modos, suficientemente maleables como para ser articulables en un modelo político consistente que sirviera de alternativa al que venía manejando hasta entonces. Para ello también habría tenido que resignarse a aceptar que definitivamente no éramos ni íbamos a ser Estados Unidos. Sólo entonces podría abrirse a otra perspectiva desde la cual todos estos nuevos elementos conceptuales que se venían poniendo entonces en juego en su pensamiento podrían integrarse de un modo algo más consistente y superar esa visión dicotómica que, en la medida que insistía en contraponernos al ejemplo norteamericano, nos condenaba irremediamente.

Pero hay una razón más profunda que el propio Sarmiento no alcanzaba (y quizás no podía ya) advertir. Su visión penetrante podía revelarle realidades latentes, pero no podía conferirle a éstas la opacidad de la que gozan las cosas manifiestas. Argentina, a pesar de sus temores y desconfianza, comenzaba a vivir su época de las vacas gordas (nunca fue más textual la profecía bíblica), lo que alejaba la urgencia de respuestas que sólo una crisis hubiera hecho más apremiante. Y él tampoco podía escapar a las limitaciones que su propio momento histórico le imponían. El '90 estaba cerca, y con él vendrá una profunda revisión y un cuestionamiento de aquellos principios que parecían entonces consagrados. Junto con ello irá forjándose la imagen de un nuevo modelo político y económico en cuya elaboración participarán ya otros hombres, quienes, si bien no podrán contar a Sarmiento entre los suyos, tendrán en sus últimos escritos una de sus fuentes de inspiración más frecuentadas.

# CAPITULO XI

## CONCLUSIONES

*"Nuestra experiencia inmediata abraza tan solo un ámbito limitado en el espacio y en el tiempo, y, sin embargo, es indiscutible que únicamente podemos gozar y aprovechar plenamente la vida, si nos esforzamos por ver al hombre en toda su multivariada, y dentro de ésta, verlo viviente, tal como es."*

W. von HUMBOLDT

A partir del presente estudio de la obra de Sarmiento, podemos intentar ahora sintetizar las conclusiones fundamentales:

- 1) La primera comprobación evidente es que todos aquellos que intentaron reducir su pensamiento a un conjunto de enunciados o postulados debían fracasar invariablemente desde el momento en que no parece haber ninguno de ellos que se mantenga a lo largo de toda su trayectoria intelectual y al cual no haya contradicho siempre que creyó que las circunstancias así lo exigieran. De allí que las diversas imágenes que en torno a su personalidad fueron forjadas -ya sea ésta la del supuesto "demócrata" defensor ineludible de los derechos políticos universales, de la "libertad de los antiguos" frente a los "liberales autoritarios" exégetas de las "libertades de los modernos", o bien la del "intelectual" iluminista y europeizante ajeno por completo a las necesidades nacionales- resultarán siempre en una fragmentación de su cambiante trayectoria, destacando en ella sólo aquellos aspectos que pudieran adecuarse a esquemas demasiado rígidos como para alcanzar a abarcar un pensamiento siempre resistente a dejarse reducir a fórmula alguna.

- 2) Sin embargo, esta dificultad no parece ser exclusiva de una determinada escuela de pensamiento. Desde el momento en que en su trayectoria aparecen ideas y postulados contradictorios entre sí, sea cual fuere la fórmula que se proponga como sintetizando lo "esencial" a la misma, ésta inevitablemente será demasiado estrecha y demasiado amplia a la vez (es decir, necesariamente excluiría aspectos decisivos de su obra, mientras que dejaría entrar en una categoría genérica posturas que le eran por completo ajenas). En fin, todas ellas oscilarían entre un extremo absolutamente puntual (que se reduciría a un acceso completamente acotado a una determinada obra o incluso a un puñado de citas aisladas y de dudosa representatividad) hasta las formulaciones totalmente vagas y a veces hasta tautológicas (como la idea de "esencia de nuestra nacionalidad" en Rojas, en la que necesariamente se inscribiría todo lo que Sarmiento pudo decir o hacer, por el mismo hecho de ser ésta su criatura). En fin, las tentativas por situarse en algún lugar intermedio revelará siempre alguna forma de eclecticismo de frágil consistencia <sup>1</sup>.

- 3) Pero tampoco parecen resultar más felices los intentos por descubrir períodos bien definidos, separados por oposiciones brutales. Las supuestas antinomias radicales, ya sea entre diversos componentes inherentes a su pensamiento -como lo serían su voluntad "iluminista" respecto de cierta conciencia suya de corte "historicista"-, o bien entre sus progresistas postulados como intelectual y su práctica marcada por los desbordes autoritarios y el afán de orden, difícilmente podrían dar cuenta de la infinidad de matices que se descubren a lo largo de esta intrincada trayectoria.

En relación a la última interpretación, cabe señalar que, de hecho, ni sus ideas fueron nunca homogéneamente "progresistas" o "democráticas", ni su práctica fue unilateralmente "autoritaria" <sup>2</sup>. Y si no faltaron las contradicciones y las tensiones entre ambas aspiraciones suyas (al "orden" y al "progreso") no parece que pueda verse en ella la línea medular por la que transitara su pensamiento que permita explicar su transcurso. En efecto, todos aquellos que ensayaron desarrollar esta idea en un proyecto biográfico difícilmente pudieron articular exclusivamente en torno a ellas los diversos cambios y rupturas ocurridas, dado que raramente (y nunca en los casos y aspectos fundamentales) éstas pueden interpretarse en los puros términos de un mero paso desde un mayor "democratismo" a un acentuamiento del énfasis "autoritario", o viceversa.

Con respecto a la primera de las interpretaciones señaladas, ésta resulta, en realidad, de una incorrecta comprensión de cuál era el modelo del cual nuestro autor partía. El "historicismo racionalista" no era ni una originalidad del "pensamiento argentino" aportada por la Generación del '37 que Sarmiento continuaba (como pensara Alberini) ni tampoco un resultado de la amalgama de dos horizontes de ideas en principio antagónicos. De hecho, ésta era la forma de pensamiento dominante en el medio francés del período (de donde lo extrajo nuestra "Joven Generación") y tenía su lógica y su racionalidad específica, la que, por otra parte, resultaba, en principio, perfectamente consistente. En tal caso, las profundas diversiones observadas en su pensamiento no podrían ya explicarse como una oscilación entre ambos elementos antagónicos existentes ya originariamente en su pensamiento, como un mero despliegue de una tensión conceptual a priori. Estas sólo habrían de producirse, pues, en último análisis, como producto del choque permanente entre este modelo de pensamiento (perfectamente coherente si se lo considera en sí mismo) y una realidad que se le aparecía como esquiva a dejarse asir dentro de sus pautas.

- 4) Pues bien, de las dificultades expuestas hasta aquí para captar la coherencia interna que define la especificidad del pensamiento de nuestro autor <sup>3</sup>, no se desprende necesariamente que ésta no la tenga ni tampoco que, de tenerla, pueda alcanzar a descubrirse. Pero para hacerlo (sin forzarla) entiendo que es necesario alterar nuestro punto de vista. En efecto, si aceptamos trasladar nuestro enfoque desde lo enunciativo hacia lo que podemos llamar el "núcleo lógico" de su pensamiento, podemos hallar pues un hilo conductor que nos oriente por encima de las continuas variaciones a nivel de las afirmaciones empíricas. Podemos representarnos la idea que propongo como un paso desde los resultados de su pensamiento hacia los modos de procesarlos. Así, afirmaciones diversas y aun contradictorias, pueden responder a una misma matriz lógica, en la que se han introducido datos cambiantes procedentes de una realidad que se transforma incesantemente.

Cabe aclarar, sin embargo, que el análisis de dicho "núcleo estructural" no nos puede proporcionar ningún principio de individualización de un pensamiento, en la medida en que estos últimos suponen siempre un campo semántico, una referencia a la realidad, que afirmen (o nieguen) algo sobre algo, esto es, un sistema de enunciados que se pueda contrastar empíricamente (lo que no implica necesariamente supuestos de tipo empirista), y al que sólo se llega conectando este núcleo lógico con un dominio específico de la realidad (lo que supone, en cada caso, un cierto esfuerzo interpretativo de parte del autor). La definición de este nivel puramente formal, cumple sin embargo un papel importante en la medida en que hace posible delimitar lo que podemos llamar (con Althusser) una "problemática específica", es decir, ninguna afirmación particular o conjunto de conceptos generales, sino un modo característico de interrogar o de abordar conceptualmente una determinada realidad histórica (la que se abre así y se define en torno a un conjunto siempre numeroso, pero ya no infinito, de interpretaciones posibles). Para decirlo con palabras de Foucault, tendríamos así delimitado un "campo de posibilidades estratégicas"; si no estamos aún en el plano de los "objetos de discurso", hemos sí establecido ya su "sintaxis" o modo de configuración por las cuales se constituye, conserva o modifica un objeto como tal.

- 5) Para descubrir este "núcleo lógico" que ordena la trayectoria intelectual de nuestro autor, partiremos, como

hemos señalado al comienzo de este trabajo, de la propuesta de Guerrero. En torno a las categorías de "Mundo", "Hombre" y "Nación" podremos, pues, intentar una definición del mismo <sup>4</sup>. Los términos de "Nación" y "Mundo" los podemos identificar con lo que J.L.Romero llamara "Virtualidad" y "Facticidad", respectivamente. Mientras la "Nación" se concibe aquí como una realidad ideal inmanente que existe en sí únicamente como una alternativa de desarrollo posible y sólo progresivamente se va realizando históricamente, la noción de "Mundo" expresa el grado de realización de este horizonte ideal alcanzado en la realidad empírica, positiva. El "Hombre", finalmente, sería el término que mediaría entre ambas instancias, tendiendo a cerrar el hiato existente en cada caso entre ellas. Es éste el encargado de actualizar aquello que, en su ausencia, aparece sólo como una exigencia racional inmanente, una "necesidad de su tiempo". Únicamente por su intermedio, como resultado de un determinado plan de acción, éstas se materializan. En él se sintetiza, pues, la idea de "progreso" en tanto que es el instrumento imprescindible para superar tal antinomia entre "facticidad" y "virtualidad". La idea de constitución de una "Nación" se traduce así en la de la realización de la civilización <sup>5</sup>, entendida como el proceso por el cual el sujeto introduce un orden en el mundo de las contradicciones. El "grande hombre" será aquel que logre integrar el caos de las puras oposiciones mecánicas en una unidad de sentido orgánica. Acción esencialmente creativa, Sarmiento no habrá, de todos modos, de concebirla como realizable desde el lugar de una pura exterioridad a su tiempo y lugar -al modo del iluminismo-, sino como parte integrante y encarnadura de la misma dialéctica de su desarrollo.

Sin embargo, en la medida en que todo medio dado tiende siempre a persistir en su condición presente, entre ambos términos (virtualidad y facticidad) se establece una tensión inevitable; la actualización de aquella instancia ideal en el "Mundo" debe chocar siempre con la resistencia de las realidades existentes; de allí que la labor del "Hombre" tenga siempre un carácter parcialmente disruptivo con respecto a éstas <sup>6</sup>. El proceso de síntesis de los principios enfrentados es a su vez su negación, y por tanto, debe convertirse ineludiblemente en el núcleo del enfrentamiento entre las tendencias e intereses antinómicos de los hombres empíricos.

Partiendo de estas premisas, y siguiendo el método de análisis propuesto, podemos ahora pasar a ver cómo es que funcionaría este núcleo lógico en cada uno de los periodos estudiados. Llamaremos a esto la consideración de la dimensión pragmática del mismo.

- 6) Hemos visto cómo, hacia los años '40, tal modelo cerradamente racionalista-evolucionista es puesto en cuestión por la emergencia del fenómeno del rosismo, dando lugar a un proceso de reelaboración tras la crisis producida en el año '43. A partir de entonces Sarmiento ve -en contra de todos sus supuestos- un antagonismo insoluble entre las exigencias racionales y la realidad; todo proyecto de Nación parece tornársele entonces inconducente, el destino de los "grandes hombres" se ve teñido, a sus ojos, por un sino trágico. Y ello se debería a que en el mundo mismo era imposible para él descubrir aquellas tendencias hacia la superación de los antagonismos; entre "civilización" y "barbarie", como vimos, ya no había para nuestro autor posibilidad de síntesis posible.

Esta brecha en el curso racional de nuestra historia sólo comienza a cerrarse tras su viaje. La concepción dicotómica de la historia se resuelve en una tríada conceptual que permite integrar el estadio de la tiranía como un momento necesario dentro de la lógica de su desarrollo. Habrá de concebir el modo como la civilización habrá de desenvolverse como el proceso por el cual se van forjando progresivamente ciertos vínculos ideales que hacen de un grupo de hombres una comunidad. El régimen municipal yanqui sería su realización más acabada y su punto culminante. Sarmiento encuentra en él no sólo un modelo institucional, sino que lo instaura como el norte empírico al que tiende necesariamente todo este despliegue histórico y en función del cual sus diversos acontecimientos se tornan inteligibles.

Con *Recuerdos...* encuentra este concepto su traducción local. Es aquí la vieja élite colonial la que habrá de ser señalada por él como aquella instancia de continuidad que articula nuestra historia en un curso progresivo

a través de sus permanentes desgarros y escisiones, aquella que le confiere un sentido racional que subtiende a su transcurso mundano signado por las contradicciones. Con ella, ese ideal de armonía que se proyecta hacia el futuro parece reencontrar sus raíces en nuestras tradiciones. Finalmente, en *Argirópolis...*, vemos el modo como este proyecto cobra su formulación político-institucional más precisa.

- 7) Sin embargo, todo este proceso de elaboración encuentra lo que podemos llamar un límite último en torno a una cuestión decisiva que impide obstinadamente su clausura. En efecto, Sarmiento no tardará en descubrir una cierta contradicción en la idea de que el sujeto pueda ser a la vez producto de su medio y su agente transformador. Esto requería la apelación a una conciencia superior capaz de sintetizar las aspiraciones nacionales, las que, sin embargo, parecerían inaccesibles a los propios actores. En fin, aquella imagen de sí mismo como "grande hombre" que se iba forjando a lo largo de sus escritos terminará siempre mostrando un fondo dramático que trasunta cierta ubicación no del todo ajustada respecto de su realidad histórica y dentro de la cual no logrará finalmente encontrar un lugar desde donde llevar a cabo sus proyectos sin verse fuertemente contradicho por las resistencias que generaría.

En el año '53 es cuando se cierra efectivamente aquella primera etapa de elaboración de su pensamiento, y comienza lo que Halperin Donghi llamó el de su "desintegración". Atravesando por distintas situaciones, todo él, sin embargo, se instala sobre una conciencia creciente de la imposibilidad de soldar en nuestro medio la brecha entre los proyectos y la realidad. Oscilando entre la frustración y el conformismo, es posible sin embargo descubrir por entre los vericuetos de este transcurso una curva que se dibuja nítidamente en el sentido de un progresivo escepticismo, el que culmina en el proyecto frustrado de *Conflicto...* Su pensamiento parece así volver a la forma inicial de *Facundo*, aunque sólo en su forma. Mientras que allí lo que trababa la realización de un Ideal de civilización era -según pensaba- la falta de elementos tales en la realidad, hacia sus últimos años -cuando creía ver ésta ya realizada-, su frustración se sustentaría, precisamente, en las formas que ella había adoptado. En aquella civilización que entonces emerge, Sarmiento sólo descubrirá la amenaza de una nueva barbarie, esta vez nacida y fecundada al abrigo de las propias fuerzas del progreso. Esto la tornarí, además, inmune a los esfuerzos que estas mismas fuerzas pudieran oponerle.

Su pensamiento va así a cargarse de tensiones a las que no acertaría en resolver conceptualmente. La realización del ideal de "Nación" en el "Mundo" va a revelar en "nuestra América" su costado paradójico; y, más grave aún, Sarmiento ya no encuentra en ella aquellos sujetos capaces de salvar la brecha abierta con las formas racionales de la civilización. En fin, ahogada en males que hunden sus raíces en lo biológico, la sociedad civil había sido aplastada por el yugo de una oligarquía dominante ahora absoluta, contrapartida nativa de la consolidación de un orden mundial que hacia los años '40 se le aparecía como algo esencialmente abierto y en pleno proceso de conformación, y que hacia los ochenta se había ya cerrado definitivamente, clausurando las posibilidades de ocupar aquellos lugares a los que no supimos acceder en su momento. Tras él pende la amenaza de la recolonización por parte de las potencias europeas. Indudablemente, el modelo historicista-racionalista ha estallado, y Sarmiento no logra construir con sus fragmentos ya nada coherente. Su realidad se le tornarí incomprendible, según el mismo contaba.

- 8) Estas comprobaciones, decíamos, sólo surgen en tanto abandonamos el plano puramente doctrinario o filosófico, para introducir en él aquella dimensión histórica inherente a toda forma de pensamiento. Esto supone concebir a nuestro autor no solamente como un ser-pensante, sino fundamentalmente como un ser-actuante, una parte activa y constitutiva de su realidad histórica. Desde esta perspectiva, su pensamiento pierde esa imagen compacta con que algunos lo interpretaron, pero no por eso se convierte en un producto arbitrario y caprichoso de las cambiantes circunstancias. En efecto, dentro de esta siempre diversa -a nivel de sus contenidos- trayectoria intelectual, es posible aún discernir, como hemos visto, ciertos mecanismos y estrategias características y relativamente más estables de conceptualizar su realidad; los que, sin embargo, no constituyen tampoco ninguna suerte de "apercepción trascendental" (a lo Kant) inmutable. Por el contrario, éstos aparecen siempre en el centro de un complejo de situaciones, sometidos a tensiones que se producen

tras cada intento por tratar de asir una cambiante realidad dentro de sus pautas y presupuestos (que, en definitiva, no son sino aquellas con que la cultura de su época le permitían hacerlo) dando así lugar a desviaciones y rupturas que irán conformando los modos diversos de respuesta que Sarmiento esbozaría ante los distintos interrogantes que se le fueron planteando a lo largo de su dilatada trayectoria intelectual. Ambos niveles de análisis (el lógico-formal y el empírico-práctico) se presuponen, pues, mutuamente, y sólo su conjunción permitiría integrar (según ha sido el objetivo del presente trabajo) la múltiple dispersión de sus contenidos sin reducirlos por ello en su especificidad. Esto es lo que podemos llamar, para utilizar los términos de Piaget, un enfoque orientado no hacia los resultados de su pensamiento, sino hacia los "mecanismos de asimilación y acomodación" por los que los mismos se producen y modifican en función de los sistemas de acciones reales o virtuales ejercidas sobre una determinada realidad histórica.

Probablemente esto no terminará de complacer a aquellos habituados a los juicios absolutos sobre nuestros personajes históricos, como tampoco a quienes piensan que a partir de una corta serie de principios (como pueden ser "iluminismo" versus "romanticismo", o "unitarismo" versus "federalismo", o bien "democracia" versus "autoritarismo", "libertad de los antiguos" versus "libertad de los modernos", etc.) se puede arrojar luz sobre toda nuestra historia del pensamiento (y por qué no, de nuestra historia sin más) y tornar transparente todo lo que en ella pudo suceder. Difícilmente, pues, este trabajo les ayude a encontrar una respuesta a lo que, según este modo de pensar, serían las "grandes cuestiones nacionales"; ni siquiera encontrarán aquí - probablemente se nos reproche- alguna pauta para poder saldar preguntas fundamentales tales como si Sarmiento fue o no, por ejemplo, un "antipatria" (o un "demócrata"). Nos queda sin embargo el consuelo de que al menos sí se ha intentado abrir un camino posible para un objetivo algo más modesto (o quizás más ambicioso), como es el de tratar de dar cuenta de un modo coherente de la mayor cantidad posible de los elementos presentes en su obra y de las cambiantes relaciones que entre éstos fueron estableciéndose a lo largo de esta verdadera aventura intelectual vivida por esa controvertida pero insoslayable figura de nuestra historia de ideas que fue Sarmiento.

## NOTAS

### Notas al Capítulo I

- (1) E.Martínez Estrada, *Sarmiento*. p.7
- (2) C.Real de Azúa, *Escritos*, p.86
- (3) Sólo uno de los elegidos para tal solemne acto se permitió una casi profética digresión. P.Groussac anticipó entonces que "las numerosas y desiguales producciones de su larga trayectoria intelectual suministrarán materia para un amplio estudio crítico, muy diversamente interesante según sea un Goyena o un del Valle quien lo realizara" (*Lo mejor de Paul Groussac*, p.103), revelando así la pervivencia de algunas cenizas de los fuegos que había desatado en vida. No obstante, señaló también como, de todos modos, las mismas estaban prontas a extinguirse: "hace ya tiempo -y casi diríamos a pesar suyo- que no contaba con enemigos ni aun adversarios" (id.,p.102), concedió como un último homenaje.
- (4) J.Ingenieros, *Sociología Argentina* , p. 266. Tal definición habrá de resonar desde entonces aun en los pensadores de las escuelas más diversas, adquiriendo, sin embargo, en cada uno de ellos, significados francamente divergentes y aun opuestos. Los desplazamientos producidos en torno a ella, muchos de ellos deliberadamente marcados pero otros impensadamente sutiles y por ello mismo (abrumados además por las brutales oposiciones que agitaron este debate) generalmente no bien advertidos, serán los que intentaremos seguir a continuación.
- (5) id., id., p.267.
- (6) F.Chávez, *Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, p.182
- (7) C.Ibarguren *La Tiranía de Rosas* , p.262
- (8) R.Doll-A.Cano (Hijo), *Las mentiras de Sarmiento. Por qué fue unitario*, p.22
- (9) id.,id.,p.28
- (10) J.Irazusta, *De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina*, p.212
- (11) El verdadero desencadenante de una historia que concebían dramática a partir de Caseros (y que se prolongaría hasta el momento de escrito dicho texto, cuando acababa de firmarse el celebre tratado Roca-Runciman) lo habría constituido el giro producido por Alberdi cuando abandonara el "historicismo nacionalista", para abrazar el "iluminismo internacionalista". Con ello habría abierto un desencuentro persistente entre los gobernantes y las necesidades y aspiraciones nacionales.
- (12) Para A.Jauretche, es en la *Historia Falsificada* de E. Palacio, publicada en 1939, donde "están preanunciados los fundamentos ideológicos del revisionismo". (*Política Nacional y Revisionismo Histórico*, p.132), lo que es indudablemente cierto por lo menos en lo que hace a la figura de nuestro autor.
- (13) E.Palacio, *La historia falsificada*, p.72
- (14) Dentro de esta heterogeneidad (el segundo de los rasgos que caracteriza esta corriente), se observa, sin embargo, un sugestivo dato persistente. Dentro de ella se destacan, como podemos ver, las figuras de los llamados "primeros nacionalistas del Centenario" (aunque no de un modo excluyente), los que siempre mantuvieron una relación problemática (algunos más, otros menos) con las nuevas versiones del nacionalismo que surgen hacia los años '30. Lo más llamativo en ellos, además, es que, a pesar de que sus estudios sobre Sarmiento se iniciaron en los comienzos mismos de su trayectoria intelectual, sólo hacia los años '40 (de allí que la coloquemos como la última de las tradiciones que surge) escriben sus primeras biografías integrales sobre nuestro autor, luego que, como afirmó Rojas, habían estado "durante treinta años (estudiando) a Sarmiento con el propósito de escribir su vida" (*El profeta de la pampa*, p.VII). ¿Por qué recién entonces se deciden a hacerlo?. Indudablemente, porque sólo se lo plantearon como necesario cuando se sintieron en la obligación de participar en un debate que se había convertido en el decisivo a la hora de definir las respectivas posturas (mientras que hasta entonces existían otros modos de establecer este tipo de delimitaciones), creyéndose además autorizados para terciar en el mismo de un modo "objetivo", dadas las simétricas distancias que creían separarlos de ambos bandos en pugna. "Los puntos de vista en que yo me sitúo para ver serenamente aquellos turbios sucesos, permítenme romper los dos bloques de 'federales' y 'unitarios'" (op.cit.,p.225), aseguraba R.Rojas. E incluso Gálvez (comúnmente asociado a los revisionistas) insistía en que el mayor mérito de su trabajo residía en haber podido colocarse "por encima de las pasiones, por sobre el tiempo y el espacio: *sub specie aeternitas* (*Sarmiento. El hombre de autoridad*, p.632).
- (15) M.Gálvez, *Sarmiento. El hombre de autoridad*, p.646
- (16) id.,id.,p.646
- (17) id.,id.,p.149
- (18) id.,id.,p.525
- (19) id.,id.,p.644
- (20) id.,id.,p.662
- (21) id.,id.,p.558
- (22) id.,id.,p.663
- (23) id.,id.,p.643
- (24) Esto se debió, fundamentalmente, a que su actitud crítica dejaba en pie la concepción fuertemente dicotómica de nuestra historia que éstos comenzaban a desarrollar, limitándose a discutir en cuál de los bandos en pugna cabría ubicar a Sarmiento.
- (25) Me refiero a *Sarmiento, la vida, las obras, las ideas, el genio y Facundo, rasgos de Sarmiento*.
- (26) id.,id.,p.59
- (27) id.,id.,p.59
- (28) id.,id.,p.16

- (29) id.,id.,p.290. De allí que para Palcos el mayor mérito de Sarmiento habría radicado en una inusual combinación de intelectual y político que le permitía traducir los principios generales en proyectos históricos concretos.
- (30) id., id., p.344
- (31) id., id., p.275
- (32) Lo conflictivo de la situación termina pues filtrándose de algún modo u otro. Cabe también aclarar que tampoco ese acercamiento ya señalado entre las élites democráticas y las masas se percibía como algo sencillo de lograr. En un medio donde la barbarie (según Palcos convencido de ello) era (al menos en tiempos de Sarmiento) predominante, dicha apertura no podía excluir cierta cuota de autoritarismo. "El voto garantizado del ciudadano argentino -decía- no habría sido posible sin el fraude ominoso /.../ a grandes males, remedios heroicos" (id.,id.,p.266) (observación inquietante en pleno auge del "fraude patriótico", aunque aclare luego que "este tutelaje no puede ser permanente") (id., id., p.268)
- (33) F.Chávez,*Historicismo e iluminismo en la cultura argentina*, p.26
- (34) id.,*Civilización y barbarie en la historia de la cultura argentina*, p.16
- (35) J.M.Rosa, *Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica*, p.130
- (36) P.de Paoli, *Sarmiento, su gravitación en el desarrollo nacional*, p. 307
- (37) Leopoldo Lugones. *Vida de Sarmiento*, p.166.
- (38) J.M.Rosa, *Historia del revisionismo y otros ensayos*, p.92
- (39) M.Rivas, *Sarmiento, mito y realidad*, p.17
- (40) id., *Sarmiento. El profeta de la pampa*, p.326-7
- (41) id.,id.,p.659
- (42) id.,id.,p.235
- (43) id., *El pensamiento vivo de Sarmiento*, p.26.
- (44) id., *El profeta de la pampa*, p.171
- (45) id., id., p.724.
- (46) Entre los escasos seguidores, sólo uno parece destacarse. N.Jitrik (*Muerte y resurrección de Facundo*), con un discurso bastante más sofisticado que el de aquel (y que, según el mismo reconoce, "quizás inclusive el método empleado por mí para llegar a esta conclusión parezca demasiado elaborado") (p.112), intentara demostrar que "en el espíritu de Sarmiento la oposición Buenos Aires-Interior estaba perfectamente formulada, pero no sólo eso, sino que también frente a ella tomaba claro partido por uno de sus términos, el interior" (p.20). Esta defensa de los intereses del Interior lo colocaría, pues, en una misma trincherera junto a Paz y Facundo, y enfrentado a Rosas, aun cuando en él "termin(e) por primar el esquema mental que sofoca la materia vivencial" (p.69). De todos modos, tal "esquema mental" resulta para él irrelevante frente a la "materia vivencial": "los conceptos de orden cultural -dice- arbitrarios y estáticos, confunden posiciones concretas, pero sólo en su formulación, no en los contenidos" (p.125). Una voz casi aislada en cuanto a sus enfoques, pero que expresaba una preocupación más profunda y generalizada: la necesidad de dar cuenta del fenómeno populista en la Argentina.
- (47) A.Orgaz, *Ensayos sarmientinos*, p. 88
- (48) J.L.Romero, *Las ideologías de la cultura nacional, y otros ensayos*, p.168
- (49) id.,id.,p.166
- (50) F.Weimberg, *El pensamiento social de Sarmiento*, p.24
- (51) id.,id.,p.25
- (52) N.Botana, *La tradición republicana*, p.487
- (53) J.P.Feinmann, *Filosofía y Nación*, p.148
- (54) id.,id.,p.138-9
- (55) id.,id.,138
- (56) id.,id.,p.147
- (57) id.,id.,p.147
- (58) id.,id.,p.146
- (59) En efecto, siguiendo esta línea de razonamiento, Feinmann bien podría haber impugnado el modelo sarmientino y proponer otro -aunque, en realidad, este no podría ser ya un "universal". De todos modos, lo que definitivamente allí no cuaja es postular que el *aufheben* ausente pudiera consistir en una conciliación conceptual entre "libertad" y "necesidad" (en el sentido *natural* de esta última). Feinmann estaría pensando, probablemente, en una suerte de *transacción* al modo como la interpretaba Romero, pero una idea tal resulta ya completamente ajena a toda concepción dialéctica de la historia; en todo caso, apelar a Hegel para fundamentar tal postura no hace más que complicar las cosas.
- (60) C.Lacay, *Sarmiento, su influencia en la formación de la ideología de la clase dominante*, p. 149
- (61) Por supuesto, éste no podía ser completo, aunque sí intenta ser representativo. Hay un autor que evidentemente debiera estar mencionado: T. Halperín Donghi. Si lo excluimos de este repaso, se debe a que sus análisis escapan a la posibilidad de ser encuadrados dentro de este esquema propuesto. De todos modos, a él se hará referencia a lo largo del trabajo.
- (62) En efecto, en tanto que se parta del presupuesto de la existencia de fuerzas tales que motorizan la historia, éstas resultan, por definición, imposibles de conciliar, puesto que de ser ello posible no serían ya tan elementales, esto es, habrían entonces de participar ambas de algún principio más primitivo que ellas que las unificara.
- (63) "Dicotomía -decía- significa no rivalidad sino avenimiento de dos fracciones que perviven con la misma fuerza lógica y con el mismo derecho natural de actos históricos auténticos: la historia colonial y la historia republicana. Tanto una historia como la otra tenían los mismos derechos a constituirse en ortodoxa, y de pretender calificar a la otra como contraria a los verdaderos ideales nacionales"

- (Sarmiento, p.56).
- (64) No es que Martínez Estrada se fiara tampoco de la ingenua imagen idílica de la época de Sarmiento como una suerte de perdida "edad de oro". Para un pensamiento trágico como el suyo, nunca nada siquiera parecido a una primitiva virtud o perdido paraíso terrenal le podría haber sido dado al hombre. Justamente el no comprender ello fue el error del autor de *Facundo*: "de haber tenido conciencia de las dificultades habría desistido al comienzo como desistió al final" (p.178), decía.
- (65) E.Martínez Estrada, *Sarmiento*, p.183.
- (66) id.,id.,p.9
- (67) id.,id.,id..
- (68) id.,id.,p.175
- (69) En definitiva, el autor de *Radiografía de la Pampa* estaba mirando con un ojo a la época de Sarmiento, mientras el otro se espantaba con el espectáculo de Auschwitz, y pronto ambas imágenes terminaron confundíendosele. "Sarmiento dijo que Rosas asumió el poder monárquico en formas americanas. Esa estructura, esos métodos probados cien años antes, son reelaborados sabiamente, actualizados por Mussolini, Hitler, Hirohito y Franco y se propagan por contagio (como recidiva endémica) en Hispanoamérica. El nacifascismo que cunde, bajo los auspicios de Inglaterra y Norteamérica /.../ no como una ideología de importación, sino como un retroceso y entronque con la historia colonial y postcolonial disimulada en un andamiaje democrático - republicano" (p.39), en fin, la misma vieja sempiterna lucha que se reiteraba bajo nuevas formas, se vestía con nuevos trajes sólo para atraer a los incautos.
- (70) J.L.Romero, op.cit., p.165
- (71) En último análisis, el supuesto de la universalidad de la fórmula sarmientina descansa en la creencia de tono místico en la existencia de una unidad esencial de nuestro transcurso histórico que subyace tras la diversidad de sus manifestaciones y circunstancias.
- (72) Por otro lado (y a modo de refuerzo de tal hipótesis), hay que suponer que si el mismo ha dado lugar a las más diversas lecturas, ello solo fue posible porque en él podrían hallarse los más encontrados matices que sostengan tan disímiles interpretaciones; en todo caso, sería del todo simplista atribuirlo sencillamente a la pura elaboración polémica postrera.
- (73) Los desplazamientos y rupturas a este nivel, si no están en absoluto ausentes, no obstante son siempre resultado de un proceso histórico (o de una praxis) mucho más complejo que, por ejemplo, el mero juego de "conjeturas y refutaciones" popperiano (como lo demuestran los estudios de Lakatos y Stegmüller).
- (74) Cabe aclarar por que no fue ésta la propuesta original de Romero. El hecho de que este tendiera, digamos, a ontologizar y universalizar dichas "fuerzas primarias" (es decir, a concebirlas como una suerte de mero "reflejo en la conciencia" de fuerzas históricas concretas, eternamente presentes y actuantes además) y no viera en ellas básicamente un modo específico e históricamente determinado de concebir la realidad, lo condujo a orientarse en el sentido de buscar medirlas en función de su eficacia para captar las virtudes esenciales a toda realidad histórica; para decirlo en la terminología aportada por Reichembach, priorizando las cuestiones relativas a la "justificación" de sus ideas, independientemente de lo que hace a su "contexto de descubrimiento". De allí, pues, que para este autor dicho modelo pudiera extrapolarse y aplicarse a los más diversos contextos. Ahora bien, si nada impide tales reelaboraciones entiendo, sin embargo, que en esos casos habría ya que intentar comprenderlas en función del contexto específico en que las mismas se producen. En todo caso, no pueden atribuírsele sin más a Sarmiento (ya sea a fin de apoyar sus ideas, o bien para cuestionarlas).
- (75) En este sentido, habremos de tomar el trabajo de J.L.Guerrero, *Tres temas de filosofía en las entrañas del 'Facundo'*, como base para nuestro intento de precisar los rasgos que definirían lo que podemos llamar la "problemática" (en el sentido de Althusser, como "conjunto de preguntas") sarmientina. Apoyándose en la categorías de "Hombre", "Mundo" y "Nación", Guerrero señaló, en primer lugar, la serie de desplazamientos que, en el ordenamiento de dicha tríada, supuso la introducción del ideario romántico, para luego tratar de identificar aquellos rasgos particulares que el mismo adquiere en el pensamiento de nuestro autor. Y si bien, el tratamiento de Guerrero resulta algo tradicional y esencialmente estático, puede sí convertirse en una poderosa herramienta de análisis con sólo introducir en el mismo cierta profundidad histórica.
- (76) Indudablemente, nada hay más cierto que la célebre máxima de Croce de que "toda historia es historia contemporáneo". Feinmann, por ejemplo, señala claramente ello cuando afirma que en todo estudio histórico "lo que está en juego es el presente" (*Filosofía y Nación*, p.15). Sin embargo, resulta por lo menos excesivo pretender fundar exclusivamente en ello la validez de una determinada interpretación histórica, alegando simplemente que "Para nosotros, est(a) es (la) verdader(a). Porque, desde luego, es la nuestra." (*Filosofía y Nación*, p.15). En todo caso, las relaciones entre presente y pasado (como entre política e historia) son siempre demasiado complicadas como para ofrecer en sí mismas un principio explicativo suficiente, siendo que resultan más bien ellas mismas un problema a resolver. A modo de ejemplo, bien podrían señalarse obras de autores afines al pensamiento "presente" de Feinmann y que, no obstante, en sus elaboraciones históricas se acercan mucho a las de sus "enemigos" políticos, y viceversa.

## Notas al Capítulo II

- (1) Aquellos que van de 1840 a 1845 se los suele considerar, con justicia, como constituyendo una suerte de "período formativo" por el cual el *Facundo* habría ido cobrando forma. Ahora bien, dicho esto así, de un modo tan general, se acerca demasiado a la obviedad: es evidente que todo lo que allí escribió ha sido resultado de un proceso más o menos prolongado de elaboración previa del cual sus escritos anteriores nos darían testimonio. No sería pues difícil rastrear en ellos estos "antecedentes". Sin embargo, forzar un análisis semejante hasta hacer del mismo el mero recipiente o la continuación lineal del conjunto de ideas esbozadas previamente llevaría a perder de vista aquello específico que este viene a aportar. En todo caso, acordemos salomónicamente, ninguno de tales llamados "antecedentes" alcanza a explicar por sí el *Facundo*, aunque tampoco este se entendería sin considerar a aquéllos. La explicitación de la realidad de ambas afirmaciones (señalando a la vez tanto aquellos elementos que van apareciendo en el pensamiento de Sarmiento previo al *Facundo* y se prolongan en él, así como lo específico que éste viene a introducir en ellos) será el doble objetivo que guiará los capítulos siguientes.
- (2) En los hechos, ello no va a ser exactamente así sino algo más complicado: tales "líneas", en realidad, sólo se fueron conformando (y también modificando) sobre la misma marcha y en función de las propias necesidades y alternativas que el mismo desarrollo del "juego" irían proponiendo. Pero dado que estos mismos desplazamientos requieren a su vez, en cada caso, de una explicación, se justifica pues que hagamos momentáneamente abstracción de este desarrollo para señalar, en tanto que punto de referencia genérico, cuáles habrían sido las ideas fundamentales (recogidas, como el propio Sarmiento ha señalado, en lecturas que no siempre siguieron un orden riguroso, ni ordenadas tampoco por el de un modo demasiado sistemático) sobre las que se sostenían estos primeros escritos. Luego sí entonces podremos integrarlas y hacerlas jugar dentro de una determinada trama histórica.
- (3) Esto habría para él de expresarse en Chile con la polémica literaria entre romanticismo y clasicismo. "Bajo la apariencia de una cuestión literaria -decía-, se han desenvuelto principios sociales [...] y se han despertado esas dos tendencias que se hacen la guerra en todas las sociedades y que en la nuestra [se refiere a Chile] parecían adormecidas: la del progreso y la del statu-quo." (*El Mercurio*, 7/8/42. OC.I, p.325)
- (4) "Así, pues, la población del mundo está sujeta a revoluciones que reconocen leyes inmutables; las razas fuertes exterminan a las débiles, los pueblos civilizados suplantán en la posesión de la tierra a los salvajes [...] creemos, pues, que no deberían ya nuestros escritores [se refiere a Lastarria] insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de la América..." (*El Progreso*, 27/9/44. OC.II, p.218)
- (5) "En cuanto a los chilenos -decía- ¡Oh! eso es otra cosa. Como viven al frente de esa estupenda cordillera que ves allí, sus hábitos naturales participan del carácter de esa naturaleza estupenda..." (*El Mercurio*, 23/2/41. OC.I, p.10).
- (6) Ella "no escribe -decía- para escribir, como la romántica, ni para imitar maquinalmente, como la clásica, sino para servir los intereses de la sociedad" (OC.I, p.315).
- (7) Dicha consideración "sociológica" cabría, pues, no sólo con respecto a las ideas. Análogamente, en la medida en que constituyen siempre configuraciones de un principio determinado y tienden a ejercer su influencia sobre el espíritu y las acciones de los hombres, también vale para todo acto o medida de gobierno, legislación, proclama, e, incluso, todo escrito periodístico. Tal es el caso, por ejemplo, de las políticas de fomento de la agricultura. Como Sarmiento solía decir, "el primer cuidado al dedicarse a la práctica de un arte es en primer lugar considerar la influencia que puede tener en la sociedad" (*El Mercurio*, 4/7/41, OC.I, p.81). Si la necesidad de su difusión se instala como uno de los tópicos centrales en toda su producción político-literaria (y aun en su acción de gobierno), se debió siempre, como veremos, fundamentalmente a consideraciones precisas sobre el supuesto nuevo orden social que con ella habría de suscitarse.
- (8) La sola introducción de una mercancía extranjera, por ejemplo, puede producir profundas transformaciones espirituales en la sociedad. "Las mercancías y la concurrencia extranjera afectan como de primera mano los intereses materiales; pero luego obran sobre nuestros ánimos efectos morales que prometen cambiar la faz del país [...] los efectos europeos exhalan un olor a civilización, que esparciéndose por el aire, imprime a toda actividad y movimiento." (*El Mercurio* 2/9/42. OC.I, p.133)
- (9) Ya en su segundo artículo para la prensa chilena aseguraba que "los pueblos [...] descubren su genio, su espíritu, sus necesidades y su civilización, en la manera y forma de sus equipajes y vestidos" (*El Mercurio*, 23/2/41, OC.I, p.9) y esta idea no lo va a abandonar más. Ella habrá de convertirse en uno de sus recursos expresivos fundamentales.

### Notas al Capítulo III

- (1) Contra todas las previsiones, burlando las mismas leyes de la historia y haciendo caso omiso a las más mínimas exigencias de la razón, podrá quizás, por increíble que parezca, imponerse esta vez (como efectivamente parece que habrá de ocurrir, luego de la derrota de Lavalle) el principio retrógrado; pero ello debe de responder a causas precisas a las que Sarmiento intenta descubrir. "Si el orden de cosas triunfante por todas partes, si los resultados que vemos prepararse por todas partes tienen un cumplido éxito, veremos desaparecer bien pronto toda pretensión de constitución, toda jerga de gobierno popular, para ceder el lugar al arbitrario poder discrecional de uno solo. Y no es esto un resultado aislado ni accidental; nace de causas profundamente arraigadas en nuestras costumbres y el absolutismo halla por todas partes en la falta de ideas y en lo retrógrado y estacionario del pensamiento." (*El Mercurio*, 10/8/41. OC.IX, pp.10-11)
- (2) "En una palabra, nosotros tenemos una fe profunda en todos los medios de cultura intelectual y moral, como asimismo en los medios y resultados de la cultura material /.../ con algunos años de gobierno estable y regular, conducidos por espíritus ilustrados y firmes, la civilización penetrará hasta aquellos salvajes habitantes de las llanuras de Buenos Aires." (*El Nacional*, 14 y 24/4/41. OC. IX, p.14)
- (3) Se equivocaban, pues, los "hombres de Europa" que piensan que "Rosas es invencible, tiene opinión, y la libertad ha perdido para siempre sus títulos en el suelo argentino." (id., p.77). Un malentendido tal se funda en un desconocimiento completo de nuestra realidad; significa colocarnos, junto a Asia, por fuera del despliegue de histórico universal, condenados a la marginación del círculo de las naciones civilizadas; idea, para él, francamente insostenible. "...si bien -decía- no hay todavía una alta civilización como en los más avanzados de Europa, hay, a diferencia de las sociedades asiáticas, un pleno conocimiento de lo que ella es..." (*El Nacional*, 23/3/42. OC. XII, pp.139-140).
- (4) Sólo así se explica su confianza, cuando todo parecía indicar lo contrario, en la inminencia del derrumbe de la tiranía. "Los grandes destinos de aquella rica porción de América están próximos a cumplirse." (*El Herald Argentino*, 23/12/42. OC.VI, p.97), confiaba. Sencillamente, porque pensar lo contrario sería pensar un absurdo. "Gloriémonos, pues, de pertenecer a esa raza de titanes que saca nuevas fuerzas de sus quebrantos y no desesperemos del porvenir de nuestra patria", decía, "¿Cómo ha podido creerse que una sociedad entera convenga en ser dispersada como las hojas de los árboles de otoño, al soplo del huracán de las pasiones de un malvado? /.../ ¿Cómo puede vivir en una sociedad nueva un gobierno que ha hecho de la parte más sana de ella una legión de enemigos que sólo podrán ser sometidos por la irresistible fuerza de las armas y el peso de las cadenas? /.../ Es un hecho común ver a millares de jóvenes abandonar las aulas, a los abogados sus buffetes, a los médicos la cabecera del enfermo, a los comerciantes el mostrador, al cómico las tablas, para ir a formar de su cuerpo murallas que contengan el poder del tirano, y recibir sin mengua la muerte del soldado..." (id., p.96). Se engañaban por lo tanto quienes pensaban que el enfrentamiento había acabado, puesto que este sólo habría de hacerlo, estaba convencido de ello, cuando las fuerzas de la civilización se impusieran definitivamente (lo que creía, además, que habría de ocurrir pronto). "¿Se ha extinguido ya el fuego santo que en otro tiempo la iluminaba? Pero, ilusos los que así piensan! ¿Dónde están los síntomas de esta extinción tan preconizada?" /.../ Por Dios! No nos dejemos fascinar de los juicios de los apocados" (id., p.97). "La guerra que nuestros compatriotas hacen al tirano esta a punto de dar resultados decisivos" (id.97)
- (5) La única pista que al respecto podemos rastrear se encuentra en su afirmación de que "nunca ha sido más poderosa la libertad que cuando, como hoy, brota por entre las manos de los verdugos; nunca dio la República síntomas menos equívocos de vida ni mayores esperanzas." (id., p.97). Aunque quizás resulte aun una interpretación algo forzada, pareciera que Sarmiento entreviera la posibilidad de que la ansiada libertad pudiera resurgir como el ave Fénix de entre las propias ruinas dejadas por la barbarie. De todos modos, resultaría aventurado especular aun sobre una hipótesis tal apenas esbozada.
- (6) "Los argentinos residentes en Chile -decía-, proscritos de su patria, pierden desde hoy la nacionalidad /.../ la patria no esta en el lugar en que nos ha visto nacer, sino a condición de ser el teatro en que se desenvuelve la existencia del hombre. /.../ Ahora no hay más patria que Chile; para Chile debemos vivir solamente y en esta nueva afección deben ahogarse todas nuestras afecciones nacionales." (*El Progreso* 11/1/43. OC.VI, pp.104-105).
- (7) "No olvidemos -decía- que Rosas es el representante de un principio; y el gobierno que ha establecido, si la razón y la humanidad están de acuerdo en odiarlo, no por eso ha recibido menos la sanción imperiosa que la opinión de los hombres da a los hechos consumados. Rosas, por medios desusados en nuestros tiempos, destruyendo y exterminando a los hombres, ha logrado extinguir toda idea de oposición." (id., p.103)
- (8) Si en la *Vida de Aldao* (que más adelante habrá Sarmiento de calificar como "un juguete con pretensiones literarias") se nos dibuja con perfiles nítidos la relación profunda que guarda un determinado medio y su figura representativa, e incluso se nos revela en las mismas desdichas que quienes por no compartirla debieron padecer, con ello no basta aún para configurar una verdadera "biografía" (en el sentido que Sarmiento daba a dicho término). Recordemos que decía al respecto. "La biografía de un hombre que ha desempeñado un gran papel en una época y país dados, es el resultado de la historia contemporánea iluminada con los animados colores que reflejan las costumbres y hábitos nacionales; las ideas dominantes, las tendencias de la civilización, y la dirección especial que el genio de los grandes hombres puede imprimir a la sociedad". "César, Pompeyo y Bruto, no obstante ser contemporáneos; han representado cada uno de los grandes intereses de la sociedad romana, en pugna entonces entre sí y librándose entonces el último combate que debía hacer prevalecer al más fuerte; y en su vida privada, en su carácter especial y en las doctrinas en que habían sido educados se encuentra más bien la explicación de sus hechos públicos que no en las narraciones simplemente históricas" (*El Mercurio*, 20/5/42. OC.I, pp.178-179). Faltaría pues aun en esta obra terminar de identificar cuáles eran nuestros César, Pompeyo y Bruto, para reconstruir en torno de ellos el drama de nuestra historia contemporánea.

#### Notas al Capítulo IV

- (1) Este desierto metafísico encuentra, además, su conformación biológica más adecuada en la particular mezcla de razas que constituyera nuestra población de las campañas. Así, el caudillo es también resultado de la pereza, el desprecio por el trabajo creativo que nos legaran las razas indígena, negra y española.
- (2) "¿Qué secreto -decía- es este rastreador? ¿Qué poder microscópico se desenvuelve en la vista de estos hombres? ¡Cuán sublime criatura es la que Dios hizo a su imagen y semejanza!" (pag.45)
- (3) Hegel definió a estos "grandes hombres" como "individuos totales que comprenden en sí brillantemente lo que generalmente se halla separado y diseminado en el carácter nacional, y que en ellos se mantienen como caracteres libres, grandes y humanamente hermosos"
- (4) E. Anderson Imbert, *Genio y figura de Sarmiento*, p.55.
- (5) "Toda la vida pública de Quiroga -decía- me parece resumida en esos datos. Veo en ellos el hombre grande, el hombre de genio a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma" (pag.80)
- (6) Esta idea resulta por completo extraña a las concepciones evolucionistas de la historia, y sólo habría de ser introducida en el pensamiento historiográfico cuando aquellas empezaran a entrar en crisis hacia fines de siglo pasado, por obra de los neokantianos (algo que acompañará, por otro lado, las redefiniciones producidas en la misma biología con la teoría de las mutaciones azarosas de Hugo de Vries). Huizinga también fue particularmente explícito al respecto cuando afirmaba que "todo contexto histórico es siempre abierto" ("La tarea de la Historia cultural", en *Hombres e ideas*, Cía General Fabril Editora, Bs.As., 1960, p.34), y daba el ejemplo de la conquista de América. Ningún estudio de las culturas precolombinas podía ayudarnos a explicar, según él, el arribo de Colón y la posterior conquista, porque fue algo que se introdujo "desde afuera" a las mismas. Pues bien, fenómenos tales son los que ocurrirían a lo largo de toda la historia (dado que ésta es "siempre abierta"), es más, "todo desarrollo histórico -decía- es consecuencia de bruscos cambios, diversiones en cada momento" (id., p.35). Esta idea es también la base de la filosofía bergsoniana de la "evolución creadora" (que él contraponía a la de "desarrollo"). Ahora bien, de ningún modo esto era concebible por un pensador formado en las ideas fuertemente evolucionistas (concepción que se resumía en la máxima de Bossuet que afirmaba que "el capullo explica la rosa") dominantes a principios del siglo pasado. En ellas, todo "cambio brusco" o "ruptura" supondría un corte en el curso lógico del desenvolvimiento histórico que haría imposible su comprensión racional. Sarmiento tiene aquí que conciliar esta exigencia racionalista - evolucionista con su visión del fenómeno rosista como algo que escapa a toda determinación orgánica y que, por lo tanto, teñiría de irracionalidad todo el transcurso histórico.
- (7) "La lucha de las ciudades contra las campañas -decía- se ha acabado; el odio contra Rosas ha unido estos elementos; los antiguos federales y los viejos unitarios, como la nueva generación, han sido perseguidos por él y se han unido." (p.242)
- (8) En efecto, una vez que Sarmiento logra una pintura convincente de las causas profundas que condujeron a Rosas al triunfo, de la peculiar conjunción de acontecimientos que lo engendraron, por extraño que pudiera haber parecido en otros contextos un fenómeno tal, este desenlace resulta ya tan evidente que torna problemático comprender cómo podría haberse evitado (de allí que normalmente se interprete que este hecho resultaba para nuestro autor de una determinación del medio). Sarmiento mismo parecía advertir este tipo de dificultades: "¿Rosas, según esto, no es un hecho aislado, una aberración, una monstruosidad? Es, por el contrario, una manifestación social; es una fórmula de una manera de ser de un pueblo. ¿Para qué os obstináis en combatirlo, si es fatal, forzoso y lógico? ¡Dios mío! ¡Por que lo combatis!...¿Acaso porque la empresa es ardua, es por eso absurda?" (p.17). Intentará entonces demostrar una y otra vez a lo largo de toda la obra que hubo posibilidades ciertas de detener y tronchar esta marcha. Sin embargo, en esa misma insistencia se revela su escasa eficacia para convencer al lector: mientras que en esta puja la realidad del poder de Rosas surge naturalmente de la propia descripción del contexto en que según Sarmiento ella se desenvolvía, la empresa de sus opositores se ve teñida siempre de un radical voluntarismo, con endeble raíces históricas.
- (9) No viene al caso analizar aquí la viabilidad o no del plan concreto de acción que proponía, aunque lo cierto es que por el momento (y por bastante tiempo más) los destinatarios del mismo iban a aparecer de un modo necesariamente genérico ("grandes potencias" que en realidad no se sentían del todo incómodas con Rosas, generales como Paz que ya no podían aspirar más que a un retiro honorable), en fin, llegado al punto del enfrentamiento con Rosas todo el cuadro pierde vida. Lo que sí interesa señalar es el hecho de que la irrupción de un plan tal, cuyos referentes políticos (al igual que las fuerzas sociales que estos encarnarían) resultaban aún difusos, produce un verdadero salto en la lógica del discurso, la línea argumental se rompe, y los diversos nudos conceptuales se desarrollan sin terminar de soldarse entre sí. El carácter paradójico que adquiere la irrupción del fenómeno del rosismo, el que aparezca como un elemento imposible de integrar en el curso de un desarrollo orgánico de nuestra historia, termina conspirando contra todo intento por tornarnos inteligible su, según lo anunciado, supuestamente necesario derrumbe subsiguiente.
- (10) Esta interpretación (muchas veces rechazada explícitamente por el propio Sarmiento) tiene larga historia. Ya Alsina, en sus notas a la edición de 1851 definía lo que él entendía como el núcleo conceptual de la obra en estos términos: "Ud. se propone mostrar la lucha activa entre la Civilización y la Barbarie; la lucha cuyos gérmenes venían de largos años atrás, existía sordamente: la lucha entre las campañas y las ciudades, y en la que, por una ley necesaria, y casi por una especie de fatalismo, aquéllas triunfaron y debían triunfar." (*Facundo*, p.256. Ed. Hyspamérica, 1986)
- (11) En su respuesta a V.Alsina de abril de 1851 decía: "He suprimido la introducción, como inútil, y los dos capítulos últimos como ociosos hoy, recordando una indicación de usted en 1846 en Montevideo, en que me insinuaba que el libro estaba terminado en la muerte de Quiroga." (p.253) "La historia de la tiranía de Rosas es la más solemne, la más sublime y la más triste página de la historia humana /.../ Los hechos están allí consignados, clasificados, probados, documentados; fáltales, empero, el hilo conductor que ha de ligarlos en un solo hecho, el soplo de vida que ha de hacerlos enderezar todos a un tiempo a la vista del espectador y convertirlos en cuadro vivo..." (p.254). En esta decisión, se ha argumentado, habrían tallado otro tipo de consideraciones, tales como la inactualidad del

programa entonces propuesto. Sin embargo, puede también encontrarse allí una razón algo más profunda (o al menos no tan inmediata): que todo el capítulo posterior a la afirmación de Rosas en el poder (donde intentaría revelarnos el modo en que éste habría de derrumbarse) resultaba todavía resistente a dejarse asir a las pautas con las cuales Sarmiento intentaba aprehenderlo. Incluso algunos estudios parecen probar que esta tercera parte tampoco formaba parte de la obra original, sino que consistiría en un agregado posterior (ver E. Garrels, "El *Facundo* como folletín", en *Revista Iberoamericana*, No 143).

- (12) "Una cosa debo notar -decía-, y es que López, vencido en varios encuentros, solicita en vano una paz tolerable; que Rosas piensa seriamente trasladarse al Brasil. Lavalle se niega a toda transacción y sucumbe. ¿No véis al unitario entero en este desdén del gaucho...? /.../ Si Lavalle hubiera adoptado otra línea de conducta /.../ ¿El gobierno de sangre de las pampas, habría tenido lugar?" (pag.130)
- (13) Una primera tendencia hacia una síntesis superadora originaria del elemento culto y civilizado, surge con "los jóvenes del Colegio de Ciencias Morales". Llamados a ser la cabeza de un colosal movimiento contra Rosas, no supieron, sin embargo, ponerse a la altura de las circunstancias, "eran fuerzas juveniles e inexpertas". La conclusión que extrae Sarmiento es lacónica: "Faltáronnos los jóvenes de la Escuela Politécnica para que encabezasen a una ciudad que sólo pedía una voz de mando para salir a las calles y desbaratar la Mazorca y desalojar al canchal" (pag.227). Sus indecisiones fueron fatales, igual que las demoras de Maza quien tuvo "en sus manos la suerte de Rosas durante cuatro meses".
- (14) "La fortuna es ciega -decía-, y un día que no acierte a encontrar a su favorito entre el humo denso y la polvareda sofocante de los combates, ¡adiós tirano!, ¡adiós tiranfa!" (pag. 18).
- (15) Lukasiwicks señaló cómo en todo contexto cerrado, como son los sistemas lógicos, la introducción de un solo elemento contingente torna en tal a todo el sistema.
- (16) Como el mismo Sarmiento afirma, respecto de Quiroga, éste "explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular" (p.20).
- (17) T. Halperín Donghi es quien mejor describía esta situación cuando decía en su prólogo a *Campaña en el Ejército Grande* que: "Así la Argentina dividida hasta en sus raíces en dos mundos enemigos que nos propone *Facundo*, es la expresión, en el lenguaje que una cultura romántica proporcionó a Sarmiento, de la durísima experiencia política que su patria estaba atravesando. Pero lo que esa imagen no proporcionaba era una salida para el trágico desgarramiento /.../ para eso el lenguaje romántico no tenía nada que sugerir. O sí lo tenía: un a modo de derrumbe catastrófico, en que se borrasen hasta los vestigio de los mundos en pugna. Pero esta solución /.../ no la aceptó Sarmiento en su literalidad".

## Notas al Capítulo V

- (1) "Hemos tenido, por fin, noticias de aquel desgraciado país, por las que se ve que la catástrofe del sangriento drama de diez años de violencia y atrocidades se acerca. Inútiles han sido los esfuerzos de la Francia y de la Inglaterra por dar una solución pacífica a aquel inextricable nudo en que ha venido a confundirse la vida de los habitantes, la libertad y las instituciones de la República, la paz y la independencia de los estados vecinos, y por último, la seguridad y prosperidad del comercio europeo." (*El Progreso* 1/9/45. OC. VI, p.185). "La cuestión del Río de la Plata toca, pues, a su término, porque tal es su complicación, que no puede solverse en uno de sus puntos, sin arrastrar tras de sí la solución de todos los demás." (id., p.187)
- (2) En la filosofía de la historia de la época los términos más frecuentes (postulados por Hegel, y difundidos en Francia por Guizot) eran los de la "unidad" y la "diferencia", que servían de clave para analizar la lógica de la dialéctica histórica.
- (3) "Entonces -decía- se siente la incapacidad de observar, por falta de la necesaria preparación de espíritu, que deja turbio y miope el ojo..." (p.XIV).
- (4) "...por que lo presente -decía- sirvió para explicar lo pasado, y el estudio de lo pasado daba el porque de lo presente." (pag. 287).
- (5) "Donde todos los hombres son iguales al último individuo de la sociedad, no hay protección para el débil...", comprobaba.
- (6) Ambas cuestiones, en última instancia, se supondrían mutuamente: si el sentido de una historia sólo se revela a los propios actores ello resulta justamente del hecho de que son ellos mismos quienes la van guiando y creando con su propio accionar.
- (7) "...al revés de ahora cincuenta años, en que la comedia escrita era la obra maestra, lo que iba a exponerse y representarse, ahora es el actor... /.../ Dado el actor y sus habilidades conocidas, vienen las palabras, la música, el tono para su voz, y después el traje que realiza el personaje y la época que finge." (pag.210).
- (8) El progreso se reafirma así como un valor, además de una exigencia histórica. Este doble carácter atribuido a la noción del "progreso" en la historia es lo que define, para P. Benichou (ver *El tiempo de los profetas* F.C.E., México, 1984), lo más característico del pensamiento del período. Esto deriva, en última instancia, del carácter racionalista - evolucionista de la misma. Según ésta, la historia tiende, en virtud de su propia dinámica inmanente, a la plena realización de los valores universales -e intrínsecos a la condición humana- de la libertad, y no cabría (ni tendría tampoco sentido para ellos) postular instancia ideal trascendente alguna en función de la cual puedan éstos referirse o discutirse; esto sería, entenderían, un "racionalismo abstracto" propio del pensamiento iluminista.
- (9) "La libertad individual -decía- esta en cada punto del globo apoyada por la humanidad civilizada entera; y cuando hubiese un pueblo que se inclinase a entrar en el ciclo fatal del despotismo que se le asigna, el espectáculo, la influencia de cien otros que entran en el período de libertad lo retendrían en la fatal pendiente. El primer período del ciclo fue la antropofagia. ¿Qué pueblo ha vuelto a recorrerlo una vez salido de él? El último es la democracia. ¿Qué pueblo ha sido demócrata en el sentido moderno /.../ y que haya salido de este terreno para fundar monarquías, aristocracias?"
- (10) Según dice, es algo que "no obstante referirse a principios inherentes a la especie humana, no ha sido hasta hoy de una manera precisa establecido". "Hasta de palabra adecuada carecen para indicarlo los idiomas" (p.492).
- (11) "Entre los europeos y los árabes en África, no hay ahora ni nunca habrá amalgama ni asimilación posible; el uno o el otro pueblo tendrá que desaparecer, retirarse o disolverse; y amo demasiado la civilización para no desear desde ahora el triunfo definitivo en África de los pueblos civilizados." (p.253)
- (12) Y ello era para él un signo inconfundible que anunciaba nuevas revoluciones y convulsiones (como las que efectivamente estaban prontas a desencadenarse).
- (13) De allí que para él Prusia fuera mucho más apta para la civilización que Francia, puesto que allí la educación había comenzado ya a extenderse a todas sus clases.
- (14) Aquélla, comprueba, no se mediría simplemente por "las costumbres muelles" o "las fuerzas que el hombre civilizado desarrolla para someter a su uso la naturaleza" (p. 456), que es lo que define a la "civilidad", sino por la aplicación de todo ello "a la comodidad, placer y elevación moral del mayor número de individuos." (p.363).
- (15) La aldea yanqui "es ya todo el Estado", dice, allí se manifiesta como patrimonio de toda la nación lo que en Europa quedaba reducido al mundo de las clases aristocráticas. "Los Estados Unidos están en ella con todos sus accidentes, cosa que no puede decirse de nación alguna. La aldea francesa o chilena es la negación de la Francia o de Chile, y nadie quisiera aceptar ni sus costumbres, ni sus vestidos, ni sus ideas, como manifestación de la civilización nacional. La aldea norteamericana es ya todo el Estado, en su gobierno civil, su prensa, sus escuelas, sus bancos, su municipalidad, su censo, su espíritu y su apariencia." (p.452)
- (16) De ese modo se evitaban dos grandes peligros. Por un lado, nadie tenía allí interés alguno en generar la anarquía (y, por lo tanto, tampoco nadie podía aprovechar de ello para instaurar el despotismo). Por otro lado, se superaba así el estancamiento material y se difundía el espíritu de industria desde el momento en que, como es de suponer, cada uno estaría allí naturalmente interesado en mejorar sus propiedades.

## Notas al Capítulo VI

- (1) No dudaba entonces de que "el comercio y la riqueza que desenvuelven, tienen los mismos instintos creadores en todas partes y allá como aquí, seguros del lucro, improvisaran naves y puertos" (*Sud América*, 1/2/51. OC.VI, p.341). Tan seguro estaba de ello que llega incluso a rechazar formas de proteccionismo que hasta antes de su viaje juzgaba imprescindibles: "...sería un grave error -decía- aconsejar la adopción de sistema económico, que reclaman los pueblos más desarrollados del mundo, a otros que apenas empiezan a ensayar sus pasos en la carrera del comercio y la industria ./../ Los ingleses, apoyándose en los andadores de las leyes restrictivas, habfan acumulado la industria más vasta que ha existido en Europa." (*El Mercurio*, 5/7/43. OC.X, p.71). Ahora, en cambio, aseguraba que "todo impuesto que tenga por objeto proteger una industria nacional no hace más que meter mano en el bolsillo de los consumidores, que son la nación" (*Sud América*, 17/3/51. OC.VI, p.383).
- (2) "Como costos -decía-, aquella nos aventaja, no por la baratura del salario, sino por la abundancia de la cosecha debida a los medios inteligentes empleados, y las fuerzas mecánicas que el agricultor emplea. Si a esto se añade la economía que producen los molinos de vapor, las perfectas condiciones de las barricadas, el transporte por canales, la abundante marina para la exportación, nuestros frutos interiores, bajo todas las condiciones, no tienen prospecto posible de exportación en lo futuro." (*La Crónica*, 1849. OC.XXIII, p.93)
- (3) "Guardaos de decir en nombre de las ideas del gobierno, que las insignificantes luchas de la industria son la guerra del rico contra el pobre, que esa idea lanzada en la sociedad puede un día estallar ./../ Nosotros no queremos ver llegar ese día; es ya demasiado triste, demasiado vergonzoso el espectáculo de la América del Sur ./../ para no temblar con la perspectiva de tantos males; pero curad la llaga, cicatrizadla, si no queréis que os llegue al corazón." (*La Crónica* 2/9/49. OC.IX, p.36). La amenaza que con ella pende es la de la desposesión "a la clase educada de la sociedad del poder, para pasarlo a las clases inferiores" (*La Crónica* 25/11/49. OC.IX, p.207). Es necesario, pues, darle a conocer a los obreros las rigurosas leyes que "sigue el salario en sus altas y en sus bajas" a fin de que "no abriguen enconos infundados ni esperanzas irrealizables"; en fin, que no interpreten tales oscilaciones como una cuestión que pudiera involucrar algo más que lo que determinan las propias reglas del mercado. Estas se imponen siempre de un modo tan ineluctable que hacen inútil cualquier resistencia; los convenios, las medidas sociales, no podrán nunca alterar este "orden natural de las cosas". "Toda medida, pues, que tienda a fijar el salario del trabajador, en cualquier industria, será en definitiva ruinosa para los trabajadores mismos ./../ Todo convenio por solemne que sea entre los empresarios será igualmente irrisorio ./../ Todo mancomunamiento de los obreros, traerá por única consecuencia la perturbación momentánea de los trabajos, y la vuelta al orden natural de las cosas. En industria no hay otra cosa que egoísmo, porque esta es su base; y no tiene otro freno que la conveniencia ./../ El resultado general de esta pugna de intereses en el estado actual de las sociedades, es benéfico para las mayorías." (*La Crónica* 25/2/49. OC.X, pp.225-226)
- (4) "...la marcha de los acontecimientos es fatal, aunque sea larga la serie de pruebas y dificultades..." (*La Crónica* 7/10/49. OC.IX, p.354). "Debía por consiguiente llegar el día también en que se exigiría que la razón, que ha establecido su imperio sobre la política, lo extendiese más lejos aun y organizase en el interés de todos, según las leyes de la ciencia y de la justicia, la posesión de la naturaleza por el hombre, es decir, la producción y la industria de las riquezas. He aquí el problema propuesto por la revolución actual." (id., p.356)
- (5) El nuevo orden mundial, para él, radicaliza las opciones dadas las posibilidades infinitas al progreso social y material que abre (como lo demuestran los Estados Unidos), pero también lo profundo de los abismos a los que puede conducir (como lo muestra la Francia del '48). Esto se traduce en una nueva conciencia respecto de las urgencias que se plantean a las sociedades hispanoamericanas: "...el movimiento -decía- que hoy precipita a las naciones cristianas ./../ nos impone, so pena de perecer bajo los escombros de las ya usadas formas sociales, el deber de prepararnos para la nueva existencia que asumirán bien pronto uniformemente todas las sociedades cristianas." (*Educación Popular* 1849. OC.XI, p.38)
- (6) "El sacerdote, al derramar el agua bautismal sobre la cabeza del párvulo, lo hace miembro de una congregación que se prolonga al través de las generaciones ./../ El maestro de escuela, al poner en manos del niño el silabario, lo constituye miembro integrante de los pueblos civilizados del mundo", decía, "el sacerdote le quita el pecado original con que nació, el maestro, la tacha de salvaje, que es el estado originario del hombre..." (*El Monitor de las Escuelas Primarias* 1852. OC.IV, p.420)
- (7) Ello consistía, básicamente (y siguiendo ciertos nuevos lineamientos por los cuales se orienta ahora su pensamiento), en una apuesta a la sociedad civil, una apelación a la conciencia cívica de los burgueses. Sólo bajo la conducción de sus laboriosas y siempre fecundas manos, la savia de la ilustración "circula como la sangre en el cuerpo, independientemente de la voluntad" (id., p.369). Se esperaba que de esta forma, teniendo por base lo que es su pilar más sólido: la educación, toda ella (la sociedad civil, es decir, el cuerpo mismo de la Nación) terminara un día por sustraerse a las oscilaciones y a las perturbaciones recurrentes e inevitables en la política de facciones, y sirviera a su moralización.
- (8) Citando a Guizot afirmaba que: "cuando el Estado quiere hacerlo todo, se encarga de hacer lo imposible; y como se cansa uno de luchar contra lo imposible, a las ilusiones gigantescas se suceden bien pronto el abatimiento y la muerte." (id., p.373).
- (9) Ente Sarmiento y Montt se establecía entonces un acuerdo implícito por el cual aquél habría de sostenerlo en su candidatura presidencial mientras éste le permitía desarrollar la suya propia desde las páginas de *La Crónica*. Las presiones de Rosas y las denuncias de *El Progreso* con respecto a que la prédica del ambicioso redactor de *La Crónica* ponían a Chile al borde de un conflicto internacional, no habrán ya de hacer mella a tal pacto establecido de un modo apenas disimulado: Montt apreciaba demasiado bien la eficacia del sanjuanino en estas lides (quien, por otra parte, siempre habría de enorgullecerse de su responsabilidad para llevar adelante dicha tarea, afirmando que nunca hubo de abandonar a sus candidatos sin antes haberles complacido con sus servicios) como para prescindir de él, al menos, no en medio de su campaña electoral. Esto le ofrecía al autor de *Facundo* la estabilidad y seguridad necesarias como para dar rienda suelta a todas aquellas audacias, que algunos no dudaron en tachar de excentricidades, que lo hicieran famoso.

- (10) Si por algo brindó por la revolución del '48 (que en otros aspectos tanto le espantaba), era porque le había ofrecido motivos nuevos a una certidumbre que por persistente había comenzado ya a gastarse: de que la era del despotismo había concluido en Occidente. Más feliz aun lo ponía el hecho de que el brindis se hubiera realizado en una reunión en su honor, en la cual los exiliados argentinos le ofrecieron su apoyo ante los ataques de la prensa rosista. Todavía, sin embargo, no tenía aun una clara idea por donde habrían de soplar los vientos que tumbarían al "tirano". Sólo hacia el '51 comienza a aclarársele el panorama. "La situación exterior del país -decaía- continúa la misma, amenazante, y sin solución próxima; pero la situación interna se bosqueja cada vez más clara y ofrece un nuevo e interesante aspecto." (*Sud América* 24/5/51. OC.VI, p.439)
- (11) "Hay, además, cualidades en el carácter español en medio de sus defectos, que pueden ser explotadas en beneficio de la civilización; son más honradas las masas españolas que las masas francesas e inglesas, Señor; y no siendo conocida en la República Argentina la miseria absoluta, la degradación que en Inglaterra y en Francia producen la destitución de todo recurso, de toda esperanza, tienen menos estímulos que la precipiten en el desorden; la sobriedad española de las masas es proverbial, como la hidalguía de las clases elevadas. La ignorancia no quita que el sentido común este menos desenvuelto en nuestras masas que en las masas irlandesas, por ejemplo, y si Su Señoría habla con un gaucho de la república Argentina, gustará de hallarlo, semi-bárbaro es verdad, pero independiente de carácter, sensible al honor, hospitalario en su casa, pronto a prestar servicios desinteresados. Yo he recorrido el mundo acaso más que Su Señoría, y puedo hacer justicia a mis compatriotas, sin ser desmentido." ("Carta a Mr. Southern". *La Crónica*. 20/1/50. OC.VI, p.284). Semejante comparación, que en otros momentos le hubiera aparecido como un auténtico despropósito, no le resulta ahora exagerada en lo absoluto. Y no sólo porque haya elevado el concepto en que tenía a las poblaciones de las pampas, sino, fundamentalmente, porque luego de su viaje había caído aun en mayor medida aquél en que gustaba de considerar a los pueblos de Europa. Parecía ser que cuanto más se alejaba el modelo ideal de las condiciones efectivamente existentes en la realidad, más imperceptibles y menos significativas se hacían las diferencias en cuanto a grados de civilización alcanzados por las actuales naciones en su situación presente. En fin, Sarmiento presentía que en el mundo se estaba barajando y repartiendo de nuevo los naipes que asignarían a cada una de ellas el rol que habría de ocupar dentro del nuevo orden que estaba emergiendo; y las ventajas ya obtenidas no eran aún decisivas: todas las posibilidades seguían aún para él abiertas. Por lo tanto, no podía considerarse todavía a las naciones nuevas como definitivamente marginadas del mismo, o bien destinadas ya fatalmente a ocupar un lugar subsidiario en él. Por el contrario, menos abrumadas por el peso de las tradiciones, creía que estas tendrían importantes ventajas al ser menores las resistencias arraigadas que deberían vencer. Este es otra de las enseñanzas que le dejara su paso por Estados Unidos.
- (12) Ver Nota (1) del Capítulo IV.
- (13) En el último descendiente de los Sayavedras es en quien se manifiesta más claramente la degradación que se opera en los espíritus una vez rotos los límites que impone el orden social, cuando "las cualidades guerreras degeneran en vandalismo" (p.96).
- (14) El destino de Del Carril estaba entonces sellado. Este "generoso aristócrata" no se engañaba cuando "otorgando instituciones a la muchedumbre, parecía estar de antemano convencido de que no sabrían apreciar el don" (p.117). Sin embargo, Sarmiento nos sorprende cuando asegura que, contrariamente a lo que parecía anticiparnos, aquél habría de ejercer en aquella población tan alejada de los centros de irradiación de la cultura europea "tal influencia que llegaba hasta la fascinación. Tenía fe la población en masa en sus talentos y saber, y todas las reformas que adoptó eran de antemano apoyadas y sostenidas por el asentimiento público" (p.117). Tal era, entiende ahora, la tradición de civilización que se aloja en el fondo de nuestro pasado (se explica por qué estaba entonces tan convencido de que estos pueblos no merecían la presente barbarie, resultado de aquellas "extravagancias" que se suelen difundir episódicamente aun entre los pueblos más ilustrados).
- (15) "Una duda me ha asaltado al espíritu muchas veces y es qué rumbo habría tomado la revolución del 1o de diciembre si Domingo Oro la hubiese prohibido en vez de combatirla ././ En cuanto a López, lo habría inducido a encerrarse en sus tolderías de Santa Fe; Rosas no habría surgido tan pronto sin López y sin él, y Oro conocía ya su situación para desarmarle pacíficamente ././ Buenos Aires asegurada, Santa Fe quieta, Córdoba ocupada por Paz, la república estaba salvada; pero la hipótesis es imaginaria, y no hay que pedir condiciones imposibles de realizarse." (p.160)
- (16) "No triunfaron porque no debían triunfar: faltáronles hombres a la cabeza del ejército, menos valientes y arrogantes, y más conocedores del asunto que tenían entre manos; faltáronles el tiempo y la fortuna; faltó que triunfara el mal mismo para que produjese todos sus horrores y su esterilidad, para enseñar a los pueblos a dónde conduce el sistema iniciado con Artigas, seguido por *Facundo* y completado por Rosas; en fin, faltaba que Oro viniese al odio y a la execración del caudillaje, cuyo desenfreno brutal creyó poder retardar, para que hoy estuviésemos, desde el último hombre de Rosas hasta el más alto de los unitarios, de acuerdo en un mismo sentimiento..." (p.154)
- (17) Embargado por un profundo escepticismo, parece ya convencido de que "era desesperada la oposición de los hombres de cultura europea contra aquellos titanes de la guerra" (p.146). "Desde entonces -nos cuenta Sarmiento- Oro se confunde con los desterrados en Chile, siente como ellos, pero sin esperar como ellos, porque todavía no cree que ha pasado el letargo en que ha caído la energía moral de las poblaciones espantadas por el cúmulo de males de que han sido víctimas." (p.162).
- (18) "Tiene de esto por lo menos de interesante el examen de los individuos notables -decaía-, que a medida que pasan las generaciones, ve uno transformarse poco a poco los personajes ././ desde Fray Miguel, Fray Justo Santa María de Oro y Domingo de Oro nos dan por resultado estos hechos: el convento, la teología, el milenarismo, la Inquisición, viajes a España, la declaración de la independencia, Bolívar que la termina, la guerra civil, Rosas y el destierro. Tres generaciones han bastado para consumir estos hechos, tres individuos los han reflejado en sí por actos notables y significativos." (pag. 166)
- (19) "Como en todas las revoluciones, no eran ni decretos ni soldados, los que debían preparar los acontecimientos: eran sanciones morales, eran prestigios, eran principios; la revolución se dirigía al espíritu y no al cuerpo, y el voto único del dean Funes, del sabio americano, era el voto de los pueblos." (p.180)
- (20) "Tenemos una preocupación en América, que hace a hombres bien intencionados, dar suma importancia al estudio de nuestra historia

- de colonos. Pero aquella historia que ha sido repudiada por la revolución americana, que es la negación y la protesta contra la legitimidad de los hechos y la rectitud de los pueblos de que precedemos. Norte América se separaba de la Inglaterra sin renegar de la historia de sus libertades, de sus jurados y sus letras..." (p.190). En esta cita se condensa un proyecto intelectual: es nuestra misma historia la que ahora protesta contra la barbarie. Porque en ella residen, básicamente, según confía ahora nuestro autor, los gérmenes de la civilización y del progreso (aunque, es cierto, para llegar a tal conclusión haya antes debido disimular demasiado lo mucho que definitivamente rechazaba en ella). Y así, al contrario que en *Facundo*, Sarmiento podrá entonces erigirse sin más en su vocero.
- (21) "...en todos los días de conflicto, la casa del cura o del obispo era el campo neutro en que perseguidores y perseguidos, verdugos y víctimas, podían verse sin temor y sin sana." (pag. 108). Posición difícil, sin embargo, de sostener y tarea nada sencilla de llevar a cabo en momentos en que la tormenta de las pasiones arreciaba con toda su fuerza. "En medio de esa disolución universal, de aquel destrozamiento de todo de cuanto es de incumbencia de la autoridad pública conservar y mejorar, grande esfuerzo habría sido resistir al mal espíritu dominante" (pag. 200)
- (22) "Su misión consiste en conciliar los extremos cuya lucha constituye justamente la novela, y por cuyo embate se da expresión poética a una gran crisis de la sociedad. Mediante la fábula que tiene por centro de acción a este héroe se busca y se encuentra un terreno neutral en que pueda establecer una relación humana entre las fuerzas sociales que se hallan en extremos opuestos ./../ Puesto que los representantes de esos poderes en lucha son siempre representantes apasionados de sus direcciones, surge el peligro de que su lucha se convierta en un mero aniquilamiento exterior del contrario.../.../ El destino justo de un héroe mediocre de esta especie, que no se decide apasionadamente por uno de los poderes en pugna en la gran crisis de su tiempo, sirve de excelente eslabón unificador en la composición de la obra" (*La novela histórica*, Ed. Era, México, 1966, p. 37).
- (23) "Yo creo firmemente -decía- en la transmisión de la aptitud moral por los órganos".
- (24) Y por ello se negaba a rezar con sus hijas por compromiso, cuando no se encontraba realmente "llena de unción y de fervor".
- (25) Entendida como un conjunto de tradiciones que se proyecta sobre el espíritu presente de los hombres y los guía en sus acciones; aunque no supone necesariamente una suerte de "destino" ineluctable
- (26) C. Altamirano- B. Sarlo, *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*.
- (27) "Cuántos tesoros de arte -decía- han debido perderse en estas estúpidas profanaciones de que han sido cómplice la América entera, porque ha habido un año o una época al menos, en que por todas partes empezó a un tiempo el desmonte fatal de aquella vegetación lozana de la pasada gloria artística de la España", "...el momento de la resurrección de las artes ha llegado en América, cuando la venda de los ojos ha caído." (p.229). La barbarie desatada, y la "impiedad iconoclasta del siglo XVIII" se conjugaron para relegar a los desvanes las más altas realizaciones de una época "en que las bellas artes españolas enseñaban con orgullo a la Europa" (p.228). Pero éstas se conservan aún ("de tarde en tarde -dice- se ha hallado algún Murillo") casi intactas debajo de la tenue capa de polvo que las cubre. Sarmiento (quien demostrara ya su talento práctico al ayudar a su madre a superar la indigencia haciendo del terreno vacío dejado por la higuera caída un huerto fecundo) descubrirá ahora su especial sensibilidad para rescatar del olvido estas pasadas cosas bellas.
- (28) La escena que sigue se produce en momentos en que, prendido de una baranda, se niega a bajar (sabiendo que lo van a fusilar), y mientras los gritos de la tropa alientan a un oficial, que lo está destrozando a planazos, para que lo lancee de una vez. En esta situación (nada cómoda, por cierto) Sarmiento aun tuvo la capacidad para reflexionar así: "Yo me había cerciorado que Benavidez no estaba en la plaza, y este dato me había servido para combinar rápidamente mi plan de defensa ./../ Las tropas han venido a la plaza, me decía yo; luego Benavidez tiene parte en la broma; no está aquí para achacarla al entusiasmo federal y decir como Rosas al asesinar a Maza, que era aquél un acto de "atroz licencia en un momento de inmensa, profunda irritación popular". Ahora la cárcel esta en línea recta, a cuadra y media de la casa de Benavidez. El sonido corre a tantas leguas por minuto, y para llegar a 225 varas sólo necesitaba un segundo. En vano el gobernador habría querido lavarse las manos de aquella tropella anónima ./../ ¡Tenía pues cogido en su propia red al gaucho taimado! O se confesaba cómplice, o mandaba orden de dejarme en paz, y Benavidez no tenía coraje para cargar con aquella responsabilidad..." (pag.288)
- (29) Crítica por demás pertinente y penetrante, no se terminaría por responder argumentando simplemente que la antigua provincia cuyana bien podía interpretársela aquí como una suerte de alegoría, que los datos que jalonan su historia ofrecerían la clave para comprender toda la historia nacional. En efecto, puesto tal intento por generalizar ese modelo (como luego efectivamente Sarmiento lo comprobaba) supondrá siempre un esfuerzo interpretativo en el que habrán de plantearse problemas específicos, tanto menos sencillos de resolver cuanto más difícil sea identificar aquellas tradiciones y linajes familiar que, como el suyo para el caso de San Juan, le ofrezcan ese hilo conductor en donde presente y pasado, las tradiciones y los proyectos, puedan enlazarse en una trama fluida.
- (30) Y una paradoja tal, por otra parte, se convierte en una aporía particularmente insidiosa desde el momento en que contra ella no sólo pesa una exigencia racional sino también aquello que se instala, para él, como uno de los datos insoslayables de nuestros tiempos: la progresiva confusión de los grandes hombres con la masa de la población producto de los avances democráticos. "¿De donde -se preguntaba- descienden los hombres que vemos brillar en nuestra época, en ministerios, presidencias, cámaras, cátedras y prensa? De la masa de la humanidad. ¿Adónde se encontrarán sus hijos mas tarde? En el ancho seno del pueblo. He aquí la primera y la última página de la vida de cada uno de nuestros contemporáneos. Aquellas antiguas castas privilegiadas que atravesaban siglos contando el número de sus antepasados, aquel hombre inmortal que se llamaba Osuna, Joinville u Orléans, ha desaparecido ya por fortuna. ¡Cuánto ha debido depurarse la masa humana para arribar a sacar de su seno los candidatos que han de llamarse Pitt, Arago, Franklin...!" (p.88). Ahora bien, la pregunta es ¿de dónde habrán de salir nuestros Pitt, Arago, Franklin, etc.? Eso es lo que Sarmiento no nos explica. Seguro que no de alguna de nuestras inexistentes ninfas que trabajan en nuestras inexistentes fábricas; pero tampoco de los gauchos que sí existen. Es que para nuestro autor, evidentemente, esa "depuración de la masa humana" es más bien una tarea que esta aquí aún por realizarse que un hecho ya consumado (y ese es el sentido último de su proyecto).
- (31) "...es preciso obrar en América -decía- una profunda revolución, si queremos salvarnos de aquella muerte cuya agonía sonó en el

Paraguay /.../ De ahí también el doble remedio indicado con igual anticipación, emigración europea y educación popular; que serían seguro antídoto si no hubiesen de administrárselo los mismos enfermos..." (pag.215). Y Sarmiento será así siempre e inevitablemente una figura algo extravagante, puesto que sólo así podía romper ese círculo vicioso de ser a la vez quien suministre el antídoto a los males que aquejan un cuerpo enfermo sin por ello contaminarse con sus "miasmas corrompidos". Tal papel le plantea, pues, una contradicción insoslayable (sobre la cual se instalará finalmente, y que actuará al modo de noción límite para su pensamiento) entre el hecho de concebirse a sí mismo como la expresión más acabada de su medio, pero, por otro lado, verse en la necesidad de "despegarse" constantemente del mismo en tanto que lo condena como irremediamente enfermo.

## Notas al Capítulo VII

- (1) "Hombres poco avezados a seguir los movimientos de la opinión de los pueblos, han creído que la República Argentina ha muerto, sofocada bajo el pie del déspota, y no hallan otra salvación ni otro remedio al mal, que aguardar resignadamente a que las enfermedades y la muerte se lleven al fin al tirano sombrío. /.../ Se engañan. La República Argentina encierra en su seno otros elementos y tiene tradiciones de gloria, de dignidad y de instituciones que viven en el animo de los pueblos." (*Sud América* 17/4/51. OC.VI, p.416)
- (2) "Buscamos antecedentes históricos en el suelo mismo donde tales hechos tienen lugar, porque no nos es posible concebir de otro modo la profunda sabiduría del Entre Ríos, ni el tesón desplegado por el gobierno para ponerlas en práctica." (*Sud América*, 1/4/51. OC.VI, pp.401-402)
- (3) "No bien fue investido con el título de Virrey, Don Pedro Cevallos tiró un decreto por el cual establecía provisoriamente, y hasta obtener la real sanción, el comercio de tránsito por Buenos Aires al Perú y Chile." (*Sud América*, 17/2/51. OC.VI, p.355). "El tenor de este decreto convencerá a nuestros gobernantes de allende y de acá, Andes de por medio, de la verdad del dicho de Madame de Stael que nosotros traducimos al caso: las barbaridades datan de ayer nomás." (id., p.357)
- (4) "La prudencia de los patriotas norteamericanos halló al fin en la creación de una nueva ciudad Washington, para que sirviese de capital a la Unión, un expediente pacífico que conciliase las pretensiones opuestas de las diversas ciudades." (p. 49)
- (5) "Si se consulta -decía- el mapa geográfico de la República Argentina, se notará que es casi sin excepción de país alguno de la tierra, el más ruinosamente organizado para la distribución proporcional de la riqueza, el poder y la civilización por todas las provincias confederadas." (p.52), "...condena necesariamente a la miseria y a la nulidad a las provincias según a la mayor o menor distancia en que se encuentren del único puerto, sin que la provincia de Buenos Aires gane un ápice de su prosperidad..." (p. 53). Y lo mismo ocurre respecto del régimen pastoril de producción, que naturalmente predomina en nuestro medio, el que alienta una cultura de pereza entre sus habitantes. "Nuestra pampa nos hace indolentes, el alimento fácil del pastoreo nos retiene en la nulidad." (p. 83). En definitiva, esta nación, tal como esta constituida, sólo parecer conducir a la "nulidad". No se trata, pues, sólo de sustraerse a la influencia de los intereses partidarios y hacer primar los más "duraderos" de la nación (tal como sus disposición económica y geográfica lo han instituido), sino de reordenar y modificar éstos, así como su estructura social y productiva.
- (6) "El Congreso decidirá -decía- si cuando el mar no baña nuestro territorio sino por un extremo, la voluntad humana podrá prolongar hacia el interior por medio de ríos." (p. 69). "Hasta la aclimatación de camellos para la travesía de los desiertos del interior debe ser materia de la solicitud de los gobiernos" (pag. 119)
- (7) Según afirmaba su programa: "2o- Que por su forma insular Martín García se desliga naturalmente de toda influencia..." (pag. 77). "5o- Que la situación extranjera de Martín García la hace un baluarte de defensa para los Estados y, por tanto, esta llamada a ser el centro de la Unión." (pag. 78)
- (8) Conviene aclarar, sin embargo, que la forma que fue adquiriendo este proyecto, el camino por el que debió transitar hasta alcanzar esta como su formulación más acabada, no fue algo que estuviere ya diseñado o prefigurado en sus premisas iniciales, con respecto a las cuales no sería más que un despliegue lineal. Por el contrario, como vimos, él mismo fue producto de un proceso histórico concreto signado por las contradicciones, a lo largo del cual no faltaron las desviaciones y rupturas conceptuales, las sucesivas redefiniciones y reelaboraciones, en fin, una trayectoria intelectual en la que se irían continuamente abriendo nuevas brechas a las que no siempre Sarmiento acertaría a suturar, y nunca sin grandes esfuerzos teóricos por asir conceptualmente los nuevos problemas que se le iban presentando.
- (9) Esto, si queremos simplificar, podemos interpretarlo como la introducción de un elemento de raíz iluminista, pero sólo abusando de lo que así formulado no son más que etiquetas. Más que un regreso al pensamiento del siglo XVIII, más que la expresión de una lucha entre elementos teóricos antagónicos que constituirían su pensamiento, lo que se entabla allí es una batalla por asir una determinada realidad dentro de un modelo que, considerado en sí mismo, no tenía por que dar lugar a este tipo de contradicciones siendo este, en su lógica interna, perfectamente consistente.
- (10) Según decía: "...no hubo enemigo que combatir, y todo se acabó así que nos acercamos por la izquierda y aun antes de acercarnos por la derecha. Esa fue la batalla de Caseros para los de casa. La batalla para el público puede leerse en el boletín No 26, novela muy interesante que tuvimos el honor de componer Mitre y yo." (p.203)
- (11) "No había, pues, batalla posible, aunque -decía- se iniciase como se inició, aunque hubiese de nuestra parte un plan de batalla, y el enemigo hubiese escogido sus posiciones. - No entraría en detalles, pues, sobre esta batalla si de uno y otro lado no hubiese habido la misma escuela militar impotente y nula." (p.201)
- (12) Estaba, para él, "irremediabilmente corrompido". Y si "el fraque negro no le sentaba del todo mal", ese sombrero que usaba "sin gracia, y de la manera un poco ridícula de los paisanos de la campaña", lo delataba. "López creía necesario levantar, adoptar a ese hombre con todas sus faltas /.../ encajonarlo, diré así, en medio de las instituciones /.../ hasta que, levantándose la clase educada por las garantías dadas a la vida y a la propiedad, y el aficionándose a los goces del poder, se aquietase al fin y se contuviese en los límites de un despotismo tolerable. /.../ López se equivocó de medio a medio, debo decirlo en honor de mi amigo /.../ Pero lo que más me sorprendió en el general es que /.../ nunca manifestó deseo de oír mi opinión en nada." (p.108).
- (13) "Yo era -decía- el único oficial del ejército argentino, que en campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo /.../ todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dio lugar a algunas pullas, a que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios. - /.../ Esto, que parece una pequeñez, era una parte de mi plan de campaña contra Rosas y los caudillos /.../ y dispuesto a hacerlo triunfar sobre el chiripá si permanezco en el ejército. Mientras no se cambie el traje del soldado argentino ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá no habrá ciudadanos" (p.141)
- (14) "En todo aquel vasto campo de agitaciones, en toda esa mezcla de intereses encontrados, la sociedad civil, con sus tradiciones de

gobierno, de leyes, de decoro, dignidad, de conjunción material y social, la habéis visto mostrarse en Buenos Aires; si bien en el interior de la República hay largas distancias, aislados entre sí, otros conjuntos de población, otras sociedades civiles que abrigan los mismos temores y las mismas esperanzas; pero en el hecho tangible, en la manifestación activa, desde la caída de Rosas, es la ciudad de Buenos Aires, donde el deseo de organizarse ha sido seguido de la voluntad de acción." (OC.XVI, p.71).

- (15) Y entonces es que insiste nuevamente, contrariamente a lo que le han atribuido, en su rechazo a toda idea de determinismo que condene a nuestra raza a la barbarie. "Me tacha usted de fatalismo que condena a nuestra raza, por la absorción de la raza anglosajona. Pero permítame observarle que mi Memoria protesta, desde la primera página hasta la última contra esa condenación que usted pone en mi pensamiento", contesta a B. Poncel con motivo de su *Memoria* (id.,p.88). "La raza, los antagonismos de raza latina y sajona no han entrado ni pueden entrar en mi espíritu." (id.,p.91)
- (16) Las convulsiones suscitadas muestran que, en un país al igual que en una escuela, todo cambio de forma de vida requiere de enérgicas acciones para poner en orden las pasiones que en tales momentos suelen desbocarse. Eso enseña, al menos, sus principios de "disciplina escolar": "Era, pues, preciso dar un golpe terrible, amputar un miembro y cortar aquel cáncer. Cuando no hubiere otro motivo, el cambio súbito de director, subdirector, ecónomo, etc., era ya un fuerte sacudimiento dado a los espíritus de los alumnos. Iban a pasar de una atmósfera a otra, de una generación de vida un poco desigual a la rigidez de un sistema de orden y regularidad que requiere nuevos hábitos y por tanto violencia. Esto debía necesariamente despertar resistencias." (*El Monitor...* 15/11/53. OC.XXVIII, p.197). Ese era el sentido último de la presente lucha: era el producto de las necesarias resistencias que se generan, en un pueblo habituado a un régimen de indisciplina (el rigor de Rosas parece ya algo pasado y olvidado), cuando se intenta establecer un orden regular.
- (17) Para ello partirá de las propias pautas planteadas por Alberdi, quien por entonces (aunque por motivos contrarios a los de Sarmiento, es decir, para forzar la secesión) había abandonado la idea de imponer a Buenos Aires como capital.

## Notas al Capítulo VIII

- (1) "El pueblo de Buenos Aires -decía- fue siempre liberal, por tradición, por instinto feliz. Lo era en 1810, e hizo la revolución y llevó la independencia a toda la América del Sud; lo era con más razón en 1825, en que se veía a la cabeza de la América por sus instituciones y su comercio; éralo en 1852, cuando ganó las elecciones de representantes, a despecho de la coacción de un ejército de treinta mil hombres.- Esta es la tradición histórica de este pueblo, y a prueba de que esta en su Sangre y en la masa del pueblo el progreso, es que la tiranía de Rosas no pudo en veinte años cambiar su índole, y que el general Urquiza en 1852 se encontró de manos a boca con el mismo pueblo de 1825 y 1810, hasta en sus exageraciones." (*El Nacional* 3/3/56. OC.XXV, pp.124-125). La tiranía no fue allí, pues, sino uno de aquellos fenómenos extraños que suelen suceder en la historia, como aquella vez que, según cuenta, se le desbocara el caballo al duque de Orléans y provocara el derrumbe de la monarquía constitucional en Francia. "Nuestra historia -aseguraba- es rica en acontecimientos de este género" (*El Nacional* 3/3/56. OC.XXV, p.124).
- (2) Aunque, sin embargo, no hay que entender esto en su sentido estrictamente geográfico, dado que comprendido de este modo resultaría en un corte arbitrario que dejaría de lado otras tradiciones (como las descritas en *Recuerdos...*) igualmente valiosas. "Yo llamo porteños -aclara- a todos los amigos del progreso y la civilización que hayan nacido en San Juan o en Jujuy" (*El Nacional*, 1/12/56. OC.XVII, p.43). La provincia, antes que un determinado espacio de suelo, es el hogar natural de una determinada forma del espíritu.
- (3) Hay también quienes han visto en esta conversión a la nueva fe, básicamente, el eco de una polémica que no era estrictamente ideológica, sino que estaba contaminada por adscripciones de tipo meramente faccionalistas o incluso personalistas. En efecto, las banderas "liberales" tendían entonces interpretaciones más que equívocas y servían de rotulo genérico por el cual grupos de poder sumamente heterogéneos buscaron identificarse y diferenciarse de sus oponentes llamados "moderados". De todos modos, con las debidas precauciones, puede aun encontrarse tras ellos cierto fondo de ideas y proyectos en debate.
- (4) Los términos de "liberalismo" y "libertad" ahora habrá de identificarlos sin más; de este modo ambos serán la expresión de lo más propio de la naturaleza humana: su capacidad para transformar y dominar el mundo material idealizándolo.
- (5) "No saben lo que dicen, pues, los que hablan de gobiernos fuertes, y que pretenden que el progreso de la libertad debe ser lento, gradual. Los únicos gobiernos fuertes -asegura- son los que están constituidos sobre principios sólidos." (*El Nacional* 19/6/55. OC.XXV, p.24). Sólo este afán de progreso constante da vida a las instituciones. Si la larga paz de Chile fue la tumba para este país, el ejemplo porteño de los últimos años es la comprobación empírica de los prodigios que se logran merced a la sostenida acción transformadora liberal. "Y el hecho práctico desmiente solemnemente la idea del progreso lento, paulatino, moderado. El progreso ha sido exabrupto, repentino, rápido. En tres años se ha hecho lo que en Chile, por ejemplo, ha dado en treinta años en lo material; y en instituciones hemos andado más rápido todavía." (*El Nacional* 7/3/56. OC.XXV, p.135)
- (6) Con Dorrego, dice Sarmiento, estos terminan echándose en brazos de Rosas como a los de su único salvador; precisamente porque de sus filas "no ha salido ni ha quedado nombre que valga la pena recordarse /.../ si hubiera tenido hombres no hubiera apelado a Rosas como representación suya; Rosas es su obra." (*El Nacional*, 3/3/56. OC.XXV, p.126).
- (7) La Guerra de las dos Rosas es el mejor ejemplo de ello. "La ostentación de estos colores que tanto desdichan de los usos de la civilización, prueba una sola cosa, y es que no ha sido vencido un partido; pues el día que esto suceda, el vencedor le hará llevar por la fuerza sus propios colores..." (*El Nacional* 10/12/57. OC.XXV, p.314). En este punto comienza pues a apartarse de los modelos europeos que veían en el equilibrio entre principios opuestos la única garantía contra el despotismo.
- (8) Y aunque el poderío militar del entrerriano le parecía aun temible, el creciente desarrollo económico y la correlativa influencia política con que contaba ya Buenos Aires, parecían colocarla en mejor situación. Al menos, confía Sarmiento, son ya suficientes para tornar imposible una nueva recaída en "una tiranía sangrienta y soez como la de Rosas; estamos muy civilizados (en tres años de libertad) para tolerarla" (*El Nacional* 17/12/56. OC.XVII, pp.36-37).
- (9) El rol histórico para la América -dice-, lo prepara el renacimiento de las ciencias en Europa... /.../ Con el advenimiento de la América, la humanidad emprende de nuevo su marcha, siempre hacia el Occidente; el Océano es el vínculo y el vehículo de las naciones, volviendo a repetirse el movimiento bíblico de la dispersión de los pueblos, por toda la redondez del globo, sólo entonces librado por entero a la actividad y desenvolvimiento del hombre" (id., p.91)
- (10) "Los reyes de la Edad Media semirromanos, semibárbaros, son todos -asegura- Rosas con diversos nombres, Rosas el cojo, Rosas el tartamudo..." (id., p.29). Esta idea es la que luego formulará Haeckel en su famosa tesis que aseguraba que "la ontogenia recapitula la filogenia".
- (11) "...es preciso ir a Chivilcoy para ver lo que no se ve en los Estados Unidos, y es el cerco de quintas cultivadas con esmero... /.../ Chivilcoy realiza una teoría que es nueva en el mundo, y que no entra todavía en la mente del vulgo, y es que los pueblos nuevos son la más alta expresión de los progresos de la humanidad..." ( *Discurso pronunciado con motivo de la Iglesia Nueva*. Chivilcoy, 1857. OC.XXI, p.59), "...como Chivilcoy será bien pronto todo el Estado de Buenos Aires; y como el Estado de Buenos Aires, no tardará la República Argentina y la América toda /.../ Con tierra y brazos podemos nosotros llegar a la altura de los Estados Unidos, y ya vamos en camino." (id., p.64).
- (12) "Nuestra convicción, sin embargo, es que la propiedad particular seguirá, por su propio interés, la impulsión dada, y que el capital hallará ventajas en retirarse de la posesión de grandes lotes de tierra, y desprendiéndose de ellas por ventas, y subdividiendo en lotes, iguales a los que la ley de Chivilcoy designase." (*El Nacional*, 23/8/55. OC.XXIII, p.307)
- (13) "La Comisión de Hacendados poco ha hecho en tres años de existencia en los objetivos de su creación; pero en cambio ha echado por tierra o sostenido ministerios, dirigido elecciones, llevado a las Cámaras de Representantes; domina en el Senado; tiene sus órganos en la prensa, sus candidatos para el gobierno; sus representantes en el ejército y su poder e influencia en todas partes." "El resumen de todas estas adquisiciones de la industria del ganado mayor, es que como el clero y la nobleza hasta 1789 no pagaban contribución directa de sus tierras, ni canon de las enfiteusis, ni impuestos proporcionales sobre el ganado, ni contribuye a la defensa de su

propiedad, la cual se hace con las rentas que producen al erario las otras industrias. El tercer estado,, esto es, los comerciantes, artesanos y burgueses, eran pecheros mientras la tierra poseída por la nobleza no pagaba nada." (*El Nacional*, 11/9/56. OC.XXVI, p.326)

- (14) Como, por ejemplo, apoyar en el año '57 la sanción de una casi ilimitada cesión de tierras a las compañías ferroviarias, alegando que "La ley fundamental de este país es regalar las tierras" (*Discursos parlamentarios*, Sesión del 8/8/57. OC. XVIII, p.51); para, unos años después, con motivo de la construcción del Ferrocarril Oeste, impulsar la expropiación de aquellas tierras por donde éste atravesare, y su subdivisión en pequeños lotes "adaptables a la agricultura" a fin de "anticipar y acumular productos transportables y población sobre la zona que recorre la vía" (id., p.211). Entonces volvería a la carga con aquellas posturas tan poco simpáticas a la Comisión de Hacendados, asegurando que "el derecho de propiedad que las leyes civiles aseguran a los individuos cesa desde que el interés colectivo de la comunidad se interpone", para concluir: "el derecho de expropiación es la base fundamental de la sociedad y las constituciones libres" (id., p.211). Esta vez, sin embargo, el proyecto habría de "dormir el sueño de los justos".
- (15) "Los ejércitos permanentes /.../ serán siempre evitados como un peligro contra la libertad", decía, citando las constituciones norteamericanas, en un artículo cuyo mismo título ya es sugerente: "Ejército Pretoriano" (*El Nacional*, 17/6/58. OC.XXIV, p.368).
- (16) Y piensa que hay ya, al respecto, demasiados antecedentes históricos, y siempre nefastos, como para no asustarse ante tal perspectiva. Los males de la democracia directa empezaron en Occidente en tiempo de los antiguos griegos, afirma ahora Sarmiento haciendo gala de su novedosa disposición por referir todo a la instancia suprema de la historia universal. "La democracia ateniense presento al mundo el ejemplo de un gobierno dirigido por la opinión publica, gobernado hora por hora, punto por punto, en todos los negocios públicos, y la democracia ateniense fue la vergüenza de la libertad y el escollo en que fracasó la República. La República representativa es la que ha conciliado los derechos del ciudadano con la salvación del Estado." (*El Nacional* 19/10/59. OC.XXV, p.365)

## Notas al Capítulo IX

- (1) Según decía, aceptarla lo hubiera condenado a pasársela "agitando la campanilla de la presidencia del Senado por seis años", y además, aunque no lo dijera, a vivir todos ellos a la sombra de Mitre. De todos modos, su cálculo fundamental era que ello lo inhabilitaría para un próximo período.
- (2) "Lo que hice en Chile olvidado ya, lo que he hecho en Buenos Aires, fue sólo lo que me permitían los hombres que tenían el poder y las resistencias del público a las innovaciones radicales" (*Discurso pronunciado con motivo de la inauguración de la 'Escuela Sarmiento'*. San Juan. 10/7/62. OC.XXI, p.146). "Me habéis encargado del poder supremo en mi país [se refiere a San Juan]; y si al último de los hombres de la república le preguntáseis que haré con ese poder, os contestaré que haré escuelas...." (id., p.147)
- (3) En algún momento llega incluso a hablarse de separarlo de su puesto en Nueva York, enterado de lo cual el 8/12/66 manda su renuncia que no es finalmente aceptada por el vicepresidente Paz a quien estaba dirigida.
- (4) "Cada vez que cumplo con el deber tal como yo lo entiendo, veo alejarse de mí los amigos que más estime. En 1852, por manifestarme en una posición difícil pero honorable, López, Alberdi, Gutiérrez, Cané y tantos otros, dejaron de ser mis amigos. En 1863 dejaron de serlo Paunero, Gelly y Obes y Rawson, y en una y otra ocasión creo que lo fue porque se sentían con poder y sin razón, contra mí, que había descendido sin duda cuanto ellos se habían elevado. No le ocultaré que creí por mucho tiempo que usted se dejaba ir por esa pendiente", le confiaba entonces a aquél, restableciendo así su vieja relación. (*Correspondencia...*, p.365).
- (5) Reflexionando sobre sus perspectivas comentaría a Mrs.Mann que "siguiendo el orden lógico, yo mismo tendría la misma idea. Pero el mundo real no se rige por la lógica: hay el *politician* de por medio; y allá más que aquí, esas cosas se preparan, manipulan y hacen teniendo, como tienen, la sartén por el mango" (8/6/66. cit. por Gálvez, *Sarmiento...*, p.392).
- (6) En ella decía: "...proclama de feliz augurio para la república el año nuevo de 1870 que comienza con una guerra de exterminio virtualmente concluida, la paz interior asegurada, nuestro graneros henchidos, nuestros productos demandados en los mercados del mundo, nuestro crédito alto como nunca, la inmigración en escala creciente, estrechas las ciudades para contener la población, próxima la inauguración del Ferrocarril Central, tres más en vías de ejecución, los telégrafos introducidos en la vida doméstica, la exposición de nuestros productos con seguridad de cumplido éxito, el pueblo convocado en toda la república para renovar el Congreso y resuelto a hacerse representar por ciudadanos que sobreponiéndose a las tradiciones en pugna y a intereses pequeños, comprendan su época e impulsen ese carro triunfal de progreso, orden y libertad que hará en cinco años más de la República Argentina el teatro de mayor felicidad para el mayor número de hombres, realizando así el objeto y fin de nuestras instituciones...." (OC.XXI, pp.268-269)
- (7) "El Interior se muestra decidido a mantenerse en paz y a sostener la Nación", informaba a Conesa, orgulloso de los resultados de sus acciones de policía previas. (OC.LI, p.78).
- (8) Sobre todo en el abastecimiento de caballos que los escrúpulos de los generales al mando se niegan, contra la opinión de Presidente, a llanamente confiscar a los hacendados entrerrianos, dándole además así la posibilidad de que Jordán disponga de ellos.
- (9) "Contra las esperanzas de todos, no obstante las apariencias en contrario, mi gobierno ha hecho de por sí poco en materia de ferrocarriles, que no haya iniciado el interés del capital, ni en la inmigración, tan poderosa hoy, aunque haya hecho bastante, aunque no todo, en materia de educación.- Pero contra toda anticipación, mi gobierno ha sido un Gobierno de fuerza, de represión; y según la teoría americana de que os hablaba antes, sería un excelente gobierno, puesto que no hizo el bien directamente, sino que cuidó como función primordial suya, de mantener la paz y la tranquilidad, a fin de que las fuerzas impulsivas de la acción individual obrasen libremente y sin tropiezo alguno." (*Mensaje de inauguración del Ferrocarril de Concordia, 29/3/74. OC.XXI, p.350*). Indudablemente, había en ello algo más que una mera justificación teórica a las ambigüedades de su administración. El orden alcanzado era algo para él efectivamente valioso desde el momento en que su realización supuso no sólo haber tenido que vencer la ya declinante pero aun más persistente que lo que suponía insurrección primitiva de los caudillos, sino también -y fundamentalmente- a una inesperada y más novedosa (y también peligrosa) forma de anarquía "cultiva" enquistada en el propio sistema institucional.
- (10) En el mensaje al nuevo presidente que asumiría habría de ser claro al respecto: "Este bastón y esta banda -le dirá- os inspiraran luego lo que debéis hacer. Es la autoridad y el mando. Mandad y seréis obedecido" (id., p.380). En la nueva derrota de Jordán vería un buen augurio para ello.

## Notas al Capítulo X

- (1) "...las escenas del domingo -decía- han sido una revelación. Con cualquier motivo, aun los más plausibles, en el estado actual de nuestras ideas, de nuestras instituciones de seguridad ineficientes a causa de esas ideas, toda grande manifestación acabara por desórdenes imprevistos, el incendio, el saqueo y homicidios. /.../ Comencemos, pues, por rectificar nuestras propias ideas sobre el uso y límites de los derechos constitucionales...." (*La Tribuna*, 6/3/75. OC.XLVI, p.10)
- (2) "No hay libertad ni Constitución libre -decía-, sin la prueba de la elección, que es lo que ha dado en llamarse la lucha. La lucha esta en la base misma de las instituciones humanas; y suprimirla, atenuarla, falsearla por convenios entre partes, es simplemente destruir el gobierno, y preparar el camino al arbitrario, a lo desconocido o a alguna monstruosidad sin nombre" (*El Nacional* 23/1/79. OC.XL, p.8).
- (3) "El resultados de las elecciones de ayer, ha dejado pues establecido dos grandes hechos, a saber: que existen dos partidos en Buenos Aires, bastante equilibrados para reconocerse mutuamente su existencia; pues ese es el prurito de nuestras oligarquía, llámense liberales o como quieran, para las cuales fuera de su Iglesia no hay salvación" (*El Nacional*, 1/3/79. OC. XL, p.232)
- (4) "Lo que tiene de odiosa la doctrina de los gobiernos electores ilegítimos, es que autoriza derrocar gobiernos que eran tenidos como legítimos /.../ Nadie ha deificado a los gobiernos electores, pero es igualmente un exceso declararlos fuera de la ley por serlo." (*El Nacional* 12/12/78. OC.XL, p.112).
- (5) "Hace tiempo -dice- el gobierno viene haciendo cosa casera de mano a mano, de arreglos amistosos, y de encargarse el Presidente, sin ministros, de acabar en dos palabras con una cuestión, con grandes aplausos de todos, que no ven que a fuerza de desnudarnos de las formas que tanto embrazan los movimientos, nos hemos de quedar desnudos" (21/4/83. OC.XXXIV, p.343).
- (6) "Pero un enemigo existía en su seno, y el mismo principio que habia labrado la destrucción de las repúblicas griegas trajo su destrucción. La unión no existía y se destruyeron unas a otras" (*Conflicto...*, p.177)
- (7) El ejemplo extremo de este proceso degenerativo tuvo lugar en Brasil, donde, según cuenta Agassiz y Sarmiento cita, "el deterioro consecuente de la amalgamación, más esparcida aquí que en ninguna otra parte del mundo, va borrando las mejores cualidades del hombre blanco, dejando un tipo bastardo sin fisonomía, deficiente de energía física y mental" (id., p.116).
- (8) "¡Oh! de estas aguas vinieron estos lodos.- Bastaba el instinto de raza, la protesta del sometido, el odio del salvaje contra el hombre civilizado, sin necesidad de azuzar por la educación estas malas pasiones, sin elevarlas por la predicación /.../ como lo hicieron los jesuitas socialistas." (id., p.266)
- (9) "Hemos visto -decía- que el parisiense de hoy tiene el cerebro más grande que el del siglo XII. Es de creer que el del español no haya crecido más que en el siglo XIV, antes de que comenzase a obrar la Inquisición." (id., p.171)
- (10) "Este inmenso vacío (el dejado por los inmigrantes que no iban a votar) lo llenaran siempre -decía- esos doce mil empleados nacionales desde que el gobierno ha establecido la doctrina que sus votos los compra con el salario; y los militares que conservando el derecho de votar, aceptan la doctrina contra derecho /.../ que los militares en opiniones políticas han de ser de la opinión del Ministro de Guerra" (OC.XXXVI, p.217).
- (11) Así ocurrió, según cuenta, en Nueva York: "Si la ciudadanía prodigada sin mesura hiciera con millones de emigrados pasar por voto el gobierno a las clases proletarias e ignorantes, cuatro o seis veces más numerosas que la gente un poco culta de esa misma emigración, no hay término con que expresar los desórdenes y el atraso a que tal sistema llevaría." (id., p.299). "¡Oh! ya se ha visto funcionar en Nueva York /.../ y cuando se preguntaba a los ciudadanos neoyorquinos: pues que hacen Uds. que no votan y cambian de municipalidad, contestaron simplemente, señalando a la mesa y la masa y sus alrededores, la catadura de los votantes, y pudiendo decirse hasta el olor que despedían..." (id., p.304)
- (12) Problema que le preocupa desde lejos (y que aparece ya hacia los años '50) sólo cobra sin embargo en este período, para nuestro autor, una superior trascendencia, cuando su visión de la realidad argentina adquiere rasgos francamente escépticos y las amenazas externas aparecen magnificadas.
- (13) "...cuando se siente la necesidad de ser patriota, el ejemplo de los que le precedieron, las instancias y lecciones de sus compatriotas, le hacen desdeñar tal carácter de ciudadano, aprendiendo a saborear las ventajas de no serlo /.../ Entonces principia la nostalgia patriótica que degenera luego en odio y menosprecio al país /.../ se empezarían a formar naciones en América /.../ y a dividirse en colonias extranjeras, reclamando sus hijos para fundar el estado futuro." (id., p.87)

## Notas al Capítulo XI

- (1) Resulta sugestivo al respecto notar que los trabajos más interesantes sobre su obra hayan sido, por lo general, estudios de tipo monográfico, en tanto que las grandes obras destinadas a darnos una visión global de su trayectoria intelectual han resultado, fundamentalmente, derivados de proyectos fuertemente teñidos ideológicamente, sin demasiada preocupación por tener en cuenta la diversidad de matices (no siempre además relacionados con cuestiones de tipo doctrinarias) a los que una tarea tal debería estar dispuesta a dar cabida.
- (2) Tampoco parece haber evitado esta trampa incluso uno de los estudios indudablemente más importantes e interesantes realizados sobre la obra de nuestro autor. N. Botana, en *La tradición republicana*, muestra la misma despreocupación por alcanzar cierta precisión en el relato de su trayectoria intelectual, llegando aun a alterar la cronología de sus obras. Al dividir el primer período entre lo que llama el "viaje interior" y el "viaje exterior", coloca en un mismo momento a *Facundo* y *Recuerdos*, para situar luego a *Viajes* (llegando así al '53 con la imagen de un Sarmiento demócrata inmaculado; algo que, como vimos, ya se había diluido bastante antes, con *Recuerdos*. Tomemos un extracto de lo que son sus conclusiones al respecto: "Para el Sarmiento que ha descubierto la democracia, esa vivencia era en cambio [a diferencia que para Tocqueville] una brusca negación de su pasado /.../ La historia del pasado, seca sus raíces, no tenía otro destino que la historia del porvenir" (pag.291). Recordemos que es justamente después de su "viaje externo" que Sarmiento redescubre y se reconcilia con su pasado. Y luego continua: "El viaje exterior le dio a Sarmiento otra medida de comparación. En el *Facundo* y *Recuerdos de Provincia*, el punto de partida se confunde con las vicisitudes de una revolución nacional. Es un comienzo, al principio utópico en aquellas ciudades antiguas de los unitarios..." (pag.291-191). En realidad confunde aquí a *Facundo* con *Recuerdos* (a lo largo de todo el trabajo lo hace); si recordamos, no hay nada parecido a una "utopía" en el primero de ellos. "La primera utopía -dice luego- ha sucumbido arrasada por la barbarie del desierto. La segunda utopía, salvado el escollo de la tiranía urbana debía retomar con más eficacia el camino interrumpido para remodelar ese espacio como querían Jefferson y la virtud agraria." (pag.292). Indudablemente, el contraste entre la realidad a la que inmediatamente debía Sarmiento enfrentarse y esta "segunda utopía" jeffersoniana no podía ser menos que brutal. No así si tenemos en cuenta que lo que estaba funcionando ya en Sarmiento era lo que Botana ubica, algo anacrónicamente, como una "primera utopía". Lo sugestivo es que nadie (hasta lo que conozco) haya descubierto y señalado este desfase tan elemental. En definitiva, se confirma aquí nuevamente la fuerte pregnancia de aquellos esquemas explicativos que, aunque a todas luces excesivamente reduccionistas, logran ofrecer una imagen sistemática de la trayectoria intelectual de un pensador. Y aun cuando ésta entre en contradicción evidente con el más elemental análisis de los textos, tales "anomalías" quedan normalmente relegadas al plano de las "sutilezas", las que no dirían gran cosa, o no resultarían -según sus pautas- relevantes.
- (3) No obstante ello, y si bien vale advertir sobre la conveniencia de ser cuidadosos con respecto a estas versiones que tienden a aislar y absolutizar determinados elementos parciales de su pensamiento, no cabe impugnarlas sin más como interpretaciones "arbitrarias", que se le proyectan a su obra "desde afuera", sino de comprenderlas en el marco de aquellos complejos procesos por los cuales circulan socialmente los discursos, y por los que, aun cuando éstos adquieran en ellos sentidos (a través de las sucesivas lecturas y redefiniciones que tales procesos traen aparejados) siempre renovados e ineludiblemente diversos respecto de lo que fueran las problemática y las propuestas específicas de su autor, forman parte indudablemente de los mismos y ningún análisis puede dejar de tenerlos en cuenta. Ahora bien, en cierto modo, si bien éstos "cobran vida propia" (si cabe la expresión) desde el momento en que vienen a instalarse como un elemento presente y actuante, una y otra vez, en realidades siempre cambiantes, y aun cuando el historiador no pueda nunca permanecer ajeno a esta dimensión siempre presente de todo discurso social, le cabe a éste sin embargo discernir estos diversos sentidos, e intentar dar cuenta del fenómeno de su surgimiento y de los desplazamientos que en ellos se observan.
- (4) En Guerrero, sin embargo, se encuentra ausente todo sentido dinámico en la conformación y definición de estas categorías. Para él, su sentido y sus relaciones aparecían ya perfectamente precisadas en *Facundo* y no había para él posibilidad de modificación posterior alguna. En todo caso, de haberlo, sólo podía interpretarse para él (como efectivamente lo hace Agogliá) como un regreso al "iluminismo". En fin, "Historicismo" e "Iluminismo" ofrecían a estos autores la pauta en función de la cual podían definirse todas las formas de pensamiento posible; bastaría con descubrir las dosis exactas con que cada uno de ellos (las actitudes "realistas" e "idealistas", respectivamente) se combinan en cada caso.
- (5) Fue Guizot quien introdujo esta idea de "civilización" como el paso desde un orden bárbaro asentado en el puro arbitrio de las pasiones a otro en el que se va estableciendo y afirmando un lazo social fundado idealmente y asumido voluntariamente.
- (6) En la *Historia de la Revolución Francesa* de Michelet se expresa más claramente esta idea de corte dialéctico de la historia (que progresivamente irá diluyéndose en el pensamiento historiográfico occidental hasta prácticamente desaparecer con Taine, Renan y los "padres fundadores de la Tercera República"). En su prólogo decía: "La lucha es demasiado real. No se trata aquí de un combate simulado entre el mismo y el mismo. Hay dos combatientes, dos principios, dos espíritus; el antiguo y el nuevo.- En vano el nuevo, seguro de vivir, y por tanto más pacífico, dice dulcemente al antiguo: VENGO A CUMPLIR NO A ARRASAR... El antiguo no se presta de ningún modo a ser CUMPLIDO. Esta palabra encierra para este algo de fúnebre y siniestro, rechaza aquella bendición filial, no escucha ruegos ni oraciones." (Ed.Argonauta, Bs.As., 1946, p.8).

## BIBLIOGRAFIA UTILIZADA

### 1) OBRAS DE SARMIENTO:

- <i>Facundo</i>	Ed.Losada, 1963.
- <i>Viajes</i>	Ed. de Belgrano, 1981.
- <i>Recuerdos de Provincia</i>	Ed. de Belgrano, 1981.
- <i>Argirópolis</i>	Ed. EUDEBA, 1968.
- <i>Campaña en el Ejército Grande</i>	Ed. F.C.E., México, 1958.
- <i>Conflicto y armonías de razas en América</i>	Ed. La cultura popular, 1933.
- <i>Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria</i>	Ed. Imprenta Chiesino, 1954.
- <i>Obras Completas (OC.)</i>	Ed. Luz del día, 1948-1951 (53 Tomos)

*Aclaración:* En el caso de las obras primeramente mencionadas (incluidas en las Obras Completas), la paginación corresponde a dichas ediciones.

### 2) BIBLIOGRAFIA REFERIDA A SARMIENTO:

R. Agoglia:	prólogo a <i>Tres temas de filosofía en las entrañas del Facundo</i> Ed.Docencia, 1981
E. Aguirre:	"El género epistolar: una carta inédita de D.F.Sarmiento" en <i>Filología</i> Año XXIII, No2, Rev.del Inst. de Filología y Letras Hispánicas "Dr.A.Alonso". F.F.yL.-UBA-, 1988
C.Alberini:	<i>Precisiones sobre la evolución del pensamiento argentino</i> Ed. Docencia, 1981
Altamirano-Sarlo:	<i>Ensayos argentinos. de Sarmiento a la vanguardia</i> Ed.CEAL, 1983
E.Anderson Imbert:	<i>Genio y figura de Domingo F. Sarmiento</i> Ed. Eudeba, 1988 "Sarmiento y la ficción" (en AA.VV., <i>Sarmiento -Centenario de su muerte</i> ) Ed. Academia Argentina de Letras, 1988.
A.Ardao:	"Las ciudades utópicas de Miranda, Bolívar y Sarmiento" en <i>De historia e historiadores</i> . Ed. S.XXI, 1982
E.M.Barba:	"En torno a Sarmiento" en <i>Vigencia de Sarmiento</i> , Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
A.M.Barrenechea:	"Las ideas de Sarmiento antes de la publicación del Facundo" en <i>Filología</i> Año 5 No 3, sept-dic. 1959 "Autobiografía y epistolario: a propósito de una carta de Sarmiento a Frías" en <i>Filología</i> Año XXIII No2, Rev.del Inst. de Filología y Letras Hispánicas "Dr.A.Alonso". F.F.yL. -UBA-, 1988 "Sarmiento y el binomio 'Buenos Aires/Córdoba'" en <i>Revista Iberoamericana</i> No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
G.Berdiales:	<i>Antología total de Sarmiento</i> Ed.Eca, 1962
Belin Sarmiento:	<i>El joven Sarmiento</i> Ed. P.Belin, 1929 <i>Sarmiento Anecdótico. (Ensayo biográfico)</i> Ed. Imprenta Belin, Paris, 1929.
H.Biagini:	<i>Filosofía Americana e identidad</i> Ed. EUDEBA, 1989
M.L.Borda:	"Sarmiento, Posse y Tucumán" en <i>Humanidades</i> T.XXVII Vol.3 -UNLP- 1961.
J.L.Borges:	prólogo al <i>Facundo</i> . (en AA.VV., <i>Sarmiento -Centenario de su muerte</i> ) Ed. Academia Argentina de Letras, 1988.
N.Botana:	<i>La tradición republicana</i> Ed.Sudamericana, 1984
A.CamboursOcampo:	<i>Verdad y mentira en la literatura argentina</i> Ed.La Siringa, 1962
B.Canal Feijóo:	"La polémica inconclusa" en <i>Sur</i> No 341, jul-dic. 1977 <i>Escorzo del 'Doctor Montonero'</i> en <i>Sur</i> No47, ago 1938
J.Campobassi:	<i>Sarmiento y su época</i> Ed.Losada, 1975 <i>Sarmiento y Mitre. Hombres de Mayo y Caseros</i> Ed. Losada, 1962
A.Castro:	"En torno al <i>Facundo</i> de Sarmiento" (en AA.VV., <i>Sarmiento -Centenario de su muerte-</i> ) Ed. Academia Argentina de Letras, 1988.
E.Castro Sánchez:	"Sarmiento militar" en <i>Vigencia de Sarmiento</i> , Ed.Com.Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
R. Castagnino:	"Toda la República una escuela..." en <i>Vigencia de Sarmiento</i> , Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
A. Castro:	"En torno al <i>Facundo</i> de Sarmiento" en <i>Sur</i> No 47 -jul.1938
H.Clementi:	<i>Rosas en la historia nacional</i> Ed. La Pléyade, 1970
D. Cúneo:	<i>Sarmiento y Unamuno</i> Ed. Pleamar, 1983. <i>El Romanticismo político</i> Ed. Transición, 1955
F.Chávez:	<i>Civilización y Barbarie en la historia de la cultura argentina</i> Ed. Los Coihues, 1988 <i>Historicismo e iluminismo en la cultura argentina</i> Ed. CEAL, 1982
J.J.Crespo:	"Actualidad de Sarmiento" en <i>Vigencia de Sarmiento</i> , Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988

- H.Dalliadiras: *Algo más sobre Sarmiento* Ed. Nuevo Orden, 1965.
- C.R.de Azúa: "Sarmiento insepulto" en *Escritos* Ed. Arca, 1987
- F.Delucchi: *Sarmiento* Ed. Textos, 1961
- P. de Paoli: *Sarmiento, su gravitación en el desarrollo nacional* Ed. Theoria, 1964
- M.de Unamuno: "Domingo Faustino Sarmiento" en *Sur* No 341, jul-dic. 1977
- M.deVedia y Mitre: "La fuga de Sarmiento" (en AA.VV., *Sarmiento -Cenenario de su muerte-*) Ed. Academia Argentina de Letras, 1990.
- T. di Tella: "Alberdi y Sarmiento ante la organización nacional" (en *Los fragmentos del poder*, comp.: T.di Tella-T.Halperín Donghi) Ed. J.Alvarez, 1969.
- J.P.Feinmann: *Filosofía y nación* Ed.Legasa, 1982
- G.Ferraris: "Sarmiento: crítica y empirismo" en *Punto de vista* Año 1-No 2, mayo 1978
- L.Franco: *Sarmiento y Martí* Ed. Lautaro, 1958
- G.Furlong: "La cultura de los próceres de Mayo versus los laicistas argentinos" en *Estudios sobre cultura argentina*, Ed.Academia del Plata, 1961
- M. Gálvez: "El escritor" (en AA.VV., *Sarmiento -Cenenario de su muerte-*) Ed. Academia Argentina de letras, 1988.  
*Vida de Sarmiento. El hombre de autoridad* Ed. Emecé, 1945
- J.García Martínez: *Sarmiento y el arte de su tiempo* Ed.Emecé, 1979
- E.Garrels: "El Facundo como folletín" en *Revista Iberoamericana* No 43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- P.Garro: "Sarmiento y la Patagonia" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com.Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- J.C.Ghiano: "La forma autobiográfica en Recuerdos de Provincia" en *Humanidades* T.XXVII Vol.3 -UNLP- 1961
- R.Giusti: "Sarmiento escritor" en *Cursos y Conferencias*, oct.1938
- B.González Arrili: *La tiranía y la libertad* Ed.Libera, 1970
- R.González Echevarría: "Redescubrimiento del mundo perdido: el Facundo de Sarmiento." en *Revista Iberoamericana* No43, Ed.Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- P.Grela: *Perfiles históricos* Ed.Litoral, 1972
- M. Grondona: "La simpatía por los Estados Unidos y el nacionalismo de Sarmiento" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- P.Groussac: "Sarmiento" (de "El viaje intelectual") en *Lo mejor de Paul Groussac* Ed.Fraterna, 1981
- C.H.Guerrero: "Sarmiento vive" en *Humanidades* T.XXVII Vol.3 -UNLP- 1961
- L.J.Guerrero: *Tres temas de filosofía en las entrañas del Facundo* Ed. Docencia, 1981
- T.Halperín Donghi: *Una nación para el desierto argentino* Ed. Ceal, 1982  
"Sarmiento o el progreso como obligación histórica" en *Clarín* 21/4/88  
"Sarmiento: su lugar en la sociedad argentina post-revolucionaria" en *Sur* No 341 jul-dic, 1977  
*El espejo de la historia* Ed. Sudamericana, 1987  
prólogo a *Campaña en el Ejército Grande* Ed. FCE, 1958  
"Estudio crítico: La tradición republicana" en *Revista latinoamericana de Filosofía* vol.XII,No2; julio 1986  
"El antiguo orden y su crisis como tema de *Recuerdos de Provincia*" en *Boletín* No1 del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E.Ravignani, F.F.y L. -UBA-, 1989  
"Surgir en un día. La búsqueda de un lugar en el mundo y las ambigüedades en un desenlace victorioso" en *Filología* Año XXIII No2, Rev. del Inst. de Filología y Letras Hispánicas 'Dr.A.Alonso', F.F.yL. -UBA-, 1988
- P.Henríquez Urefía: "Sarmiento" en *Sur* No 341, jul.-dic. 1977
- C.Heras: "Sarmiento en la reforma constitucional de 1860" en *Humanidades* T.XXVII Vol.3 -UNLP- 1961
- Hernández Arregui: *Nacionalismo y Liberalismo* Ed. Contrapunto, 1987  
*¿Qué es el ser nacional?* Ed.Plus Ultra, 1973
- C.Ibarguren (h): *Juan Manuel de Rosas* Ed. Anaconda, 1933  
*Estampas de Argentinos* Ed.La Facultad, 1935  
*La inquietud de esta hora y otros* Ed.Dictio, 1975
- J.Ingenieros: *La evolución de las ideas argentinas* Ed. Problemas, 1946.  
*Sociología Argentina* Ed. Hyspamérica, 1988
- J.Irazusta: *Ensayos históricos* Ed. La voz del Plata, 1952  
*Influencia económica británica en el Río de la Plata* Ed. Eudeba, 1968  
*De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina* Ed.Dictio, 1979
- R.y J.Irazusta: *La Argentina y el imperialismo británico* Ed. Independencia, 1982
- A.Jauretche: *Política nacional y revisionismo histórico* Ed.Peña Lillo, 1982  
*Libros y alpargatas. 'Civilizados o bárbaros'* Ed. Los Nacionales, 1985
- N.Jitrik: *Muerte y resurrección de Facundo* Ed. Ceal, 1983  
*Los viajeros* Ed. J.Alvarez, 1969  
*Ensayos y estudios de literatura argentina* Ed. Galerna, 1970
- A. Jurado: "Sarmiento y la mujer" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- W.Katra: "Sarmiento en los Estados Unidos" en *Todo es historia* No 255, sept.1988

- "Sarmiento frente a la generación de 1837" en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- A.Korn: *Influencias filosóficas en la evolución nacional* Ed. Claridad, 1937
- C.Lacay: *Sarmiento y la formación de la ideología de la clase dominante* Ed. Contrapunto, 1986
- R.Levene: *Historia de las ideas sociales argentinas* Ed. Espasa Calpe, 1947
- "Sarmiento, sociólogo de la realidad americana y argentina" en *Humanidades* -UNLP- 1938
- E.Liceda: "Un precursor de la moderna museología" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- L.Lugones: *Historia de Sarmiento* Ed. Com. Arg. de Fomento Interamericano, 1945
- F.Luna: "Sarmiento y los caudillos" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- H.M.Mancuso: "Facundo o el drama argentino" en *Todo es historia* No 255, sept.1988
- C. Manzoni: "La *Vida de Aldao* por Domingo Faustino Sarmiento" en *Filología* Año XXIII No2, Rev. del Inst. de Filología y Letras Hispánicas "Dr.A.Alonso". F.F.y L.-UBA-, 1988
- E.Martínez Estrada: *Sarmiento* Ed. Sudamericana, 1969
- "La inmortalidad de 'Facundo'" en *Cuadernos Americanos* No23, sept-oct.1945
- Los invariantes históricos del 'Facundo'* Ed. Casa Pardo, 1974
- S.Molloy: "Sarmiento, lector de sí mismo en *Recuerdos de Provincia*" en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM- 1988
- A.Montenegro: "El pensamiento filosófico de Sarmiento" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- M.Morse: "La cultura política iberoamericana, de Sarmiento a Mariátegui" en *De historia e historiadores*. Ed. S.XXI, 1982
- A.Mosquera: "Sarmiento constitucionalista" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- J.Myers: "*Revoluciones inacabadas: Hacia una noción de revolución* en el imaginario histórico de la Nueva Generación argentina: Alberdi y Echeverría, 1837-1850." en AA.VV., *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en Argentina* Comité Argentino para el Bicentenario de la Revolución Francesa.Ed.Grupo Editor Latinoamericano, 1990.
- O.Navarro: "Del pensamiento institucional de Sarmiento" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com.Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- M.Nouzeilles: "La cuestión del sujeto: dos versiones de Sarmiento" en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- W.Nowak: "La personalización en *Recuerdos de Provincia*, la despersonalización de D.F.Sarmiento" en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- G.Onega: *La inmigración en la literatura argentina* Ed.CEAL, 1965
- R.Orgaz: *Sarmiento y el naturalismo histórico* Ed. Imprenta argentina, 1940
- Páginas sarmientinas* Ed. Un. Nac. de Córdoba, 1967
- J. Oria: "Sarmiento costumbrista" en AA.VV., *Sarmiento -Centenario de su muerte-*. Ed. Academia Argentina de Letras, 1988.
- A.Pagés Larraya: "La recepción de un texto sarmientino: Facundo". en AA.VV., *Sarmiento -Centenario de su muerte-*. Ed. Academia Argentina de Letras, 1988.
- E.Palacio: *La historia falsificada* Ed. Peña Lillo, 1946
- A.Palcos: *Sarmiento. La vida, la obra, las ideas, el genio* Ed. El Ateneo, 1938
- Facundo, rasgos de Sarmiento* Ed. El Elevación, 1945.
- M. Peña: *Alberdi, Sarmiento y el '90* Ed. Fichas, 1973
- H.J.Pereyra: "Interpretación del pensamiento político-social de Sarmiento" en *Humanidades* T.XXVII Vol.3 -UNLP- 1961
- N.Pisano: "La política agraria de Sarmiento" en *Vigencia de Sarmiento*, Ed. Com. Permanente de Homenaje a Sarmiento, 1988
- A.Ponce: *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina / La vejez de Sarmiento* Ed. Solar / Hachette, 1976
- Pontieri-Zanetti: "El ensayo: Domingo F. Sarmiento" y "*Facundo y Recuerdos de provincia*" en *Historia de la literatura argentina* Ed. CEAL, 1986
- A.Prieto: "*Las ciento y una. El escritor como mito político.*" en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- La literatura autobiográfica argentina* Ed.CEAL, 1982
- J.Prieto: *Sociólogos argentinos en la tradición continental* Ed. Imp. Dinizio, 1967
- D.Pro: *Historia del pensamiento argentino* (T.1) Ed. F.F.y L. -Un. Nac. de Cuyo-, 1973
- J.A.Ramos: *Del patriciado a la oligarquía. 1862-1904* Ed. Plus Ultra, 1976
- J.Ramos: "Saber del otro: escritura y oralidad en el *Facundo* de D. F. Sarmiento." en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988.
- M.P.Rivas: *Sarmiento, mito y realidad* Ed. Peña Lillo, 1960
- A. Rodríguez
- Pérsico: "*Argirópolis: un modelo de país*" en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- "Modelos de Estado: figuras utópicas y contra-utópicas" en *Filología* Año XXIII, No2, Rev. del Inst. de Filología y Letras Hispánicas "Dr.A.Alonso". F.F.y L. -UBA-, 1988
- R.Rojas: *La restauración nacionalista* Ed. Peña Lillo, 1971
- Blasón de Plata* Ed. Hyspamérica, 1986
- Historia de la literatura argentina* Ed. Kraft, 1960

- El pensamiento vivo de Sarmiento* Ed. Losada, 1941  
*El profeta de la pampa* Ed. Losada, 1945
- F.L.Romay: "Sarmiento y las preocupaciones por la policía" en *Humanidades* vol.XVII T.3 -UNLP- 1961
- L.A.Romero: "Testigo y testimonio de la sociedad de Santiago" en *Revista Iberoamericana* No43, Ed. Inst. Internacional de Literatura Iberoamericana -UNAM-, 1988
- J.L.Romero: *Las ideas políticas en Argentina* Ed. FCE, 1984  
*Situaciones e ideologías en Latinoamérica* Ed. Sudamericana, 1986  
*Las ideologías de la cultura nacional y otros ensayos* Ed. CEAL, 1982
- J.M.Rosa: *Historia del revisionismo y otros ensayos* Ed. Merlin, 1968  
*Defensa y pérdida de nuestra soberanía económica* Ed. Peña Lillo, 1986  
*Análisis histórico de la dependencia argentina* Ed. Guadalupe, 1973
- R.Tamago: *Sarmiento. Los liberales y el imperialismo inglés* Ed. Peña Lillo, 1963
- S.Tri: "Las ideas históricas en Sarmiento" en *Humanidades* T.XXVII Vol.3 -UNLP- 1961
- P.Verdevoye: *Domingo Faustino Sarmiento, educar y escribir opinando (1839-1852)* Ed. Plus Ultra, 1988
- D. Vifias: *Literatura argentina y realidad nacional* Ed. CEAL, 1982  
*Indios, ejército y frontera* Ed. S.XXI, 1982
- F. Weinberg: *Las ideas sociales de Sarmiento* Ed. Eudeba, 1988  
*El Salón Literario de 1837* Ed. Hachette, 1977
- M.B.F.de Weimberg: "Las ideas lingüísticas de Sarmiento" en *Filología* Año XXIII No2, Rev. del Inst. de Filología y Letras Hispánicas "Dr A.Alonso", F.F.yL. -UBA-, 1988
- A.Williams Bunkley: *Vida de Sarmiento* Ed. Eudeba, 1966.
- L.Zea: "Cultura, civilización y barbarie" en *De historia e historiadores* Ed. S.XXI, 1982

## INDICE

I. El «pretexto» Sarmiento	1
II. El período formativo: las ideas, el estilo	15
III. El período formativo: el gran enigma	24
IV. Facundo o el asalto a la razón	31
V. El viaje iniciático	41
VI. Recuerdos del futuro	51
VII. La dura prueba	68
VIII. La evolución creadora	77
IX. El orden esquivo	87
X. La nueva barbarie	93
XI. Conclusiones	103
Notas	108
Bibliografía	127